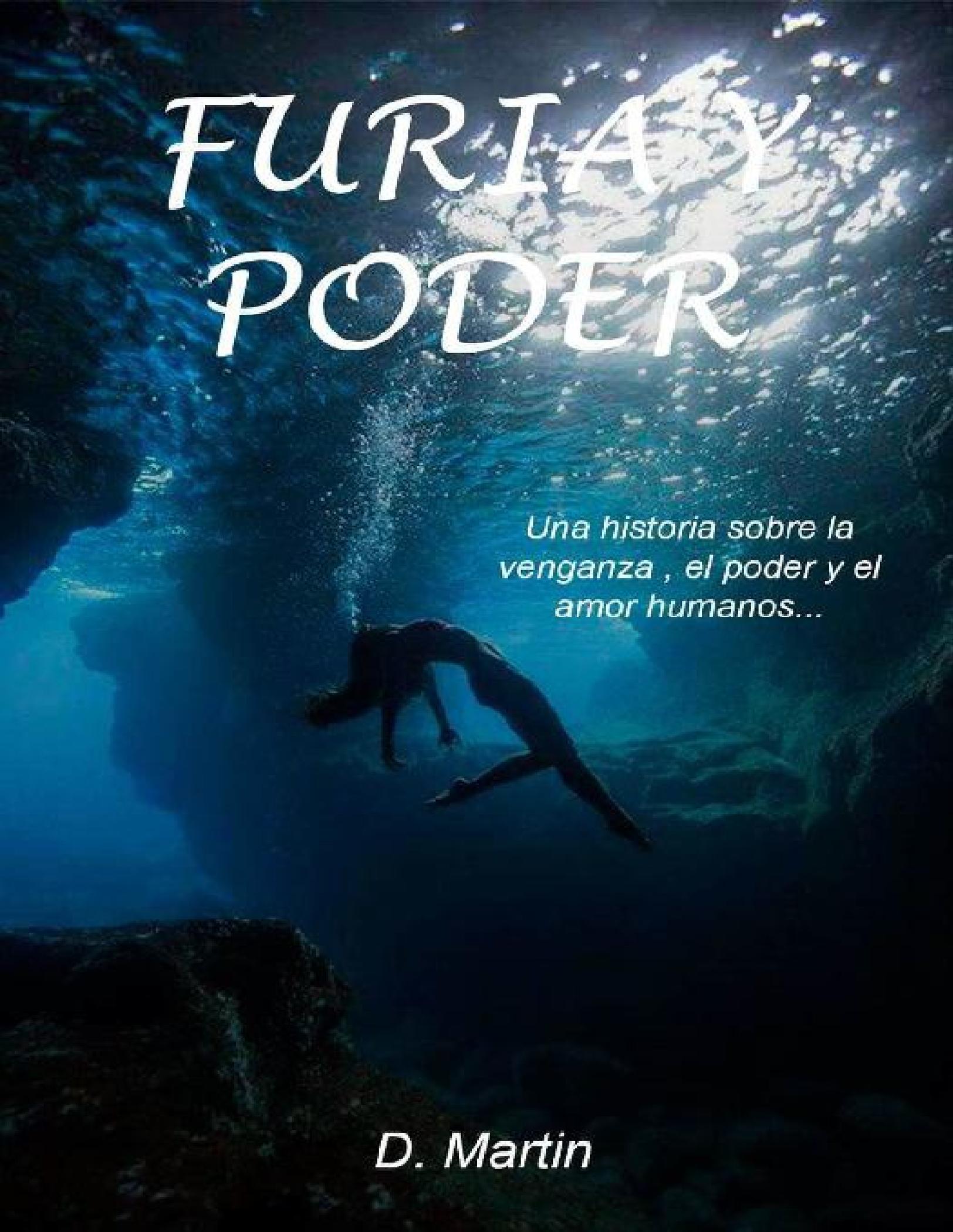


FURIA Y PODER

An underwater scene with a diver in silhouette swimming towards the viewer. The water is dark blue with light filtering through from above, creating a shimmering effect on the surface. The diver is in the lower center of the frame, moving upwards and slightly to the left. The overall mood is mysterious and dramatic.

*Una historia sobre la
venganza , el poder y el
amor humanos...*

D. Martin

Contents

FURIA Y PODER

PRIMERA PARTE: DISTINTAS LOCACIONES

SEGUNDA PARTE: LA OPERACIÓN “EL BESO DE JUDAS”

TERCERA PARTE: CONTRARELOJ

CUARTA PARTE: LA VIDA SIEMPRE PENDE DE UN HILO

QUINTA PARTE: LOS CAMINOS SE CIERRAN

FURIA Y PODER

D. Martin

Título: FURIA Y PODER
© D Martín, 2019
PRIMERA EDICIÓN
ISBN: 9781698521305

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Dedico este libro a una persona que conocí muy poco, pero que llevare por siempre en mi
corazón.
Elia Morales Vicente (1968 —2018)*

AGRADECIMIENTOS

A **Dios** por permitirme terminar este libro y por darme una segunda oportunidad de vida.

A **Mi Padre** por su apoyo incondicional en todo momento, por enseñarme a ser como él: fuerte y valiente y porque espero algún día llegar a ser la mitad de lo que él es.

A **Mi Madre** por darme la vida no una, sino dos veces. Por su apoyo, cariño y por esperarme tantas noches despierta, siempre con algo de comida en la mesa.

A mi amor **Mónica Jáuregui** que siempre está allí para mí, siempre con palabras de aliento y con un amor y cariño inmenso. Ella es mi mejor inspiración.

A mis amigos **Yésua, Mónica, Betzabeth, Fernanda y Delia** que de una u otra manera me motivaron a seguir escribiendo, ya sea con sus sinceras críticas a mi trabajo o con palabras de aliento. Son los mejores.

Y por último...a todos aquellos que dijeron que no podía lograrlo. ¡Aquí esta! ¡Lo logre!

A nuestra razón le es virtualmente imposible asimilar que un hombrecillo solitario derrumbara a un gigante en medio de sus limusinas, de sus legiones, de su muchedumbre, de su seguridad. Si una persona tan insignificante destruyó al líder de la nación más poderosa del planeta, entonces nos hallamos sumidos en un mundo de desproporciones, y el universo en que vivimos es absurdo.

NORMAN MAILER

SINOPSIS

Sebastián Costa llega a la ciudad paradisíaca de Los Cabos, en México. A primera vista parece un hombre normal que disfruta de sus vacaciones, pero oculta un siniestro pasado. Un pasado en el que era un brillante médico que trabajaba bajo las ordenes de la Familia Di Tella, una de las mafias más poderosas de Italia. Tras una cirugía de rutina termina ocasionando la muerte de uno de los miembros más influyentes de la organización. Su cómplice y amante también se ve inmiscuida y juntos idean el plan de escape, solo que todo resulta terriblemente mal y la situación se convierte rápidamente en una carrera contra el tiempo, en la que un misterioso amuleto podría ser la clave para salvar sus vidas...

PRIMERA PARTE: DISTINTAS LOCACIONES

Amo la traición, pero odio al traidor.
Julio César

Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos.

William Shakespeare

LOS CABOS

1

Eran las 9 de la mañana. El sol asomaba por las ventanas de los complejos hoteleros de la Bahía de Cabo San Lucas, en México. La brisa marina viajaba a través del aire esparciendo su delicado aroma y frescura a los visitantes del Breathless de Los Cabos, uno de los mejores hoteles de todo el puerto.

La vista se antojaba deliciosa desde una de las altas habitaciones en las que el Famoso Arco del Fin del mundo parecía una estatuilla que podría tomarse solo con la fuerza de los dedos. Distintas embarcaciones decoraban el paisaje, la mayoría de ellas con fines turísticos. Era la época vacacional y la ciudad gozaba de un momento cumbre en cuanto a la afluencia de turistas se refiere.

El clima era agradable y en el ambiente flotaba la tranquilidad de la vida citadina de los locales, quienes ofrecían artesanías, hospitalidad y buena comida a los despreocupados visitantes.

Abajo, al nivel de la playa se podía ver un grupo de niños construyendo castillos de arena y algunos más aventurados se enterraban dentro de la misma. El oleaje era tranquilo y los adultos podían descansar aunque fuera un momento de la responsabilidad de ser padres, hermanos mayores, abuelos, etc.

Desde la terraza privada de la suite presidencial del Breathless, vestido solo con unos bermudas y unas sandalias, Sebastián Costa observaba con la ayuda de unos binoculares, el gran Arco. Había llegado hace pocas horas y por el momento la majestuosa vista captaba toda su atención. Estaba sentado y en su regazo tenía un folder con una gran cantidad de papeles en él: pasaporte, visa, algunas identificaciones y algunas fotografías.

Bajo los binoculares. Ni el maravilloso paisaje era suficiente para hacerle olvidar lo desafortunada de su situación. Sabía que ella debía estar allí, con él. Ese era el plan. Volvió la mirada hacia el interior de la habitación y vio su teléfono móvil en la lujosa King Size. No se movió. Deseaba que llamara. Necesitaba saber que estaba bien y que había podido escapar a tiempo, como él lo había hecho. La llamada, por supuesto no llegó. Algunas horas después Costa se hallaba dormido, no había dormido durante el viaje desde Roma y en algún momento el cansancio lo había vencido. Fue un sueño intranquilo y se despertó sintiéndose más cansado y hambriento que antes. Revisó nuevamente el teléfono en busca de alguna señal de ella. Nada.

Se levantó y fue al baño, se mojó el rostro con la intención de que aquello fuera suficiente para despertarlo completamente.

Estaba abotonándose la camisa, cuando finalmente el teléfono emitió un sonido corto pero estruendoso. Él se acercó rápidamente sintiendo una desbordante emoción y un ferviente anhelo de que por fin ella estuviera también a salvo y lejos de Roma.

Tomó el dispositivo. Era un mensaje de texto SMS y decía:

Estoy en camino. Llegare a mediodía de mañana. Tú amiga Ross

El mensaje lo decepciono un poco, pues no era quien el esperaba que fuera. Desde luego era una buena noticia que su amiga Rosella fuera a visitarle, pero aquello no era suficiente para

apaciguarlo.

Dudo si debía responder. Finalmente no lo hizo. No quería alentarla, pues sabía que Rosella arriesgaba demasiado al venir.

El estómago comenzó a dolerle y trato de recordar la última vez que había comido. No pudo recordarlo, era como si su preocupación le hubiera bloqueado todos los recuerdos desde su huida. Decidió que aunque no sintiera demasiado apetito, debía alimentarse.

Se vistió con un elegante traje Brioni y permaneció unos minutos más en la habitación, sentado, al borde de la cama, estaba comenzando a sumergirse de nuevo en sus ensoñaciones, cuando de pronto vio asomar entre una de las maletas un pequeño colgante. Estiro la mano y saco el amuleto que pendía de la brillante cadena. Recordó entonces que ese amuleto era de ella y que él nunca se lo había puesto. Movido tanto por la curiosidad como por el deseo de tener algún objeto que perteneciera a ella, decidió usarlo.

Antes de salir se miró al espejo y tanteo el amuleto que colgaba de su cuello, lo cubrió con la ropa que llevaba encima y se dirigió al restaurante Lucca, que se hallaba dentro del mismo complejo hotelero.

El Lucca era restaurante que se especializaba en comida italiana. Costa fue recibido por un hombre bajito que hablo primero en inglés y después en italiano. Él comprendía muy bien ambos idiomas, además de español pero se sentía más cómodo hablando en su lengua natal: el italiano. Costa ordeno Carpaccio y Ensalada Capresse. Mientras tomaba sus alimentos, el restaurante comenzó a llenarse de gente. Se veía gente de distintas nacionalidades, por supuesto los había nacionales, pero en su mayoría eran extranjeros.

La buena comida hizo que su preocupación desapareciera, al menos de momento. Comía ávidamente como un hombre que ha pasado mucho tiempo sin hacerlo, cuando de pronto vio entre los comensales que llegaban a una muchacha muy bella, cabellera rubia, ojos grandes y brillantes como perlas, con un tono de azul hermoso y escaso que Costa pocas veces había visto incluso en su natal Italia. La muchacha tenía una estatura correcta y lucía un vestido color plata que le confería un aura más acorde a la realeza. Probablemente fuera norteamericana o británica.

La chica iba acompañada de un hombre y una mujer algo mayores, probablemente sus padres. El hombre, calvo de unos 60 años aproximadamente vestía un traje similar al suyo, aunque varias tallas más grande y la mujer de más o menos la misma edad usaba unas espantosas gafas y un vestido nada agraciado.

Probablemente la chica se haya sentido observada porque giro la cabeza justo en su dirección. Costa sonrió con galantería y la chica le correspondió con una expresión de franca coquetería, ella se tocó el cabello nerviosamente y sonrió mostrando unos dientes fuertes y brillantes.

De pronto y sin razón alguna Costa sintió emanar un calor extraño y reconfortante del centro de su pecho. Era una sensación que parecía provenir del amuleto.

La maraña de sus preocupaciones pareció disiparse como nubes después de una tormenta y de pronto el hombre preocupado y agobiado que era, se convirtió en un hombre que buscaba seducir.

Lucas Valdez había llegado a Los Cabos poco después del anochecer, no tenía idea donde podría encontrarse el sospechoso al que buscaba, todo lo que sabía es que se hallaba muy cerca de él.

Valdez, de 45 años, había nacido en España. Su desgraciada suerte lo había llevado a caer en tratos con la Mafia Italiana desde muy joven. Se había ganado su lugar en la organización a base de esfuerzo y dedicación, al menos eso solía decirle Leone Bellini, su jefe inmediato. Él hubiera preferido no viajar tan lejos para ir tras la pista de un desgraciado como Sebastián Costa, pero como dijo el propio Leone no había nadie más en condiciones de hacerlo. Valdez tenía cierta aprehensión a volar y había sufrido muchísimo durante las 22 horas de viaje que lo llevaron hasta el paradisiaco destino. Aun dentro de su habitación de hotel se estaba recuperando de los temblores y constantes ataques de pánico que lo asaltaron en el trayecto. Se dispuso a dormir, esta noche no haría nada por buscar a ese bastardo, sería hasta mañana, primero tendría que descansar, y quizá por la mañana echar mano de alguna prostituta de la ciudad y darse una buena ducha.

Antes de cerrar los ojos, se puso de rodillas y comenzó a orar. Era una vieja tradición familiar hacerlo cuando se sentía miedo y cuando se estaba ante una labor tan grande como la que tenía encomendada.

El Sol se colaba por las ventanas de la Suite Presidencial del Breathless. Las persianas estaban echadas, pero ya se podía ver con claridad aun dentro de la mediana oscuridad de la habitación.

Costa abrió los ojos. Sentía una pesadez en ellos como si sus parpados estuvieran hechos de plomo. Tenía dolor de cabeza y se sentía como si hubiera bebido demasiado la noche anterior. Tardo unos instantes en reconocer su habitación.

La mujer, aún demasiado adormilada para caer en la cuenta de donde se encontraba, le dio la espalda, abrió brevemente los ojos, se removió una vez más y volvió a dormirse.

Costa se levantó y se sentó al borde de la cama durante unos instantes, se frotó las sienes como lo haría alguien aquejado de fuertes migrañas y se esforzó en recordar los detalles desde el momento en que había visto a la chica hasta el momento actual. Tras un breve ejercicio mental todo le seguía pareciendo blanco y borroso, como si no hubiera sido el quien había ido la noche anterior al restaurante Lucca.

Vio un bolso de mujer en el suelo, lo levanto y vio que dentro había una identificación expedida por el gobierno Francés. La chica se llamaba Colette, de nacionalidad Francesa y tenía 24 años. Rebusco un poco más, sintiéndose acaso un poco culpable, pues sabía que no estaba bien hurgar dentro de las pertenencias de una mujer. Pero pensó que quizá la chica habría vertido algo en su bebida. Algo potente que fuera capaz de borrar recuerdos, mejor de lo que el alcohol puede hacer. No encontró nada sospechoso, pero si hayo otra credencial, una que acreditaba a la chica como estudiante universitaria. No había ya nada más, solo baratijas de mujer. Dejo el bolso sobre la mesa. Le parecía increíble que no hubiera podido recordar por sí mismo el nombre de la chica, aunque más increíble era el hecho de que no pudiera recordar nada de lo sucedido la noche anterior. Vio su reloj (eran las 10 de la mañana) y de pronto hubo algo que sí pudo recordar: Rosella llegaría pronto.

Se levantó, tomo su ropa que estaba desperdigada por la alfombra de la habitación y se apresuró a vestirse.

Cuando estaba por terminar, Colette se despertó y miro la habitación unos instantes antes de hablar.

—¿A dónde vas? Creí que nos quedaríamos todo el día en la cama —dijo ella con voz soñolienta.

—Lo siento, tengo que recoger a alguien en el aeropuerto —respondió Costa, al tiempo que terminaba de calzarse los zapatos. Casi había olvidado que la chiquilla seguía en la cama y supo por su mirada que ella estaba tan confundida como él.

—¿A quién?

—Es una amiga que viene de Roma y viene aquí a pintar algunos paisajes de la bahía. —dijo sin atreverse a mirarla a los ojos. —Una colega se podría decir —añadió.

Colette también se había incorporado y estaba vistiéndose. Parecía asustada más que celosa o incomoda. En su rostro había una expresión de confusión, como alguien que ha olvidado algo importante que estaba a punto de hacer.

Antes de que pudiera replicar, sus ojos se fijaron en el amuleto en forma de Dragón que Costa se estaba colocando. La expresión de duda que empezaba a gestarse dentro de ella desapareció casi de inmediato. Corrió a medio vestir a los brazos de Costa que estaba de pie frente a ella y le suplico como una niña pequeña que pide un dulce, que le hiciera el amor nuevamente. El trato de

apartarle, pero ella seguía suplicando y aferrándose a él con una fuerza que no correspondía en lo absoluto con la de una mujer de sus dimensiones. Parecía más fuerte y muy desesperada, casi como un adicto al que se le niega su dosis diaria.

—¡Basta, Colette! Ya te dije que tengo que recoger a una persona en el Aeropuerto. —dijo él sujetándola firmemente por los hombros.

—¡Por Favor!, ¡Por Favor! No te vayas, solo una vez y ya —Suplico Colette.

Pensó por un momento echar a Colette, pero en ese estado probablemente llamaría la atención estando fuera de la habitación. Se pondría histérica con toda seguridad. De pronto y sin ningún motivo sintió de nueva cuenta el calor irradiar del amuleto. Casi inmediatamente se encontró deseándola nuevamente.

Una voz sensual comenzó a susurrar en su cabeza:

“Colette tan bella, Colette tan sensual, Colette tan complaciente”. —su mente empezó a descontrolarse y a martillarle el cerebro con palabras e ideas eróticas. Era como si el mismo demonio susurrara aquellas palabras valiéndose de una voz femenina demasiado sensual.

La imagino desnuda justo como había sucedido anoche y la idea lo excito. De acuerdo, Colette era una chica muy bella, pero mientras algo misterioso comenzaba a tomar el control de su mente, tuvo un último pensamiento, el último antes de que su propio yo pasara a ser relevado del centro de mandos. Ese pensamiento fue que nunca antes se había sentido tan excitado ante la idea de estar con una mujer, no era un deseo normal, sino algo aumentado exponencialmente. Un deseo casi animal. Esto, aunando a sus desesperadas suplicas hizo que el mismo se sintiera preso de un poder extraño: el poder del Amuleto Dragón. Finalmente casi sin pensarlo la tomo entre sus brazos y la arrojó violentamente a la ancha cama y desgarró su ropa con una fuerza bestial. Colette emitió un gemido, pero no opuso resistencia alguna, se veía feliz, perdida... su mente parecía estar muy lejos de allí.

Era tarde, el Amuleto se había apoderado de la situación.

Rosella Bellini bajo del avión a las 12:06 pm. Se dirigió rápidamente a la sala donde se vería con Sebastián Costa a su llegada. La Terminal 2 para llegadas Internacionales estaba atestada de personas procedentes de Europa. Rosella busco entre la multitud pero no había indicio alguno de su amigo. Llevaba dos pesadas maletas que le dificultaban aún más la tarea. Sabía que el Aeropuerto no se encontraba en Cabo San Lucas, sino en la ciudad vecina de San José del Cabo, unos 30 km de su destino final. Intento llamar sin éxito al móvil de Costa, y tras agotar el tiempo máximo de espera que ella misma se había autoimpuesto decidió salir y tomar algún servicio de taxi que pudiera llevarla al Breathless de Los Cabos.

Alta y guapa como era, recibió algunos piropos de parte de los nacionales, algunos más educados que otros. Rosella no comprendía muy bien el español, pero si alcanzo a descifrar algunas palabras que le disgustaron. Mientras salía pensó en llamar nuevamente a Costa pero la idea de que su teléfono pudiera estar siendo rastreado de alguna manera, hizo que desistiera. Rosella ya había viajado sin su marido en otras ocasiones, y gustaba de coleccionar objetos que compraba de cada ciudad que visitaba, en su armario tenía un precioso Kimono japonés verde jade, tenía también un silbato azteca de la muerte de la última vez que estuvo en México, un Monopole Blanco comprado en España para degustación personal, entre otras cosas. Cuando él no la acompañaba viajaba en compañía de alguna de sus amigas o de su madre, ella había muerto hace poco y sus amigas cada vez se distanciaban más, como si ella tuviese alguna enfermedad que temieran contagiarse. Su marido, Leone Bellini no veía con buenos ojos los viajes de su esposa sin un acompañante y le habría prohibido que lo hiciera, así que Rosella tomo el dinero de su cuenta bancaria particular, una cuenta que ella se había esforzado por mantener lejos y secretamente oculta de su marido y emprendió el viaje primero a Paris, una ciudad que ella amaba y que le traía muy buenos recuerdos de su niñez. Al tiempo que ella dibujaba a carboncillo la torre Eiffel desde el campo Marte se enteró gracias a una llamada de su esposo que una división particularmente violenta de la Familia Di Tella buscaba a Sebastián Costa por haber “desgraciado la vida” de uno de los miembros más poderosos de dicha organización. Y aunque Rosella pregunto en concreto cual había sido la falta, Leone Bellini se negó a dar más detalles, pues sus superiores le habían prohibido dar más información, incluso a ella. Luego de colgar la llamada, Rosella marco al móvil de Costa y él le confió que se hallaba en la ciudad de los Cabos en México. Fue así como ella emprendió el transoceánico viaje.

Costa había sido amigo de toda la vida de Rosella y de Leone Bellini, pero cayo de la gracia de este último cuando los Di Tella pusieron precio a su cabeza. El matrimonio había tenido discusiones por este hecho, ya que Rosella lo conocía de toda la vida, eran amigos desde épocas más desdichadas para ambos y ella, con el paso del tiempo sentía una necesidad, cada vez más creciente de estar con él. Podría decirse que la línea de la amistad había sido rebasada y que ella, se sentía verdaderamente atraída hacia él. Enamorada quizá.

Ahora ya en camino al Breathless de Los Cabos, Rosella pensaba en esas cosas y le aterraba la posibilidad de que Leone y sus hombres encontraran a Costa y lo mataran antes de que ella pudiera verlo a los ojos y decirle que lo amaba. ¡Si, lo amaba! Ahora estaba completamente segura de eso.

Nunca había sido una mujer demasiado romántica, ni siquiera estando en la cama con su marido cuando era más joven y estaba muy enamorada de él, pero la personalidad de Sebastián Costa despertaba en ella un interés que nunca antes había experimentado, pensar en el provocaba en su

mente frases tan ridículamente cursis y estúpidas que se sentía avergonzada por ello.

Cuando Finalmente llego al Breathless se quedó maravillada por la majestuosa bahía que se extendía ante sus ojos, el oleaje dejaba una capa de espuma blanca que le hacía pensar sin ningún motivo aparente que pudiera recordar, en la película de La Sirenita. El Arco del Fin del Mundo parecía devolverle la mirada con su imponente majestuosidad. El sol coronaba en lo alto una postal de ensueño que quedaría guardada en su mente y corazón por el resto de su vida.

Descendió del taxi, dejando una generosa propina al conductor que le agradeció con una sonrisa amable. Entro en la recepción del Hotel y pregunto en un atropellado español, fruto de una traducción rápida vía internet.

—Buenas tardes, busco al señor Sebastián Costa, podría indicarme su número de habitación. Por favor.

La recepcionista hojeaba una revista y apenas le dedico una mirada, despreciaba a las prostitutas y Rosella le pareció una.

—¿Quién lo busca?

—Rosella Bellini.

La recepcionista soltó una leve carcajada y dijo:

—¿Es su nombre real o su nombre de trabajo, señorita?

Rosella se esforzó por comprender la pregunta, pero su limitado conocimiento del idioma local fue evidente.

La recepcionista parecía gozar metiendo en apuros a la que ella pensaba era una prostituta, en opinión de ella era la ocupación más degradante para una mujer. Podías limpiar pisos, fregar platos o incluso cambiar pañales a viejos cascarrabias para ganarte el pan, pero ser prostituta era algo que ella no podía tolerar.

Justo cuando Rosella se disponía a traducir teléfono en mano cada una de las palabras de la recepcionista y a pedirle que las repitiera. Una voz conocida la llamo desde uno de los elevadores.

—¡Rosy! ¡Aquí!

Ella miro hacia dónde provenía la voz y en su interior, algo se agito como un maremoto. Sebastián Costa en traje de etiqueta estaba parado a unos cuantos metros de ella y la miraba con sus grandes ojos color miel, ella se apartó rápidamente de la recepción y fue a su encuentro.

—Hola —dijo ella un tanto eufórica.

Casi habían quedado frente a frente cuando detrás de Costa y bajando del elevador advirtió la presencia de una mujer, diminuta y hermosa, mucho más joven que ella enfundada en un vestido color plata.

La diminuta mujer tomo a Costa por la mano y le dio un beso en la boca como despedida, el beso fue fugaz pero Rosella sintió una punzada en el corazón, paso a lado de ella y apenas si le dirigió la mirada, sus miradas se cruzaron solo por un instante. Rosella advirtió que parecía confundida y muy apurada.

—Es un placer verte de nuevo, amiga mía —dijo Costa al tiempo que le daba un cálido y fuerte abrazo.

Ella dudo un momento, pero al poco se entregó al abrazo y se fundieron durante un instante.

—Lamento mucho no haberte recibido en el aeropuerto, espero puedas disculparme. Estoy dispuesto a llevarte a dar un tour por la ciudad y después podemos ir a comer algo, hay excelentes restaurantes de este lado de la Bahía.

Rosella no pudo ocultar su alegría por verlo y se apresuró a decir:

—Está bien, te disculpo en esta ocasión, pero te costara que me ayudes a subir las maletas.

Estoy muerta de cansancio. Y quisiera tomar un baño antes de salir si no te causa molestias.

Costa sonrió.

—Pero claro —Tomo las maletas y se dirigió al elevador del que acababan de bajar una pareja de ancianos. —Subamos, arriba podrás descansar, tomar una ducha y si no deseas salir podemos tomar algo arriba estoy seguro que hay muchas cosas que querrás preguntarme.

Rosella formulo una pregunta en su mente. ¿Quién era esa mujer con la que bajaste del elevador? Sabía que si la hacía, Él advertiría inmediatamente sus intenciones hacia él, pues los celos y el amor son cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo.

Una vez en los amplios espacios de la suite presidencial, Costa le sirvió una copa de vino y ordeno servicio a la habitación. Después de que Rosella se duchara expreso su deseo de querer descansar más que salir a la ciudad, fue así como terminaron tomando los alimentos en el comedor de la suite.

—¿Qué te ha parecido el viaje? —pregunto Costa

Ella sorbió un poco de vino, hizo una mueca que a Costa le resulto graciosa y hablo con voz suave.

—Demasiado Cansado. Los años empiezan a pasarme factura

Costa río, una risa que lleno el amplio espacio de la suite. Una risa agradable a los oídos de ella.

—Vamos Rosy, tu eres toda una trotamundos, eres una expedicionaria autentica, no podrás estar hablando enserio.

Ella también río y hablo con tono severo.

—En realidad he venido porque me interesa saber que paso en Roma, Leone no me dijo mucho y por nuestra amistad te pido que confíes en mí y me cuentes que paso.

—¿Han puesto precio a mi cabeza?, ¿No es así? —atajo el, sorbiendo de su copa

—Si —dijo y bajo la mirada —y me temo que no podemos escapar.

—¿Podamos?

—Si, Podamos estoy en esto contigo, pero necesito saber qué fue lo que paso.

Lucas Valdez se encontraba disfrutando sus “vacaciones obligadas” delante del Arco del Fin del Mundo, había contratado un paquete local, que lo llevaría desde la bahía hasta la mítica formación rocosa. Vestido únicamente con unos bermudas, descalzo, sentía la calidez del sol por todo el cuerpo. Nunca ni en su más tierna infancia se imaginó estar en un lugar así. Las circunstancias que lo habían llevado a trabajar para la mafia habían sido tan desafortunadas como lo era su situación actual. Leone Bellini le había encomendado viajar hasta donde se ocultaba Sebastián Costa. Fue tarea fácil para el jefe, pensaba Valdez, pues hacía algún tiempo que tenía intervenido el teléfono de su mujer, y podía leer sus mensajes, escuchar sus llamadas y hasta grabarlas, desde luego también saber su localización. Bellini había tenido un ataque de rabia cuando se enteró que su adorable esposa cruzaba el pacífico para alertar a Costa sobre su orden de captura, y Dios, y también Bellini sabía que no se trataba de una simple visita amistosa, Lucas fue quien pago los platos rotos y tuvo que viajar tras la libertina esposa de Bellini, teniendo que poner alto a sus compromisos familiares en Italia. Una de sus hijas estaba por recibirse y a menos que pudiera atrapar a Costa con velocidad felina no lograría estar en Roma a tiempo para darle un gran abrazo de felicitación.

Para Lucas Valdez las razones que pudiera tener Bellini para atrapar a Costa no eran de importancia, ni siquiera estaba demasiado al tanto de la situación, todo lo que conocía era que Sebastián Costa, como eminente en el campo de la medicina participaba a menudo en procedimientos quirúrgicos de dudosa legalidad a beneficio de algunos de los miembros más elitistas de la Mafia Italiana. Desde procedimientos relativamente sencillos como el aumento en la talla del tamaño del busto en algunas de las esposas y/o amantes de los altos mandos (la mayoría de estos, más a capricho de los hombres que decisión propia de las mujeres), hasta trasplantes cuyos receptores pagaban una fuerte suma de dinero para aminorar las largas listas de espera de los hospitales públicos.

La Familia Di Tella proporcionaba todos los recursos para que el Doctor Costa junto con su equipo de trabajo tuvieran a la mano todo lo necesario. Entre esas cosas se encontraba una instalación secreta, debidamente equipada, ubicada en la ciudad de Gorizia cerca de la frontera de Italia con Eslovenia. Además de otra construcción en la ciudad francesa de Isola que fungía como centro de operaciones y en la que, usualmente, también se llevaban a cabo procedimientos quirúrgicos.

En la clandestinidad Costa y su equipo trabajaban de forma más o menos frecuente para los Di Tella. Lucas sabía que la mayoría de este equipo de trabajo ya se hallaba en manos de Bellini, sometidos probablemente a torturas viscerales, y probablemente, algunos, los más afortunados, ya se encontraban muertos. Ya solo faltaba echarle el guante al Doctor Costa y a una cirujana Italo—americana llamada Victoria Greco. Amante y principal cómplice de Costa.

Lucas, sabía que era el momento de atraparlo y volver a casa cuanto antes. Hubiera sido demasiado sencillo si Bellini rastreara con exactitud la localización del móvil de su esposa, podría agarrarlos in fraganti, quizá los encontraría dando un paseo despreocupado por la playa (justo como lo hacía el ahora mismo) o mejor aún, tal vez los encontraría haciendo el amor en una lujosa habitación de hotel. La idea hizo sonreír a Lucas. Además él podría ahorrarse mucho tiempo y trabajo, pero la mujer de Bellini no era estúpida y Lucas pensaba que quizá tuviera el teléfono apagado o sencillamente se hubiera desecho de él, por tanto, correspondía a él, y solo a él, dar con el paradero del fugitivo y de la libertina. No había ningún motivo en especial, solo era

parte de su trabajo, quería más que nada regresar pronto a Italia y ver como su hija se recibía. Además con el dinero obtenido por la captura de Costa podría pagarle a su hija un tour por Europa o comprarle un precioso automóvil y así poder callar la boca de su ex mujer y hacer feliz a su hija, parecía demasiado hermoso para ser verdad y Lucas encontraba fuerzas para realizar su trabajo en estos pensamientos.

Una vez de regreso en la ciudad estuvo un rato comprando baratijas a los locales y dando paseos sin rumbo fijo. Pensaba además que era posible que el fugitivo apareciera de un momento a otro por las calles, aunque también se sentía ansioso, si la mujer de Bellini le hablaba de sus sospechas de un posible rastreo a su móvil por parte de su marido podría convencer a Costa de que debía huir inmediatamente. Lucas se frotó la cara con ambas manos y se obligó a alejar esos pensamientos, pues no le servirían de nada.

Anduvo largo rato caminando por las calles de Cabo San Lucas, iba y venía, a eso de las 3 de la tarde entro a un pequeño restaurante. Comió ávidamente un coctel grande de camarón y algunos ostiones y dejó una generosa propina a la mesera que le agradeció con un beso que a nada estuvo de tocarle los labios. Lucas no sintió nada inquietarse en su interior, tenía 45 años y no le interesaba una aventura con una jovencita que podía tener la edad de su hija.

Finalmente alrededor de las 5 de la tarde, cuando ya empezaba a sentirse terriblemente impaciente y a pensar que Costa no aparecería jamás o que probablemente ya se había ido de la ciudad, vio desde la terraza de un pequeño bar (donde se encontraba en ese momento) a una pareja que caminaba a escasos metros por debajo de él. Lucas identificó casi de inmediato a la mujer, era Rosella Bellini, la libertina, llevaba un sombrero de sol enorme y el pelo largo y suelto, pero no le cupo duda que era ella. Le costó un poco más identificar al hombre, pues solo lo había visto en Italia enfundado en elegantes trajes pero se sintió seguro de su corazonada, era sin duda Sebastián Costa.

Sintió crecer en su interior una euforia desbordada pues su trabajo acabaría pronto, Lucas no había trabajado tantos años para la mafia sin conocer formas de inmovilizar, capturar y matar a alguien sin hacer demasiado ruido ni levantar excesivas sospechas. El único problema era que Costa iba en compañía de la esposa de Bellini, si algo le pasara, Leone nunca se lo perdonaría.

Las ordenes de Bellini eran capturarlo y retenerlo hasta que el mismo Leone pudiera volar a Los Cabos con unos cuantos mercenarios, pero si las cosas se complicaban, había dicho, debes matarlo.

Lucas dejó rápidamente la mesa en la que se encontraba bebiendo una cerveza, sentía su corazón latir con fuerza y la sangre agolpar su cerebro producto de la euforia. El lugar ya estaba algo atestado de turistas y trató de abrirse camino a empujones hacia la escalera que lo conduciría a la planta baja y posteriormente al exterior. Bajo rápidamente, ya casi llegaba a la salida, cuando de pronto, un tipo corpulento en la puerta no se movió ni con el fuerte empujón que Lucas le propino.

—¡Quítese! —gruñó Lucas

El tipo corpulento se dio media vuelta, dándole la espalda al grupo de amigos con los que se encontraba y encaró a Lucas.

—No pienso quitarme, Imbécil —dijo el tipo corpulento con cara de cerdo.

El sujeto era más alto que Lucas, que medio solo 1.70 y era varios kilos más pesado. Una auténtica mole. Esté le propino un fuerte empujón a Lucas que por poco cae de espaldas, de no ser por la creciente multitud que estaba a su alrededor.

Lucas mantuvo la cabeza fría. Rápidamente desapareció la adrenalina que le produjo ver tan de cerca a su objetivo, objetivo que muy probablemente ya se hallaba lejos. Había pasado por años

de entrenamiento en combate y tácticas militares en su juventud y había tenido pleitos con tipos mucho más grandes y peligrosos que aquel gordo frente a él.

Pensó en sacar su arma oculta bajo su chaqueta y propinar un par de tiros directo a la cabeza del gordo. Pensó que con solo sacar el arma aquel gordo se intimidaría y suplicaría por su vida como una niña pequeña. Miro rápidamente alrededor, mientras el gordo seguía lanzando insultos (su acento y porte lo delataban como nacional), y se dio cuenta que en la mesa de la que se levantó su obeso rival había varios hombres más, pudo ver a 4, pero muy probablemente eran más si es que estaban desperdigados por el lugar. En otro tiempo Lucas Valdez habría pedido disculpas y se habría retirado cuanto antes, sintiéndose miserable después por su cobardía, fue precisamente el recuerdo de sentirse miserable y cobarde lo que hizo que esta vez no se dejaría intimidar, por Dios, el tipo era gordo y más alto que él y con toda seguridad no se hallaba solo, pero Lucas había recibido entrenamiento por parte de algunos de los hombres más duros de los Di Tella, se había ganado su puesto en la organización a base de trabajo duro y una dedicación férrea, había sacrificado tantas cosas para poder ser uno de los hombres más cercanos a Leone Bellini y eso no era cualquier cosa.

Muchos de sus colegas habían logrado grandes hazañas, algunos eran francotiradores brillantes y podían matar a un hombre a una distancia a la que nunca se les consideraría ni remotamente sospechosos, otros eran grandes estrategas, otros grandes negociantes, Lucas Valdez no era ninguna de esas cosas, pero se sentía lo suficientemente capaz de manejar la situación que ante sí se presentaba, sin pensarlo más, movido solo por sus instintos desenfundó su revolver Colt 45 y apuntó al gordo, que se vio súbitamente sorprendido. La gente alrededor miraba temerosa la situación. La boca del gordo se calló de pronto y sus ojos se abrieron más por unos instantes. Lucas sostenía el revolver con firmeza y miraba al gordo directo a los ojos, su respiración se detuvo por unos instantes, el gordo ni siquiera levanto las manos, en cambio, contra todo pronóstico empezó a reír. Lucas se sintió extrañado pero no vacilo en ningún momento, fue entonces y solo entonces cuando con el rabillo del ojo vio levantarse a un hombre demasiado joven, que probablemente no pasaba los 20 años, el hombre joven desenfundó un arma y disparó, la bala rozo a Lucas por encima del hombro izquierdo, los gritos estallaron en el recinto y Lucas volvió rápidamente la mirada al hombre que le disparó, el que fuera demasiado joven, en su opinión, no fue impedimento para que Lucas apretara el gatillo, el disparo dio justo en el blanco y el muchacho se desplomó como muñeco de trapo con un agujero en la frente.

Lo que sucedió a continuación sucedió demasiado rápido. El gordo vociferó:

—¡Basta! —los tres hombres a la mesa que quedaron en pie desenfundaron armas cortas, el gordo saco también una pistola con chapado de oro, como las que usan los grandes capos del narcotráfico en México. Lucas quedo en medio de las armas que lo apuntaban, de frente, ante los tres hombres de la mesa y a su costado derecho el gordo que ya le había colocado el cañón del arma directamente en la sien. Lucas sentía el frío del metal, un frío que lo asocio inmediatamente con muerte. Nadie parecía percatarse del cadáver que yacía en el suelo, los capos probablemente no sentían en lo más mínimo la muerte de su elemento más joven e inexperto. Nadie ajeno a la situación parecía dispuesto a intervenir, quizá ya hubiera alguien llamado a la policía pero con toda seguridad tardaría aun en llegar al lugar de los hechos.

El corazón le latía con fuerza, sabía que prácticamente no tenía posibilidades, pero estaba dispuesto a arrastrar a la mayoría de esos bastardos con él.

—No derramare más sangre —dijo Lucas y alzo las manos. —Bajare el arma al suelo. Dijo por fin.

Se inclinó a dejar el arma, mientras el gordo y sus capos lo seguían apuntando con sus cañones.

Lucas palpo el mango del punzocortante que se escondía entre sus botas, tan afilado como un bisturí, lo tomo sigilosamente y lo escondió debajo de la manga derecha de su chaqueta. Se incorporó lentamente quedado frente al gordo que seguía apuntándolo con la pistola de oro.

—Así me gusta —dijo el gordo, esbozando una sonrisa burlona que dejó al descubierto sus amarillentos dientes.

Lucas inspiro, sentía el ardor de la herida en el hombro derecho. Y de pronto, con la agilidad de un tigre, a una velocidad fruto de sus años de entrenamiento, alzo su mano derecha donde escondía su diminuta navaja. Para el resto de las personas incluso para quienes lo apuntaban pareció como si espantara alguna mosca, los tres hombres a la mesa, con la visión algo entorpecida por la penumbra en que empezaba a sumirse el lugar, captaron aún menos el movimiento. Rápidamente la expresión del gordo se tornó sorpresiva, sintió emanar algo caliente de su cuello, intento disparar pero las fuerzas lo habían abandonado, el arma cayó al suelo, el gordo perdió la fuerza en las piernas y antes de que pudiera caer por completo Lucas lo tomo por los anchos hombros y lo giro bruscamente con todas sus fuerzas a modo de escudo. Sintió una punzada terrible en el hombro herido y cayó al suelo con el gordo encima suyo. El movimiento de Lucas fue tan rápido que los tres tiradores tardaron en reaccionar, dos de ellos fallaron, un tiro reboto contra la pared del establecimiento, el segundo, hirió de muerte a una joven mujer que se encontraba cerca, y el tercero solo alcanzo a dar en la espalda al gordo cuando este ya estaba muriendo desangrado. Lucas uso lo que le quedaba de fuerza para evitar ser aplastado por el cadáver del gordo, una vez en el suelo lo empujó hacia un costado. Ya agotando todas sus energías tanto físicas como mentales consiguió llegar a la salida y echar a correr, alcanzo a ver a las patrullas aproximándose al lugar, se sentía eufórico por haber salido vivo de semejante situación, se sentía al mismo tiempo estúpido, pues el viejo Lucas habría hecho lo correcto disculpándose y retirándose. Aun así le quedaban fuerzas para correr. Se hallaba ya a considerable distancia cuando un disparo lo alcanzo en la espalda, sus piernas no pudieron sostenerle más y cayo de bruces contra el duro pavimento, se golpeó fuertemente la mandíbula y vio brotar sangre rápidamente de su boca, una vez en el suelo trato de mover sus piernas pero le fue imposible. Uno de los tiradores, el mejor de los tres y el que probablemente se quedaría con el puesto del gordo como jefe, había salido corriendo tras él y le había asestado un tiro cobarde, lo dio por muerto y también echó a correr en otra dirección, pues los patrulleros ya le pisaban los talones.

Lucas pudo oír todo el caos desatado por los disparos, tres muertos en un bar cuando aún estaba por anochecer no era cualquier cosa, muchos se hallaban con ataques de pánico como al propio Lucas le pasaba al volar en avión. Mentalmente quería huir, pero físicamente le era imposible, finalmente perdió el conocimiento, cuando lo recupero se hallaba en la sala de un hospital.

Había anochecido y mientras Lucas Valdez llegaba a la sala de urgencias, Sebastián Costa se encontraba en la terraza de la Suite Presidencial, Rosella Bellini y el habían pasado parte del día allí mismo mientras ella dibujaba en silencio un retrato a carboncillo del Arco del Fin del Mundo. El dibujo es increíble le había dicho Costa, tienes un talento nato para el dibujo, Rosy.

Rosella se encontraba dentro de la habitación dando los últimos detalles a su dibujo. Durante su época como estudiante de arte había aprendido muchas técnicas de pintura, pero hacerlo a lápiz era su favorito, decía que se conservaba más la esencia del dibujo y que le hacía recordar el instante mismo en que lo había dibujado —es como poner una parte de mí en cada dibujo— solía decir —solo Dios puede dotar de tan bellos colores los paisajes es por eso que prefiero el carboncillo en blanco y negro, decía en otras ocasiones. En Roma tenía cientos de dibujos de diferentes lugares del mundo, desde la Torre Eiffel (su favorita y de la cual tenía varios dibujos en distintos ángulos), pasando por la muralla china, la ópera de Sídney, La Pirámide de Giza, El Coliseo Romano, El Cristo Redentor de Río de Janeiro, incluso Machu Picchu y Venecia.

Casarse con Leone Bellini le había proporcionado gran parte de los recursos para realizar todos y cada uno de sus viajes, y aunque ella se casó plenamente convencida y enamorada, con el tiempo Leone se fue transformando en un monstruo hosco y casi sin sentimientos.

Ahora, en compañía de Sebastián Costa se sentía de nuevo una mujer plena. Una mujer madura que a sus 37 años sabe que aún hay muchas cosas que disfrutar. Había terminado el dibujo y se sentía contenta con el resultado. Miro el reloj y salió también a la terraza.

—¿Estás bien? —dijo sin mirar a Costa a los ojos. Se colocó a su lado

—Sí, solo pensaba en el pasado, Es duro comenzar de nuevo, ¿no lo crees así? —dijo él sin apartar la mirada del inmenso océano frente a ellos.

—Sí, pero estoy convencida de que hiciste lo correcto.

—Me duele no haber podido salvar a los otros.

Rosella le dedico una mirada comprensiva y nostálgica.

—Victoria me dijo una vez que tarde o temprano esto pasaría, ella y yo teníamos planes de casarnos ¿recuerdas? —dijo Costa —pero es imposible llevar una vida feliz cuando te has inmiscuido con gente tan ruin. Ella y yo hablábamos a menudo de este lugar, ¿sabes? Decíamos, casi siempre bromeando, que si algo malo pasaba nos encontraríamos aquí. Ahora estoy seguro de que ellos la han atrapado y que si no está muerta pronto lo estará...

Rosella escucho aquello con prudente silencio, limitándose a asentir con la cabeza cuando él volvía la mirada hacia ella.

—¿Ves este amuleto? —dijo Costa sacándolo del bolsillo y extendiéndolo

—Si —asintió ella.

—Bueno, fue un regalo de una paciente que venía de Japón, simpatizábamos mucho y nos escribíamos a menudo, también conocía a Victoria y fueron juntas de compras algunas veces. Era una amiga sincera, igual que tu... —al oír esto Rosella sonrió tímidamente— ...cierta ocasión nos dio este amuleto y dijo que provenía de una dinastía muy antigua, que era muy poderoso, decía que cuando uno tenía pensamientos buenos hacia los demás y amor verdadero el amuleto intensificaba esas emociones, pero que si uno se encontraba de repente con ideas malas o sintiendo odio, el amuleto igual las intensificaría, en pocas palabras potencia las emociones y puede asumir el control de la persona que lo posea.

—Jamás creí ese tipo de cosas, soy un hombre de ciencia, lo sabes bien, pero desde que

Victoria y yo nos separamos parece como si estuviera fuera de control, anoche ocurrió algo muy extraño, la mujer con la que me viste esta misma mañana se llama Colette, la vi anoche en el restaurante Lucca, sentí atracción por ella, pero de una forma extraña, digamos que me gusto un poco, pensé solo en hablar con ella, invitarle una copa y nada más, pero el amuleto intensifico ese deseo, fui tras ella como un casanova, sintiendo al poco tiempo un enorme deseo que crecía y crecía dentro de mí. Pasamos la noche juntos, y cuando era momento de que se fuera, el amuleto apareció de nuevo, ella lo miro fijamente durante largo rato como si estuviera hipnotizada y me pidió de forma casi suplicante que le hiciera de nuevo el amor.

Rosella escuchaba con expresión melancólica y con una pizca de escepticismo, pues también ella, era una mujer de ciencia, estudiosa y artística que no se podía permitir creer semejantes patrañas, pero algo en su interior no se permitía dudar de las palabras que oía.

—Finalmente el deseo fue tan grande que volvimos a la cama —continúo Costa —pero esta vez no me sentía yo mismo, me sentía desplazado de mi propia mente. He intentado deshacerme de él pero siempre regresa, debo decirte además que cuando hice lo que hice en Roma, Victoria llevaba puesto el amuleto y de alguna extraña manera me sorprendió el hecho de que no se hubiera arrepentido en el último momento. Ahora pienso que el amuleto nos hizo odiar más a Salvatore. — él se volvió a mirarla y ella vio en su expresión la misma melancolía que ella sentía, aunque por razones distintas.

Rosella tardo en asimilar todo lo que estaba escuchando, le dolía el hecho de que Costa siguiera amando a Victoria. Sentía celos, pues su matrimonio con Leone Bellini era todo lo contrario, no había amor, ni aficiones mutuas, ni siquiera habían podido tener un hijo como era el deseo de ella, pues Leone Bellini era estéril, ella sabía que serle infiel a su marido le costaría la vida por eso nunca había intentado concebir en brazos de otro hombre. Sintió de pronto deseos de llorar, pues todos esos pensamientos llegaron de repente como una avalancha. Le dolía también la pérdida de su madre cuya muerte estaba reciente, parpadeo un par de veces antes de comenzar a llorar. Costa se acercó y la tomo entre sus brazos, con la luna y el arco como testigos se fundieron en un abrazo. El amuleto en el bolsillo comenzó a invertir su aguja interior, era como si lloviera en el desierto, pues percibió un amor que si bien no era mutuo, si era lo suficiente para aplacar sus oscuros poderes. El amuleto comenzaba a adormilarse como en los tiempos de mayor amor entre Sebastián Costa y Victoria Greco. Solo que esta vez era Rosella Bellini quien parecía calmarlo, ella y su amor.

ROMA

7

A pocos metros de la Ciudad del Vaticano, se alza una majestuosa construcción de carácter renacentista. Se trata del castillo Sant Angelo. Iniciado por el emperador Adriano en el año 135 para ser su mausoleo personal y familiar, fue terminado por Antonino Pío en 139. El castillo está conectado con la Ciudad del Vaticano por un corredor fortificado, llamado Passetto, de unos 800 metros de longitud. La fortaleza fue el refugio del Papa Clemente VII durante el asedio y saqueo de Roma en el año 1527, que llevaron a cabo las tropas del rey Carlos I de España, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

En un puente con el mismo nombre que se alza sobre el Río Tiber, Leone Bellini esperaba impaciente noticias de su hombre de confianza, Lucas Valdez. Hacia una semana ya que había hablado con él, para entonces le había dicho que buscaría a Sebastián Costa y que haría todo lo humanamente posible para capturarlo esa misma tarde. Bellini se había sentido emocionado, la captura de Costa lo congraciaría con sus superiores. Ahora su emoción de aquel día se estaba disipado y una sensación amarga inundaba su paladar, sentía la boca seca, y la cantidad de gente en el puente Sant Angelo lo ponía de mal humor.

Mientras miraba su propio reflejo distorsionado, en el río. Se puso a pensar en que la rapidez con la que había subido de puesto dentro de la organización de los Di Tella, se debía, en parte, e irónicamente a Sebastián Costa. Salvatore Di Tella era su jefe inmediato, un tipo alto, bien parecido de unos saludables 33 años, cuerpo atlético, pero con aficiones peligrosas. Salvatore, era el hijo mayor y heredero de los Di Tella. Cuando su padre muriera o se jubilara, el joven Salvatore ocuparía su puesto, pero al contrario de su padre que era un hombre experimentado en los negocios familiares, Salvatore era bastante estúpido con los números y demasiado cabeza hueca. Todo esto era tolerable, lo que era verdaderamente deleznable eran sus pasatiempos, si es que se les pueden llamar así. Salvatore solía jactarse de haber follado con todas las mujeres que había soñado desde la tierna edad de los 15 años. Los capos a su disposición le proporcionaban en cantidades obscenas mujeres de todos los rincones de Europa, había estado en una ocasión con alguna mujer de raza negra y con alguna asiática, pero sus favoritas, al menos hasta que sus preferencias sexuales se convirtieran en aberraciones, habían sido siempre las suecas.

Para cuando Salvatore cumplió 30 años ya había tenido todo tipo de relaciones heterosexuales y homosexuales, las mujeres ya no le excitaban y los hombres lo hacían aún menos.

Entonces una mala jugada del destino hizo que Salvatore conociera a Matteo, un hombre inmiscuido con redes de prostitución infantil a nivel mundial.

Durante tres años, Matteo proporcionaba niños y niñas a Salvatore para su disfrute personal. Salvatore llegó al límite cuando por medio de Leone Bellini contacto a Sebastián Costa y a su equipo, pidiendo que mediante cirugía removieran quirúrgicamente las manos y piernas de una niña eslovena de 14 años, pidió también que extrajeran las cuerdas vocales, pues aborrecía los gritos que los infantes daban durante el acto sexual. La idea era simple y macabra al mismo tiempo, Salvatore deseaba una muñeca sexual de carne y hueso siempre dispuesta para él. La Familia Di Tella y el mismo Bellini estaban al tanto de los crímenes sexuales de Salvatore, pero durante años se hicieron de la vista gorda.

Cuando la depravada propuesta de Salvatore llegó a oídos de Sebastián Costa, este se mostró dispuesto a cooperar, incluso en una ocasión le explicó a Salvatore como se realizaría la cirugía,

quien a partir de entonces se mostró más emocionado e impaciente que nunca.

Llegado el momento de la cirugía, Salvatore pidió estar presente en la sala. Costa miraba expectante desde el carro de Anestesia. Inicio la sedación de la pequeña niña mientras Salvatore sacaba su teléfono móvil para grabar y disfrutar el momento una y otra vez en el futuro.

La cirujana Victoria Greco y su ayudante estaban fuera de la sala realizando el aseo de manos quirúrgico.

Momentos antes de iniciar el primer corte en la cirugía, Sebastián Costa se acercó por detrás a Salvatore, llevaba una compresa empapada con Éter, la apretó con fuerza contra su nariz y aunque Salvatore opuso resistencia Costa lo sometió rápidamente, en pocos momentos se hallaba tan dormido como la pequeña niña en la sala de operaciones.

La cirugía se realizó, pero en lugar de la amputación de extremidades que Salvatore esperaba con ansia, el equipo le realizó al joven Di Tella una falectomía y orquiectomía totales. Nunca más el monstruo depravado volvería a atacar. Costa y su equipo habían puesto fin a la desenfrenada carrera como pederasta de Salvatore.

Recordar esto asqueaba a Bellini, pero al mismo tiempo le hacía sentirse bien, Salvatore era una escoria y merecía un castigo ejemplar, su posterior suicido hizo que Bellini ascendiera en la jerarquía de los Di Tella.

Un Grupo de niños corrieron delante de él, sacándolo de sus ensoñaciones, estuvo tan cerca de ser arrollado por ellos. —¡Malditos niños, tengan cuidado! —gritó. Poco a poco fue recobrando la calma, tendría que olvidarse de su hombre de confianza. Lucas Valdez había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, y no había tiempo para guardarle luto si es que había muerto en el cumplimiento de su misión.

Su mujer también había dejado de contestar el teléfono. Leone podía sentir, casi como si algo vivo lo recorriera, un odio desmedido hacia ella, ella debía estar allí apoyándolo o al menos debería estar allí para escucharlo. No era posible que Sebastián Costa la hubiera matado y eso no le preocupaba, pero algo raro sucedía y él, allí, a miles de kilómetros se sentía impotente, solo y se sentía consumir lentamente en las brasas de la duda y la desesperación. No podía esperar más tiempo, era el momento de actuar, el Conde (Amo y señor de la Gran Mafia y Padre de Salvatore) Di Tella estaba ansioso por vengar la muerte de su hijo, de su heredero. Había encomendado a Bellini hacerse cargo de la operación que conseguiría la captura de Costa y su equipo, pero éste apenas había logrado nada, le parecía irónico que incluso saber su ubicación había sido más mérito de su esposa que de él mismo. Enviar a Lucas Valdez había sido otro error del que comenzaba a arrepentirse, Dios sabía que Lucas no era estúpido, había sido su mano derecha durante muchos años y había depositado en él toda su confianza. Ahora él estaba desaparecido. ¿Costa pudo haberlo matado, al saberse descubierto?,

¿Se habría puesto tan borracho y estaría muerto resultado de algún pleito local? Bellini no sabía nada y solo podía hacer conjeturas.

Vio su rostro reflejado en las aguas del Rio Tiber, un rostro antaño joven, con rasgos perfectamente delineados y una mirada cautivadora, hoy convertido en el rostro del miedo y de la duda. Tampoco se sentía contento con la idea de dar muerte a un hombre que, en su opinión, había hecho lo correcto al eliminar de la faz de la tierra a un tipo tan despreciable como Salvatore Di Tella. ¿Pero, qué hacer? ¿Incumplir la Orden? ¡Jamás! Para Bellini, Sebastián Costa era casi tan despreciable como el mismo Salvatore, le había robado poco a poco y durante años el amor de su mujer, una mujer que había prometido ante los ojos de Dios serle fiel, acompañarlo en las buenas y en las malas hasta que la muerte pusiera fin a su santa unión. Una mujer que ahora lo había abandonado y que, con toda seguridad disfrutaba burlándose de él, una mujer que probablemente,

en estos mismos momentos, en los que él se sentía al borde de la locura, estuviera entregando su cuerpo a los brazos de Sebastián Costa.

Sintió deseos de gritar, de llorar de rabia ante la impotencia. Si tan solo hubiera sido capaz de darle a aquella malgradecida un hijo. Los médicos habían confirmado hace años que él era el del problema, su mujer era tan fértil como los campos en primavera y el tan seco como las grandes dunas del desierto. Incapaz de producir descendencia. Hoy a sus 42 años se sentía tan viejo y cansado como podría estarlo un hombre de 80 años que ha vivido a plenitud toda su vida. Por el contrario, su nivel de satisfacción personal se hallaba por los suelos, no había logrado casi nada de lo que se había propuesto cuando era un adolescente. Su padre y abuelo habían trabajado durante generaciones bajo las ordenes de los Di Tella, y el, desde muy joven fue obligado a seguir los pasos de sus progenitores, un camino que al principio le pareció agradable y que durante toda su vida lo había rodeado de lujos y riquezas, pero en este momento se sentía tan miserable como podría estarlo un pobre campesino o un vagabundo.

¿Qué podría importarle que Rosella hubiera corrido a brazos de Costa al verlo en problemas? Bellini podría conseguir otra mujer con suma facilidad, pues sabía muy bien que el dinero y el poder las atrae como a los lobos el cordero herido, quizá una mujer más joven le contagiaría su energía y vitalidad y el, Leone Bellini volvería a sentirse fuerte y vigoroso, este pensamiento le hizo sonreír y por unos breves instantes el rostro pálido y triste reflejado en el Tiber fue sustituido por un rostro brillante, apuesto y decidido.

Decidió que cumpliría su cometido, daría gusto al Conde Di Tella (y de paso a si mismo) al atrapar a Costa, y se complacía al recordar los horrores a los que fueron sometidos el resto de su equipo: al ayudante de cirujano, le habían arrancado los dedos uno por uno y finalmente la lengua, las dos enfermeras habían sufrido violaciones a manos de una jauría de perros entrenados para tal propósito. Finalmente su destino de los tres había sido la reclusión en celdas subterráneas en la propiedad de los Di Tella, en la ciudad francesa de Isola. Sencillamente condenados a morir por inanición.

Probablemente a Costa y a su cómplice más cercano, la doctora Victoria Greco les esperaría vejaciones aún peores. El pensamiento para su sorpresa, le hizo sentir bien, levanto la mirada hacia el cielo, rezo una oración en silencio y se puso en marcha, cuando caminaba dejando atrás el puente y el imponente castillo, recibió una llamada. Otro de sus más leales hombres había visto a Victoria Greco entrando en el Burj Al Arab de Dubai.

No pudo evitar sentirse alegre, ante aquella llamada, la suerte empezaba a sonreírle de nuevo.

DUBAI

8

Situado en el mar, sobre una isla artificial localizada a 270 metros de la playa en el Golfo Pérsico, el Burj Al Arab es una imponente construcción con una altura de 320 metros, un lujoso hotel que hace palidecer a la mayoría de hoteles que se jactan de ser lujosos alrededor del mundo. Y el único con la categoría de siete estrellas alrededor del globo.

Los decorados interiores tienen mármol, terciopelo y hojillas de oro. En el vestíbulo fuentes de agua danzantes, brillantes colores en el techo, Acuarios gigantes y luces multicolores son solo algunas de las cosas a las que Victoria Greco les prestó atención.

Con su sorprendente altura y con un total de 56 plantas, Victoria Greco se sintió por un momento empuñada. Olvido por un momento, al contemplar la majestuosidad del hotel, la desdichada situación en la que se encontraba, había reservado y entrado a Dubai con documentación falsa y usando otra identidad, así las probabilidades de que los Di Tella dieran con ella eran mínimas.

Vestida con un Hiyab color negro llegó al piso 27 directamente a las instalaciones del Sky Bar, pidió una copa de champagne y algunos snacks. Ver el mundo a 200 metros de altura desde la ventanilla del Sky Bar podría alterar a cualquiera, pero no a ella, la espectacular vista le brindó la serenidad para comenzar a ordenar sus pensamientos, planear sus próximas acciones y poner en orden sus sentimientos. Hace un par de días que se debía haber reunido con Sebastián Costa en el lugar donde lo habían prometido. Mientras Victoria realizaba la cirugía que terminaría con el suicidio de Salvatore Di Tella, ella y Costa habían acordado la Ciudad de Los Cabos en México como la ciudad a la que huirían. Pero algo ocurrió después, algo que hizo que los planes cambiaran a último momento, Victoria no había vuelto a hablar con Costa desde aquel día y a nada estuvo de ser capturada antes de poder salir de Italia. Pensar en ello todavía le producía escalofríos.

Dominada por el terrible miedo de ser capturada, decidió escapar a una ciudad donde su desaparición sería noticia, eligió un hotel donde las normas de seguridad estaban a la vanguardia de lo más avanzado en tecnología, compró varios Hiyab, Abayas y Niqab con el fin de mezclarse entre las mujeres Saudí, si bien sus rasgos faciales podrían delatarla había decidido sabiamente siempre portar un Niqab a fin de ocultar su rostro.

Lo que Victoria había pasado por alto era la enorme afluencia de turistas que visitan Dubái en todas las épocas del año. En el hotel mismo, había personas de más de 80 nacionalidades distintas, distribuidos entre los trabajadores del complejo y sus ostentosos huéspedes. Y fue precisamente un huésped, inmigrante africano llamado Derek Henderson quien reconoció a Victoria Greco antes de que ella se colocara el Niqab para ocultar el rostro. Derek la siguió sigilosamente hasta las inmediaciones del hotel donde el mismo se hospedaba, el Burj Al Arab. Derek era un hombre radicado en Italia desde su infancia y aunque no era parte de ninguna organización criminal en concreto, le gustaba aceptar de vez en cuando algún trabajo, y había trabajado para Leone Bellini y los Di Tella en muchas ocasiones, fruto de esos trabajos había logrado amasar una buena fortuna. Los Di Tella eran hombres muy agradecidos y a Derek le gustaba trabajar para ellos pues siempre remuneraban muy bien el esfuerzo.

Cuando los Di Tella pusieron precio a la cabeza de los dos fugitivos: Victoria Greco y

Sebastián Costa, Derek abrió muy bien los ojos, llamo a algunos de sus conocidos en el extranjero y comenzó a imaginar que haría con el dinero que ganaría atrapando a los fugitivos. Ese día se encontraba casualmente de vacaciones en Dubái, cuando el rostro inconfundible de Victoria Greco pasó ante sus hábiles ojos. Para su suerte se hospedaría en el Burj Al Arab. Más fácil no podía ser — pensó Derek.

Había avisado a Leone Bellini y este elaboro un plan que a Derek le pareció estupendo.

Victoria se sentía inquieta. Durante la noche apenas podía dormir un par de horas, dominada por una sensación de peligro inminente apenas comía y casi nunca salía de su habitación. La bulliciosa ciudad le pedía a gritos que saliera, que disfrutara de todo su encanto y que gastara más de la cuenta en sus costosas instalaciones. Ella nunca había estado en Dubái y era una pena visitarlo cuando se hallaba en condición de fugitiva.

Mientras tanto, Derek, recorría el hotel de arriba a abajo pero sus ojos no habían vuelto a ver a Victoria desde su llegada al Hotel, había preguntado por ella y no estaba registrada, era para el obvio que había dado un nombre falso al registrarse. La noche era genial y Derek detestaba estar caminando sin sentido, subiendo y bajando por los elevadores en busca de la mujer, que solo Dios sabía dónde podría encontrarse entre tantas plantas y habitaciones. Lo que le había parecido al principio una tarea fácil se estaba convirtiendo en un verdadero engorro.

Se daba ánimos a sí mismo, recordando el plan de Bellini, primero, averiguar la habitación donde se escondía esa puta, segundo hacerse con una cantidad considerable de ácido clorhídrico, y tercero llamar a la puerta y arrojar el ácido sobre su bello rostro, Derek ponía demasiado en juego con ello pero la jugosa cifra en euros valía la pena el riesgo. El dinero le hacía olvidarse de la parte peligrosa del plan, nada podría salir mal, lo había hecho muchas veces en el pasado y siempre conseguía escapar y cobrar sus generosos honorarios. Siempre podría infringirse algo de daño a sí mismo y alegar que el agresor había escapado arrojando ácido sobre su mujer y clavándole un cuchillo a él, o algo por el estilo.

Ya estaba visiblemente desesperado, cuando vio a Victoria Greco en el piso 27, se dirigía de nuevo al Sky Bar. Derek espero pacientemente largo rato a que Victoria se fuera a su habitación, cuando finalmente partió, la siguió sigilosamente a través de los largos y adoquinados pasillos, hasta el elevador, en el que hizo poco contacto visual para evitar levantar sospechas. Pudo percibir en la mirada de Victoria cierto resquemor, se le veía asustada como si pudiera predecir lo que iba a sucederle en poco tiempo. Victoria Greco era una mujer bella de 32 años de edad, esbelta, de piel blanca, cabellera abundante color castaño, con pechos generosos y piernas largas y sensuales. Derek casi sintió pena por tener que arruinar el monumento de mujer que era Victoria Greco, pero el dinero valía cualquier sacrificio, incluso el sacrificio de una bella doncella.

Finalmente en el piso 48 descendieron junto a 3 personas, hubo intercambio de empujones entre los que subían y entre quienes se disponían a bajar, Derek palpo la diminuta botella que contenía el ácido clorhídrico, y aunque ella permanecía cubierta por el Niqab, el potente ácido no encontraría oposición para disolver sus bellos ojos, nariz y boca. Derek no fue consciente de su creciente ansiedad por ver terminado el trabajo, y Victoria por primera vez no se sintió paranoica, era una advertencia real desde lo profundo de su corazón. Estaba en Peligro Real. Podía escuchar los pasos de Derek, quien ya había dejado atrás todas las precauciones sugeridas por Bellini, Derek acortaba distancia y Victoria sentía que la seguridad de su habitación estaba cada vez más lejos, era como si a cada paso que ella daba, la habitación se alejaba dos. El pasillo con su fina decoración y sus suaves y aterciopeladas alfombras parecían burlarse de ella y de su desgracia. Por primera vez sentía arrepentimiento al haber accedido a realizar una castración total a Salvatore Di Tella, pero ella habría sufrido abusos en su niñez y los tipos como Salvatore le revolvían el estómago y le inspiraban un profundo odio.

Podía sentir la presencia del hombre tras ella, acercándose cada vez más

—“Dios ayúdame”, alcanzo a susurrar para sus adentros

—“Este hombre está siguiéndome y seguro me hará algo horrible” —fue su segundo pensamiento.

Finalmente estaba alcanzando su habitación, dentro de ella llamaría a seguridad, a la policía o a cualquiera que pudiera ayudarle, estaba demasiado asustada y pensó tontamente que una vez dentro llamaría a Costa para que viniese a rescatarla. Sin embargo ya era demasiado tarde, sentía la oscura y siniestra presencia inmediatamente a sus espaldas. Ya demasiado cerca. La voz serenamente dijo:

—“Señora Victoria Greco, no vaya a voltear a verme. Tenía órdenes precisas de arrojar ácido sobre su rostro, pero mi querido amigo Leone Bellini acaba de llegar a Dubái y por unos minutos la ha salvado a usted de una terrible y dolorosa desfiguración”

Victoria permaneció quieta de espaldas a Derek pero con un frío invernal recorriendo cada centímetro de su cuerpo, no sentía las piernas y tenía una sensación de hormigueo por todo el cuerpo.

—“Le pediré que entre a su habitación, me del nombre con el que se registró y autorice la entrada de Leone Bellini a la misma, si no lo hace mi amigo me ha ordenado volver al plan original”.

Victoria permaneció en silencio y en penumbras, contemplando ansiosamente la puerta de entrada. A los pocos minutos Leone Bellini apareció en el umbral, la oscuridad no dejaba ver a detalle sus rasgos faciales, vestía una gabardina muy elegante, llevaba un bastón con una figurilla echa de marfil del quijote de la mancha, palo de ébano y anilla de plata. Llevaba una barba muy abundante y sus gafas le daban el aspecto de un hombre mucho mayor de lo que en realidad era.

—“La Doctora Victoria Greco” —dijo Bellini mientras permanecía sin moverse en la puerta.

—“Un placer verla de nueva, doctora, sabe empezaba a preocuparme por usted”

—“No tiene porque señor Bellini” —dijo ella con las manos en el regazo y sin mirarlo a los ojos, a poca distancia de ella, la presencia de Derek la incomodaba.

—“¿No cree que es un mal momento para tomar unas vacaciones?” —dijo Bellini avanzando y entrando finalmente a la habitación.

—Deje los juegos, señor Bellini ¿Qué es lo que quiere?

—“Solo hablar y negociar con usted un trato, señorita Greco”.

Bellini apoyo su magnífico bastón en la suave alfombra, hecho un vistazo alrededor de la lujosa habitación.

—“Bonita habitación, no cabe duda que los Di Tella le han pagado muy bien cada uno de sus favores”

—¿A qué se refiere con negociar? —pregunto ella tajantemente.

—“He recibido órdenes de llevarla con vida a Roma, no seré yo quien le haga la oferta pero puedo adelantarle un par de cosas, ¿y sabe?, en su posición no creo que pueda negarse”.

Victoria lo miraba con incredulidad, había algo en la mirada de aquel hombre que le inspiraba desconfianza, pero como el mismo había dicho no se hallaba en condiciones de negarse a cualquier petición ahora que la habían encontrado. Creía haber sido inteligente al esconderse y la habían encontrado tan fácil que se sentía tremendamente estúpida.

—“Hable entonces, señor Bellini”

—“Victoria, Victoria... Es usted... mmm... ¿Cómo decirlo?, tan...Interesante...Como bien ha de saber los miembros de su equipo están todos muertos o lo estarán pronto, usted y el doctor Costa son los únicos que decidieron tontamente prolongar su sufrimiento, que le aseguro el Conde Di Tella les hará pagar con intereses tarde o temprano”

—“¡Salvatore era un malnacido” —grito Victoria al borde de la histeria

—“Oh Señorita eso lo sabemos, no hay porque alzar la voz recuerde que mi amigo Derek está ansioso por usar eso que trae en las manos, así que tenga cuidado”.

—“Está bien, ¿qué es lo que quiere decirme?” —dijo ella con una voz que se esforzó por mostrar serenidad pero que temblaba.

—“Dos cosas, señorita Greco. Primera —dijo levantando la mano —“Volara conmigo a Roma, si se niega a hacerlo volveremos al plan original de verter el ácido sobre su bello rostro y le aseguro que aun así se ira conmigo, si acepta sin darme problemas, quizá hasta salve la vida — esto último Bellini lo dijo con un toque de humor negro. —Segundo y más importante me dirá con todo detalle todo lo que sepa sobre Sebastián Costa, ¿Si Sigue en México?, ¿Si tiene Familia y en donde vive?, ¿Si tiene amigos?, y ¿Si tiene algo a parte de usted que le importe mucho?, Debo agregar que me siento muy feliz de verla pues ello significa que el doctor Costa estará muy pronto en mis manos”

Al ver que ella no respondió, ni parecía inmutarse Bellini clavo la punta de su bastón sobre el pie derecho de Victoria, y le susurró al oído mientras ella hacia lo posible por contener un alarido de dolor.

—“Deseo vengarme del doctor Costa en más de una forma señorita Greco, usted no es mi tipo pero estoy seguro que gozare mucho con usted una vez que estemos en Roma, puede apostararlo”.

Finalmente retiro su puntiagudo bastón, Victoria tenía el rostro marcado por el dolor y la rabia, le dolía el pie pero más le dolía haber sido atrapada tan fácilmente. Pese a ello

trataría de soportar estoicamente el sufrimiento que sabía le esperaba. Pelear no serviría de nada, sabía que Bellini la sacaría de allí como fuera y que si no lo hacía por las buenas, lo haría con el rostro terriblemente desfigurado.

—“Derek, has sido muy eficiente como siempre, puedes contar con tu pago dentro de 24 horas” —dijo Bellini.

—“Es un placer, servirle señor Bellini, de mis saludos a su distinguida esposa y al Conde Di Tella, por favor”.

—“Así lo haré, Derek”.

—“Recoja sus cosas señorita Greco, estaré vigilándola. Reservare ahora mismo para volar a Roma lo antes posible”

Victoria se quedó quieta durante unos instantes y lo miro de forma desafiante.

—“Le diré algo señor Bellini, usted es tan despreciable como Salvatore estoy segura que tiene un lugar especial reservado en el infierno”.

—“Espero que sea junto a usted Señorita Greco” —dijo Bellini riendo, satisfecho por su brillante contestación.

Victoria empaco rápidamente las pocas pertenencias con las que había llegado, le dedico a una mirada a su majestuosa habitación y lamento en el alma no haber visitado antes la esplendorosa ciudad, sabía que, con toda seguridad sería la última vez que la visitaría.

A pesar de los 40 grados de temperatura que había, cuando salió sintió un aire helado azotarle la cara. Escoltada por Bellini y Derek podía percibir el hedor de la adrenalina en ambos, un hedor que le pareció peor que los que ella hubiera conocido en su carrera como cirujano. Aun con todas las probabilidades en contra, Victoria Greco se hallaba decidida a sobrevivir.

LOS CABOS

10

Habían pasado cerca de dos semanas desde que Rosella Bellini llegaría a la ciudad, durante este tiempo ella había reflexionado mucho acerca de cada una de las decisiones en su vida, decisiones, que la habían llevado hasta allí. Cada decisión, por pequeña que sea siempre influye en nuestras vidas, nos lleva por caminos llenos de gloria, triunfos y nos lleva a conocer personas clave para nuestro propio crecimiento personal, por el contrario, a veces, estos caminos pueden verse ensombrecidos, ennegrecidos, donde nuestros peores miedos pueden tomar formas bastante desagradables y donde muchas veces encontramos la muerte de forma estúpida y sin ningún propósito.

Rosella se sentía plena y feliz en compañía de Costa, habían hablado muchas noches sobre lo bueno que eran los viejos tiempos, la volatilidad inminente y aplastante del tiempo. Cada uno había hablado de sus logros profesionales y personales y de los sueños que aún quedaban por cumplir. Muchas veces el sol salía imponente antes de que ellos terminaran sus largas charlas nocturnas.

Sin embargo, no había tenido aun el valor suficiente de hablarle de sus sentimientos. A esto se le sumaba la sensación incomoda y apremiante de que su marido debería estar ya pisándoles los talones, probablemente no vendría solo, ella recibiría una golpiza que bien podría mandarla al hospital y Costa, con toda seguridad iría a parar a las manos del Conde Di Tella y la muerte sería la menor de sus preocupaciones.

Se sentía así mismo envejecida, Dios sabe, cuanto ella había deseado un hijo y ahora acercándose a los 40 años la idea empezaba a sonar no solo absurda sino inalcanzable.

El amuleto Dragón había despertado su curiosidad, pero cuando ella lo sostenía entre sus delgadas manos, le parecía un objeto sin chiste y mucho menos sin los poderes de los que tanto le habían hablado. El mismo Costa se mostraba amable y tranquilo como desde siempre ella lo había conocido, el aparente brote de “psicosis” del que le había hablado en más de una noche, parecía una idea absurda, Rosella no podía imaginarlo despojando a una mujer de sus prendas y arrojándola violentamente a la cama para hacerle el amor de manera obscena y perversa.

Era consciente de que pronto deberían tomar una decisión, a estas alturas era probable que ya los hubieran localizado, y aunque ella mantenía los ojos muy abiertos ante cualquier sospechoso, sabía de sobra que los hombres con los que trabajaba su marido se caracterizaban por acorralar a la víctima y en el momento menos esperado dar la estocada final, esto, también lo temía, pues si decidían abandonar la ciudad no era descabellado que fueran interceptados a la salida del hotel o en el aeropuerto mismo, los escoltarían a algún rincón de la península y allí acabaría todo.

Ese día, ya entrada la tarde estaban en camino a un restaurante local. Ella se había vestido elegantemente para la ocasión, un vestido largo con un escote discreto y en el cuello un reluciente collar de zafiros que hacía juego maravillosamente con su blanca piel.

Costa iba vestido con uno de sus acostumbrados trajes Brioni, ella le contemplaba y le admiraba de forma discreta, en ocasiones cuando él le devolvía la mirada no podía evitar sonrojarse como colegiala. Era probable que el ya intuyera sus sentimientos pero nunca se atrevía a tocar el tema, esto desesperaba a Rosella pues no quería ser ella la que declarara su amor, se

sentía estúpida de solo pensarlo. ¡Por Dios, Los Hombres son tan tontos! —pensó ¡No importa si son analfabetos o están Doctorados en alguna disciplina compleja son igual de tontos en las cuestiones del corazón!

—Has estado muy callada —dijo él de pronto

—Sabes mi preocupación, pienso que deberíamos irnos ya mismo de aquí

—Te prometo que solo será esta noche, lo he estado pensando y también creo que debemos irnos, es un riesgo hacerlo pero es más arriesgado quedarnos aquí.

Rosella se detuvo de pronto. El restaurante estaba ya cruzando la calle. Bajo la mirada y cuando él se acercó para ver que le ocurría. Levanto su mirada y lo contemplo de cerca, podía oler su perfume. Lo tomo por los hombros, como él era varios centímetros más alto, tuvo que levantarse de puntillas y le dijo:

—No quiero perderte. Es todo lo que se...

Él le dedico una sonrisa, la miro durante un breve momento que a ella se le antojo eterno, la volatilidad del tiempo pareció detenerse a descansar unos instantes.

—Ni yo a ti.

Fue todo lo que dijo antes de tomar sus brazos, retirarlos de sus hombros y besarla en los labios. Fue un beso inocente y fugaz, a Rosella se le antojo como el primer beso en toda su vida, fue tan rápido que no tuvo tiempo a corresponderlo, pero sintió como la grata y electrizante sensación se distribuía por su cuerpo.

No tuvo tiempo de decir nada, él la tomo de la mano y entraron juntos al Restaurante donde cenaron. Los platillos locales eran exquisitos. La machaca de Mantarraya saborizada con hierbas aromáticas, ajo, laurel, chiles y aceitunas fue el platillo que Rosella degusto. Costa ordeno las tradicionales Almejas en Escabeche, preparadas con vino blanco, ajo, cebolla, mostaza y pimienta.

Aquella noche sería la última, ninguno lo sabía pero podían sentirlo en su corazón. Era viernes y la vida nocturna en el puerto era estupenda, después de cenar caminaron largo rato recorriendo las calles, mirando aquí y allá y conversando despreocupadamente. El clima era agradable. Entraron a un bar, Uno más? Decía el anuncio luminoso al exterior. Fue la noche en que se olvidaron de todo y de todos, bailaron hasta bien entrada la madrugada, rieron y se emborracharon.

Cuando la noche dio paso a la luz del día, la habitación que Sebastián Costa había ocupado se hallaba vacía. Un hombre toco la puerta con desesperación y al comprobar que nadie atendía, se fue a recorrer la playa en busca del inquilino.

A través de sus oscuras gafas de sol, Derek abrió bien los ojos en busca del sospechoso y la Mujer. Comenzó a exasperarse y llamo a Leone Bellini. Los turistas lo miraban, Derek parecía un espécimen perdido en medio de la muchedumbre, su mirada se posaba de aquí para allá sin ningún resultado. Haber capturado a Victoria Greco con suma facilidad le había infundido mucha confianza en sí mismo y en sus habilidades, pero una corazonada le decía que atrapar al último fugitivo no sería igual de sencillo. Bellini ya estaba en camino y quería darle la sorpresa cuando llegara, de que él, ya había hecho lo más difícil del trabajo: Atraparlos.

A 75 kilómetros, un auto modelo versa rebasaba el cartel que anunciaba la llegada al pueblo de Todos Santos en Baja California Sur. Rosella Bellini conducía a unos discretos 80km/h, con más preguntas que respuestas en su mente.

El gobierno de Estados Unidos ha expedido con anterioridad alertas de viaje a sus ciudadanos, con el fin de que no visiten o lo hagan bajo su propio riesgo determinadas ciudades en México. El municipio de Los Cabos, con todo y su reconocimiento a nivel mundial, sus paradisíacas playas y sus lujosos complejos no estuvo exento de violencia y el gobierno norteamericano lo incluyó hace poco en su lista de “zonas rojas”. Aprovechando esta penosa casualidad, Derek, hombre de confianza de Bellini, acudió a las autoridades locales para reportar la “desaparición” de dos “amigos” suyos.

Pronto los rostros de Sebastián Costa y Lucas Valdez serían vistos por turistas y locales y si seguían en la ciudad sería fácil dar con ellos. Derek se regocijó con este pensamiento, paseó despreocupadamente por la playa, admirando toda cantidad de mujeres hermosas que desfilaban ante sus ojos. Estaba mirando a una rubia bronceándose cuando su teléfono celular comenzó a sonar.

—¿Los has localizado? —pregunto Bellini al otro lado de la línea

—Aún no, pienso que escaparon y...

—¡Maldita Sea! —Lo interrumpió Bellini

—Tranquilo, Leone ya puse en marcha el Plan B

—Estaré allí en un par de Horas —dijo Bellini ignorando lo que Derek acababa de decir —El avión hizo una escala en Ciudad de México.

—Pregunte en la recepción del hotel y por poco los encontraba allí... ¡maldita suerte!

—No importa ya, es absolutamente indispensable que encuentres a Lucas ¿me entiendes?

—Si, Leone, solo que...

No pudo completar la frase. Bellini ya había colgado.

Aquella noche el cielo estaba nublado, las estrellas no eran visibles, el clima parecía furioso y dispuesto a castigar, de un momento a otro comenzaron los chaparrones. Al cabo de unos pocos minutos los truenos, poderosos e implacables asustaban a los niños y a los perros, la lluvia de a poco se fue convirtiendo en una auténtica tormenta eléctrica, se veía a los turistas correr a sus respectivas habitaciones para guarecerse. Derek observaba tranquilamente la escena, desde la calidez de su habitación, en la televisión no había nada bueno, detestaba los programas de espectáculos y concursos. Tenía una taza de té en el regazo. Por la ventanilla se colaba la frescura de la lluvia, el aire era delicioso y el té le fascinaba, no era un hombre que tuviera demasiada afición al alcohol pero el té sí que era su debilidad.

Su móvil volvió a sonar. Contesto sin apartar la mirada de la ventanilla.

—He llegado Derek, Necesito que salgas iremos a dar un paseo.

—¿Ahora?, pero...

—No hay tiempo ¡Maldita sea! ¡Sal ya!, te veo en la recepción.

Derek se apartó rápidamente el teléfono al oír los gritos de Bellini estallándole en los tímpanos, hizo una mueca dolorosa, tomó su chaqueta y salió.

La oscuridad ya bañaba la bahía cuando Leone y Derek se encontraron, caminaban como dos viejos amigos, si bien la bahía no estaba totalmente vacía, había pocos turistas la mayoría se encontraban en los escandalosos y luminosos centros nocturnos.

—Di Tella, está muy agradecido contigo —dijo Leone mientras sacaba un paño para limpiar sus anteojos.

—¿Ya Tienen a la Señora Greco en resguardo? —pregunto Derek

—Así es y me urge regresar para saldar cuentas pendientes con ella —rió —el doctor Costa será espectador de primera fila te lo aseguro.

—Leone... Siento decirte que no hay ningún indicio que podamos seguir que nos lleve a su captura... Es como... si...se los hubiera tragado la tierra, ¡Dios! Si hubiéramos llegado unos días antes ya los tendríamos entre manos.

—Calma —dijo Leone Tocándole el hombro —El Señor Di Tella ya se puso en contacto con sus socios en América para ayudarnos con la búsqueda. En California hay un par de hombres de confianza que conozco de primera mano y te aseguro que pondrán a sus hombres tras la huella de ese maldito y de mi mujercita.

—Estoy seguro que así será —asintió Derek

—Aun así es muy posible que estén cerca, así que te pediré que te quedes aquí unos días más —dijo Leone al tiempo que se colocaba de nuevo sus anteojos que le conferían un aspecto bastante mayor, llevaba además una camisa de manga larga de aspecto ejecutivo, lo que a Derek se le antojo uno de los atuendos más inapropiados para pasearse por una playa.

—Bien, Leone. Abriré bien los ojos.

—Encuentra a Lucas, le necesitamos, quizá él sabe algo que pueda ayudarnos. ¿Entendido?

Derek asintió con un gesto.

—Quita esa cara de preocupación —dijo Leone —Con el bono que el Señor Di Tella te tiene preparado por la captura de la Zorra Greco tendrás para vivir cómodamente durante 10 vidas completas, si las tuvieras —rió y abrazo fraternalmente a Derek, como el abrazo que se les da a los hermanos o a los mejores amigos. —Mejor vamos a divertirnos un rato, yo invito —continuo Leone.

Se dirigieron a la bulliciosa zona de bares y desaparecieron entre la multitud de visitantes. Aquella noche mientras ellos bebían y se acostaban con prostitutas, hechos más importantes tenían lugar. A diez mil kilómetros de distancia, en Roma, Victoria Greco esperaba amordazada y atada la visita y veredicto del Conde Di Tella, y Rosella Bellini seguía conduciendo en completa soledad y creciente oscuridad por la Carretera Transpeninular sin saber con certeza su propio destino.

ROMA

12

La oscuridad del sótano parecía colarse dentro de sus entrañas, la sentía recorrer cada centímetro de su debilitado y tembloroso cuerpo. Hacia solo 10 minutos que el hombre corpulento de barba larga había asomado por el umbral de la puerta y la había rociado con una manguera, el agua helada había aumentado sus temblores y el frío se volvía el cómplice cruel de la oscuridad. Se hallaba completamente desnuda y sabía que muy probablemente había cámaras en la habitación, cámaras tan sofisticadas que aun a pesar de la oscuridad podrían transmitir su desnudez a los monitores de quien sabe cuántos hombres, probablemente el mismo Di Tella estaba en su habitación, recostado, observándola. Se le revolvió el estómago y trató en vano de apartar la idea de su cabeza, estaba siendo despojada de su propia intimidad, siendo exhibida como animal de zoológico. Sabía que pasaría varios días en ese estado de miseria antes de que el Conde Di Tella se apareciera para hablar con ella, para condenarla y muy probablemente para darle una muerte horrible no sin antes someterla a una sesión de tortura mayor de la que ya estaba sufriendo.

Cerró los ojos para intentar dominarse, aunque realmente no había diferencia entre la oscuridad de la habitación y la que se producía cuando daba un descanso a sus parpados, sentía el frío como bichos recorriéndole el cuerpo, como sanguijuelas que se alimentaban de su sangre. Su mente era un torbellino de emociones, pudo recordar el día que Costa le conto la enfermiza idea de Salvatore, recién habían terminado de hacer el amor y sus respiraciones y latidos estaban acompasados y perfectamente sincronizados, ella tenía el amuleto prendado en el cuello y un extraño calor irradiaba de él brindándole calma. Recordó haberse sentido asqueada y confundida cuando escucho hasta el mínimo detalle de la cirugía en la que debía participar. Recordó, también que al final de aquel día, juntos habían decidido poner fin a las depravaciones de Salvatore, arriesgaban demasiado y probablemente estaban firmando una sentencia de muerte prematura, pero sabía que no volvería a tener paz si accedía a ser participe en la mutilación de una inocente niña.

Poco a poco su mente se fue deslizando a otros rincones, hacia recuerdos más gratos y felices. Vio a su amiga Akane quien le había dado el amuleto dragón, recordó las largas tardes cuando estaban de compras, cuando iban a cenar juntas y cuando le enseñó a jugar al go.

Como un tren con varias paradas en su trayecto, su mente iba y venía, y de pronto se encontró pensando en él. Su amor había sido de todo, pasional, romántico, intelectual y sobre todo maduro y sincero. Ahora no sabía si haberse encontrado no había sido un error, ella era un médico brillante y su amor por Sebastián Costa la había llevado a entrar en el oscuro mundo de la mafia. Poco después de conocerse abandono su puesto y bajo salario en un hospital público para trabajar para la Familia Di Tella.

De pronto la puerta crujió, y apareció de nuevo el hombre de la larga barba a quien no podía verle el rostro. Asomo la manguera y un nuevo torrente de agua helada la golpeo, sintió como diminutas agujas clavándosele en su piel, ahogo un grito y su mente la arrojó con violencia de nuevo a la realidad.

El hombre de la barba larga rio burlescamente y cerró con fuerza la puerta. Una nueva oleada de temblores sacudió su debilitado cuerpo. Victoria apretó los puños y sintió chocar sus dientes con una fuerza tal que por un momento pensó que empezaría a desmoronarse como papilla. Al tormentoso frío se sumó pronto el vacío de su estómago, tenía hambre, no tuvo tiempo de recordar

su último alimento cuando un ruido estruendoso azoto sus tímpanos, pronto identifico el sonido que era producido por guitarras eléctricas distorsionadas, seguido de una batería a ritmo endemoniado. Si bien ella no conocía demasiado de música, pronto identifico el sonido como lo que era o como lo que pretendía ser: una canción de heavy metal. Esta era especialmente ruidosa y diez veces más incómoda que cualquiera que hubiera escuchado antes. Un conocedor del género la habría identificado sin problemas, se trataba del tema “Fuck Your God” de la banda de death metal Deicide.

Victoria quiso taparse los oídos, los altos decibeles zumbaban en su cabeza como si una colmena de abejas la hubiera invadido de pronto. Sintió las ataduras y recordó que no podría hacer tal cosa, grito y comenzó a llorar presa de la impotencia. Ahora sí estaba siendo torturada desde todos los flancos. Escucho decir en alguna ocasión al Conde Di Tella que una tortura no está completa si no se castiga todos y cada uno de los sentidos.

En el fondo de su corazón sintió crecer un odio hacia Costa por haberla involucrado en ese infierno, deseaba con todo su corazón que el Conde o el mismo diablo se aparecieran ante su maltratada humanidad y así ella pudiera hacer algún trato para salir de allí. No podía pensar en algo más que no fuera dolor y desesperación. Cuando llevaba ya 12 horas escuchando la misma insoportable canción y sintiendo la hipotermia corroer sus fibras musculares, deseo morir. Ella no lo sabía pero todavía pasarían 24 horas más antes de que el Conde Di Tella se apareciera para ofrecerle un jugoso trato.

La casa de 380m² propiedad de la Familia Di Tella se encuentra en la zona arqueológica de los baños termales de Caracalla rodeada de exuberante vegetación. La entrada tiene un suelo de mármol con inserciones grandes y losas policromadas, que representan la rosa de los vientos. La sala de estar cuenta con dos grandes salas y un comedor, separados por un patio luminoso decorado con frescos del siglo XV y una gran bañera de mármol rosa. Los pisos de la sala de estar están completamente cubiertos con parquet de tablas de roble (diseño Versalles) con inserciones de mármol amarillo y rojo. En las paredes hay una boiserie, una gran librería francesa de roble, armarios a medida decorados con toques de papel, espejos y tapices, y una hermosa chimenea francesa del siglo XVII en mármol amarillo de Siena. El área de dormir cuenta con una sala de televisión con una librería de madera, un gran pasillo con armarios empotrados que lleva a tres dormitorios y tres baños. Un dormitorio principal con baño en suite y estudio completan el área de dormir. El jardín bien cuidado de unos 2100 metros cuadrados con césped, está lleno de árboles altos que incluyen pinos mediterráneos, ginkgo biloba, cedros del Líbano, árboles frutales, olivos, palmeras, cycas arborescentes, un huerto de cítricos, un jardín de rocas, arbustos de preciosas esencias, setos en laurel y encinas a lo largo de todo el perímetro.

Es en esta preciosa construcción, desde donde el Conde Di Tella observaba cómodamente en la pantalla plana de la sala de estar el encierro de Victoria Greco. Llevaba puesto un sombrero Medfield Seagrass que le cubría la incipiente calvicie que presentaba, un elegante traje Ermenegildo Zegna con cuello en V y corte regular completaban su vestimenta. Los zapatos negros y lustrosos Salvatore Ferragamo eran uno de sus favoritos y los portaba con elegancia. En la pequeña mesa frente a él había unos puros Montecristo. Había sido un consumidor habitual durante casi toda su vida y los accesos de tos eran cada vez más frecuentes.

Observaba con complacencia la desnudez de Victoria Greco a través de la pantalla, la idea de poner música a volúmenes muy altos había sido su idea y estaba satisfecho con el resultado, podía ver angustia y terror puro plasmado en las bellas facciones de Victoria Greco. Veía con morbosidad cada centímetro de su piel, la redondez y blancura de sus senos, sus largas piernas y casi podía sentir que podía tocarla a través de la pantalla, sentía su corazón palpitante por la excitación, como un adolescente mirando pornografía. Antes de matarla podría hacerla suya si es que aquello no le jugaba una mala pasada. La idea lo excitó aún más. Hacía poco que había sido tratado contra la sífilis y aun no se sentía con fuerzas suficientes para mantener relaciones con nadie, por más que se sintiera excitado.

Recién había hablado con Leone Bellini y se sentía cada vez más cerca de dar con el último fugitivo. Esto, sumado a la rápida captura de la Doctora Greco había renovado sus ánimos. Cuando su hijo Salvatore se suicidó se sintió devastado y profundamente deprimido, pero ahora, había dos cosas que habían apaciguado su sufrimiento, mejor que los sedantes que a veces se veía obligado a tomar para poder dormir. Primero: ver a Victoria Greco retorcerse ante sus ojos le brindaba placer y satisfacción y Segundo: La disposición de sus contactos en América para dar con el paradero de Sebastián Costa.

Esbozo una sonrisa que se reflejó en la pantalla frente a él.

Levantándose con aspereza apago el televisor y se dirigió a su dormitorio, sintiendo que por primera vez en mucho tiempo dormiría sin necesidad de pastillas y sin pesadillas incómodas que lo atormentaran.

LOS CABOS

14

Colette llevaba varios días frecuentando el restaurante Lucca, al darse cuenta que solo esperando allí limitaba sus opciones, había decidió frecuentar otros bares y restaurantes de la zona, su hermano en Francia le enviaba fondos suficientes para llevar una estancia cómoda. Sus padres hacia días que se habían marchado a Francia, no sin antes reprenderla enérgicamente por su comportamiento desde aquella noche en el Lucca, donde tuvo su encuentro con Sebastián Costa.

Ella se vestía provocadoramente cuando iba a la zona de bares y restaurantes de Los Cabos. Había rechazado y abofeteado a más de uno que se acercó con galanterías y cursilerías, algunos a la antigua Colette le hubieran parecido encantadores, pero ahora, ella se sentía presa de un solo hombre. Solo recordar aquella noche era suficiente para mojar sus bragas y provocar un escalofrío electrizante que recorría su espalda.

Cansada y aburrida de su infructuosa búsqueda, salió del lugar donde estaba bebiéndose una cerveza, no sin provocar los obscenos piropos de varios hombres. Se sentía mareada y la música del lugar la había dejado con zumbido de oídos y una pulsación molesta y dolorosa en las sienas. Se detuvo un momento a algunos metros del local apoyándose sobre una cabina telefónica, de pronto vio que había una hoja pegada junto a un poste cerca de ella, abrió bien los ojos y a pesar de sus mareos y de la poca iluminación pudo reconocer el rostro de Sebastián Costa con las letras “PERSONA DESAPARECIDA”.

Arranco la hoja, la doblo y la guardo en su bolso de mano, se dirigió a su hotel y en la soledad de su habitación confirmo el rostro que aparecía allí. De nuevo sintió humedad en la entrepierna acompañada de una mezcla de emociones.

¿Desaparecido? ¿Cómo era posible? Decidió tomar el teléfono y llamo al primer número que aparecía allí. Un Tono, dos tonos, tres tonos... y nada, ya se disponía a colgar cuando una voz masculina respondió.

—¿Hola?

—Hola, vi su anuncio. Tengo información sobre el hombre desaparecido. ¿Sebastián Costa correcto?

—Sí, dígame lo que sabe señorita —replicó la voz.

—Por Teléfono no, necesito saber que es usted de él, me urge encontrarlo también

Se hizo un silencio que a Colette le pareció eterno, finalmente la voz masculina que sonaba cansada hablo.

—Está bien, le diré dónde puedo verla por la mañana...

Tras fijar el lugar y hora de encuentro Colette colgó, sintiéndose agitada, las emociones combinadas con el alcohol no dan casi nunca buenos resultados.

Trato de dormir sin éxito alguno, pensando solo en el amuleto que portaba el hombre, sintiéndose como una adicta a la que se le niega su dosis diaria. Se vio al espejo sin reconocer completamente a la mujer que estaba allí, se veía distinta, como enferma y un tanto más vieja.

Derek también sufría los efectos del alcohol en su sistema, pero estaba feliz porque al fin había un indicio que pudiera llevarlo a la captura del doctor Costa y, por consiguiente, a cobrar su posterior recompensa. Pensó en ir a despertar a Leone, pero decidió que no era lo mejor. Espero junto a la ventana hasta el amanecer, mientras en su cama yacía una mujer que hacia sonidos desagradables al respirar, eso no le molesto en lo más mínimo, decidió que nada le quitaría la

alegría que sentía, tenía la corazonada de que pronto tendría entre manos al fugitivo.

SEGUNDA PARTE: LA OPERACIÓN “EL BESO DE JUDAS”

Se necesitan 20 años para construir una reputación y cinco minutos para arruinarla

Warren Buffett

No hay mayor pena que recordar en la miseria el momento en que fuimos felices.

Dante

Después de casi 72 horas atada y amordazada, sintiendo sus fuerzas abandonarla poco a poco, Victoria Greco recibió la visita del Conde Di Tella. La música había cesado hace solo algunos minutos y el vacío en su estómago le provocaba una sensación dolorosa y palpitante. Una sensación tan incómoda que a Victoria se le ocurrió la loca idea que su estómago era un parásito vivo que ante la falta de alimento comenzaría a alimentarse de sus entrañas.

El Conde apareció en el umbral de la puerta, como muchas veces lo había hecho el hombre de la barba larga. Las luces se encendieron cegándola momentáneamente, sentía el escozor en sus ojos y finalmente cuando se adaptó a la iluminación, pudo ver el deplorable sitio en el que había estado recluida durante lo que se le antojo una eternidad.

—Querida Doctora Greco —dijo el Conde como si la saludara en una reunión importante y no en un sótano húmedo y pestilente. —Me alegra volver a verla, fue muy descortés de su parte salir de vacaciones sin avisarme, le habría acompañado gustoso —mientras hablaba iba dando vueltas por la habitación entrelazando sus manos detrás de la espalda. —Sabe siempre tuve la impresión de que usted y yo podríamos hacer un equipo estupendo, lástima que se dejó llevar por las absurdas ideas del Doctor Costa.

Victoria Greco alzo la mirada y vio al conde frente a ella, olía a loción y a tabaco, una combinación de aromas que en su débil estado le produjo náuseas y un acceso de tos como los que sufría el propio Conde. El Conde se acercó hasta que sus rostros quedaron separados por una mínima distancia y aspiró profundo. —Huele a hembra —dijo con una sonrisa —Voy a ordenar que la desaten y le den algo de comer, solo que tendrá que hacerlo con cuidado, no quiero que mi distinguida huésped se enferme —Tomo la cinta que amordazaba a Victoria y la arranco de un jalón, de inmediato ella escupió el paño que estaba dentro de su boca. No hablo, no tenía fuerzas para replicar ni una sola palabra.

—Espero que se porte bien, Doctora. Iré a verla en cuanto recupere las fuerzas. ¡Fabio!

El hombre de la barba larga llegó tan pronto como lo llamaron.

—Sí, señor Di Tella.

—Desata a la Doctora Greco, búscale un bonito vestido y aliméntala con lo mejor de la casa.

—Sí, Señor.

El subordinado se apresuró a aflojar las ataduras y le colocó una sábana, después salió a buscar el vestido.

—La veré pronto Doctora, con su permiso —concluyó el Conde y cerró la puerta tras de sí.

Victoria Greco se sentía como un animal de laboratorio, quería levantarse, gritar, correr e intentar escapar, pero seguramente sus piernas no podrían sostenerla, el encierro la había debilitado y era posible que necesitara la ayuda de Fabio para poder vestirse. Miro alrededor y pudo ver las cámaras que la espionaron durante su estancia allí.

Un par de horas después estaba en un amplio dormitorio perfectamente iluminado y con vista al majestuoso jardín, sentada al borde de la cama con un elegante vestido verde oliva, no llevaba tacones y sus pies descalzos tocaban la tersa alfombra. Parecía estar en estado catatónico, pero dentro estaba barajando sus opciones de seguir con vida. Fabio la había alimentado con algunas moras y con un corte de carne vacuna en una salsa que ella no pudo distinguir, apenas pudo comer a pesar de que hace algunas horas habría matado por algo de comida.

La puerta de la habitación se abrió. El conde Di Tella entro y se sentó a su lado.

—¿Sabe lo que le paso al resto de su equipo, Doctora Greco? —Victoria no contesto ni siquiera pareció percatarse de la presencia del Conde —Supongo que sí lo sabe, y también supongo que usted es lo bastante inteligente para negociar —Victoria volvió la mirada. Una mirada que denotaba con un profundo vacío.

—Mire, Doctora Greco el trato es sencillo ayúdeme a encontrar al Doctor Costa y usted salvara su delicioso pellejo —Esto último pareció causarle gracia al conde y soltó una carcajada — Piénselo le doy hasta mañana, mientras tanto siéntase a gusto en esta casa, puede disponer de todo lo que hay aquí, pero me es necesario advertirle que no puede salir, no lo intente por su propio bien.

El Conde se levantó y le dio un beso en la frente como un padre lo haría con su hija pequeña.

De nuevo sola en la habitación, Victoria sintió lágrimas deslizarse, llegaron a la comisura de su boca y las limpio con su mano. Sintió una oleada de tristeza e impotencia, pero estaba decidida a mantenerse fiel a una sola idea: Sobrevivir.

Ezequiel Martínez era un policía veterano de la división federal, a lo largo de su carrera había recibido multitud de elogios por parte de sus compañeros y superiores. Su tendencia natural al liderazgo lo hubieran podido posicionar en un puesto más alto y probablemente hace mucho que debería estar en su propia oficina detrás de un elegante escritorio o quizá dando entrenamiento a los nuevos reclutas, pero eso no le brindaría la emoción a la que estaba acostumbrado, le gustaba sentir la adrenalina de las persecuciones al estilo Hollywood y los tiroteos en los que era un experto. Portaba un fusil nuevo Colt Ar 15 semi —automático que no había aun tenido oportunidad de usar, jugueteaba con el gatillo esperando el momento oportuno de dar muerte a algún criminal. A pesar de su reputación como excelente representante de la ley, Ezequiel Martínez también jugaba en el bando contrario, hacía poco que a sus oídos habían llegado las noticias de un fugitivo procedente de Europa. Sus jefes tenían prominentes contactos con la mafia de Europa y Asia y la noticia del fugitivo había sido anunciada con bombo y platillo entre todos los altos mandos y subordinados. Ezequiel no creía que tuviera la buena suerte de dar caza al fugitivo, del que ya tenía santo y seña: aproximadamente 1.90 de estatura, blanco, atlético y cabello negro sin barba. Pero se mantenía expectante esperando que su suerte cambiara de un momento a otro y pudiera hacerse con parte de la exorbitante recompensa.

Pasaba su jornada laboral realizando patrullajes que casi nunca daban con resultados que lo entusiasmaran, había toda clase de delitos menores, como golpizas a mujeres por parte de sus maridos, peleas donde casi nunca las mujeres presentaban cargos aunque tuvieran los ojos hinchados y algunos dientes perdidos, hurtos menores por parte de adolescentes que, en cuanto Ezequiel los atrapaba comenzaban a llorar como niñas pequeñas en busca de sus mamis. Esto lo divertía por algún rato pero pronto se volvía aburrido. Estaba bebiéndose un café dentro de su patrulla cuando una llamada por radio lo alertó, un policía joven había llegado a la escena de una situación particular y requería su ayuda. La situación era esta: Un hombre había disparado contra dos jóvenes delincuentes que pretendían asaltar un autobús de transporte público, los dos chicos habían muerto ya y el “justiciero” se había dado a la fuga, el resto de los pasajeros no hicieron el menor intento por detenerlo, al contrario parecían complacidos con el “heroico” acontecimiento.

El policía novato requería la asesoría y presencia de alguien más experimentado, así que Ezequiel se dirigió al lugar de los hechos sintiendo la característica oleada de emoción, al fin había algo interesante que ver. ¡A Dios Gracias!

Ya no había mucho que hacer cuando llegó al lugar, los cadáveres estaban cubiertos, Ezequiel levanto la cubierta y vio que eran jóvenes de aproximadamente 20 años, el tirador debió haber sido excelente porque ambos tenían un agujero en la frente que sin duda les dio una muerte rápida.

—Debemos llevarnos los cuerpos, oficial —dijo el sujeto de la ambulancia.

—Adelante —dijo Ezequiel alejándose de los cuerpos.

Miro alrededor y vio que la mayoría de los pasajeros ya se habían dispersado, su joven compañero estaba hablando con dos mujeres que se mostraban ansiosas y una de ellas lloraba, probablemente por la impresión que le produjo la desagradable escena.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —pregunto Ezequiel al acercarse

—Doble homicidio oficial Martínez —replicó el joven policía.

—¡Esto no es un homicidio! —Intervino una de las mujeres —¡Esto fue justicia!, Ustedes nunca hacen nada cuando tipos como esos dos nos asaltan a plena luz del día...

—Tranquílcese señora— dijo Ezequiel sin perder la calma en su voz —¿Cómo fueron los

hechos?

—Un hombre los despachó como las ratas que eran —dijo un hombre que se acercaba sumándose a la conversación

Ezequiel Martínez se volvió para verlo directamente a la cara.

—Yo mismo lo habría hecho de haber tenido un arma —concluyó el hombre

—Está bien, como veo las cosas intuyo que nadie me dará una descripción del sujeto que disparó a estos dos así que pueden irse que aquí ya no hay nada que ver —dijo Ezequiel Martínez

La multitud empezó a dispersarse, Ezequiel y el joven policía se quedaron conversando un rato, la ambulancia había levantado los dos cuerpos y solo las manchas de sangre quedaron en el pavimento como recordatorio.

—El autobús trae cámaras.

Ezequiel se volvió para encontrarse con el conductor del autobús un hombre gordo y de anteojos.

—¿Cómo dice?

—El autobús tiene cámaras, he dicho, puede revisarlas y así descubrir al sujeto que asesinó a estos dos chicos.

Ambos policías intercambiaron miradas.

Horas más tarde en el centro de mando, Ezequiel revisaba detenidamente las grabaciones del autobús. El “justiciero” tenía una barba hipster que impedía ver con detalle sus facciones, usaba además un gorro de lana y tenía el cabello rubio, su descomunal estatura no pasó desapercibida ante los ojos cazadores de Ezequiel Martínez, un tipo así era con toda seguridad gringo o europeo —pensó Ezequiel. Lo único que se podía ver eran los ojos, aunque la calidad de la cámara era muy mala, Ezequiel hizo zoom en la imagen y solo pudo distinguir el color: Miel. No sabía si eran lentes de contacto o era el color natural de ojos del sujeto.

Estaba cansado y deseaba irse a casa, se reclino en su silla y como por obra de Dios una idea se instaló en su cabeza: El Fugitivo. Volvió rápidamente al ordenador e ingreso a un portal de personas desaparecidas, había oído que el rostro del fugitivo estaba en la base de datos y que lo había reportado como desaparecido en la ciudad de Los Cabos. Con unos cuantos clicks en el computador accedió a la información y en la pantalla apareció el rostro de Sebastián Costa. Una foto de cuerpo completo completaba la octavilla de búsqueda.

Ezequiel contuvo la respiración unos instantes y se apresuró a comparar la imagen de la grabación del autobús con la que aparecía en el portal de personas desaparecidas. Algunos detalles aquí y allá, pero la complexión física era casi idéntica. Un tipo de 1.90 de estatura no es tan difícil de confundir, salvo por el detalle de que en el portal el rostro del desaparecido no tenía barba, todo lo demás coincidía perfectamente. Pensó en llamar a sus superiores pero primero quería confirmar sus sospechas, así que amplió la imagen en el ordenador y copio el número que había allí, tomó su teléfono móvil y llamó.

Mientras esperaba la respuesta al otro lado de la línea, sentía la adrenalina fluir en su sistema, esperaba que de verdad sus sospechas fueran ciertas, el fugitivo podía huir pronto de la ciudad, estar en constante movimiento era vital para él, eso lo sabía Ezequiel de sobra, que durante años había ido tras la pista de criminales que constantemente cambiaban de residencia.

—¿Hola? —dijo la voz a través del teléfono.

—Buenas noches mi nombre es Ezequiel Martínez, creo tener información reciente sobre el desaparecido.

—Espere un momento....

Al otro lado de la línea, Derek pasó la llamada a Leone Bellini que habló durante largo rato con

Ezequiel Martínez. Derek solo pudo escuchar retazos de la conversación, como que en realidad no era una persona desaparecida sino un criminal fugitivo y peligroso, en otros momentos escucho risas.

Ezequiel Martínez colgó la llamada, sintiendo un temblor fino en sus manos producto de la conmoción que le provocó su afortunado descubrimiento. Se había sacado la lotería.

—Es un gusto verla tan recuperada Doctora Greco.

El Conde apareció en el amplio espacio que era el comedor, la vajilla relucía a través de la alacena, el sol de la mañana se colaba por las ventanas cuyas cortinas de una tela tan suave como el pelaje de un oso de peluche estaban levantadas. En el Comedor, Victoria Greco estaba terminando el desayuno, se le veía mejor, la palidez de su rostro se había ido para dar paso a su color habitual, un tono sonrosado y terso.

—Espero que haya dormido bien, Doctora y espero también que me tenga una respuesta respecto a mi generosa oferta.

Victoria levanto la vista de su plato vacío y miro con ojos interrogantes al Conde. Unos ojos enrojecidos que delataban que no había podido descansar y que seguramente había llorado hasta secar sus glándulas lagrimales.

—Doctora, por favor no llegaremos a ningún lugar si usted se mantiene sin decir palabra, sería una lástima que decidiera darle el gusto de no volver a hablar. ¿No cree?...

El Conde se había acercado lo suficiente para que ella percibiera de nuevo el olor a loción y tabaco que tanto la había asqueado la vez anterior. Victoria contemplo con horror cuando de su gabardina saco una tarántula, el animal cubría la totalidad de la palma del Conde y levantaba sus patas delanteras, estaba tan cerca de ella que pensó que el animal le brincaría directamente a la cara.

El conde parecía divertido con la expresión de terror en el rostro de Victoria. Aun con el miedo atenazando su garganta, reprimió el deseo de gritar.

—Doctora, necesito su respuesta. Mi paciencia tiene un límite. —Tras decir esto, le acerco la tarántula hasta colocarla sobre su plato, Victoria mantenía la vista en el animal, estaba paralizada, sentía que su leve respiración se volvía pesada y que un hormigueo subía desde su pecho hacia su rostro.

—Qui... Quite esa cosa de aquí. Por favor... —dijo finalmente. Su voz que no había sido usada sonó acartonada y temblorosa

—Por supuesto, Doctora sus deseos son ordenes— dijo el conde, que tomo a la araña entre sus manos y la acaricio como si de un gato se tratara. Se le veía divertido, como niño en un circo.

—Espero que podamos hablar como personas civilizadas, Doctora, no quisiera tener que recurrir de nuevo a métodos tan viles como los que usted ya conoce, usted es una mujer inteligente, joven y si me permite el atrevimiento, también es muy bella —El Conde decía esto mientras recorría el comedor con la tarántula en las manos. Sus pasos se asemejaban a los de un policía ante un interrogatorio.

—No sé dónde está... —dijo Victoria entre susurros. Parecía que las palabras hicieran un movimiento de cuesta arriba para salir de su boca.

El Conde rio divertido, una risa que sonó amigable y espontánea.

—No es ese el trato, Doctora... Vicky, ¿le puedo llamar Vicky? —al no obtener respuesta continuo. —El trato que le ofrezco es... mmm... digamos... más interesante. Encontrar al Doctor Costa no tomara mucho tiempo se lo aseguro, el tipo es muy astuto y escurridizo, pero no hay plazo que no se cumpla, ni cuenta que yo no cobre, y le aseguro que cuando el Doctor Costa este frente a mí, no seré tan amable como lo he sido con usted. Él no tiene en su entrepierna ese maravilloso y jugoso tesoro que usted si —Victoria levanto de nuevo la mirada, esta vez sus ojos parecían inundados de odio y rabia. El conde correspondió con una sonrisa, que borro

inmediatamente ante la incómoda mirada.

—No me mire así, doctora, no haré nada que usted no quiera se lo aseguro. Solo quiero que seamos... amigos... si amigos es la palabra correcta.

El conde deslizó una silla del comedor y se sentó, saco de nuevo la tarántula y la dejó andar libre en el comedor de madera de caoba.

Victoria clavo de nuevo la vista en el ponzoñoso animal. El Conde le tomó una mano a lo que ella respondió con su sobresalto nervioso.

—Tranquila, Doctora. Véame a los ojos, descuide la araña no la lastimara.

Victoria movió la cabeza y sus miradas quedaron separadas por una distancia de un brazo. Sentía la frialdad y el pulso palpitante del conde en su mano, era una mano vieja y temblorosa.

—Su trabajo será sencillo, Doctora, una vez que mis informantes localicen al Doctor Costa usted viajara hasta donde el este, le hará las patéticas promesas de amor eterno, le dirá toda clase de cursilerías y usara con él sus deliciosos encantos femeninos. —El conde retiró la mano, las entrelazó detrás de su calva cabeza y se reclino en la silla que soltó un leve crujido.

—Perdone, pero no lo entiendo —dijo Victoria, que empezaba a recobrar su timbre de voz melodioso.

—Es fácil, usted fingirá todo eso con la única finalidad de provocarle más sufrimiento, una vez que se descubra todo, usted efectuara en él una bonita operación similar a lo que hicieron con mi hijo. Después de eso el resto del trabajo será mío y solo mío.

Victoria no podía creer lo que escuchaba, de nuevo se había quedado sin voz, esta vez debido a un torrente grumoso que se estancó en su garganta. Fue tal su asombro, que por unos instantes se olvidó de la mascota del Conde que paseaba libremente en el comedor.

—Es... Es... en serio lo que me está pidiendo...

—Por supuesto, Doctora. ¿No me diga que todavía ama a ese malnacido que tanta desgracia trajo a su vida? ¿Ya olvidó que usted siempre fue la mejor promesa de la Facultad de Medicina? ¿Acaso no es cierto, que a veces el amor hace más daño que la venganza? Dígame Doctora Greco, ese maldito ¿vale más para usted que su propia vida? Déjeme contestar por usted, y la respuesta es NO, usted es joven y puede rehacer su vida y su carrera fácilmente. Le daré solo un día más para que lo piense solo porque me agrada y la aprecio a pesar de lo que usted y su equipo hicieron con mi hijo.

Victoria sintió deseos de replicar: —“Su hijo era un depravado y violador de niños”, pero se tragó las palabras, pensando que esto encendería la furia hasta ahora contenida del Conde.

—Piénselo... y decida sabiamente. Ayúdeme y nunca más se verá envuelta con mafiosos, le daré una vida nueva y le ayudare a conseguir un puesto en alguno de los hospitales o centros de investigación más prestigiosos del mundo. Piénselo, es mucho por lo poco que usted debe hacer.

El Conde se levantó, no sin dificultad, tomó a su amada mascota y sin echar un último vistazo a la mujer en el comedor salió dejando a Victoria sola con sus pensamientos, sola ante una decisión que marcaría el resto de su vida.

No hubo mucho que meditar después de eso, quería llorar pero ya no podía, estaba cansada y derrotada. Una sola palabra llegó al campo de batalla que era su mente: Sobrevivir. Quería recuperar su vida y muy en el fondo ya no podía sentir nada por Sebastián Costa.

Ella también se levantó y se dirigió a la habitación, a su habitación que fungía más como un simple dormitorio, a pesar de que tenía cientos de comodidades adicionales: un enorme televisor de plasma de 52 pulgadas, un sillón rustico color caoba, alfombras y tapices de importación turca, etc. Al fondo de la habitación su maleta yacía intacta, arrumbada, comenzaba a acumular una fina capa de polvo, la movió hacia la cama, se sentó y deslizó el cierre. Dentro, su escasa ropa (la

mayoría comprada en su corta estancia en Dubái) apenas ocupaba un pequeño espacio, rebusco entre los pequeños compartimientos que tapizaban el interior, bolsas diminutas que podían contener cientos de baratijas, fue en uno de entre muchos donde finalmente hayo una fotografía, era una fotografía vieja, estaba ligeramente rasgada por una de las esquinas. Contemplo la imagen como tratando de encontrarle algún sentido, jugueteo con ella en sus manos y finalmente la rompió, fue hacia el sanitario que se hallaba convenientemente dentro de la habitación y la arrojó al cesto entre un montón de papeles. La fotografía que ahora descansaba en la basura, tenía la imagen de una pareja antaño feliz, con planes y sueños a futuro. Era un acto simple, como el que haría un adolescente que ha sido rechazado por primera vez pero, para Victoria Greco simbolizaba que su unión con Sebastián Costa estaba terminada. Ella se había equivocado al pensar que su amor la salvaría, que sus caminos estarían para siempre juntos y en sintonía, ahora esos sentimientos estaban siendo desplazados, casi podía sentir algo moverse en sus entrañas, había creído que la gente que se quejaba de un corazón roto estaba loca, o que exageraban sus problemas amorosos, pero ahora, ella sentía en carne viva algo mucho peor, una mezcla insidiosa y toxica de sentimientos. ¿Buscaba Venganza? ¿Aceptaría el trato del Conde? ¿Cambiar su vida, su carrera y su futuro por el hombre al que ella una vez había amado? Si porque no, después de todo él no estaba para consolarla, para seguirla amando y protegiendo como alguna vez había prometido. Estaba sola pero eso le bastaba, siempre le había bastado.

Rosella Bellini dibujaba a la luz del sol de la tarde. Su improvisado caballete se tambaleaba si ejercía demasiada presión, así que cada trazo debía hacerlo con más cuidado del habitual. La habitación estaba impregnada con un aroma a frutas cítricas, ella prefería el aroma de lavanda, pero el de frutas cítricas estaba bien, combinaba perfectamente con la vista de la calle que ella dibujaba. En el barrio costero de Ocean Beach, la avenida del Mar ofrecía vistas privilegiadas a la costa. Sumergirse en su mundo, el mundo del dibujo, la acuarela y la gama de colores le brindaba una especie de refugio, se sentía a salvo cuando tenía un lápiz en mano, infinitas posibilidades frente a ella en cada hoja en blanco.

Había dibujado con precisión la avenida del mar, tanto que si tuviera color casi podría tomarse como una fotografía. Se quedó contemplando su trabajo, tratando de mejorarlo aún más, como un artista que no queda nunca conforme con el resultado hizo algunos borrones aquí y allá. Oyó murmullos abajo, provenían de fuera. Se levantó de su improvisado banco que también se tambaleaba y asomo por la ventana. La vecina, una chica de unos 15 o 16 años estaba frente a la escalinata de entrada de su casa, iba acompañada por un chico de más o menos la misma edad. — Este no es el mismo de la semana pasada —dijo Rosella para sí misma. La vida de la vecina, de la que apenas conocía su nombre, no era problema suyo, pero tomaba cualquier distracción que pudiera evitar renacer su preocupación por Costa. Él había prometido llamarla en cuanto encontrara un escondite seguro. Cosa que aún no sucedía.

—Vamos entra no está mi mamá —oyó decir a la chica

No pudo escuchar la respuesta del chico porque más temprano que tarde ya se hallaban dentro y fuera de las miradas curiosas de los vecinos.

—Es increíble, si solo es una niña...

—¿Cómo dices?

En la puerta de la habitación estaba de pie una mujer de más o menos su misma edad, llevaba la vestimenta típica de un oficinista. El cabello en una cola de caballo le confería más seriedad de la normal.

—Oh, Beth no te escuche entrar... Estaba...

—Espiendo a la vecina —termino la mujer oficinista y después hecho a reír.

—No, No, es solo que es muy escandalosa y yo tan callada que estaba dibujando, me distrajo es todo...

—Ese caballete es una vergüenza, pero déjame ver tu dibujo —se acercó al frente mientras se deshacía la cola de caballo — ¡Es Hermoso! ¡Dios! podrías vender esto a precio de oro, mujer.

—No lo creo, dibujo para mí solamente, pero si te hace feliz podrías venderlo y quedarte con el dinero, tómallo como un adelanto por las molestias que te estoy causando.

—No seas tonta, mujer, esta también es tu casa. Siempre y cuando no traigas al idiota de tu marido —Beth se rio de nuevo, y Rosella se le unió sintiéndose divertida.

—Te lo agradezco, Beth eres una gran amiga...

—Lo sé, es algo en lo que soy buena —siguió riendo, cuando finalmente el ataque de risa ceso, continuo —Mejor iré a la cocina a preparar algo de comer, te hare una milanesas que te encantaran, Esmeralda no tarda en llegar de su clase de natación y tendrá un hambre como el oso del bosque.

—Gracias bajo en un momento a ayudarte, solo guardare mis cosas y listo.

—No hace falta mujer pero eres bienvenida si así lo deseas.

Beth podía estar un poco loca, pero era una loca simpática e inofensiva, de esas que siempre encuentran el lado gracioso y optimista a la situación por dura que sea.

Estaban terminando de cocinar, cuando la hija de Beth, Esmeralda, llegó, ella era físicamente parecida a su madre, pero a diferencia de su carismática madre ella era más hosca y retraída, en especial en su comportamiento con la visitante temporal de la casa.

—Hola Mamá —saludo Esmeralda.

—Hola Hija, ¿qué tal la clase?

—Normal, como siempre —se dirigió al frutero y tomó una manzana.

—Hola Esmeralda —le saludo Rosella

—Hola —dijo secamente ella, sin mirarla siquiera a los ojos.

—Estaré arriba mamá bajo en un momento.

—Ok, cariño no tardes ya casi está la comida.

Esmeralda subió las escaleras y desapareció tan pronto como había llegado.

—Tu hija sigue sin soportarme, Beth.

—Por favor no digas tonterías, es una adolescente, todas las adolescentes se comportan así, ¿O no te has fijado que me trata igual a mí?

—Es diferente... Tú eres su madre — Ya se le pasará, ¿quieres mejor ayudarme a preparar el agua de limón?

—Desde luego que sí. —apunto Rosella

Después de la comida y de vuelta en su habitación temporal, Rosella estaba acomodando sus materiales de dibujo cuando por accidente tropezó con el amuleto Dragón, creyó haberlo perdido en el camino desde Los Cabos. Encontrarlo le supuso un alivio y a la vez una sensación de extrañeza. Lo sostuvo entre sus manos sintiendo su reconfortante peso, noto además que estaba muy frío, dentro de la habitación el clima era cálido así que era algo que no tenía sentido. Ella misma solo vestía una blusa ligera y unos pantalones cortos.

Sin dar cabida a toda clase de especulaciones, sobre donde pudo estar el amuleto todo este tiempo, lo guardó de nuevo junto a sus lápices de dibujo, lo envolvió con una de sus pañoletas y lo empujó al fondo del cajón.

Aquella noche le costó conciliar el sueño, sus miedos y preocupaciones acerca de lo que le pudo haber pasado a Costa parecían acrecentarse en las horas de oscuridad, empezaba a volverse un verdadero problema pues nunca en su vida había padecido tantas noches de insomnio y de mala calidad de sueño como hasta ahora. A esto se sumó la ruidosa música que Esmeralda ponía en su habitación. Podían escucharse las estruendosas guitarras y la chillona voz de Axl Rose cantando “Welcome to the Jungle” Beth no estaba, en su trabajo de oficina era requerida algunas noches, como madre soltera debía ganar dinero por dos, como ella misma solía decir.

Se levantó de la cama, renunciando a su intento de dormir. La Avenida del Mar estaba en calma, el ruido de las olas era lo único que rompía el silencio, en la habitación un reloj de pared marcaba acompasadamente cada segundo con un molesto tic tac. Rebusco entre sus cosas y halló el pequeño teléfono celular que había comprado camino a la casa de Beth, a diferencia de los Smartphone inteligentes y muy sofisticados que había utilizado durante su vida con Leone, este, era diferente, pequeño y de funciones muy básicas, la baratija ni siquiera tenía forma de acceder a Internet y los grandes botones ocupaban la mitad de la longitud total del aparato. Miro la pantalla, deseando al menos tener una fotografía de ellos dos durante su estancia en Los Cabos. Volvió a la cama y se sentó en el borde, trataría de recostarse y de nuevo, quizá el sueño no llegara pronto pero lo intentaría de todos modos. Antes de su cabeza tocara de nuevo la suave almohada, oyó voces fuera de la casa, provenían de la calle, pensando que quizá se tratara de la vecina metiendo

a algún otro muchacho bobo decidió ignorarlo, cerro lo ojos tratando de relajarse. No había transcurrido mucho tiempo cuando las voces del exterior se intensificaron, pudo distinguir que era la voz de un hombre adulto y no de un púber como ella había pensado en un principio. El hombre decía cosas ininteligibles, o al menos ella no podía entender demasiadas palabras, probablemente estaba borracho y también enfrascado en alguna discusión telefónica, la idea le hizo temer un momento por su seguridad y por la de la hija adolescente de Beth.

—Tranquilízate e intenta dormir —se dijo a sí misma. Volvió a cerrar los ojos y entonces escucho que llamaban a la puerta.

—¡Beth! ¡Abre, Beth! —grito el hombre desde fuera. Golpeaba la puerta con insistencia psicótica, a Rosella se le ocurrió que con toda seguridad estaba borracho, pues había lidiado con su marido en algunas ocasiones cuando este se pasaba de copas y sabía que si hay algo que comparten la mayoría de los hombres, es la desinhibición, la falta de vergüenza y la estupidez cuando están excesivamente tomados.

Se levantó rápidamente y se asomó a la ventana solo para confirmar sus sospechas, el hombre estaba tan tambaleante como su propio caballete lo había estado hace algunas horas.

—¡Beth! ¡Cariño, abre la puerta! —Pudo ver que el tipo se sentó en el porche de entrada y se cubría el rostro con las manos, no podría asegurar si estaba llorando pero al menos eso parecía. Se levantó de nuevo y siguió clamando a su cariño para que fuera a abrir la puerta. Rosella volvió la vista hacia su dormitorio al escuchar que la puerta del cuarto de Esmeralda se abría, oyó los pasos en la escalera y escucho a la adolescente bajar. Movida por el instinto protector se apresuró a salir tras ella, la joven se percató de su presencia cuando estaba por abrir la puerta principal.

—Yo lo resuelvo, vuelve arriba a dormir —dijo Esmeralda con un tono de hastío en la voz.

—No puedo dejarte sola, ¿Quién es el que toca? ¿Lo conoces? —replicó Rosella bajando los últimos escalones

—Claro que le conozco, es mi papá, viene algunas veces pero mi mamá nunca quiere recibirlo. Pero ella no está y yo no dejare que se quede afuera...

—Creo que no deberías hacerlo, mejor háblale a tu mamá

—¡Claro que no hare eso!, lo dejare pasar después de todo esta también es su casa.

Afuera los gritos habían cesado, quizá el inoportuno padre ya se había rendido y había desandado su camino de regreso. Esmeralda ya estaba quitando las cerraduras y se disponía a abrir. Rosella la alcanzo y la tomo del hombro.

—Espera, seguramente esta tomado, no deberías hacerlo pasar así, mejor habla con él y dile que vuelva cuando se sienta mejor.

—¿Estás loca? No necesito que me digas que hacer ¿Ok?

Los gritos afuera reanudaron, ahora parecían entremezclados con sollozos. Esmeralda abrió la puerta. El hombre se acercó con pasos tambaleantes hasta la puerta de entrada.

—Hija, Hija querida, que bueno que estas aquí...— dijo el hombre visiblemente esforzado por articular las palabras, el alcohol con toda seguridad le había adormecido la lengua.

—Pasa papá

—No, no... sólo quiero hablar con tu madre. ¿Dónde está ella?

—Trabajando papá.

Rosella escuchaba todo desde la sala, atenta a cualquier movimiento del hombre que pudiera ponerlas en peligro.

—No es posible, sabe que detesto que trabaje de noche y más con ese viejo rabo verde de su jefe —el hombre hacia ademanes levantando las manos, agitándolas como si manoteara al viento.

—Pasa papá siéntate un momento y cálmate.

—¡No voy a Calmarme!

Esmeralda retrocedió unos pasos asustada y Rosella decidió acercarse a la puerta muy a su pesar.

—Todo bien, ¿Esmeralda? —la rodeo con el brazo y pudo sentir que la chica rechazaba el contacto con un leve movimiento en los hombros aunque no la aparto totalmente.

—¿Y esta mujer quién es? —dijo el padre borracho

—Soy amiga de Beth señor y me temo decirle que debe retirarse, ella no está en casa y usted no está en condiciones de visitar a nadie, así que por favor váyase.

El hombre tardo un momento en asimilar lo que había oído, miro con extrañeza a la mujer que abrazaba a su hija, y finalmente soltó una carcajada que rompió el silencio y la quietud de la avenida.

Rosella pudo notar que Esmeralda temblaba bajo el contacto de su brazo, temblaba a pesar del clima, muy probablemente porque ya sabía lo que venía a continuación.

—Escuche, no me importa quién sea usted pero por si no está enterada esta es mi casa y Beth y yo seguimos legalmente casados.

—Lo entiendo perfectamente señor, pero le repito que ella no está y usted está muy tomado

—¡Yo vengo a mi casa como me dé la gana!, ¡Entiende!, ¡Si hay una intrusa en la casa es usted!

El borracho se acercó más quizá con la intención de intimidar, el olor a alcohol era demasiado penetrante, Rosella se preguntó qué clase de bebida había estado bebiendo el sujeto. Algo adulterado o demasiado barato seguramente.

—Le suplico que se calme o llámeme a la policía —dijo Rosella tratando de mantener la calma, Esmeralda había enmudecido y miraba la escena como si fuera ajena a la situación y no estuviera allí del todo.

—¡Adelante, Llámela! y diré que usted se ha metido a mi casa a la fuerza —el tipo seguía soltando manotazos al viento y a la luz de la pequeña luz que había en el porche de entrada, se veía que el tipo escupía cuando lanzaba sus gritos. El tipo arremetió, trastabilló y empujó la puerta de entrada, Rosella y Esmeralda retrocedieron, la adolescente empezaba a parecer verdaderamente asustada.

—Papá ¡Detente! —la voz de Esmeralda sonaba entrecortada y asustada.

—Sé que tu madre está aquí y voy a ir por ella, necesito hablarle, ¡Esta puta no va a decirme que debo hacer en mi casa! —termino volviendo hacia Rosella. Esmeralda se soltó y trato de detener a su padre, era un hombre alto pero delgado, pero sin duda aún más fuerte que su joven hija.

—Esmeralda, ven, llamaremos a la policía —dijo Rosella

—¡Usted no llamara a nadie, maldita puta! —el hombre estaba agitado y gritaba cada vez con más fuerza, —¡Beth! ¡Baja de inmediato! —concluyo

—¡Papá por favor cálmate! —dijo Esmeralda, ya casi al borde de las lágrimas. Trato de detener su avance interponiéndose en su camino, pero el hombre seguía avanzando con torpeza, con paso tambaleante, parecía un hombre enfundado en una botarga al que se le dificultaba dar cada paso.

—¡Váyase de mi casa, usted no es nadie para impedirme ver a mi mujer! —seguía gritando por encima de la humanidad de la adolescente que parecía estar perdiendo la batalla en su intento de detenerle.

—¡Esmeralda es mejor que lo dejes, hablare con la policía ya mismo!

La joven volteo unos segundos, justo antes de ser arrojada con violencia al suelo. El hombre estaba totalmente fuera de sí, pareció no notar que su hija ya no le entorpecía su camino, tenía los

ojos inyectados en sangre, encendidos de furia. Esmeralda choco contra uno de los duros sillones y se oyó un crack cuando su hombro golpeo el mueble. Soltó un gemido de dolor y trato, aun arrastrándose, de frenar el peso de la bestia en la que se había convertido su padre. Rosella seguía retrocediendo sin saber qué hacer, pensaba que la adrenalina le daría las respuestas ante una situación así, que podría reaccionar con eficacia gracias al instinto de supervivencia, pero por el contrario se hallaba confundida y asustada, y empezaba a verse acorralada.

La puerta principal seguía abierta y a lo lejos le pareció oír el ruido de una sirena. ¿Una patrulla de policía? ¿Una ambulancia? No lo sabía pero rogaba porque alguien se percatara de la situación y las ayudara. Volteo, solo para ver a Esmeralda agazapada, lloraba y se quejaba, el golpe parecía haberla herido más allá de lo físico.

El hombre estiro su larga mano y por poco la alcanzo.

—¡Voy a enseñarte a no meterte en mis asuntos, esta es mi familia y esta es mi casa! — vociferaba el hombre Rosella había enmudecido como lo había hecho Esmeralda hace algunos instantes, tan solo podía prestar atención y tratar de adivinar el próximo movimiento del hombre para intentar permanecer lo más lejos posible de su alcance. El sonido de la sirena se intensifico, podía escuchar el vehículo motorizado acercarse, y pensó que quizá alguien afuera se había percatado de la situación y había alertado a la policía.

La intervención de la policía no suele ser rápida, casi siempre llegan cuando el asesino a matado a su víctima o cuando se ha cometido el atraco y el ladrón ya les lleva muchos metros de ventaja.

El padre de Esmeralda pareció no percatarse ni del ruido de la sirena ni de la entrada de los policías, estaba como un lobo hambriento que solo presta atención a su presa.

—¡Que rayos pasa Aquí?! —pregunto uno de los policías.

—¡Este hombre se ha vuelto loco. Entro por la fuerza! —dijo Rosella aun teniendo cuidado de no tropezar y de no ser alcanzada.

—¡Señor, Basta! —dijo el otro policía

—¡Esta mujer miente oficial, esta es mi casa!

Esmeralda se había incorporado, con dificultad se sentó en el sofá. Aún estaba llorando y uno de los policías se acercó con ella.

Viendo que el hombre no se calmaba y que aun en presencia de ellos trataba de golpear a la mujer, el otro policía, el más joven intervino y lo sometió aplicándole una llave.

—¡Basta, eh dicho! —dijo mientras el borracho se retorció intentando zafarse—. ¡Tendré que llevarme a los dos, no se quien esté diciendo la verdad y hasta que este asunto este aclarado todos vendrán con nosotros! —Miro al hombre que sujetaba y agrego—: Pero sin duda alguna este tipo está muy borracho —concluyo dirigiéndose a su compañero

—No hace falta —dijo su compañero —la muchacha acaba de explicarme que es lo que paso, llevémonos a este alborotador.

El borracho se retorció y seguía lanzando amenazas y pidiendo hablar con Beth. Los policías lo arrastraron fuera como si no jalaran a un hombre, sino a un muñeco de trapo.

Aun dentro de la patrulla seguían oyéndose sus gritos. Rosella y Esmeralda contemplaron como desaparecía al doblar la esquina, la adolescente echo a llorar y se acurruco en los brazos de Rosella, que la abrazo como si de su propia hija se tratara. Sintió pena por la chica, pues ella misma había padecido violencia doméstica en su niñez.

Finalmente la puerta principal de la casa se cerró y dentro, lejos de dormir se sentaron a conversar. Esmeralda le hablo de su afición por la natación, por el canto y de un chico por el que se sentía atraída. Rosella le mostro algunos de sus dibujos de su viejo block y le dijo que si le

interesaba ella podía enseñarle a dibujar.

Cuando Beth llegó finalmente en la mañana se encontró con dos noticias una buena y una mala. La mala, su ex marido había estado allí y había golpeado a su hija y amenazado a su mejor amiga. La buena, su hija y su amiga habían comenzado a llevarse bien y eso casi le hizo olvidar el trago amargo, pues no hay nada mejor que tener paz en el hogar. Como suele suceder en la vida un acontecimiento malo provoca uno bueno (o viceversa) y eso fue lo que paso aquella noche.

Cuando finalmente Rosella volvió a su habitación después de lo ocurrido vio que su teléfono registraba una llamada perdida. No reconoció el número, pero sonrió al ver que la clave indicaba que venía de un teléfono en México. Sabía quién era, en el fondo de su corazón lo sabía. Sintió su corazón palpar con fuerza contra su pecho y estuvo ansiosa de que volviera a llamar. El despertaba una emoción tan primitiva y hermosa en su ser que le recordó a la primera vez que se enamoró, a ese amor de juventud que deja huella, eso sentía ella y a sus 37 años se sentía tan joven como Esmeralda. No había hablado con Beth sobre Costa, pero de pronto ardía en deseos de hacerlo, quizá también le contaría a Esmeralda y les contagiaría su alegría, porque el amor y la felicidad amigos míos son contagiosos.

El oficial Ezequiel Martínez estaba sentado en su patrulla, hacía días que la ciudad estaba en calma y no había tenido casi nada de acción, estaba harto de estar revisando constantemente su correo electrónico, su cuenta de Facebook y demás redes sociales. De cualquier forma nadie que no fuera su molesta ex esposa le llamaba.

Había pasado más una semana desde su conversación con el hombre que se identificó como Leone Bellini, una conversación difícil, pues Ezequiel había pasado la mitad del tiempo pidiendo que le repitiera más despacio las cosas. Bellini hablaba un español muy torpe y poco fluido, aun así se las arregló para captar las cosas importantes que el italiano tenía que decirle.

Después de aquella conversación, había iniciado la búsqueda de lo que Bellini llamo un “peligroso fugitivo”, pero hasta ahora no existía ni un solo indicio de su paradero, Ezequiel se sentía como al principio: aburrido y sin dinero. La recompensa era un aliciente estupendo, pero emprender una búsqueda de esa magnitud sin disponer del equipo táctico de la policía era difícil y Ezequiel se sentía como buscando una aguja en un pajar. Era probable que el sospechoso volviera a meter la pata, actuando como un “justiciero” de la comunidad. Pero también era probable que no lo hiciera. Ezequiel bajo de la patrulla y reviso por centésima vez el teléfono móvil.

El italiano, como él lo llamaba, había dicho que le llamaría para darle instrucciones en caso de que él y sus hombres dieran primero con el fugitivo, Ezequiel sabía que era poco probable, ¿porque un tipo como Bellini se molestaría en informarle a él?, un simple policía, sobre vida y milagros del sospechoso. Y menos aún, porque compartiría la recompensa con él, un policía viejo y sin aspiraciones.

Debía poner manos a la obra cuanto antes, ya había desperdiciado un tiempo valioso esperando que atrapar al fugitivo fuera tan fácil como atrapar a un adolescente fumando marihuana en vía pública. Había creído ingenuamente en el supuesto aviso de “El Italiano”.

Pensaba que muy para su mala suerte era probable que el fugitivo ya estuviera capturado y muerto. En ese caso el perseguía a un fantasma, la idea le revolvió el estómago de ira.

¿Qué hacer, entonces? Una sola opción cruzo por su mente. No podía acudir a su corporación policiaca, pues si ellos atrapaban al sospechoso, el, no vería ni un centavo de la jugosa recompensa de la que le hablo el italiano. Así que solo quedaba una salida: Pedir la colaboración de sus contactos en el crimen organizado, probablemente a ellos no les interesaría su propuesta, pero cabía la remota posibilidad de que si y en ese caso él podía ofrecer a cambio una buena tajada de la recompensa. ¿Hacer eso era lo mejor? Quizás si o quizás no, decidió que se jugaría este importante paso en un juego de volado consigo mismo. Jugaba la parte que le decía que abandonara esa estúpida conspiración y fuera a casa de su ex mujer a fumar la pipa de la paz, beberían tequila y después le haría gustosamente el amor, después de todo la muerte de los dos pequeños ladrones era algo que el mismo habría hecho gustoso, lacras así sobran en este mundo, pensó. Y por otro lado jugaba su lado aventurero, aquel que no solo quería embarcarse en la captura del sospechoso por la recompensa sino para su gozo personal.

Lanzo la moneda, mientras pensaba —Que sea lo que Dios quiera —Águila significaba continuar la misión y si caía Cara la abandonaría definitivamente, así de fácil. La moneda cayó por el suelo y rodo algunos centímetros, finalmente se agacho escuchando el crujido en sus cansadas rodillas y vio el resultado: Había caído águila. La suerte estaba echada. Su suerte. Solo que quizá esta vez Dios no intervino en su favor, o quizá Dios quería verle muerto porque eso es lo que el oficial Ezequiel Martínez encontraría el final de la búsqueda, daba igual, después de

todo él no era muy diferente de los criminales a los que perseguía y a los que disfrutaba ver presos o muertos.

El Conde Di Tella entro por tercer día consecutivo en el cuarto de huéspedes, así lo llamaba el, aunque no era precisamente eso. Llevaba consigo nuevamente a su peluda mascota, pues había comprobado para su propia satisfacción el temor que la tarántula infundía en su huésped.

La tarántula de la especie *Grammostola Rosea* era una hembra que había adquirido en una de sus andanzas por Sudamérica y aunque la especie era excesivamente común, incluso para los novatos con los arácnidos, a él, le gustaban las cosas sencillas, dóciles y que sirvieran para sus propósitos, en el caso de la araña, su mascota y en el caso de la doctora Victoria Greco una carnada, una jugosa carnada.

Victoria Greco estaba sentada en el pequeño sofá individual que estaba al fondo de la habitación, parecía cómoda, reclinada apaciblemente con los brazos descansando en el apoyabrazos. Tenía los ojos cerrados pero los abrió cuando se percató de la presencia del conde.

—¿Qué tal Doctora? —dijo el conde sacando a su peludo amigo y posándolo sobre la cama, al ver que ella no contestaba y mantenía la vista fija en el techo, continuo —Espero que me tenga una respuesta, porque si no es así me veré obligado a prescindir de su valiosa ayuda y regresar al plan original que tenía preparado para usted.

Victoria Greco bajo la mirada y se reclino hacia adelante en el sofá con la vista clavada en el conde.

—Le tengo una respuesta.

—¡Perfecto! —Rio el conde —¿Y que ha decidido, doctora?

Ella pareció meditar la pregunta una vez más como buscando estar totalmente convencida y finalmente dijo:

—Voy a ayudarlo —dijo en apenas un susurro.

—¡Estupendo!, ¡Estupendo! —el conde se levantó, alzo las manos y después se puso a aplaudir, recogió a su mascota y le hablo en voz baja: —¿Escuchaste Daisy? La doctora va a ayudarnos, te dije que era una mujer inteligente.

Victoria le miro desconcertada.

—Disculpe doctora me he dejado llevar, pero es grandioso poder contar con usted

—¿Y qué recibiré a cambio? —dijo Victoria levantándose del sofá, se plantó delante del conde y lo miro de una manera que el propio conde se sintió incómodo. Ella era un poco más alta que él.

—Mmmm... veamos. Creo que sería suficiente con perdonarle la vida, considerando que usted fue quien directamente hizo el trabajo de convertir a mi hijo en un eunuco.

Victoria sintió un escalofrío recorrer la espalda cuando vio de nuevo la tarántula en la palma del conde, retrocedió un poco tratando de mantenerse firme.

—Pero le diré una cosa— continuo el Conde —Sabe que yo puedo darle tanto poder como desee pero también puedo hacer de su existencia un auténtico infierno en vida.

Victoria escuchaba atentamente cada palabra que el conde pronunciaba, pudo ver que el tipo se veía más envejecido a como lo recordaba de la primera vez que lo vio, la muerte de su hijo sin duda lo había cambiado. La calva había sido cubierta con una elegante boina estilo Bon Scott. Victoria se sentía cada vez más ansiosa ante la presencia de Daisy la tarántula, odiaba a esos animales, le despertaban un miedo primitivo y flagelante.

De nuevo había enmudecido.

—Aún no hemos localizado al doctor Costa, tengo a mucha gente tras él pero debo admitir que el tipo es muy inteligente —continuo el conde —y como le había dicho su trabajo empieza una

vez que demos con su escondite. Usted será una preciosa carnada para él.

—Entonces que debo hacer mientras tanto —hablo Victoria esforzándose por que su voz sonara fuerte y decidida.

El conde soltó una carcajada aguda y traviesa. —Es fácil doctora, le confesare algo, cuando usted entro a trabajar con nosotros no solo admire su habilidad como médico sino que me sentí maravillado con su belleza— Victoria hizo una mueca de desagrado —Pensé que la belleza y la inteligencia no se veían juntas muy a menudo, mi propia mujer era muy bella pero era tan estúpida como una mula —esto último provoco otra carcajada en el conde.

—¿A qué viene eso? —interrumpió Victoria, sintiéndose incomoda más que halagada

—Por favor déjeme continuar doctora —replicó el conde —Pensé también en ese momento que yo era demasiado viejo para siquiera pensar en una mujer como usted. Pero ahora veo que la vida me ha premiado con una oportunidad invaluable. Envidiaba al doctor Costa por tener a su lado a una mujer tan brillante y hermosa como usted —allí estaba otra vez la palabra: “hermosa” que tanto incomodaba a Victoria, se sentía tan mal oírlo en labios del viejo conde —En fin, la muerte de mi hijo me dolió bastante, él era el heredero de este negocio familiar, usted lo sabe. —El conde hablaba dando vueltas en la habitación, mientras acariciaba a su mascota que yacía inmóvil en la palma de su mano —Ahora no tengo a nadie más, estoy solo, no tuve más hijos varones y Alexandra mi hija estudia en el extranjero.

—Perdón, pero...

—Por favor doctora, estoy a punto de terminar, no interrumpa se lo ruego.

—Lo siento. —¿Lo siento? ¿Por qué dije lo siento? —Pensó Victoria —Este bastardo me torturo y me tiene secuestrada y yo aún tengo el reparo de ser educada. ¿Qué estúpida que soy?

Victoria se sentó de nuevo en el sofá atenta a los movimientos nerviosos del Conde.

—Así que he pensado seriamente en el retiro una vez que atrape al doctor Costa —continuo el viejo Conde —Y me encantaría una compañera ¿Si sabe a lo que me refiero?

Victoria sabía a qué se refería pero estaba atónita ante la propuesta que habría de venir a continuación.

—Quiero que sea mi mujer, doctora.

Ella sintió que una bomba estallaba en su cabeza, no daba crédito a lo que estaba escuchando, era abominable solo pensarlo, el conde tenía edad suficiente para ser su padre y le resultaba tan poco atractivo como un montón de excremento.

—No tiene opción, doctora— continuo el conde —Si se niega encontrara la muerte mucho antes que el doctor Costa y le aseguro que no será una muerte rápida y sin dolor. Por el contrario, si acepta de buena gana puedo llenarla de lujos además de amor, le garantizo además que puedo hacerla muy feliz en la cama, soy un hombre tan bien dotado como el difunto Rasputín. —el conde dijo esto último con una sonrisa cínica y de dientes amarillentos.

Victoria quería hablar pero sentía la lengua pegada al paladar, la boca estaba tan seca como el desierto del Sahara en primavera.

El conde interpreto el silencio como una respuesta afirmativa, después de todo que podía hacer ella para negarse. Nada. Absolutamente nada.

—La dejare a solas un momento doctora, pero esta misma noche iniciara usted con su... mmm... digamos... ¿trabajo?... ¿misión?... no lo sé, llámelo como quiera —dio la última de sus siniestras carcajadas y salió de la habitación llevándose a Daisy la tarántula.

—Dios mío, ayúdame —pensó Victoria.

Le había costado mucho decidirse para ponerse del lado del Conde, ya se había hecho a la idea de que su supervivencia dependía de la muerte de Costa y ahora esto. Una cosa era traicionar a

quien había sido el hombre de su vida y otra muy diferente dejar que un viejo decrepito y nauseabundo como el Conde Di Tella le hiciera el amor y la presumiera como su mujer ante los ojos de conocidos y desconocidos.

Se había prometido no llorar más, pero no pudo contener las lágrimas. ¿De qué eran? ¿De rabia?, ¿De dolor?, ya no lo sabía y francamente poco importaba pues no tenía voz ni voto, solo le quedaba someterse a lo que el Conde quisiera hacer con ella, tal vez en un futuro ella encontraría la forma de rehacer su vida cuando todo esto pasara. Tal vez. Tal vez era muy poco pero era mejor que nada.

Hacia una hora que el Boeing 777 de Alitalia había arribado a Roma después de una escala en Francia. Leone Bellini aún se encontraba en las inmediaciones del aeropuerto internacional Leonardo da Vinci comprando algo de pizza en un pequeño local. “Pizzeta De Pisa” decía el escaparate.

Aunque sentía el estómago revuelto y los intestinos se le revolvían como gusanos en anzuelo necesitaba probar alimento, el tiempo pasado en México no le había sentado demasiado bien, durante su estancia desarrolló una alergia a los incipientes mariscos que él y Derek comían casi todos los días, si fueron deliciosos en un inicio pero pronto se tornaron aburridos e intolerantes al paladar.

—Leone, ¿estás seguro que veremos pronto a Sebastián? —dijo la muchacha tras de sí, había entrado al sanitario y él se había adelantado a comprar la pizza.

—Toma esta, es de peperoni —dijo Leone extendiéndole la rebanada de pizza en un plato que tenía grabado el logo de “Pizzeta de Pisa”

—Gracias, Leone —la chica mordió la pizza y el queso salió estirado.

—De nada, y en cuanto a tu pregunta si aquí te encontraras con tu amado Sebastián, solo que no ahora.

—¿Qué?, ¡Dijiste que estaría aquí! —dijo la chica en tono infantil y casi berrinchudo.

—Si eso dije, el llegara aquí de un momento a otro te lo aseguro, pero era importante que viniera a hablar con mi jefe. —Leone había dejado el resto de la pizzeta de pisa en la pequeña barra del establecimiento.

—Ni hablar, quizá pueda tomar el tren a Paris y visitar a mis padres —dijo la chica al tiempo que devoraba otra rebanada de pizza

—Haz lo que quieras —dijo Bellini cambiando abruptamente el tono amable y amistoso de hace un momento —De todas formas la información que nos diste no sirve de nada.

—¿¡Pero que estás diciendo!?

—Baja la voz —atajo Bellini

—Yo soy la más interesada en encontrarlo —dijo la chica que parecía haber perdido de pronto el interés en la pizzeta de pisa

—Tú solo estás interesada en un acostón.

La chica soltó un gemido que denotaba que se sentía ofendida ante aquellas palabras.

—Yo debo hablar con mi jefe, y si tú quieres ir con tus padres o meterte un consolador pensando en tu amado es tu problema —se levantó y se dirigió a la salida.

—Espera— dijo ella tomándole del brazo. Bellini volvió la mirada —¿Me avisaras cuando lo encuentres?

—Claro que si niña —dijo Bellini sonriendo—. Ahora debo irme, te llamare cuando sepa algo —concluyo soltándose violentamente del brazo que le sujetaba.

Colette se quedó en la puerta unos instantes sin saber si regresar a terminar la pizzeta de pisa o si debía marcharse sin más, finalmente hizo lo segundo y abordó un taxi rumbo a la estación de trenes. Le quedaba poco dinero y era necesario visitar a sus padres. Después de todo aún era hija de familia.

Leone Bellini también abordó un taxi rumbo a la casa veraniega del conde di Tella. La zona arqueológica de los valles de Caracalla se mantenía intacta al paso del tiempo, la vegetación

exótica que rodeaba el complejo parecía provenir de otro mundo o al menos de otra época. Descendió del taxi y continuó el camino a pie a través de los cedros, pinos mediterráneos y de una gran variedad de árboles frutales, el aire traía consigo una gama increíble de aromas que se combinaban con la humedad para provocar una sensación sumamente placentera en el refinado sentido del olfato.

Llamo a la puerta principal y le extraño que ninguno de los criados saliera inmediatamente, vio su reloj. Eran las 9 de la noche —ni demasiado tarde ni demasiado temprano —pensó.

Acercó el rostro y lo pego a una de las ventanas, dentro había poca luz pero lo suficiente para darse cuenta que nadie había escuchado que tocaban la puerta, la pequeña cámara situada por encima lo veía, esta, transmitía una imagen en alta resolución hasta lo que el conde denominaba “su despacho”. Leone decidió probar suerte una vez más llamando a la puerta, esta vez en lugar de tocar con los nudillos lo hizo con el puño esperando que el ruido llegara más lejos, sabía que el Conde estaba dentro, había hablado con el poco después de su llegada a Roma, pero era probable que él no se molestara siquiera en acercarse a la entrada, ese era el trabajo de los sirvientes.

Llamo un par de veces más y nada ocurrió. La oscuridad nocturna empezaba a conferirle un aspecto tétrico al inmenso jardín. Decidió que era tiempo de marcharse, cuando escucho pasos provenientes del interior de la casa.

—¿Leone? , ¿Eres tú? —dijo el conde con voz grave — Si señor —dijo Bellini acercándose de nuevo a la puerta. A través del vidrio podía distinguir brevemente la silueta del Conde. Difuminada y borrosa.

La puerta se abrió, y el conde parecía agitado como si acabara de correr un maratón, le tendió la mano y lo condujo hasta la sala de estar.

—Que bueno que has llegado, hombre, es un gusto volver a verte. ¿Gustas un trago de whisky?

—Si señor, por favor.

El conde sirvió dos vasos de whisky, uno para él y otro para Leone. Se sentaron frente a frente separados por la pequeña mesa de centro. El conde removió un diminuto florero y colocó su vaso de whisky

—Y dime Leone ¿Qué tal el viaje?

—Agotador señor, es una larga travesía viajar desde México.

—Lo imagino —dijo el conde quitándose los zapatos

—Perdone que le pregunté esto, pero ¿A dónde ha ido toda la servidumbre?

—Mí querido Leone, la servidumbre está de vacaciones de hoy en adelante mi mujer se hará cargo de todo lo que una mujer debe hacer en su casa. Ya sabe, lavar, cocinar, limpiar, barrer, etcétera, etcétera...

—¿Su mujer? —pregunto Leone. Tenía los ojos grandes como platos y una mueca de asombro.

—Así es, mi querido amigo. Me refiero a la doctora Victoria Greco.

—¡Santo Cielo! —Exclamo Bellini —¿Pe... pero cómo?

El conde soltó otra de sus ruidosas carcajadas. A continuación dio un gran sorbo de whisky.

—Vamos, querido amigo no te sorprendas tanto. Un hombre en mi posición no podía seguir soltero por más tiempo, tú mejor que nadie sabe lo que es tener una mujer joven y bella como compañera de vida.

A Leone este último comentario le provoco una punzada dolorosa, recordó a Rosella que había preferido correr a los brazos del fugitivo, en lugar de quedarse a su lado como lo haría una esposa enamorada y abnegada. El conde captó el repentino enmudecimiento y hablo:

—Oh, amigo lo siento, se lo que paso con tu esposa pero te prometo que la encontraremos.

—Le suplico no hablemos de esa mujer, señor — Oh, Oh, claro no es momento de ponernos

tristes y menos por mujeres, mi querido amigo. Te ruego me disculpes pero con alguien debo compartir mi alegría. La doctora Victoria Greco ha aceptado ser mi mujer. Es como... ¡Un sueño hecho realidad!

—Ya lo creo que sí, señor —dijo Leone terminándose de golpe el whisky

—¿Un poco más? —pregunto el conde — Si señor por favor — Como te decía mi amigo, la doctora y yo ahora somos aliados y pronto seremos más que eso. Soy demasiado viejo para tener otro hijo, pero quien sabe, quizá después de todo pueda tener un heredero que continúe con el negocio familiar. —El conde hablaba con evidente emoción, sonriendo y soltando sus carcajadas que cada tanto le producían ataques de tos, bebía whisky y parecía tan feliz como podría serlo un niño en una juguetería.

—Escuche señor, me alegro por usted y lamento no traerle buenas noticias —dijo Leone—. ¡Nada podrá quitarme esta felicidad que siento, querido amigo!, anda suelta la sopa, que noticias tenemos de nuestro amigo el doctor Costa.

De nuevo Leone termino el vaso de whisky de un solo trago, se aclaró la garganta y hablo:

—Sencillamente no hemos podido localizarle, y ese no es todo el problema mi esposa y uno de mis hombres de confianza siguen desaparecidos.

—Leone... Leone... Amigo mío, escucha no hay ninguna prisa por encontrar al Doctor Costa.

Leone Bellini lo miro de nuevo sorprendido, el conde parecía otro, no se parecía en nada a la versión que el recordaba haber visto tras la muerte de Salvatore, aquel que parecía sediento de venganza y poseído por el mismísimo Satán. La versión que tenía ante sus ojos parecía tan inofensivo como un conejito de peluche. Leone pensó que quizá el entusiasmo con el que bebía whisky tenía algo que ver.

—Sé que te preocupa tu mujer, pero créeme que el doctor Costa sería incapaz de hacerle algún daño. A menos que consideres dañino una gran cantidad de orgasmos.

El conde soltó otra de sus carcajadas, aunque esta vez estaba verdaderamente divertido. Leone mientras tanto sintió el calor subírsele al rostro, la ira se sentía palpitante y crecía como un tumor maligno en su cabeza. Trato de sonreír pero no pudo. El conde al percatarse detuvo su carcajada y trato de plantar una expresión seria en su viejo rostro. Lo consiguió a medias.

—Perdóname amigo, fue un comentario estúpido de mi parte. En fin como te decía, es solo cuestión de tiempo antes de que demos con su paradero, tengo mucha gente tras la pista de ese hijo de puta, te lo aseguro.

Leone carraspeo sintiéndose incómodo, sentía el efecto del whisky sumándose a las pocas horas de sueño que traía encima y de pronto sintió la necesidad apremiante de irse de ese lugar, de ir a descansar y dejar al viejo conde con sus comentarios de mal gusto.

—Señor, creo que es mejor que me vaya.

—No, espera, puedes quedarte aquí amigo mío, hay muchas habitaciones y sería un honor que te quedaras, ya hemos cenado pero puedo decirle a la doctora Greco que nos prepare un pequeño refrigerio.

—Muchas gracias señor, pero será mejor que me...

—Por favor Leone yo insisto, quédate esta noche, para ser sincero me siento algo ebrio y quisiera hablar contigo mañana a primera hora cuando me encuentre mejor. Tú puedes quedarte aquí a ver la TV, ducharte o lo que mejor te parezca.

Leone se sentía agotado, estaba harto de la palabrería del conde y finalmente acepto quedarse a regañadientes.

—Perfecto, puedes tomar la habitación que más te agrade —dijo el Conde mientras se ponía de pie después de beber su cuarto vaso de whisky. Tambaleo y casi se cae pero logro asirse de uno

de los sofás. Tomo su bastón y camino con paso atáxico más que lento a la habitación donde se encontraba Victoria Greco.

Leone lo vio adentrarse en la oscuridad del pasillo que conducía a la recámara. Sintiendo verdadera pena por lo que le esperaba a la doctora Greco. Lidar con ese viejo era difícil y lo era aún peor cuando estaba borracho.

—¡Allá voy, querida! —grito el conde mientras luchaba por mantenerse de pie, aferrándose a su bastón, las paredes o a lo que fuera.

Lo último que escucho Leone fue la puerta de la habitación cerrarse, no creía que el viejo conde pudiera hacerle el amor ni a una muñeca inflable, así que se dirigió a buscar una habitación. Se instaló en el extremo opuesto del pasillo lejos de la habitación que compartían el Conde Di Tella y Victoria Greco.

Se recostó y al cabo de pocos minutos se quedó dormido. Esa noche hubo sueños, sueños en los que Sebastián Costa y su mujer se reían de él, se burlaban de su incapacidad para encontrarlos. Pero sobre todo su mujer se reía de su incapacidad para engendrar y de ser un segundón siempre bajo las órdenes de los Di Tella. En sus sueños los veía tan cerca, tan felices juntos, el trataba de atraparlos, de estrangular a la mujer, pero era inútil, se estaba hundiendo en un fango pantanoso. Primero sus pies, luego las rodillas, finalmente quedaba atrapado hasta el pecho y ellos seguían riéndose mientras lanzaban asquerosos escupitajos a su rostro.

—¡Basta! —Gritaba Leone. La pareja se alejaba dejándolo en el fango que parecía dispuesto a tragárselo vivo. Vólteo su rostro cuando sintió una respiración jadeante en la nuca, el aliento de aquella cosa era pestilente y le provocaba una sensación quemante en la nariz. Era el rostro de Salvatore, sin ojos y con una sonrisa cadavérica e inmóvil. Leone grito tan fuerte como pudo pero no escuchaba su propia voz, era extraño. Finalmente pudo ver consigo a más personas hundiéndose en el fango. Eran los rostros del Conde Di Tella y de Victoria Greco.

Se despertó sintiendo el frío sudor perlar por su rostro. —Tengo que atraparlos— dijo en un susurro.

Trato en vano de volver a dormir pero no lo consiguió, al parecer no tendría una noche de paz y descanso hasta que atrapara a su mujer y al hijo de puta de Costa. Tenía que ser el quien los viera hundirse en el fango y no al revés como sus pesadillas se empeñarían en recordarle a partir de ahora.

El dueño del bar “El Monje Loco” era un hombre sesentón, de mediana estatura y gafas de montura de carey, fumaba empedernidamente mientras contaba en su oficina las fructíferas ganancias del día. Uno de sus pasatiempos favoritos eran las apuestas, como hombre experimentado rara vez perdía una apuesta grande que afectara su bolsillo. Esa noche, sin embargo, mientras fumaba uno de sus cigarrillos baratos y contaba el dinero en su oficina el empleado de la barra irrumpió de pronto.

—Tenemos un canario —dijo el muchacho con atuendo de mesero.

Efraín Velásquez, el portentoso dueño, levanto la vista apenas lo suficiente para mirar al muchacho y de inmediato volvió la atención al fajo de billetes que contaba.

—Dile que espere, voy en un momento —dijo Efraín — Enseguida, señor —El muchacho salió tan rápido como había entrado

En la barra el hombre que haría una apuesta interesante aquella noche jugueteaba con una identificación, la pasaba de una palma a otra, finalmente la dejó quieta cuando el muchacho de la barra le trajo un tarro de cerveza nacional. El logotipo de “El Monje Loco” estaba grabado en el tarro. La cerveza tenía un aroma exquisito y el hombre aspiró ligeramente antes de dar un buen sorbo.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —dijo el muchacho, mientras servía otro tarro de cerveza para otro cliente.

El hombre, que lucía una barba hipster y unos anteojos que apenas permitían ver sus ojos hablo:

—Soy de California

—Si no le importa ¿Puedo preguntarle porque viene a apostar aquí?, cuando puede hacerlo a través de internet

—No me siento cómodo apostando de esa manera, prefiero la manera tradicional —El hombre se quitó los anteojos y los guardó en un pequeño maletín que llevaba consigo —¿Tu patrón saldrá pronto?

—Sí señor no tardara, mírelo allí viene.

—Efraín Velásquez, fundador y dueño de este maravilloso lugar —dijo el viejo mientras le extendía la mano.

—Mucho gusto señor Velásquez, soy Adán Vega— dijo el de la barba hipster.

—Mi muchacho me dijo que quiere hacer una apuesta interesante ¿Es cierto?

—Así es señor Velásquez, me interesa apostar en un combate de boxeo que será la próxima semana

—Dígame de quien se trata y con gusto haremos negocio —dijo Efraín Velásquez sonriendo mientras sostenía entre dientes un cigarrillo que parecía parte de su propio organismo

—Joshua vs Andy Ruiz Jr. Señor Velásquez.

Velásquez abrió los ojos como platos y por poco su cigarrillo camel cae de su boca.

—Me imagino que apostara por Joshua, Andy Ruiz Jr. es un bulto que no tiene ninguna posibilidad contra el inglés.

—No señor, se equivoca apostare a Andy Ruiz Jr.

Velásquez y el muchacho de la barra intercambiaron miradas.

—¿¡Esta usted loco!?, pero si quiere regalarme su dinero por mi está bien — Tengo fe en los mexicanos y Andy Ruiz lo es ¿usted no, señor Velásquez?

—¿Qué si soy mexicano o si tengo fe en el bulto que es Andy Ruiz?

—Ambas cosas —dijo Adán vega sorbiendo su cerveza.

—Si y no —dijo a secas Efraín Velásquez —Sabe que, hagamos la apuesta, usualmente no la aceptaría pero me vendría bien comprar neumáticos nuevos para mi Ford y ocurre que además tengo prisa

—Bien, señor Velásquez, ¿Cuánto paga? Escuche que en algunos sitios de apuestas pagan hasta 33 a 1.

Efraín Velásquez soltó una carcajada.

—Ni en broma hombre, lo más que puedo pagar ante una descabellada apuesta como esa, sería... digamos... 10 a 1

—Lo aceptare.

El hombre de la barba hispter saco un fajo de billetes casi igual de abultado que el que el propio Efraín Velásquez contaba en su despacho hacia solo unos minutos.

—¡Genial! , ¿Cuánto apostara? , Me imagino que será poco, no creo que quiera regalarme tanto dinero o si

—Será esto —dijo Adán vega extendiendo la mano a Velásquez.

—¡Santos y querubines del cielo!, ¿Está usted seguro?

—Absolutamente —dijo el hombre mientras terminaba su cerveza

—Esta bien le hare un recibo, comprobante o cómo diablos se llame eso y en caso de que gane, que no lo creo, venga al día siguiente. O ya se podemos ver la pelea aquí mismo. Usualmente no hago eso pero usted me ha regalado dinero a lo grande así que lo menos que puedo hacer es invitarlo a ver la pelea y darle una cerveza como premio de consolación.

—Acepto su invitación, señor Velásquez —dijo el hombre de la barba esbozando una sonrisa.

Estrecharon sus manos y el extranjero salió del local. Una vez afuera guardo sus credenciales dentro de un pequeño compartimiento en su chamarra. La credencial lo acreditaba como Adán Vega de 38 años, con domicilio fijo en la ciudad de Guadalajara, pero quien quiera que hubiera visto el cartel “SE BUSCA” en la ciudad de Los Cabos se sentiría intrigado por el enorme parecido de Adán Vega con el “desaparecido” Sebastián Costa.

Dentro del hostel donde se hospedaba, cerca de la icónica catedral de la ciudad de Guadalajara, Adán Vega en otrora vida Sebastián Costa dormía en una pequeña habitación que compartía con huéspedes de distintas nacionalidades, en su mayoría jóvenes.

Después de pasar unos días en la ciudad de Durango, se había visto forzado a huir de nuevo cuando el colectivo en el que viajaba había sido escenario de dos crímenes, primero el asalto a los pasajeros por parte de dos chicos de facciones indígenas y segundo; el asesinato que él había cometido, disparando contra aquellos desgraciados a plena luz del día. No le remordía en absoluto la conciencia por lo ocurrido, como tampoco lo hacia la mutilación y posterior muerte de Salvatore.

Sabía que debía estar en constante movimiento. La barba era solo una medida de varias que había iniciado para cambiar su apariencia. Nunca había usado tatuajes, pero desde que se separó de Rosella en Los Cabos y hasta su llegada a Guadalajara ya había pasado por la maquina tatuadora de una chica llamada Venus, quien según le conto recorría el país pagándose sus viáticos con su trabajo. Cinco tatuajes hasta el momento: todos distribuidos entre ambos brazos, salvo un escorpión tatuado en el abdomen. Así mismo frecuentaba un pequeño gimnasio a pocos metros del hostel donde se hospedaba. Entrenaba con algunos de los chicos con los que convivía a diario y descubrió que encontraba gratificante su compañía, además del entrenamiento.

Visitaba la catedral en ocasiones, preguntándose si Dios estaba allí realmente. Tu habrías hecho lo mismo —le decía frecuentemente al Cristo clavado en la cruz, mientras pensaba en Salvatore

retorciéndose como gusano en sedal antes de caer inconsciente en la sala de operaciones.

La rutina de la ciudad era aburrida, allí no había playas que visitar, los cines y los teatros ofrecían casi siempre el mismo tipo de aburrido espectáculo. Dividía su tiempo entre sus libros de medicina y las gratificantes charlas con los jóvenes del hostel, de vez en cuando salía con ellos a recorrer la ciudad o a tomar un trago, sabía que no podría emplearse fácilmente así que había decidido empezar a apostar con la esperanza de ganar algo de dinero.

La “guarida del Monje Loco” como la llamaban algunos de los chicos del hostel había sido una recomendación de la misma tatuadora. A ese viejo le encantan las apuestas tanto como toquetear a las chicas de mi edad —le dijo una vez mientras terminaba de delinear el rostro de Hannibal Lecter en su brazo izquierdo.

Había intentado hablar con Rosella en algunas ocasiones, pero no quería que ella se involucrara demasiado en su nueva vida como fugitivo. La única vez que cruzaron palabras él le dijo que estaba bien y que no se preocupara más de la cuenta, que él le llamaría después, ella había intentado retenerlo en la línea pero fue en vano. Ya había colgado. De eso ya había pasado casi un mes. Pensar en ella le provocaba una mezcla de emociones, la quería de eso no había duda, la pregunta era ¿Cómo la quería? ¿Cómo amiga? , ¿Cómo a una hermana? , ¿O como algo más? Mientras volvía de una de sus visitas de la catedral, vio una banca desocupada en un parque, se sentó y saco un cigarrillo, estuvo varios minutos contemplando la luna y las estrellas que la acompañaban siempre en lo alto del firmamento.

Extrañaba a Rosella, pero sobre todo extrañaba a Victoria. ¿Por qué no huyeron juntos, cuando los Di Tella iniciaron la cacería? Ella había dicho que lo alcanzaría a su ciudad soñada: Los Cabos, pero algo, algo malo le había pasado en su intento de huir. No sabía qué, pero estaba seguro y la duda es peor a veces que la certeza.

Termino su cigarrillo y se encamino en dirección al hostel, donde seguramente Venus y los demás chicos organizarían una sesión de cartas o contarían historias de terror. Esperaba tener suerte con su apuesta de la próxima semana o quedaría en bancarrota y obviamente más en riesgo de ser capturado. Decidió que solo esperaría una semana, es decir, hasta que el combate entre Anthony Joshua y Andy Ruiz Jr. terminará, después iría a otra ciudad. Era importante estar en movimiento, se decía a si mismo constantemente.

El día del combate entre Andy Ruiz Jr y Anthony Joshua había llegado. Desde una de las mesas al fondo del “Monje Loco” El hombre identificado como Adán Vega miraba la pantalla sin perder detalle en el combate, por momentos estaba tan absorto mirando, que su cerveza había comenzado a parecer más un chocolate caliente. El chico que lo había recibido hace una semana se encontraba en la barra conversando animosamente con algunos clientes. Ocasionalmente en el lugar había muchas mujeres, maduras y jóvenes, pero en esta ocasión estaba casi completamente abarrotado de hombres, algunos quizá de verdad interesados en el combate por mero espíritu deportivo y competitivo, otros, por las cuantiosas apuestas que se celebrarían en el local propiedad de Efraín Velásquez.

Después de un tercer round difícil y poco favorable para Ruiz, las miradas desde la barra se intensificaron hacia el solitario hombre que había apostado al “bulto mexicano” (como lo habían estado llamado durante todo el combate). Carcajadas y derramamientos de cerveza comenzaron. A medida que se emborrachaban los hombres aclamaban más al británico y empezaban a asumir el rol de manager, gritando cosas a la pantalla como si los peleadores pudieran escuchar sus palabras.

El cuarto y el quinto round transcurrieron sin problemas, pero con clara superioridad del británico Joshua.

—Será mejor que se dé por derrotado, hombre —dijo Efraín Velásquez desde la barra.

—Ruiz es hombre muerto —grito otro de los hombres visiblemente alcoholizado.

Costa hizo caso omiso a los comentarios del viejo Efraín y se concentró solo en la pelea. Nunca había sido lo que se llama un aficionado de hueso colorado, pero recordaba con cariño a Andy Ruiz a quien había conocido en su infancia. Las burlas y el bullying al que siempre era sometido Andy por su sobrepeso desde los 5 años fue lo que de alguna manera forjó su amistad. Lo había defendido y le había dicho que él era lo suficientemente fuerte y valiente, que sería un gran peleador y que no importara lo que los demás pensaran, él alcanzaría la cima. Aunque la amistad fue breve, guardaba buenos recuerdos de aquella época. Por aquel entonces ya había comenzado a boxear y al poco tiempo la familia de Sebastián Costa había emigrado a Europa, nunca más se volvieron a ver, pero el recuerdo es una arma poderosa y aquí estaba, ahora, sentado en un bar de mala muerte contemplando a su viejo amigo en un pelea de campeonato. Tenía una extraña corazonada de que Andy saldría triunfante y él podría usar el dinero ganado en la apuesta para seguir manteniéndose oculto.

La cerveza ya estaba amarga y caliente cuando arranco el sexto round. Fue cuando la sorpresa le explotó en la cara a todos los incrédulos en el bar, Ruiz derribo a Joshua con un puñetazo brutal, este, con mucho esfuerzo consiguió levantarse solo para encontrarse de nuevo frente a los aplastantes 120 kgs de “Destroyer Ruiz” quien volvió a mandar a la lona al británico. Joshua escupió su protector bucal. El árbitro llevo a Ruiz a su esquina y decidió parar la pelea cuando Joshua fue incapaz de levantarse después del encontronazo.

El bar había enmudecido, era como si a los hombres se les hubiera bajado repentinamente su borrachera y tuvieran una masa de alcohol adherida a sus gargantas.

El único que se levanto fue Adán Vega (o Sebastián Costa), quien no pudo reprimir el entusiasmo y comenzó a aplaudir y a gritar: ¡Así se hace, Andy!, ¡Sabía que podrías!, mientras los otros lo miraban con una expresión de asombro e incredulidad.

—¡No puede ser! —vociferó Efraín Velásquez, cuya piel estaba roja de ira

—Señor Velásquez, siento decirle esto, pero he ganado la apuesta.

Los otros hombres seguían sin recuperar el habla, de alguna manera ellos también habían perdido la apuesta. Andy Ruiz Jr. acababa de mandar a la quiebra al triste negocio de Efraín Velásquez.

—Soy un hombre de palabra y le pagare, señor. Pero mentiría si le dijera que no estoy molesto por su buena suerte.

—La suerte a veces nos sonríe y a veces nos escupe a la cara, señor Velásquez.

El viejo Efraín no contesto, probablemente estaba pensando en cómo se ganaría la vida ahora que prácticamente había quedado en quiebra ante tan estratosférica apuesta.

—Espere aquí señor, le daré el sobre con lo acordado. —Salió y se dirigió a su oficina donde abrió una caja fuerte, dentro había dinero en efectivo, algunas joyas y una pistola semiautomática.

—Aquí tiene —dijo Efraín extendiendo el sobre, aun con la ira atenzándole el rostro. Se sentía al borde del colapso

—Gracias señor Velásquez, ha sido un placer hacer negocios con usted.

—¡Espere!, puede apostar ese dinero en otro combate si su suerte es tan buena podría llevarse hasta este triste negocio.

Costa miro alrededor como inspeccionando el mobiliario existente en el “Monje Loco”

—Lo siento, señor Velásquez pero no estoy interesado en su negocio, con el dinero me es suficiente. Que pasen buenas noches señores.

Costa se retiró sintiendo como era blanco de las miradas de la multitud reunida en la barra, guardo el sobre en su chaqueta y salió. Nunca más se le volvería a ver en la ciudad.

El sol brillaba con intensidad a través de las acolchadas nubes, se escuchaba el sonido del agua caer, gota a gota se iba entretejiendo una melodía que parecía acariciar los tímpanos. La amplia pradera era como una alfombra verde, uniforme y perfectamente bien distribuida a lo largo de la superficie. Rosella iba vestida con una larga túnica blanca que le llegaba casi hasta los talones, se miró las palmas y el dorso de las manos, las acercó a su rostro e inhaló. Un aroma como de pétalos de rosa inundó sus narinas, realizó una segunda inspiración sintiendo como el dulce aroma se colaba hasta sus pulmones.

Se miró los pies y pudo notar que estaba descalza, por lo que tomó unos segundos para mover los dedos y sentir el cosquilleo que le hacía la hierba en los dedos. Estaba húmeda y refrescante, una sensación de frío reconfortante le recorrió el cuerpo provocando un estremecimiento agradable.

Miró alrededor y no pudo reconocer el lugar donde se encontraba, no se veía ningún pueblo cercano ni nada que pudiera asociar remotamente con la civilización. Lo que sí pudo distinguir fue el lugar de donde provenía el sonido del agua. Una cascada hermosa e imponente de agua cristalina se hallaba cerca, al acercarse, el sonido se volvió más intenso envolviéndola totalmente y aislándola del resto de los sonidos que pudiera haber por allí.

Se quedó fascinada contemplando la transparencia del agua, era extraño, pero dentro, donde caía el agua, en el estanque, había peces, peces de muchos colores, naranjas, negros, azules, blancos y amarillos. A Rosella le recordó al acuario personal que tenía en Italia, se acercó al borde, se inclinó y metió las manos en el agua, estaba fría, era refrescante y sin pensarlo la bebió, sabía deliciosa, como el agua más limpia y purificada que hubiera tomado jamás. Tomó otro poco entre sus manos y la esparció sobre su rostro. La sensación de calma y paz fue enorme e inmediata.

Se incorporó, sintiendo aun la pequeña brisa proveniente de la cascada que golpeaba su rostro. Miró a derecha e izquierda sin poder reconocer nada de su entorno. ¿Cómo era posible que estuviera en un lugar así? ¿Cómo había llegado? Lo último que podía recordar era la charla que había tenido con Beth antes de ir a dormir.

Antes de que la idea lógica de que estaba soñando llegara a su mente, sintió una sensación de calor en su pecho, era un calor agradable como el del sol en la playa, pero era extraño porque lo sentía solo en el pecho justo en el esternón. Bajo la mirada y estiró un poco la túnica para poder ver dentro, y vio el amuleto Dragón colgando de su cuello, ahora en vez de estar gris y opaco como ella lo había conocido, este, estaba ahora, luminoso y vibrante.

¿Se había quedado dormida con el amuleto puesto? Tal vez, pero no podía recordarlo.

De pronto una mano se posó en su hombro derecho y emitió un gemido de susto, descubriendo divertida que aun en los sueños podía asustarse.

Volteó lentamente la cabeza hacia la persona que la había tocado, y pudo ver el rostro de su amado, de su amigo Sebastián Costa a pocos centímetros de ella. Se sintió invadida por una ola de felicidad, que de por sí ya era agradable por estar en un lugar tan bello como ese.

—No digas, nada —dijo él, colocándole un dedo sobre sus labios —Me resulta difícil creerlo, Victoria y yo nunca pudimos lograr este tipo de conexión, de la que tanto nos habló Akane.

—¿Conexión? ¿De qué hablas? —intervino Rosella.

—Se llaman sueños compartidos, se supone que en la naturaleza es un fenómeno poco común, pero el amuleto es capaz de sobre— estimular muchas cosas, incluidos algunos fenómenos del

sueño.

—No puedo creerlo —dijo Rosella

—Eso no es todo, se supone que tal cosa solo era posible entre Victoria y yo, o al menos eso dijo Akane, dijo algo como, si su amor se fortalece lo suficiente podrán verse hasta en sueños aunque estén separados por miles de kilómetros.

—¿Pero cómo...?

—No lo sé— continuo él —Lo único que se me ocurre es que tú, yo, no lo sé...

Rosella bajo la mirada, sintiéndose avergonzada como una niña que ha sido descubierta en plena travesura.

—Pensé que era muy obvia —dijo finalmente — ¿De qué hablas?

—De que te quiero. Te quiero más que como un simple amigo.

—Rosy yo...

—No digas nada, sé que tu amas a Victoria y nunca podría apartarte de ella, solo quería explicarte cual es la razón por la que nos encontramos aquí ahora, solo espero que sea como los demás sueños y no puedas recordarlo —rió nerviosamente.

—Eso es algo que tampoco sé —dijo Costa.

—Los sueños son solo eso —dijo ella acariciándole el rostro y mirándole a los ojos— Debemos de volver a la realidad, tú con Victoria y yo con Leone que sé que tarde o temprano me encontrará. La expresión de Rosella se había tornado triste.

—Quizá podamos...

—No, no podemos —atajo ella —no volveré a usar el amuleto para que esto no vuelva a ocurrir lo prometo.

—¿Por qué no me dejas hablar y ser parte de esta decisión? —dijo el

—Yo ya he decidido por los dos, es mejor así, yo te ayudare y te cubriré lo más que pueda, pero los dos sabemos que los Di Tella no descansaras hasta verte muerto.

Rosella comenzó a sollozar y pudo sentir una lágrima asomando sus parpados, era un sueño, sí, pero un sueño muy real después de todo. No sabía si quería despertar, después de todo aquel era un lugar agradable y podía quedarse allí para siempre.

—Lamento haberte metido en esto —dijo Costa, tomándole la mano

—No tiene importancia ya, mejor dime ¿Cómo despertaremos?

—Eso es algo que tampoco sé —dijo sonriéndole a modo de complicidad

—¿Crees que el paraíso sea parecido a este lugar? —dijo ella abruptamente—. Me gusta creer que sí.

—Es un lugar hermoso ¿No crees?

—Sí que lo es —dijo él.

Hubo un momento de silencio en el que cada uno contemplo los ojos del otro con detenimiento, es el tipo de mirada que se encuentra en los enamorados, en esos que sienten todo el poder de la química del amor en el cerebro. Finalmente ella bajo la mirada y hablo:

—Debemos irnos.

—No sé cómo, mejor disfrutemos este momento hasta que terminé.

Rosella le dedico una mirada que quería decir: “¿a qué te refieres?”

—No me mires así— dijo Costa riendo —Sentémonos aquí, mirando el paisaje y dejemos que las cosas pasen sin más.

Se sentaron al borde del estanque, frente a la caída del agua en la cascada, sumergieron los pies descalzos en el agua, donde ocasionalmente los peces les hacían cosquillas, Rosella soltó un par de carcajadas cuando un pez más grande que el resto le rozo el tobillo. Fue un momento único

para los dos, un momento que en el mundo real no pudo haber existido. Rosella no recordaba la última vez que había reído tanto, tampoco la última vez que había besado a alguien sintiéndose verdaderamente enamorada. Los besos anteceden a la caída y si en esta ocasión no ocurrió probablemente sería en la siguiente, ella sabía que no podría contenerse demasiado tiempo, menos sintiendo un deseo tan grande, la pregunta era: ¿Es posible hacer el amor en sueños? Es decir algo que va más allá de un simple sueño húmedo. ¿El Amuleto tendría ese poder? La pregunta quedaba flotando en el aire hasta el próximo encuentro.

Estas preguntas zumbaron en su cabeza a la mañana siguiente, al menos los besos habían sido tan reales que aun sentía el hormigueo en sus labios. Vio el amuleto y estaba gris y sin vida de nuevo, pero había sido una experiencia única y mágica. Sonrió al recordar el sabor de sus besos, al recordar cada detalle del lugar tan hermoso que visito y solo podía preguntarse si él había estado allí realmente.

El cosquilleo en sus labios era prueba irrefutable. Al levantarse de la cama encontró otra prueba, algo que habría hecho avergonzar a muchas muchachas adolescentes en etapa de desarrollo. La cama estaba mojada, tanteo sus bragas y sintiéndose algo estúpida frotó sus dedos contra la ropa y olía, no tenía el olor penetrante de la orina, era desde luego otra cosa. Y a continuación empezó a reír sintiéndose muy divertida y con una sensación de vitalidad diez e incluso veinte años menor.

Después de una semana de estar recluida en la Casa veraniega del Conde Di Tella, Victoria Greco había aprendido la rutina a la que tendría que acostumbrarse si quería seguir viva. Todas las mañanas el Conde salía al gimnasio, regresaba alrededor del mediodía con un periódico en las manos, o fumando un puro, a veces ambas cosas. Por las tardes el Conde le platicaba sobre su familia: su abuelo el fundador de la organización en los años 60, su hija Alexandra que estudiaba en Londres, su difunta esposa, etc. etc. Ocasionalmente Daisy la tarántula aparecía acompañando al Conde en sus conversaciones. Casi siempre Victoria se limitaba a escucharlo como si se tratara de su terapeuta, otras asentía o se limitaba a decir sí y no. Al Conde le gustaba la música de cámara, los tenores y las sopranos también, a veces acompañaba estas charlas con un poco de música, abría las ventanas y simplemente dejaba que la luz del sol se colara al interior. La comida era buena, la servidumbre había regresado, y el cocinero un hombre mayor de nombre Albert preparaba platillos exquisitos y exóticos de distintas partes de Italia, una selecta cava de bebidas completaba la cena, la cual, frecuentemente, y por insistencia del mismo Conde se tomaba siempre a las 8:30 pm y solos en el amplio comedor, él y Victoria.

Esta era la parte “buena” del trato. Victoria conservaba su vida y disfrutaba de las comodidades y amenidades que el Conde le proporcionaba a manos llenas. La parte “mala” se daba generalmente en las noches, especialmente en las que el conde estaba ebrio y deseoso de besos y arrumacos. La bebida no impedía que consiguiera una erección y Victoria se veía forzada a abrir las piernas y a desviar sus pensamientos hacia otros derroteros menos desagradables. Después de estos ocasionales encuentros sexuales, casi siempre el conde se quedaba dormido, roncaba y babeaba lo cual aumentaba el asco que Victoria Greco le tenía.

Mientras él dormía, ella, casi siempre lloraba, tenía cuidado de no despertar al viejo conde, se ponía la almohada encima del rostro, empapándola. Un par de veces había intentado escabullirse a otra habitación, pero eso le había costado un par de latigazos en la espalda. El viejo conde era demasiado débil para propinar los golpes, pero uno de sus hombres, Fabio, hacía con gusto el papel de verdugo.

La vida para ella, se había vuelto demasiado dura y a cada minuto que pasaba encerrada en aquella casa, se encontraba deseando que pronto Costa apareciera, así al menos podría salir y alejarse del Viejo Conde, que tanta repulsión le causaba.

A veces el diablo acierta dos veces en la diana. Un claro ejemplo es cuando dos personas que no deberían conocerse por el bien de muchos, se conocen. Eso paso justamente cuando el oficial Ezequiel Martínez y Derek Henderson (el hombre de confianza de Leone Bellini) se sentaron a platicar frente a frente.

—La primera pista a llegado —dijo Ezequiel Martínez, que vestía una chaqueta que le daba el aspecto de un tipo de una película de los años 50.

Derek enarco las cejas.

—Le advierto que si se trata de un truco, lo...

—No es ningún truco, señor Henderson, se de muy buena fuente que el fugitivo estuvo o está en Guadalajara.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Derek

—Un desgraciado dueño de uno de esos lugares de mala muerte le platico a uno de mis contactos que un hombre con las características del sospechoso fue a apostar a su bar en una pelea de box.

—¿Gano? —quiso saber Derek

Ezequiel Martínez río y añadió: —Si, siento decirle que si gano, por lo que ahora dispone de fondos para seguir escurriéndose de nosotros.

—¡Perfecto! —dijo Derek sarcásticamente, se reclino sobre la silla y coloco los brazos por detrás de la nuca.

—Descuide señor Henderson, esta vez ya lo tenemos cerca, se lo aseguro.

—¿A si? ¿Y cómo?

—. Hemos podido dar con el lugar donde aparentemente se quedó durante su estancia en Guadalajara, todo es cuestión de hablar con el encargado o con alguno de los amigos que hizo en ese lugar y todo estará listo.

—Espero sea tan sencillo como suena —sentencio Derek

—Le aseguro que sí, señor Henderson.

—Esta bien, pero a partir de ahora trabajaremos juntos para encontrarlo.

Ezequiel Martínez lo miro con una mezcla de extrañeza y asombro.

—No es necesario, señor Henderson — Desde luego que sí, parte de la recompensa ira a parar a mi bolsillo y además, yo soy su vínculo con el Señor Bellini, que vendría siendo algo así como el embajador del diablo en este país.

Ezequiel Martínez soltó una carcajada que sonó forzada y denotaba nerviosismo.

—Además —continuó Derek —hay un tercer interesado en atrapar a este tipo

—¿De quién se trata? —dijo el viejo policía mientras se frotaba las sienes como bien padece migrañas constantes

—Lucas Valdez.

—¿Quién?

—Lucas Valdez fue el primer hombre enviado aquí por Leone Bellini para la tarea que usted y yo ahora tenemos encomendada. Nada me gustaría más que dejarlo fuera de la jugada y probablemente sea así, pues el señor Valdez ha quedado en una silla de ruedas por el resto de sus días.

—Demonios. ¿No me diga que el tal Costa le hizo eso?

—No, pero Lucas Valdez no busca ahora quien se la hizo sino quien se la pague. Hable con el

ayer. Se queda en una casa de huéspedes llena de visitantes y uno que otro indigente afortunado.

—Que triste historia —dijo Ezequiel Martínez.

—Así es, pero no será de todo un problema para nosotros, el solo quiere un poco de dinero para volver a Italia a reunirse con su familia, algo así como una indemnización.

—Me parece perfecto —dijo el policía.

—Muy bien oficial Martínez, fue todo un placer reunirme con usted, hubiera sido mejor en un bar pero una cafetería como esta, está bien para hablar de negocios... Creo —y lanzo una carcajada.

Le extendió la mano, Ezequiel Martínez se la estrecho y Derek salió del lugar cargando un maletín estilo doctor.

—Tendré que pedir mis vacaciones ahora —dijo para sí, Martínez —No permitiré que este negro y menos el imbécil de la silla de ruedas se lleven la recompensa que me pertenece.

Termino de un sorbo su café y salió apresuradamente del lugar, dejando una generosa propina para la camarera, quien la recogió con una sonrisa.

Una noche después del acostumbrado acto sexual, el Conde Di Tella en lugar de dormir inmediatamente como siempre lo hacía, se giró en la cama y contempló a Victoria Greco que seguía con la vista clavada en el techo, sin decir una sola palabra, tal como llevaba haciéndolo mientras el Conde la penetraba. Mantenía la misma expresión catatónica y silenciosa.

—Te tengo buenas noticias —dijo el Conde Victoria Greco siguió sin inmutarse, parecía no haber escuchado.

—¡Eh! Victoria —dijo el conde mientras la zarandeaba ligeramente por el hombro.

Ella finalmente volvió la mirada, lo miró unos segundos y se revolvió en la cama dándole la espalda.

—Está bien, te lo diré de todas formas porque sé que es algo que te alegrara la noche. Tú has alegrado muchas noches para mí y es mi oportunidad de devolverte el favor. —El conde acercó su boca hasta el oído de Victoria Greco y habló:

—El doctor Costa ha aparecido —lo dijo en un susurro, como si hubiera alguien más en la habitación y temiera ser escuchado.

La noticia cayó como un balde de agua helada sobre la humanidad de la Dra. Greco. Se incorporó rápidamente de la cama, deslizó los pies hasta tocar el suelo y se quedó sentada al borde de la cama. No sabía que sentía exactamente. ¿Le daba gusto? Tal vez

—No te sorprendas tanto, querida —dijo el Conde desde detrás suyo sacándola de su ensimismamiento —Te dije que era cuestión de tiempo.

Sin voltear la mirada Victoria Greco habló:

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—En México, nuestras fuentes lo ubican cerca de la ciudad de Guadalajara. Quizá el muy maldito siga allí ahora mismo.

—¿Cuándo?... —empezó Victoria.

—¿Cuándo te iras?, —terminó el Conde — Mañana mismo querida, es por eso que esta noche decidí darte una merecida y complaciente despedida. —El conde rio y finalmente añadió: Una vez allá te estaré vigilando, recuerda que tengo ojos en todas partes y... después de lo de hoy no me queda duda porque el Doctor Costa está loco por ti, tienes una cavidad húmeda y deliciosa. —El conde rio divertido de su propio comentario, su risa acabó en un acceso de tos, tomó agua y después se acostó sin decir una sola palabra.

Victoria se quedó sola con sus pensamientos, estaba feliz porque al fin descansaría de la nociva presencia del Conde y estaba triste al mismo tiempo porque a pesar de todo Costa no había podido huir tan bien como ella creía. Recordó las palabras del Conde: “Tengo ojos en todas partes”

Pensó por un instante en buscar algo con lo que pudiera matar al Conde allí mismo, después de todo, él era viejo y débil y ella era una mujer fuerte y más joven que él. Rápidamente descartó ese pensamiento pues los hombres y parientes supervivientes la matarían antes de que pudiera elaborar un plan de escape.

Finalmente se relajó y se durmió con una sola idea en mente: Traicionar a Costa y sobrevivir a como diera lugar. El momento había llegado y ella ya no sentía por él más que odio. Un odio corrosivo y en crecimiento, tal como un tumor canceroso.

TERCERA PARTE: CONTRARELOJ

“La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos.”

Antonio Machado

“La muerte es dulce; pero su antesala, cruel.”

Camilo José Cela

Leone Bellini estaba sentado en una cafetería local, acababa de comprar el periódico, no tanto por las noticias, sino por la sección de crucigramas que tanto le fascinaban.

—Desea un poco más de café —dijo la camarera. Una mujer adulta pero muy bella, enfundada en un uniforme que la hacía parecer menor de lo que realmente era.

Bellini alzo la vista de su crucigrama.

—No, gracias he de retirarme pero estuvo delicioso.

La camarera rio y añadió —Es el mejor de la ciudad, se lo aseguro.

—No lo dudo —dijo Bellini sorbiendo lo que quedaba de la bebida en la taza y se levantó tomando su periódico—. Tenga la seguridad que volveré, señorita.

—Hasta luego, señor.

—Hasta luego.

Mientras Leone caminaba en la acera rumbo a la habitación de hotel que fungía como guarida y centro de operaciones, su teléfono comenzó a sonar.

—Diga —dijo Leone en el mismo tono monótono de siempre.

Al otro lado la voz de Derek sonaba más grave de lo usual quizá estuviera enfermado de gripe. —Leone, la señora Victoria Greco ha llegado a la ciudad, viene conmigo en el coche vamos camino al hotel donde estas hospedado. Llegaremos en 20 minutos como máximo.

—¡Estupendo! , Voy en camino. Salí a respirar un poco pero los veré allí dentro de poco. Los esperare fuera del hotel ¿entendido?

Sin esperar la respuesta Leone colgó.

Un Bora negro se abrió paso entre el tráfico. El auto reflejaba la luz del sol en su carrocería, llevaba vidrios polarizados y se desplazaba a una velocidad prudente. Los rines cromados eran elegantes y brillaban como perlas. Dentro, dos ocupantes. Victoria Greco, que llevaba una gabardina que contrastaba terriblemente con lo caluroso del día iba en el asiento del copiloto, llevaba gafas oscuras y el cabello recogido en una cola de caballo.

Revolvía nerviosamente entre sus manos una revista de moda, al tiempo que resoplaba en la ventanilla empañando el vidrio. Ocasionalmente dibujaba un corazón con una “V” dentro antes de que desapareciera.

Derek Henderson por su parte, iba vestido casualmente, sin nada que atrajera de manera escandalosa las miradas de los transeúntes. Llevaba una gorra blanca de un equipo de futbol local, una camisa a cuadros negra y unos pantalones color caqui demasiado ajustados.

El camino al hotel desde el aeropuerto no fue demasiado largo, y no resulto raro que Derek no sintiera deseos de entablar alguna conversación, después de todo, Victoria tampoco se veía demasiado entusiasmada con la idea.

El Bora aparco frente al hotel, en una calle aledaña y poco transitada incluso a esas horas del día.

Derek se apresuró a bajar para abrir la puerta del lado del copiloto, pero cuando termino de rodear el coche, ella, ya había bajado. Victoria avanzo a la entrada como si no trajera acompañante alguno.

—¡Espere! —grito Derek

Victoria hizo oídos sordos y siguió su camino hacia el vestíbulo. Derek se vio forzado a correr

tras ella.

—El Señor Bellini me dijo que lo veríamos aquí y que después subiríamos juntos a la habitación.

—Lo esperare en el vestíbulo —dijo Victoria sin aminorar el paso.

Derek la alcanzo de nuevo y esta vez la sujeto del brazo.

—Le suplico que espere aquí afuera, quizá él no quiere que nos vean adentro.

Victoria viro bruscamente y con un solo movimiento rápido se soltó del brazo que la atenazaba.

—¡Escúchame imbécil, tú no eres quien para darme ordenes ¿Entendido?!

Unas cuantas personas que transitaban por allí vieron la escena y dedicaron una mirada de soslayo a la mujer de la gabardina y las gafas oscuras. Derek, en cambio, enmudeció ante tal respuesta, era una mujer totalmente distinta a la que había visto y capturado en Dubái

Ella siguió avanzando y Derek no hizo ningún intento en detenerla.

Volteo la mirada y pudo distinguir a Leone Bellini, quien se aproximaba, a paso rápido al hotel.

—Hola, Hombre —saludo Bellini —¿Dónde está la Doctora Greco?

—Adentro —dijo Derek.

—Ve a traerla no entraremos al hotel, pensé que te había quedado claro. —increpo Bellini

—Eso fue lo que le dije, pero esa mujer está loca.

—¿Por qué dices eso? —dijo Bellini enarcando las cejas como señal de asombro o quizá incredulidad.

— Cuando la vea lo sabrá. Pero le puedo decir que no se parece en nada a aquella mujer asustadiza y sumisa que atrapamos en Dubái.

—Tonterías, las mujeres son siempre estúpidas y sumisas. Ahora ve a traerla —dijo Bellini, mientras se ponía también unas gafas de sol.

Derek entro y no pudo ver por ningún lado a Victoria Greco. Una alarma estallo en su cabeza como una bomba. ¿A dónde diablos se metió? Fue la primera pregunta que le vino a la cabeza. Camino un poco por la recepción, vio con detalle a las personas sentadas en los sofás del pequeño vestíbulo, se acercó a los ascensores e incluso se asomó en las escaleras. Pero no pudo encontrarla. Justo cuando sentía que el corazón le estallaría por la adrenalina, vio a Leone entrar y llamarlo con un gesto de mano que quería decir: “Ven acá”.

Derek se acercó a toda prisa.

—¿Qué diablos haces allí? —dijo Bellini

—La Doctora Greco... no... no está —dijo Derek que sentía su lengua pegada al paladar producto del nerviosismo.

Leone comenzó a reír. —No digas estupideces la Doctora Greco está afuera conmigo, ahora sube tu negro trasero al auto y llévanos a donde yo te diga.

El Bora negro arrancó con un chirrido de llantas. Casi se pasa el primer semáforo que se encontraba en rojo, muy probablemente producto del efecto residual de nerviosismo que sentía el conductor.

Finalmente después de 30 minutos de conducción a velocidad moderada, el auto se detuvo en medio de la carretera. Caminando y prestando atención al terreno fangoso era posible llegar a una pequeña casa que estaba convenientemente oculta por un par de frondosos y enormes árboles. Derek se vio obligado a quedarse en el auto con las intermitentes encendidas. Se quedó fuera recargado y fumando un cigarrillo viendo como Leone Bellini y Victoria Greco se adentraban a las fauces del terreno en dirección a la casa.

Después de 30 minutos exactos comenzó a impacientarse, pensó en llamar a Bellini al móvil pero decidió, a último momento que era mala idea. Entro en el auto y encendió la radio, no

reconoció la frecuencia en la que se encontraba, pero sí reconoció la canción. “You Could Be Mine” de los Guns N Roses. Sintiendo un poco bobo empezó a cantar la canción y aunque desconocía casi en su totalidad la letra el hecho de tener algo que hacer mientras esperaba le reconfortó en parte. Slash iba a empezar a ejecutar el solo cuando, de repente tocaron la ventanilla, Derek se sobresaltó y al voltear vio el rostro de Bellini, rápidamente tomó la manivela y bajo el vidrio. Se sorprendió aún más al ver que la Doctora Greco no lo acompañaba.

—Vámonos —dijo Bellini.

—¿Y la doctora Greco?

Bellini ya estaba en el asiento del copiloto bajando el volumen de la radio cuando contestó:

—Ella se quedara aquí, al menos por el resto del día. Pondré esto por aquí —dijo Leone arrojando un pequeño bulto a la parte trasera.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Derek

—La gabardina de la Doctora Greco y el resto de su ropa.

—¿Pero qué...?

—Basta de preguntas —interrumpió Bellini —larguémonos de aquí ahora mismo.

Derek lo miró unos segundos como intentando adivinar si estaba bromeando.

—¿Qué esperas?!, ¡Vámonos! —sentenció Bellini.

El Bora arrancó de nuevo haciendo chirriar los neumáticos y se alejó por la serpenteante carretera. Había comenzado a llover. Aun con la presencia del astro rey la lluvia estaba allí como un visitante rebelde e inoportuno, justo como la nueva inquilina de la pequeña casa del pantano.

El lugar estaba cargado de humo de cigarrillo. El calor comenzaba a ser intenso y el sudor emanado de los cuerpos en movimiento propinaba una bofetada a cualquiera que llegara del exterior. Era uno de los días buenos en “El Monje Loco” y lo lógico era pensar que Efraín Velásquez se sintiera más que contento, pero la realidad era distinta, a pesar de su aparente buena racha, el asedio del hombre de confianza de Leone Bellini lo mantenía inquieto. Era la segunda vez que el hombre venía a hacerle una visita y no precisamente como cliente.

Sentado a la barra, Derek, parecía un cliente más, pidió una cerveza y patatas fritas, aunque no tenía hambre en absoluto

—Señor Velásquez he venido a tratar un asunto con usted, tengo entendido que este hombre estuvo en su restaurante hace pocos días —dijo Derek deslizándose sobre la barra una fotografía de Sebastián Costa.

—¿Quién le dijo eso? —dijo Efraín tratando de mostrarse intimidante. Tomó la fotografía, la sostuvo un momento frente a sus ojos y la devolvió de nuevo a la barra

—Uno de sus muchachos dice que después de que lo dejara casi en quiebra, después de la apuesta, usted lo mando a seguirlo.

—¿Esta insinuando que...?

—¡No insinuó nada!, no vengo en calidad de defensor de ese malnacido, yo también quiero encontrarlo para saldar cuentas con él cuanto antes.

—Perdone... pero no entiendo de que me habla —dijo Efraín Velásquez

—Solo respóndame. Mando a uno de sus chicos a seguirlo ¿Sí o no? —Derek se llevó una patata frita a la boca.

—Si, lo hice —admitió el viejo propietario.

—Bien, dígame lo que averiguo. Su muchacho no me dijo nada más cuando se lo pregunte, pero lo que sí hizo fue darme una patada en los huevos, y por lo que veo el muy marica no está aquí ahora. Espero no lo esté escondiendo, porque ya es lo bastante grandecito para defenderse por sí mismo.

Efraín Velásquez tuvo que contener la ira creciente que estaba sintiendo. ¿Quién se creía ese estúpido negro, para venir a exigirle cuentas? En cambio se tragó ese pensamiento y trató de esbozar una sonrisa, que resultó en una mueca un tanto desagradable.

—Se lo diré, si usted me dice quién es —dijo finalmente Derek soltó una sonora carcajada que casi hace que la cerveza le botara por la nariz.

—Usted es tan gracioso, señor Velásquez.

—¿Qué le parece gracioso en mí? —dijo el propietario. Ahora si se le veía en la expresión el enojo que hace segundos intento contener — Es gracioso que usted me pida explicaciones a mí — dijo Derek aun entre risas —Escuche con atención dígame lo que sabe y le dejare conservar su viejo y arrugado pellejo.

—¿Me está amenazando? —dijo el viejo tratando de sonar valiente.

Sin contestar la pregunta Derek sacó un arma que había permanecido oculta en su chaqueta. El cañón de la misma asomó apenas encima de la barra, pero fue suficiente para que Efraín Velásquez sintiera las piernas temblorosas

—Escuche... Cal...Cálmese... Por Favor.... —dijo el viejo, asustado

—Dígame de una vez lo que sabe del hombre y nos ahorramos todo este circo.— dijo Derek

con una sonrisa.

—Esta bien, pero baje eso por favor.

—Nos estamos entendiendo —Derek bajo el arma y volvió a ocultarla en su chaqueta —Hable ahora.

—Se fue, es todo lo que puedo decirle.

—¡¿A dónde carajos se fue?! ¡Eso es lo que quiero saber! —dijo Derek visiblemente irritado.

—San Juan de Alima... al menos... eso dijo mi muchacho —reflexiono Efraín Velásquez

—¿Cómo lo siguió sin que se diera cuenta? —quiso saber Derek

—Me dijo que lo siguió con cautela hasta la central de autobuses y que allí le pidió a un niño, de esos que sobreviven en la calle vendiendo cualquier cosa, ya sabe chicles y esas cosas...

—Si, si —lo apuro Derek.

—Bueno...le dijo que se acercara hasta el con el pretexto de venderle algo y una vez allí, el niño escucho que compraba un pasaje a San Juan de Alima. El niño fue corriendo con mi muchacho y le dijo esto mismo que ahora le cuento a usted.

—¿Quién es el muchacho? —dijo Derek cambiando abruptamente de tema.

—¿Perdón?

—¡¿Qué quién es el muchacho?! —dijo Derek levantándose bruscamente de la barra.

—Es...mi... mi hijo, señor.

—¿Y porque carajos me golpeo, usted lo sabe?

—No... No lo sé —dijo Velásquez.

—Yo si se porque se y lo diré —dijo Derek —me parece que él lo encubre de algo o de alguien, quizá pensó que yo era una clase de policía, quizá alguien del FBI no sé. Lo que si se es que su hijo es un adicto, que me vendió información a cambio de unos insignificantes gramos de coca. —Derek se dio media vuelta y se dispuso a salir.

—¡Espere! —grito el viejo Efraín aun con un tinte aun tembloroso en la voz

Derek se detuvo sin mirar al viejo de frente.

—¿Quién le hablo de mi hijo y de mí?

Derek giro levemente la cabeza y hablo:

—Busque entre sus amistades allí está el culpable. Buenas noches señor Velásquez quizá nos volvamos a ver... o quizá no.

El hombre salió dejando al viejo propietario con un mar de dudas amontonadas en su cabeza. En el mundo de las apuestas, el narcotráfico y la prostitución (todos ejercidos con frecuencia entre las paredes de su local) la traición y el engaño son frecuentes. Esperaba que quien los había mencionado a él y a su hijo no fuera algún pez gordo que pudiera ver afectados sus negocios por el tipo que le había ganado una apuesta estratosférica. De lo contrario sus días en la tierra se contarían solo con los dedos de las manos. Por suerte, él no era más que un pequeño eslabón de información. Efraín Velásquez seguiría con sus negocios sucios hasta que estos fueran lo suficientemente grandes y peligrosos para engullirlo.

Estaba por oscurecer y la lluvia comenzaba a intensificarse, era una lluvia insidiosa acompañada de algunas rachas de viento fuerte. Dentro de la pequeña casa, Victoria Greco estaba tumbada en una pequeña cama, yacía desnuda y su cuerpo empezaba a temblar producto del descenso de temperatura en el exterior. Cerró los ojos y con su memoria se trasladó al día en que recibió el amuleto Dragón de manos de Akane. Rápidamente desfilaron imágenes en su cabeza, imágenes del pasado, imágenes del presente y rostros y voces que parecían venir de algún lugar de fuera.

Recordó con sensación amarga la última vez que había visto a Costa y trago saliva tratando de deshacer el nudo que sentía en su garganta. Akane le había dicho una vez que el amuleto era una protección y una bendición si se hallaba en las manos correctas, pero, como siempre suele suceder, había una parte mala, y esta, era que podía tener un efecto totalmente opuesto si llegaba a manos equivocadas.

Ahora ella se sentía presa del poder del amuleto, este, había sido un regalo y durante el tiempo que ella y Costa estuvieron juntos, les había proporcionado un placer infinito y una gran sensación de bienestar y plenitud. En palabras de Akane: “Intensificaba su unión”.

La pregunta era ¿Qué pasaría ahora que ella ya no sentía sino solo odio y rencor hacia su antiguo amante? Esa, era una situación que nadie (ni la propia Akane) había previsto.

A medida que pasaba más tiempo desnuda su cuerpo respondía con temblores cada vez más intensos. No estaba segura de las consecuencias negativas que este nuevo sentimiento tuviera sobre ella, pero sin duda creía que estaba empezando a sufrir alguna especie de “castigo” por parte del amuleto. A pesar de que su cuerpo temblaba evidentemente por el frío, ella, no sentía frío en absoluto, sino un calor intenso, como un bochorno pero más intenso. Tenía que abrigarse pronto o pescaría una neumonía. Leone se había llevado la ropa con la que había llegado y en su lugar dejó una camisa blanca de manga larga, un tanto desgastada por el uso, unos zapatos de tacón pequeño y un par de pantalones de vestir color negro, además de una chamarra de doble vista color marrón.

Le pareció recordar que el amuleto debería perder todo poder dentro de él, en cuanto la unión de los “beneficiados” quedara rota, pero era obvio que tal cosa no estaba ocurriendo.

La pequeña casa hubiera sido en otro tiempo un lugar acogedor, tenía todas las comodidades que cabría esperar en una propiedad rústica y aislada, pero a Victoria se le antojaba más como una prisión, una prisión que aun a la transoceánica distancia también era controlada y monitorizada por el Conde Di Tella.

Victoria se levantó y sintió que sus síntomas se intensificaban. Ahora una fina capa de sudor frío le corría por la frente, el calor se mantenía pulsante y quemante como si estuviera dentro de un baño de vapor. Se levantó y sus piernas no pudieron sostenerla por mucho tiempo, cayó al suelo y emitió un leve aullido de dolor.

—Te odio —alcanzo a susurrar antes de sumirse en un estado de inconciencia

Despertó 6 horas después sintiendo el frío calándole hasta la medula, pese a eso, sus temblores habían disminuido considerablemente, afuera ya no llovía pero la oscuridad era total y solo se escuchaba a lo lejos un concierto de grillos. Miro a su alrededor tratando de orientarse y antes de que pudiera incorporarse totalmente vomitó copiosamente. Sentía el estómago vacío y pesado pero esta vez logro ponerse en pie y caminar hasta donde se encontraba la chimenea, tardo unos

minutos en encenderla, pero cuando lo hizo el calor la reconfortó, fue a la alacena y tomó unas latas de atún, verduras y duraznos, las abrió usando un viejo abrelatas que estaba por allí y sin molestarse en buscar algún recipiente empezó a comer ávidamente directo de las latas, se ensucio y un poco de jugo de verduras se le deslizó hasta alcanzar uno de sus senos. Una vez saciada su hambre, tomó la ropa que Leone le había dejado, se vistió rápidamente y fue a buscar una manta para cubrirse. Se sentó en la pequeña mecedora frente a la chimenea y poco a poco sintió como su cuerpo volvía a la normalidad, ya no había temblores ni ninguna otra molestia que la inquietara.

Pese a haber permanecido dormida por 6 horas sintió sus párpados pesados como losas, cerró los ojos y durmió hasta que la luz del sol la despertó por la mañana. Victoria no lo sabía pero había sobrevivido milagrosamente al efecto desvinculatorio del amuleto Dragón. Ahora, la portadora era otra mujer, una mujer que sin saberlo había accedido al potencial total del amuleto, un potencial que bien podría ser suficiente para salvar una o varias vidas.

Frente a las costas michoacanas se halla el poblado de San Juan de Alima. Las playas rodeadas de grandes acantilados y formaciones rocosas son el mayor atractivo de la región. Las grandes aglomeraciones y los lujosos hoteles no se encuentran con demasiada frecuencia, es un sitio más bien tranquilo y donde la fauna nativa se pasea a gusto. En la playa es común ver pequeñas casas de campaña, pues el oleaje es tranquilo y las vistas a la bóveda celeste por las noches son francamente asombrosas.

Es en este mundo de silencio y tranquilidad donde el hombre identificado como Adán Vega según su documentación y como Sebastián Costa por la Mafia Italiana yacía dentro de uno de los bungalows cercanos a la playa, sostenía entre sus manos un block y un lápiz, cada cierto tiempo colocaba el lápiz entre los dientes, contemplaba los avances de su trabajo, hacia uno que otro borrón ocasional y lanzaba una mirada a los peñascos que conformaban el paisaje playero.

Desde luego sus trazos no eran ni por asomo tan buenos como los de Rosella, pero se esforzaba, y había encontrado que dibujar le fascinaba casi tanto como sus estudios de anatomía y anestesiología lo habían entusiasmado en el pasado.

Aún conservaba la insipiente barba hipster, pero había recortado su cabello lo cual le daba un aspecto más juvenil. Los peñascos no eran tan emocionantes como el famoso Arco de Cabo San Lucas, pero era algo.

Aparto un momento el block y se frotó las sienes. De repente se encontró pensando nuevamente en aquel sueño. ¿Había sido un sueño? Parecía tan real. ¡Por Dios!

Sueños compartidos era el nombre, digamos científico de lo que había experimentado. Recordó el sabor de los labios de Rosella y recordó también la majestuosidad y elegancia del lugar con el que había soñado.

—Señor, puede arrojar la pelota por favor —dijo un niño de no más de 6 años, que jugaba a orillas de la playa con un niño más grande (probablemente su hermanito)

Costa se levantó, tomó la pelota y la arrojó hacia el pequeño niño.

—Gracias, señor —replicó el chiquillo.

Regreso a su trabajo en el block, prestando atención al vibrante sonido del mar y al canto ocasional de las gaviotas. Recordó una frase que había leído hace tiempo en un libro que decía: El mar es lo bastante grande como para contener en su interior todas las cosas que un hombre puede sentir a lo largo de su vida. Ahora, más que nunca aquella frase le parecía verdadera y poderosa.

Ese día se acostó hasta tarde, contemplando la inmensidad del cielo, viendo mayor cantidad de estrellas que las que la mayoría somos capaces de ver en nuestras pequeñas y contaminadas ciudades. Encendió una pequeña fogata y un grupo de chicos (2 chicas y 2 chicos) se acercaron a el poco después.

—¿Viene usted solo? —preguntó uno de los muchachos. Tenía un acné post adolescente que le había dejado algunas cicatrices en su rostro.

—Así es mi amigo —replicó Costa que estaba sentado en cuclillas. Esbozo una sonrisa que resultó más atractiva a la luz del fuego.

—¿Podemos sentarnos con usted? —preguntó tímida una de la chicas. Era Pelirroja y muy delgada.

—Adelante —e hizo un ademán para indicarles que se sentaran alrededor del fuego.

Los cuatro chicos se sentaron y parecían tímidos en cuanto a realizar más preguntas para iniciar

una conversación. Finalmente la otra chica (no la pelirroja) habló:

—¿Es usted extranjero, verdad?

—Sí, mi padre era italiano y mi madre creció en Norteamérica, que es donde yo viví en mi infancia. —dijo Costa arrojando la pequeña ramita que sostenía entre las manos al fuego.

—¿Y ahora vive usted aquí? ¿O está de vacaciones? —dijo uno de los chicos.

—Creo que ambas cosas —respondió —¿Y Ustedes chicos, como se llaman? —añadió.

—Yo soy Daniela —se apresuró a decir la pelirroja

—Carlos —dijo el chico sentado junto a ella

—Raúl —dijo el otro chico, el rostro castigado por el acné

—Fabiola —concluyo la chica que había iniciado la conversación—. Encantado de conocerles —dijo Costa—. Mi nombre es Sebastián, aunque en mi opinión es un nombre un poco largo y suena como alguien de un buffet de abogados.

—Es un bonito nombre —dijo Fabiola —Mi padre se llamaba igual que usted.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Raúl.

—Por ahora solo a dibujar —dijo Costa levantando su block de la arena —pero antes trabajaba como anestesista.

—¡Guau! Es un cambio muy drástico, ¿no le parece? —dijo Daniela mostrándose divertida ante su pregunta.

Costa también ríe

—Desde luego que sí —dijo con una sonrisa. — ¿Y ustedes a que se dedican?

—Somos estudiantes —contestó la pelirroja

—Eso es genial, la vida de estudiante es muy buena. Aprovéchenla, extrañaran esa vida cuando se haya ido.

Los cuatro chicos asintieron, reflexionando en esas palabras. Probablemente no habían pensado en ello hasta entonces.

—¿Es usted casado? —dijo Daniela, bajando la mirada rápidamente.

—¡Daniela!, ¿ya vas a empezar? —dijo Fabiola en aire divertido

Todos rieron antes de que Costa pudiera contestar.

—Antes de contestar a tu pregunta, tengo que pedirles que no me hablen de usted, me hacen sentir realmente viejo.

—Entendido —dijo Daniela aun con la mirada baja. Jugeteaba con su dedo haciendo y deshaciendo líneas en la arena.

—Bien, pues no, no soy casado, de hecho es una historia muy larga de contar. —contestó pensativo.

—Puedes contárnosla. Tenemos todo el tiempo del mundo —añadió Fabiola.

Costa paseó la mirada por los demás chicos buscando su opinión y todos hicieron un gesto de asentimiento.

—Bien —Hizo una inspiración profunda —Aquí vamos.

La playa ya se hallada desierta y los cuatro chicos congregados alrededor del fuego escucharon con atención y emoción la historia, asentían en ocasiones y casi nunca interrumpieron. Fabiola y Daniela fumaron en los momentos de mayor tensión del relato, mientras los chicos apenas se movían, pues tenían la vista clavada en el orador, fascinados.

Costa termino de contar su historia ya pasada la medianoche y después los chicos empezaron, cada uno, a contar sus vivencias y experiencias. La mañana llego de manera inesperada mientras la pelirroja aun hablaba y hacia a todos reír con sus ocurrencias y su manera tan divertida de narrar los acontecimientos.

Aquella noche una amistad quedo forjada. Una amistad que ayudaría a combatir el peligro que se cernía sobre el horizonte. ¿Era obra del amuleto? Probablemente no, pues quizá haya fuerzas mucho más poderosas que no en pocas ocasiones suelen mostrarse benévolas, enviando a las personas adecuadas en el momento adecuado.

El Bora negro circulaba por la carretera de cuota 54D a unos decentes 80 km por hora. A la altura de Ciudad Guzmán los ocupantes hicieron una parada. Entraron a una tienda de autoservicio y compraron algunas botellas de agua, una cajetilla de cigarrillos y algunas golosinas.

La sensación térmica iba en aumento a medida que se acercaban a la costa y Victoria Greco iba con la ventanilla del copiloto abajo, como si el aire del exterior no fuera suficiente, llevaba un abanico, que agitaba constantemente para refrescarse.

—Ya casi llegamos —dijo Derek ante la creciente impaciencia de Victoria.

—Te rogare que no me dirijas la palabra, ¿Entendido? —contestó ella secamente—. ¡Que simpática, es usted! —dijo Derek riendo.

—Cuando regrese a Italia le diré al Conde que te quisiste propasar conmigo, te aseguro que puedo hacer que te corten ese asqueroso pedazo de carne que te cuelga de las piernas.

Derek enmudeció ante tal comentario, sin duda era algo que no esperaba oír de labios de una mujer que hacía poco parecía tan mansa e indefensa como un conejo.

Durante las dos horas siguientes Derek no volvió a hacer ningún comentario, había algo en la expresión de Victoria Greco que le causaba una sensación incomoda, algo que no se podía explicar con palabras, era como si la mujer tuviera una especie de aura negativa y oscura. Victoria tampoco hablo y apenas si se podía notar la elevación de su pecho al respirar, ocasionalmente volvía a tomar el abanico y lo agitaba.

Eran las 6 de la tarde cuando finalmente llegaron al letrero de desviación que indicaba la entrada a San Juan de Alima.

—¡Yuju!! —grito de pronto Victoria. Su voz sonó estridente y chillona como la de una adolescente. Derek se removió inquieto en el asiento del conductor, tratando de contener el susto que le había metido la mujer.

—Hemos llegado, hombrecito. Ha sido un placer viajar contigo —añadió Victoria.

Derek miro a la mujer con una expresión de asombro e incredulidad ante tan repentino cambio de humor. Sintió que debía decir algo, pero no encontró algo que pudiera sonar medianamente convincente.

Victoria empezó a reír.

—No me mires así, hombrecito. Al fin nos desharemos del Doctor Costa y viviremos felices por siempre. ¡Como en los cuentos de hadas! —esto último desató una nueva oleada de risas. Derek mientras tanto había pasado del asombro al miedo, había algo muy raro en esa mujer, el pensamiento de contarle a Bellini lo que estaba viendo pasó fugazmente por su cabeza, pero entonces Victoria volvió a hablar.

—No te creería —dijo en tono serio

—¿De... de que habla? —preguntó Derek.

—Leone. Él no te creería —dijo Victoria mirándolo directamente, Derek giro la cabeza y vio unos ojos hermosos e inquietantes al mismo tiempo.

—¿Pero cómo...?

Antes de que Derek pudiera terminar la pregunta otro repentino ataque de risa lo interrumpió. La risa de Victoria era tanto bella como siniestra.

—Es suficiente, hombrecito. Llévame al pueblo y vete de regreso tan rápido como puedas— dijo Victoria aun tratando de controlar sus carcajadas.

Derek no hablo más, sentía las manos temblorosas y sudorosas, no tenía idea de cómo la mujer

había conseguido asustarlo.

Finalmente el Bora aparco en el Hotel Bella Vista, un hotel más cercano a la carretera que a la playa misma. Los dos se apearon del vehículo y antes de que Derek bajara el equipaje de la cajuela, Victoria ya había desaparecido. Pensó por un momento que se había adelantado al hotel tal como había hecho cuando iban a reunirse con Bellini. Miro a derecha e izquierda y la busco con la mirada sin éxito. Subió al auto de nuevo y cerró los ojos intentando tranquilizarse, se puso un cigarrillo en la boca y cuando iba a prenderlo el encendedor se le resbaló de las manos. Se agacho a recogerlo y cuando volvió a estar erguido vio a Victoria Greco junto a él solo separados por el vidrio de la ventana. Fue demasiado para Derek, que esta vez si pegó un brinco de susto. Victoria le lanzo un beso desde fuera y enseguida otro ataque de histérica risa se apodero de ella.

Derek bajo del auto sintiéndose estúpido y avergonzado. Victoria Greco jugaba con sus emociones como un titiritero con una marioneta. Era una mujer bella, de eso no había duda, pero asustaba como el mismo diablo, al menos fue lo que pensó Derek mientras contemplaba como el rostro de la mujer se iba serenando poco a poco. Cuando recupero la compostura hablo:

—Lamento haberte asustado hombrecito, pero fue muy divertido.

—No se preocupe. Bajare su equipaje —dijo Derek dirigiéndose a la parte trasera del Bora.

—Muchas gracias, hombrecito.

Mientras Derek bajaba las dos maletas que contenían las pertenencias personales de la doctora Greco, Victoria le volvió a propinar otro susto. Esta vez, apareció por detrás mientras el bajaba las maletas al suelo y dijo en una voz grave y sensual (sonaba como la voz de una contralto realizando solfeo).

—Ve con cuidado, hombrecito.

Derek dio otro pequeño sobresalto, sentía los nervios a flor de piel.

—Descuide, doctora así lo hare— dijo, esforzándose porque su voz no sonara temblorosa.

—¡Que buen chico! —dijo Victoria.

Derek dejo las maletas en el suelo y se apresuró a subir al auto. Arrancó al segundo intento sintiendo el corazón palpitándole con fuerza en el pecho. Mientras se alejaba vio que la doctora Greco se metía al hotel. Esperaba con todas sus fuerzas que fuera la última vez que viera a esa mujer, había algo inquietante en ella y eso le asustaba.

Derek conducía de regreso. Aun se sentía inquieto pero le reconfortaba saber que su trabajo había terminado, lo que pasara después ya no era de su incumbencia. Victoria Greco se encargaría de terminar la “operación” y él, había cumplido bastante. Se sentía satisfecho pues sumaba un logro más a su carrera como mercenario a sueldo. Encendió la radio y trató de relajarse. Pero, por lo visto sus nervios aún estaban en estado de hipersensibilidad, porque, cuando su teléfono móvil empezó a sonar aun se sobresaltó. Por un breve e inquietante momento creyó que sería Victoria Greco que le llamaba para seguir riéndose de él aun a la distancia. Miro la pantalla y vio el nombre de Leone Bellini en el identificador de llamadas.

—Dime, Leone.

—¿Ya dejaste a la doctora Greco en el hotel? —preguntó Leone.

—Sí, desde esta tarde esta hospedada en el Bella Vista.

—Perfecto. Te tengo una buena noticia, el Conde me ha pedido que te entregue el dinero de la recompensa.

—¿De verdad!? —preguntó Derek emocionado.

—Sí, hombre. Cuando llegues a la ciudad devuélveme la llamada te diré donde nos veremos para entregártelo.

—¡Estupendo! Gracias Leone.

—Gracias a ti Derek, de no ser por tu ayuda seguramente no habríamos dado nunca con ese bastardo.

—A propósito. ¿Qué ha pasado con tu mujer? —preguntó Derek

—Creo que se dónde puede estar — Replico Leone —Tiene una amiga que vive en California.

—Hizo una pausa — siempre deteste a esa mujer porque le metía muy malas ideas a la cabeza.

—¿Quieres que...? —dijo Derek

—No, No... Esto ya me corresponde a mí —dijo Leone —Hare regresar a esa puta y te aseguro que me pedirá perdón en más de una forma.

—Como tú quieras —contestó Derek

—De cualquier manera estaremos en contacto por si necesito de tu ayuda. O por si no está donde yo creo.

—Por supuesto, Leone.

—Ok, entonces en cuanto llegues llámame, te entregare tu dinero y podrás irte de vacaciones a donde te pegue la gana.

Derek contesto emocionado:

—¡Así lo hare, amigo!

Bellini colgó y solo quedo el silencio de la carretera acompañándolo en el camino de regreso.

Victoria Greco se hospedó rápidamente en su habitación, era la 109 y tenía una vista modesta a las calles del pequeño pueblo. Desempaco las pocas pertenencias que llevaba: ropa, un par de trajes de baño, gafas de sol, bloqueador solar, crema humectante, un sombrero y un par de revistas científicas. En el doble fondo de la maleta había un bisturí y un arma semiautomática.

Abrió la regadera y espero a que el chorro de agua se calentara. Con el ruido del agua cayendo, fue a la recamara y se desvistió. Dejo sus prendas en el suelo y entro a ducharse. Cuando termino, se puso crema humectante en todo su cuerpo y se secó con delicadeza el cabello. Se vistió con unos pequeños shorts que dejaban al descubierto en su totalidad sus largas y delgadas piernas, unos tenis blancos y una camisa blanca holgada completaban la vestimenta. Puso especial empeño en resaltar sus atributos femeninos y se contempló en el espejo durante unos minutos buscando su propia aprobación. Era una chica hermosa, de eso no había duda y su cabellera, ahora teñida de rubia hacia juego perfecto con su blanca piel y su clara vestimenta.

—Ha llegado el momento —le dijo a su reflejo en el espejo—. Tu puedes —dijo golpeando con el dedo índice a su reflejo.

Salió y se encamino a la playa, pues tenía la corazonada de que Costa estaría allí, de cualquier manera el pueblo era muy pequeño y no había demasiados sitios de interés que no fuera el ancho mar.

Su mente, antes atormentada, ahora se encontraba en calma. Sentía una frialdad reconfortante en el pecho y la espalda.

El día estaba muriendo y la puesta de sol en el horizonte ofrecía un espectáculo que muchos turistas y locales contemplaban a orillas de la playa. Algunos miraban a través de binoculares, otros tomaban fotografías del ocaso con sus teléfonos celulares. Algunas parejas posaban para la foto del recuerdo con el mar y el atardecer de fondo. Victoria caminaba prestando poca atención a los visitantes, estaba segura que si Costa la veía la llamaría desde donde estuviera. Y no se equivocó, pues, después de solo 10 minutos escucho la voz que tan familiar le resultaba.

—¡Vicky!

Ella giro hacia donde venía la voz y lo vio cargando una tabla de surfear, estaba en compañía de cuatro chicos de aspecto aun adolescente, lo cual le resulto un poco extraño.

Vio que Costa corría hacia donde ella estaba, no era mucha la distancia, pero a ella se le antojo una eternidad y en efecto pudo confirmar que ya no lo amaba o al menos no como ella creía. Su mente reacciono instintivamente, entrenada por el engaño y grito:

—¡Amor!

Costa lleo hasta donde estaba ella y sin decir palabras la abrazo y la levanto del suelo y le dio unas cuantas vueltas antes de soltarla. Victoria río durante y después de las vueltas. Finalmente la bajo y quedaron frente a frente.

—¿Cómo es que estas aquí? ¿Cómo me encontraste? —preguntó Costa visiblemente emocionado.

—No fue fácil, pero al fin estamos juntos —contesto Victoria sonriendo.

—Creí que habías...

—¿Muerto? —termino Victoria.

—Si, no tuve más noticias tuyas desde que acordamos escapar juntos de Italia.

—Las cosas se complicaron y no pude escapar tan fácil —concluyo Victoria en una mueca nostálgica.

—Me alegra tanto que estés aquí y quiero decirte cuanto antes que lamento mucho haberte metido en esto. —dijo Costa sosteniéndole ambas manos entre las suyas.

—Salvatore era un monstruo y aun creo que hicimos lo correcto, estoy segura que de seguir vivo seguiría cometiendo sus aberraciones.

—Lo sé, solo desearía no haberte involucrado en algo tan espantoso.

—Eso ya paso, lo que importa es que ya estamos juntos —Victoria lo miro a los ojos sintiendo una mezcla extraña de emociones. De pronto pensó que era como si mirara a un maniquí. Aun así se esforzaría por hacerle creer que aún lo amaba. Después de todo Costa era menos desagradable que el viejo Conde. —Me encantan tus nuevos tatuajes —continuo Victoria. Toco el escorpión que asomaba en el abdomen y paso sus dedos sintiendo la dureza de sus abdominales. Luego toco el corazón tatuado y sintió el palpitar del corazón anatómico en sus manos.

—Me los hice hace poco antes de venir aquí —dijo Costa.

—Son estupendos.

—Gracias.

—¿Quiénes son los chicos? —dijo Victoria señalando al grupo de jóvenes que aguardaba frente a las olas con sus tablas de surfear.

—Amigos míos —repuso Costa —Son muy agradables van a caerte bien.

—Seguro que si —dijo Victoria sin apartar la mirada de los chicos. Medito un momento las implicaciones de que hubiera amigos de por medio, pues si eso eran, complicarían mucho las cosas.

—Te has quedado callada de pronto. ¿Todo bien? —dijo Costa.

—Oh, Si, solo me perdí un momento mirando el paisaje. ¿Es hermoso, no lo crees?

—Desde luego que sí, aunque es una pena que te hayas perdido los atardeceres en Los Cabos. Eran sencillamente espectaculares.

—Ya habrá tiempo para verlos —dijo Victoria sonriente.

—¿Quieres caminar un rato por la playa? Hay muchas cosas de que hablar. ¿No crees?

—Claro, vamos.

Costa hizo un ademán a los chicos añadiendo que regresaría pronto. Ellos asintieron y el tomo a Victoria de la mano y comenzaron a caminar. Se alejaron hasta una zona totalmente desentendida de turistas y se recostaron en la arena, mirando las estrellas, las cuales parecían multiplicarse minuto a minuto.

—Te extraña mucho —dijo Victoria. Le pareció extraño, porque en ese momento no sabía si era real o si era acaso que las mentiras le fluían tan naturalmente como respirar.

—Y yo a ti —dijo Costa.

Hablaban mirando a las estrellas, solo escuchándose y sintiendo el agua de mar cuando el oleaje era demasiado fuerte para alcanzar sus pies.

—¿Cómo es que no te han atrapado? —pregunto Victoria.

—Ha sido cuestión de suerte, supongo —hizo una pausa —Y de Rosella...

—¿La esposa de Leone Bellini? —pregunto Victoria

—Sí, siempre ha sido una gran amiga y no dudo en ayudarme.

—Si, recuerdo a Rosella Bellini...Una mujer muy atractiva y talentosa —dijo Victoria en un suspiro —¿Cómo es que te ayudo?

—Vino a verme cuando recién había llegado a México. Le dije que se arriesgaba demasiado. Que su marido no estaría muy feliz con la idea.

Victoria empezó a reír. —¿Qué es tan gracioso? —pregunto Costa en tono divertido. Escuchar la risa de la mujer que amaba y creía muerta le hacía sentir bien, casi como en el paraíso.

—Estoy segura que a Leone no le cayó nada bien que su mujer lo abandonara justo cuando más la necesitaba.

—¿Y eso es gracioso? —pregunto Costa.

—Para el de seguro que no, pero para nosotros sí. Tú amiga tardo mucho en decidirse a dejarlo.

—Si eso es cierto, solo que, ahora ella esta tan metida en esto como nosotros y me siento mal por eso.

—Perdona que te contradiga, amorcito, pero ella no tiene la soga tan ajustada al cuello como nosotros —se giró y apoyo la cabeza sobre su codo —Cuando Leone la encuentre la perdonara y al Conde seguro que le interesa todavía menos.

—No estoy tan seguro de que su marido perdone algo así —apunto Costa.

—Lo hará créeme.

—¿Cómo estás tan segura?

—Así es el amor, lo perdona todo ¿no es así? —dijo Victoria.

Él volvió la mirada y sus ojos se encontraron.

—¿Acaso, eso quiere decir que me has perdonado?

—Sí, así es amor —Victoria acercó sus labios y lo beso en la punta de la nariz.

—Gracias —hizo una pausa y luego añadió—: Solo que Leone no creo que la ame.

—Yo apuesto que sí, amorcito. Ahora dejemos de pensar en ellos y concentrémonos en nosotros.

Costa sonrió y ella le beso de nuevo en la nariz. Pasaron largo rato tendidos en la playa, mientras la oscuridad de la noche se cernía sobre ellos. Hablaron, se abrazaron y en ocasiones se besaron. Cualquiera que los hubiera visto habría dicho que se trataba de una pareja joven y feliz, quizá con planes de casarse o de concebir. Probablemente disfrutaban de una luna de miel o sencillamente de unas románticas vacaciones.

La oscuridad ya era total y solo la luna ofrecía un etéreo resplandor, las estrellas se amontonaban y algunas parecían parpadear.

—Es hora de ir a dormir —dijo Victoria.

—Tengo un bungaló muy amplio y cómodo —dijo el guiñándole un ojo.

Victoria río.

—Vamos entonces, pero mañana toca dormir en mi habitación ¿Entendido?

—Perfectamente —levantó la mano en señal de juramento.

Se levantaron y Caminaron de regreso. Tras dar unos cuantos pasos Costa levanto a Victoria del suelo y la cargo en brazos como el hombre que lleva en brazos a su esposa a la habitación para consagrar su unión. La playa estaba totalmente en calma, no había ni siquiera señal de los chicos, Victoria reía divertida y cada tanto lo besaba o le hacía cosquillas, provocando una risa mutua. Ya bastante cerca de él bungaló una voz de mujer irrumpió su jugueteo.

—¡Sebastián! ¡Acá!

Ambos giraron la cabeza en dirección al sonido y el cabello rojo ondeante de Daniela apareció detrás de una improvisada tienda de campaña.

—¡Allá vamos!

—Creí que tendríamos la noche para nosotros solos —dijo decepcionada Victoria.

—Claro que sí, solo iremos a saludarlos y cenaremos algo. Mi estómago acaba de recordarme que no he probado alimento desde la mañana.

—Ok —concluyo Victoria no completamente convencida.

Llegaron hasta donde estaban los cuatro chicos, los cuales, asaban malvaviscos empalados en unas ramitas. Costa bajo a Victoria.

—Chicos, quiero presentarles a Victoria es la mujer de la que les hable anoche.

—¡Oh por Dios! ¿De verdad es ella? —preguntó la pelirroja

—Hola —dijo Victoria estrechando la mano de cada uno de los chicos.

—Si de verdad —dijo Costa —Ni yo puedo creer todavía que este aquí.

—Es usted muy bonita —dijo Raúl, mientras le estrechaba la mano.

Victoria soltó una risita

—Muchas gracias hombrecito.

Los dos se sentaron alrededor de la fogata en un espacio entre las dos chicas, tomaron algunos malvaviscos y los pusieron al fuego.

—Sé que no es un alimento muy saludable —dijo Fabiola —pero en la tienda tenemos algo de pan blanco y jamón por si les apetece.

—¡Nos vendría de maravilla, Faby! —dijo Carlos.

—Ustedes ya comieron, se los ofrezco a nuestros invitados —dijo Fabiola

—Ah... yo quería un sándwich —replicó Carlos decepcionado.

Fabiola soltó una carcajada.

—También hay para ti, torpe.

—¡Eso está mejor! —Dijeron los dos chicos al unísono.

Fabiola fue a la tienda de campaña y regreso con el pan y el jamón. De un pequeño toper saco jitomate y algunas rodajas de queso fresco. Preparo con habilidad un sándwich para cada quien, seis en total.

—Está delicioso —dijo Victoria tras dar el primer mordisco.

—Mi novia prepara los mejores sándwiches, señorita. Pero siento decirle que es lo único que sabe hacer —dijo Carlos.

—Hahaha que chistoso —dijo Fabiola en tono burlón El comentario desató carcajadas en todos los presentes.

—Díganos señorita, ¿Qué le parece nuestro país? —dijo Carlos.

Victoria dio un último mordisco a su sándwich.

—Es muy bello, y su gente lo es aún más.

—Me alegra que piense eso —replicó el chico.

—¿Cómo escapo? —dijo Raúl, quien recibió un codazo por parte de la pelirroja después de su comentario.

—Creo que esa es historia para otro día —respondió Victoria —Ahora mismo muero de sueño.

—Cierto. Chicos deben disculparnos pero iremos a dormir —dijo Costa.

—Por supuesto, vayan a descansar —contestó Daniela.

—Buenas noches chicos —dijo Victoria poniéndose de pie y sacudiéndose la arena.

Los dos se encaminaron hacia el bungalow y se perdieron de vista.

—¿Vieron sus ojos? —pregunto Raúl atrayendo las miradas hacia el

—Si, son bellísimos —dijo Carlos.

—No me refiero a eso, había algo raro en ellos. Cuando me saludó y me miro sentí una punzada en la cabeza, fue algo muy extraño. No lo sé amigos pero me recordó a algo que mi abuela solía decir.

—¿Qué solía decir? —pregunto Daniela.

Hubo una pausa.

—Que hay gente que tiene el diablo en los ojos. —contestó

—¡No digas estupideces! —lo reprendió Fabiola

—Quizá solo son ideas mías —dijo el chico.

—Ideas muy estúpidas en mi opinión —apunto Carlos blandiendo un malvavisco en el aire.

—Piensen lo que quieran, pero también recordé una vieja leyenda que dice que el diablo puede tomar formas muy hermosas al personificarse.

Los otros chicos enmudecieron al escucharlo. Un aire gélido soplo y el escalofrío les recorrió el cuerpo por un instante. Los cuatro miraron en dirección al bungalow esperando que algo sucediera, pero nada sucedió, al menos no esa noche.

Leone Bellini se encontraba en San Diego desde hacía un par de días. Conducía un automóvil que había rentado, a lo largo de las calles y avenidas del Ocean Beach. Debía conducir con excesiva precaución pues frecuentemente se veía interrumpido por las llamadas de él Conde Di Tella y más aún por la atención que ponía en los transeúntes, en especial las mujeres que tuvieran la pinta de parecerse a su mujer.

Se adentró dentro de los suburbios bajos y altos esperando que su memoria despertara al ver la casa de Betzabeth, amiga de su mujer. El, había visitado aquella casa solo un par de veces y aun recordaba lo mal que le caía aquella mujer delgaducha y de risa escandalosa. Su marido, recordaba, era un tipo agradable pero era demasiado aficionado a la bebida lo cual seguramente —pensaba— lo había llevado ya algún centro de rehabilitación o quizá a algo peor.

Llevaba ya un rato conduciendo, que su vista se empezó a fatigar, era incluso probable que su mujer pasara frente a él y no pudiera reconocerla. Esta idea le irritó y soltó un golpe contra el volante. Toco el claxon sin querer y un perro que estaba cerca brinco asustado. Esto le provocó una carcajada.

Enfiló por tercera o cuarta vez —ya no podía recordarlo con precisión— la avenida del Mar. Estaba exhausto y decidido a que si no reconocía pronto la casa se iría a su habitación de hotel, dormiría y se ducharía para poder despejarse. Pensó, también, que era probable que la casa estuviera tan cambiada que no podría reconocerla ni aun viéndola de frente.

—¡Demonios! —dijo de nuevo golpeando el volante con el puño.

Luchaba contra el cansancio, el hambre y su creciente frustración. Por un instante recordó a la joven obsesionada con el doctor Costa. Colette se llamaba. Quizá él hubiera podido convencerla de viajar con él y así podría desahogar su frustración en ella. Golpeándola o ultrajándola o quizá ambas cosas. La idea le hizo sonreír. Era probable que hiciera eso con la libertina de su mujer cuando al fin la encontrara.

Sentía que estaba cerca, tal vez demasiado cerca de hecho y eso le provocaba una creciente y desmedida ansiedad. Cuando finalmente estaba decidido a volver a la tranquilidad de su hotel, vio la casa. Era una casa pequeña y con un estilo que mezclaba la modernidad con la sencillez. El camino a la entrada estaba adornado con una gran variedad de flores, en su mayoría amapolas de california de un brillante color amarillo.

Leone se restregó los ojos en un intento por enfocar mejor y por tratar de reconocer otro detalle a parte de la entrada que pudiera confirmar que había llegado a su destino.

No hubo necesidad de esforzarse demasiado, pues casi de inmediato la puerta se abrió y salió una mujer delgada con un vestido corto a regar unas pequeñas macetas que estaban junto a la de la puerta. Fue entonces cuando su memoria se puso en funcionamiento como una maquinaria recién lubricada y pudo asociar a la mujer con el nombre de Betzabeth o Beth como ella misma se empeñaba en que la llamaran.

Sin pensarlo dos veces se apeó del auto y cruzó la calle sin molestarse en mirar a los lados. La mujer estaba demasiado ocupada con sus plantas que no vio venir a Bellini sino hasta que este ya estaba muy cerca.

—¡Beth! —grito Bellini.

La mujer levantó la cabeza y su expresión cándida y dulce desapareció de inmediato, para dar paso a una expresión mitad asombro y mitad miedo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto ella.

—Vine por mi mujer, así que ve y dile que estoy aquí

—Ella no está aquí —replicó Beth retrocediendo

Leone avanzó rápidamente y se situó apenas detrás de él límite entre interior y exterior.

—Por favor Beth no hagas las cosas más difíciles —dijo Leone impaciente —desde que ella se fue he hablado con todas y cada una de sus amistades y pude cerciorarme que no estaba con ellas. Además, si tomamos en cuenta que estaba en México lo más probable es que viniera hacia acá. ¿No lo crees?

—No sé dónde está —repitió Beth tajantemente.

Tomo la puerta y estaba decidida a cerrársela en las narices, pero Leone lo evito golpeando la puerta con el puño tal como lo había hecho con el volante del auto.

—Es suficiente, ya te dije que ella no está aquí. Vete por favor.— dijo Beth aun insistiendo en cerrar la puerta.

—Bien, entonces dime ¿a dónde se fue? —dijo Leone

—¡Ya te dije que no se! —contesto Beth

Beth hizo un último esfuerzo por cerrar la puerta, apoyando su peso. Pero antes de que la puerta pudiera cerrarse, el puño de Leone la golpeo en la nariz con una fuerza tal, que la hizo tambalearse de inmediato y chocar contra una mesita cercana. Sintió el calor del golpe distribuirse rápidamente por todo su rostro. Leone entro rápidamente y cerró la puerta tras de sí de forma violenta. Un marco cercano con una foto de la familia en sus mejores días se tambaleo, vacilo y finalmente cayó al suelo.

—¡Vete de aquí! —grito Beth mientras se sujetaba la nariz tratando de contener la hemorragia.

—No sin mi mujer, Beth querida —dijo Leone en tono extrañamente amable.

—¡Ya te dije que no sé dónde está!

—No te creo —dijo Leone.

Antes de que Beth pudiera replicar cualquier cosa, Leone la alcanzo en el suelo y le propino una patada en el rostro. La mujer cayó de espaldas y quedo completamente tendida. Inmóvil.

—Solo quiero saber dónde está —añadió Leone con el mismo tono de calma.

Se acercó a la mujer, se agacho y cuando estaba por susurrarle algo más al oído, Beth abrió los ojos y con un rápido movimiento de su mano derecha apreso los testículos de Leone, que profirió un aullido de auténtico dolor. Beth uso todas sus fuerzas y se aferró como una fiera a su presa. Por unos instantes creyó que podría someter al hombre ella sola, pues había atacado su parte más vulnerable. Lo soltó (con intención de alcanzar el teléfono) y se puso en pie rápidamente dejando a Leone doblado de dolor. Beth sangraba copiosamente pero al menos, había logrado alejarse de su agresor. Corrió a la cocina hasta donde había una línea telefónica y donde, pensó, podría tomar algún cuchillo que le sirviera como protección.

Alcanzo el teléfono pero antes de que pudiera marcar, Leone la sujeto del cabello con tal fuerza que volvió a caer de espaldas. Manoteo y consiguió arañar las manos que la apresaban pero no con fuerza suficiente para lograr desasirse.

—¡Vas a decirme donde esta Rosella, así tenga que arrancarte las uñas para hacerte hablar! ¿¡Me has oído, puta!?! —dijo Leone.

Beth gritaba y pataleaba mientras la hemorragia nasal iba dejando un rastro sanguinolento desde la cocina de vuelta a la sala. Su vista comenzaba a nublarse y sentía un dolor de cabeza punzante y quemante.

Leone la arrojó al suelo e inmediatamente se abalanzo sobre ella. La abofeteo hasta que el mismo sintió el dolor palpitante en la palma de la mano. Después, paso a golpearla con los puños. La cabeza de Beth hacia la misma función de un costal de entrenamiento para boxeadores. Ya no

luchaba. Tan solo unos leves y sibilantes jadeos daban fe de que seguía con vida. Se estaba sumiendo en la inconciencia.

—¡No te duermas, puta! —vocifero Leone, quien también jadeaba por el esfuerzo.

Beth abrió los ojos pero su mirada parecía perdida.

—¡Dime donde esta Rosella! ¡Dímelo ahora!

—No lo sé— contestó con una voz apenas audible.

Leone finalmente la soltó. Se alejó dando vueltas alrededor de la casa y cada tanto regresaba para cerciorarse de que siguiera respirando. Lo hacía, pero la hemorragia no se detenía.

Subió a la planta alta y tras abrir unas cuantas puertas descubrió objetos personales de su mujer. Vio los caballetes, algunos dibujos y pinturas apilados. Revolvió entre los cajones y encontró la ropa de su mujer. Tenía las manos manchadas de sangre y se limpió con una blusa que él sabía era de sus favoritas. Su mujer vivía allí, no había duda, esa sucia puta le había mentado y había recibido su merecido.

Bajo las escaleras y se detuvo justo cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta principal. Miro de nuevo a Beth que yacía aun en el suelo, con una respiración cada vez más frágil e irregular y se preguntó si debía matarla, pues era probable que le reconociera y advirtiera a su mujer una vez recuperada. Permaneció unos segundos más allí, solo sujetando el pomo de la puerta. Se lamentó de haber actuado tan impulsivamente, Beth nunca había sido de su agrado pero no tenía planeado darle semejante paliza. De todos modos no estaría de más que se muriera —dijo para sí mismo.

Salió, cruzo la calle, que lucía igual de tranquila y apacible como siempre y arranco su auto. Se dirigió al cruce internacional en dirección a México, allí abandonaría el auto y regresaría a pie a San Diego. Después iría al hotel y se daría una ducha, comería algo y se iría a dormir con la mente totalmente serena. Después de todo, había confirmado que su mujer si estaba allí y que faltaba poco para hacerla pagar.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunto Victoria Greco al Conde Di Tella.

Se comunicaban a través de un teléfono móvil que ella se encargaba de esconder muy bien. Solían hablar muy por la mañana, cuando el sol aun ni siquiera asomaba en el horizonte y cuando Costa estaba dormido. Las veces que él la había sorprendido levantada, ella, se excusaba diciendo que aún eran efectos residuales del jet —lag. Él sonreía le daba un beso y la acurrucaba a su lado. Victoria casi siempre volvía a dormir. Ella había descubierto para su sorpresa que a pesar de que ya no sentía nada por él, le era sencillo mentir y fingir. Habían hecho el amor cada noche desde su llegada y al menos se sentía más satisfecha y menos asqueada que con el Conde Di Tella. Incluso se podría decir que lo disfrutaba.

—Matarlo —dijo a secas el Conde — ¿Cómo? —pregunto Victoria.

—Contigo cariño. Rómpele el corazón. Ese será el inicio de su tortura y marcará el principio del fin.

—¿Podría ser más específico? —apremio Victoria.

—Cariño, Cariño. Recuerda que tú eres la carnada. ¡Montaremos un teatro espectacular! —dijo el Conde con una voz pastosa que denotaba su ebriedad.

—Sigo sin entender —respondió Victoria con impaciencia.

El conde rio.

—Está bien te lo resumiré, cariño. —Hizo una pausa —Tú te quedaras quietecita. Simularemos tu captura. Ya hable con mercenarios locales que son de mi entera confianza. El plan es sencillo —continuo el conde —Te raptamos. El Doctor Costa enloquecerá y él solito vendrá a la boca del lobo.

—¿Por qué no hizo eso antes? —Dijo Victoria formulando la primera pregunta que le vino a la mente.

El conde soltó otra de sus carcajadas y Victoria alejó un poco el teléfono de su oído.

—Porque es parte del castigo de ambos, querida. Infringirle dolor es mucho más placentero que solo acabar con él.

—Usted está loco —dijo Victoria.

El conde soltó otra de sus incómodas y escandalosas carcajadas.

—Yo soy tu amo. Si haces algo fuera de los planes o me traicionas te juro que desearas no haber nacido, querida. ¿Acaso crees que no sé qué tus padres viven cómodamente en París? ¿O que tienes una deliciosa amiga japonesa?

Oír aquello estremeció a Victoria, sintió como si un balde de agua helada le hubiese sido vaciado encima. Era imposible que el Conde supiera aquellas cosas, pues ella, desde luego no se lo había contado.

—Usted no pue... —empezó Victoria con voz temblorosa.

—Claro que puedo querida y lo hare si me provocas. Ahora ve a dormir, en México aún es muy temprano. Besos, querida. Daisy y Rasputin te esperan con ansias —Antes de que el conde colgara soltó otra de sus carcajadas, esta, sin embargo, sonó siniestra.

Victoria sintió correr por sus mejillas lágrimas de impotencia. Se las limpió con el dorso de la mano y regreso al bungalow donde Costa yacía dormido. Pensó por un momento en contarle todo, en pedir su ayuda y huir juntos. Quizá no podrían ser amantes nunca más, pero podrían salvar sus vidas mutuamente como buenos amigos. Desecho la idea tan pronto como se le había ocurrido, pues el alcance y poder del conde era muy grande y los atraparía tarde o temprano. En cambio, si

hacia lo que le pedía, quizá el Conde respetara su promesa de que ella recuperaría su vida y su carrera. Era su única esperanza. Se recostó pero no pudo dormir más.

Leone despertó alrededor del mediodía. Había dormido un total de 15 horas y el exceso de sueño no le sentaba en absoluto bien. Extrajo de entre sus cosas una tubera cilíndrica para fumar. De un pequeño sobre saco Opio lo coloco dentro y empezó a fumar. Nunca se había considerado a sí mismo un adicto, pero a veces, cuando la tensión era mucha le gustaba fumar un poco. Dio unas cuantas caladas y se sintió mejor. Le dolían un poco los nudillos y entonces recordó la golpiza que le había propinado a Beth la noche anterior. Entro a la ducha y dejo correr el agua caliente mientras se disponía a desvestirse. Entonces, su teléfono comenzó a sonar. No tenía registrado el número, pero no estaba lo suficientemente alerta como para tomar la precaución de no contestar.

—¿Hola? —contesto con voz asperezada.

—¿Señor Bellini? —dijo la voz al otro lado del intercomunicador.

—Sí, ¿Quién carajos habla? —dijo Leone ya un poco más despabilado.

—Soy Ezequiel Martínez. ¿Me recuerda?

—Desde luego Señor Martínez ¿En qué puedo ayudarle? —dijo Leone más por cortesía que por otra cosa.

Estaba desabotonándose la camisa y le urgía entrar a la ducha más que cualquier otra cosa. Aun se sentía con una aspereza incomoda.

—Señor Bellini, Hable con uno de sus hombres —hizo una pausa — con Derek Henderson y me dijo que ustedes no me darían ninguna recompensa por la información que les ayude a conseguir a través del viejo del bar. El señor Henderson se portó sumamente grosero y solo accedió a darme su teléfono dijo que uste...

—Señor, Señor, Señor... —interrumpió Leone, hizo una inspiración que denotaba exasperación y añadió —Derek le ha dicho la verdad mi jefe no considera que lo que usted llama aportación amerite honorarios.

—Pero ustedes —empezó a decir Ezequiel Martínez.

Leone interrumpió de nuevo y habló con voz más enérgica.

—¿Es suficiente!... Señor Martínez por favor —dijo en tono más tranquilo —No podemos pagarle por algo que hubiéramos hecho perfectamente con o sin su ayuda. Entienda eso.

Leone ya se había desvestido casi completamente, solo le faltaban los calzoncillos, estaba deseoso por entrar a la ducha caliente.

—¿No me parece justo! —grito el oficial Martínez

—La vida no es justa. Acostúmbrese.

Leone separo el teléfono de su oído e hizo una mueca de desagrado al escuchar que el oficial Martínez gritaba algunas frases que él no se esforzó por entender. Colgó y dejo caer el teléfono en la alfombra. Entro a la ducha y empezó a tararear una vieja canción.

Tardo 20 minutos dentro de la ducha, cuando salió recogió su teléfono y vio que tenía varias llamadas perdidas del Conde Di Tella. Tenía además un mensaje del mismo número que decía:

Leone ¿Dónde diablos estas?

La fase 2 del plan ya entro en acción. Hable con la doctora Greco y mañana por la tarde llegaran los mercenarios. Necesito que compres todo lo necesario para su estancia en la casa del pantano. ¿Entendido?

Un segundo mensaje decía:

Espero ya hayas solucionado los líos con tu mujer.

—¿Maldita Sea! —grito a la habitación. No sabía si su furia se debía a que aún no podía dar

con su mujer o a que el Conde le necesitara con tanta urgencia. Aunque era probable que fuera a ambas cosas.

Arrojo el teléfono sobre la cama, se vistió apresuradamente y salió en dirección a la Avenida del Mar.

Leone llegó a la casa de Beth tan rápido como pudo, aceleró y consiguió que algunos conductores le pitaran debido a su imprudencia. Cuando llegó estaba sudando, un tanto por el calor, pero aún más por el nerviosismo que sentía. Saco un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó la fina capa de sudor que perlaba su frente. Miro al otro lado de la calle, descendió del auto y se acercó con cautela. Acercándose sigilosamente llegó hasta el pórtico, dudo si debía tocar la puerta, finalmente no lo hizo y retrocedió de vuelta a la calle. Levanto la vista, hacia las ventanas, estaba atento por si alguien se asomaba, pero nadie apareció. Beth está muerta adentro —fue la idea que le paso por la cabeza —Nadie ha venido a verla —pensó después.

Decidió que caminaría de regreso al auto, tendría que replantearse la situación ahora que el Conde le necesitaba nuevamente. Lo que más le enojaba era que su mujer siguiera burlándose de él, que siguiera estando un paso adelante y que el fuera incapaz de atraparla y darle su merecido.

—¿A quién buscaba, señor? —dijo de pronto una chica por detrás de él.

Leone volteó la mirada y vio a una chica adolescente afuera de la casa vecina. Estaba sentada en su pórtico acariciando a un pequeño gato. Las plantas con las que Beth tenía repleta la entrada le habían impedido verla antes.

—Ah... Yo... —Leone vacilo un momento. Le invadió la sensación de que quizá la chica lo hubiera reconocido el día anterior.

—¿Viene a ver a Beth? —pregunto la chica, levantándose del pórtico y sosteniendo al gato entre sus manos.

—Sí, soy un amigo —mintió Leone—. Recién llegue a la ciudad y me gustaría verla. ¿Sabes a qué hora regresa?

—Está en el Sharp Memorial —contesto la chica mientras bajaba al gato al césped.

—¿Cómo? ¿Qué le paso? —pregunto Leone fingiendo sorpresa.

—Alguien la golpeo —dijo la chica tratando de contener las lágrimas—. Aquí en la calle creemos que fue su marido, ya había venido una vez y había golpeado a Esmeralda y a una mujer que se está quedando con ellas.

Esto último encendió una alerta en la mente de Leone. ¿Una mujer? ¿Quedándose con ellas? Con toda seguridad se trataba de su esposa. Beth había mentido y había recibido su merecido.

Leone había enmudecido repentinamente perdiéndose entre sus pensamientos.

—¿Está bien, señor? —pregunto la adolescente.

—Oh, sí, sí, disculpa. Es que no puedo creerlo... Pero... ¿Sabes cómo esta ella?

—Por suerte viva —contesto la chica —Pero ayer que hable con Esmeralda me dijo que está muy delicada y que sigue sin despertar.

La chica volvió a levantar al gato del césped y empezó a acariciarlo con ternura. El animal se revolvió tratando de liberarse pero ella parecía no percatarse, tenía la vista clavada en la casa de Beth. Se le veían los ojos nublados, como a punto de llorar.

—¿Ira a verla? —pregunto de pronto la chica.

—Claro. Gracias por la información —contesto Leone.

Se alejó caminando en dirección a su auto.

—¡Salude a Esmeralda de mi parte! —grito la chica desde detrás.

—Por supuesto —dijo Leone.

Abrió la puerta del carro y arranco. Después de todo tenía aun algo de suerte. Beth no había

muerto como le hubiera gustado pero estaba en coma y eso era, para él, como una especie de premio de consolación. Iría al hospital y finalmente encararía a la libertina de su mujer. Pensar en eso le puso de buenas, encendió la radio y sonaba la canción “Ruby Tuesday” de los Rolling Stones. Como había ocurrido en la ducha, empezó a cantar.

Condujo hasta el Sharp Memorial y aparco en un estacionamiento público cercano. Estaba recién afeitado. Se puso unas gafas de sol. Su mujer lo había visto siempre con una barba abundante y espesa, así que el haber cambiado, aunque sea mínimamente su imagen le hacía sentir bien, no tenía idea de porqué, pero así era. Probablemente porque un nuevo aspecto le confería un aspecto más galante y juvenil.

—Me descuide demasiado estando con esa puta —pensó.

Como alguien que empieza a desarrollar un complejo narcisista miro su reflejo varias veces en la pantalla apagada de su celular, activo la cámara y le gusto como se veía. La luz de la mañana le daba un aspecto muy saludable. Sonrió a la cámara, guardo el teléfono en su chaqueta y llego hasta la entrada del Sharp Memorial.

Le dijo al vigilante que iba a urgencias, que traía un fuerte dolor en el pecho y sentía entumecimiento en su brazo. El calor que había acumulado mientras conducía le había hecho sudar nuevamente, lo cual contribuyo a que su aspecto pareciera ansioso y preocupado. Se esforzó por fingir muy bien sus síntomas para no encontrar impedimento al ingresar.

Más temprano que tarde ya estaba en la sala de urgencias del Sharp Memorial, busco en la amplia sala de espera y encontró un asiento vacío junto a un anciano que tenía un collar isabelino, además de una férula en el brazo derecho. El anciano hablaba con alguien por teléfono, sonaba irritado y cada tanto lanzaba un quejido de dolor.

Leone no prestó demasiada atención a la gente enferma que le rodeaba, se concentró en ubicar a su mujer entre la multitud. No recordaba muy bien a Esmeralda, pero pensaba que si la veía su mente le enviaría una alerta inmediata a modo de recuerdo. Fue entonces, cuando el rostro conocido surgió de entre la multitud. Rosella Bellini iba en compañía de una adolescente (más o menos de la misma edad que la chica con la que él había hablado). Las dos llevaban un vaso térmico de café y se dirigían a la salida. Leone se levantó tan rápidamente que la fila de asiento se tambaleo y el viejo le grito: —¡Tenga cuidado! Él no le prestó la menor atención y fue hacia donde se dirigían las mujeres, iba con la vista tan fija que a punto estuvo de chocar con un paciente que iba en silla de ruedas. Alcanzo a ver que salían a un pequeño espacio donde había más familiares y bancas para sentarse. Era como una especie de sala de espera pero al aire libre, pues se hallaba aun dentro de las instalaciones. Las siguió con la mirada desde dentro y finalmente vio que se sentaban en una de las bancas.

Rosella iba vestida con una blusa sencilla color amarillo y unos pantalones tipo campana y conversaba con la chica, la cual exhibía una expresión triste y agobiada.

Leone observaba la escena con detenimiento, disfrutaba volver a su mujer, pero no la contemplaba de la manera romántica en que un esposo debería hacerlo, sino que, más bien la veía como una presa, una presa indefensa y vulnerable.

De pronto la chica se levantó y entro de nuevo a la sala de espera. Leone la observo desde una distancia prudente y la vio entrar al sanitario. Decidió que era momento de avanzar y de hablar con su mujer. Salió y llego hasta la banca donde estaba Rosella, ella pareció no percatarse pues miraba algo atentamente en su celular.

—Que gusto verte de nuevo —dijo Leone, deteniéndose justo frente a ella.

Rosella levantó la mirada y el corazón le dio un vuelco, trato de decir algo pero solo pudo articular el nombre de su marido en una exhalación.

—Leone... —dijo casi en un susurro.

—Hola querida. ¿Cómo te trata la vida? —pregunto en tono sarcástico Leone. Se sentó en el lugar que Esmeralda había dejado vacío.

—¿Pero cómo es que me encontraste? —dijo Rosella aun esforzándose por articular palabras.

—No fue difícil, en el fondo siempre supe que te habías escondido con Beth. Si no te busque antes es porque tenía trabajo que hacer. —Al ver que ella no contestaba continuó

—Pero no.

—Leone, yo...

—Shhhh —dijo Leone colocándose el dedo índice en los labios: La seña universal de guarda silencio. —No digas nada más querida, es más, estoy dispuesto a olvidar este trago amargo. Te propongo que vuelvas conmigo a Roma y sigamos nuestra vida como si nada hubiera pasado. ¿Qué dices?

Rosella lo miro con incredulidad.

Leone soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿No te parece una buena idea? — dijo Leone en tono divertido.

—No podemos seguir juntos —dijo Rosella bajando la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre sus piernas.

—Estás enamorada del Doctor Costa ¿No es cierto? —pregunto Leone volviendo al tono serio y monótono de siempre. Había desviado la mirada hacia la multitud de pacientes que entraban y salían de la sala de espera.

—Leone, yo... yo solo quiero que no le hagas nada. Ni tu ni los Di Tella.

—No has contestado mi pregunta —respondió Leone sin mirarla.

Rosella inspiró como buscando el valor necesario y respondió secamente: Si.

—Muy bien. Yo intente salvarte la vida. Sabes, a veces me preguntó ¿porque las mujeres son tan estúpidas? —Rosella no respondió lo miraba con una mezcla de tristeza y asombro. —¿Y sabes lo que me contesto? —Rosella movió la cabeza negativamente— Me digo a mi mismo, no Leone, no son estúpidas solo son seres inferiores. —Rosella sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Nunca había oído hablar a si a su marido. —En fin... tendrás noticias mías antes de lo que te imaginas. Por ahora debo irme —Leone se levantó.

—Leone, tú y yo nunca fuimos un matrimonio. Lo sabes bien —dijo Rosella en aire compasivo.

—Lo sé. Fue porque nunca pude darte un hijo —dijo Leone—. No, No es eso, yo...

—Es suficiente —interrumpió Leone —Aunque no lo creas me duele perderte Rosella lo miro con tristeza.

—Adiós Rosy... Por cierto espero que Beth se recupere pronto.

—¿Cómo supiste lo que paso? —pregunto Rosella

—Su vecina me lo conto y me dijo que estaban aquí —respondió él.

Rosella asintió.

—Adiós —dijo Leone—. ¿Él está bien?

—¿Quién?

—El doctor Costa.

—Lo mejor que puede, calma es más inteligente que tú y sabe esconderse muy bien.

Leone se despidió y se apresuró a salir del hospital. No volvió la vista hacia atrás, sino que paso de largo hasta llegar a su auto.

Ahora que pensaba que había hecho sentir culpable de algún modo a su mujer, se sentía con la suerte de su lado, quizá ella lo buscaría para darle una explicación o solo para preguntarle más detalles sobre el paradero de Costa. Daba igual. Si ella no lo buscaba, el con toda seguridad

sabría que se quedaría un tiempo más en casa de Beth, pues su hija la necesitaba. Así que tenía tiempo para planear una venganza justa y digna. Había hecho bien en no actuar impulsiva y violentamente dentro del hospital, eso, le habría acarreado problemas mayores y pondría a su mujer sobre aviso. Decidió que llamaría a Derek para cumplir el encargo de él Conde y él podría dedicarse enteramente a su mujer. Pensar en ello le hizo sonreír. Arranco el auto y volvió a encender la radio, sintiéndose animado.

Rosella se quedó meditando en todas las desgracias que habían llegado a su vida. Como una bola de nieve, éstas, parecían haberse acumulado durante años, incluso décadas y de un momento a otro habían decidido embestirla con furia. Lloro. No pudo evitarlo. Las lágrimas le escocían los ojos, como si hasta estas, parecieran decididas a infringirle dolor.

Dos horas más tarde y después de recibir el parte médico, se hallaba en la casa de avenida del mar. Fue a recoger algunas cosas, había decidido que se quedaría en la sala del hospital a tiempo completo. Así era menos probable que Leone pudiera hacerle algún daño, pues el hospital ofrecía seguridad, al menos de manera relativa. Por supuesto también quería estar al pendiente del estado de salud de Beth y, además se sentía en la obligación moral de cuidar de Esmeralda.

Antes de partir, ordeno sus pertenencias en una pequeña maleta, su ropa, sus zapatos y algunos accesorios típicos de cualquier mujer. En una mochila pequeña, guardo sus blocs de dibujo, sus lápices y otros materiales de trabajo. Oculto las cosas en un armario y salió.

Mientras tomaba el colectivo de regreso al Sharp Memorial, se percató de que se había llevado consigo el amuleto. Lo sacó del bolsillo del pantalón y vio que este parecía tan muerto y apagado como siempre. Sin pensarlo demasiado, se lo colocó en el cuello, sintiendo su reconfortante peso. ¿Había sido el amuleto el causante de su singular sueño? Ella no lo creía del todo, pero tampoco se sentía cómoda descartándolo del todo. Desde aquella noche no había vuelto a usar el amuleto para dormir, de hecho, pocas veces sentía curiosidad por él y había ocasiones en las que incluso dudaba de sus supuestos poderes.

Cuando al fin llegó al Sharp Memorial vio a Esmeralda echa un mar de lágrimas, ella había recibido sola un nuevo parte médico, en el que le habían dicho que el estado de salud de Beth seguía siendo grave y de pronóstico reservado. Rosella la abrazó y Esmeralda lloró amargamente en sus brazos. Recordó como al principio ella no la había aceptado y se mostraba hostil y reservada con su presencia. Primero había sido su padre golpeándola a ella y ahora había golpeado a su madre hasta la inconsciencia. Rosella sintió una oleada de ira en su interior, una ira combinada con impotencia, pues una vez más se veía incapaz de defender a las personas que amaba y le importaban. Se prometió a sí misma en ese momento, mientras Esmeralda seguía sollozando, que cuidaría y velaría por ella (Esmeralda) si Beth no lograba sobrevivir. No sería sencillo, pero durante el tiempo que había tenido de conocerla, las dos se habían hecho muy cercanas y Rosella empezaba a quererla como a una hija propia. Ella no sabría si algún día ella podría tener hijos, pero se dio cuenta, muy para su sorpresa, que su amor maternal no debía desaparecer solo por el hecho de no tener hijos, al contrario, derramaría ese amor en Esmeralda y quizá más adelante en algún niño o niña que lo necesitara. La idea la hizo sonreír, pues estaba segura que aun en las peores tragedias siempre hay algo bueno por lo cual vivir y soñar cada mañana. El amuleto emitió un parpadeo de luz azul, un azul como el azul del mar. Ella no lo notó pero sintió una pequeña vibración que resultó muy reconfortante. Sin saber exactamente porque, pensó en Costa y la certeza de que él seguía vivo la invadió. No sabía cómo ni porque pero así era, él seguía vivo y era lo que importaba.

“La calma antecede a la tormenta”. ¿Cuántas veces no hemos escuchado esa frase en algún programa de TV, en algún libro o de la boca de alguna persona cercana? La frase encierra algo de cierto, con la salvedad de que nunca se especifica si esta calma será duradera o no, o si la tormenta será tan violenta que no nos permitirá ver la luz del sol en mucho tiempo.

Durante el tiempo que Victoria Greco y Sebastián Costa estuvieron juntos, ambos se sintieron bien, al menos la imagen que proyectaban era la de una pareja enamorada y sin muchos problemas en la vida. Victoria ¿Fingía? Con toda seguridad muchas cosas sí. Pero pudo descubrir que, para su sorpresa, aun sentía algo palpitante dentro de ella cada vez que él le acariciaba y le besaba. Aquello era mil veces mejor que estar en los brazos del decrepito y despreciable Conde. Ella era una mujer muy joven aún (cumpliría 33 un día antes de Navidad) y encontraba en el tacto y la calidez de Costa algo único y que la hacía sentirse protegida y segura. Hubo momentos en los que olvido el macabro plan del que formaba parte, hubo risas sinceras, besos sinceros y noches de algo más que solo pasión y lujuria. Pero, lamentablemente, las cosas siempre tienen un fin, sean buenas o no, sean fingidas o verdaderas y eso fue lo que sucedió precisamente luego de una semana juntos. Una semana que quedaría grabada en la mente de los dos hasta el fin de sus días, pues a veces ni la llegada de otro amor puede borrar las huellas del pasado.

Aunque Victoria seguía despertando cierta inquietud en los chicos, (quienes ya debían marcharse al día siguiente) lograron convivir sin demasiados problemas. Victoria aún tenía ocasionales síntomas residuales del extraño efecto desvinculatorio del amuleto Dragón. Los accesos de risa (los mismos que tanto inquietaron a Derek) y la mirada penetrante e incómoda aparecían con cierta frecuencia y los cambios de humor se debían tanto al estrés al que se sentía sometida, como al efecto de contrapunto del amuleto. Ella no era mala, al menos no en esencia y pensamiento, si actuaba como actuaba quizá se debía a la encrucijada en la que se encontraba, pero probablemente cada quien tendrá su propio criterio sobre si merecía, lo que con el tiempo le sucedió.

El día marcado por el Conde había llegado. Era un día normal como cualquier otro, el sol brillante en lo alto, los pocos visitantes se divertían en las aguas de la costa de San Juan de Alima y Victoria cargaba una tabla de surfear. Hacía dos días que le había dicho a Costa que deseaba aprender a surfear. Él le contestó que tampoco era experto, pero Raúl se ofreció con gusto a enseñarles a ambos. Ese día después de la clase, Victoria se adelantó al bungalow que compartía con Costa. Ella había marchado y regresado del hotel, trayendo consigo sus pocas pertenencias hacia el bungalow. Busco con cuidado entre el doble fondo de una de sus maletas y tanteo el arma, se las había arreglado para cargarla la noche que hablo con el Conde. Había decidido que tal arma se la entregaría a Costa, le daría la oportunidad de abatir a alguno de los mercenarios y probablemente también de matarla a ella. La idea de volver con el Conde no le gustaba nada y pensaba con frecuencia que sería mejor si resultara muerta en el tiroteo. Después de todo había vuelto a ser feliz al menos una semana y eso es mucho más de lo que a veces nos concede el mismo Dios. No tenía idea a qué hora llegarían los mercenarios, ni de cuáles eran sus órdenes exactas, así que debía estar preparada. Causarle dolor a una persona que ella tanto había amado en el pasado no le gustaba, ella no era como el Conde ni como Leone Bellini. Pensó por un breve momento que con el arma podría matar ella misma a Costa y después a sí misma. Era un concepto trillado de las películas románticas, un desenlace en el que ambos amantes morían. Pensó también

en sus padres, en todo el sacrificio que ellos habían puesto para que ella, Victoria Greco, tuviera una carrera y un futuro prometedor, ella lo había echado todo a perder. ¿Odiaba a Costa por haberla metido a las fauces venenosas de la Mafia? En el pasado, mientras era torturada en el sótano, habría dicho con seguridad y firmeza que sí, pero ahora ya no estaba del todo segura, ese odio se había disipado, pues ella sabía que también era culpable en cierto modo, después de todo él nunca la había obligado a participar en algo en lo que no estuviera de acuerdo. Sonrió y después soltó una lágrima sintiéndose nostálgica. No regresaría a Roma, no quería ser presa para siempre de un hombre como el Conde Di Tella. Era mejor y más valiente luchar a lado del hombre al que había amado y con el que había vivido momentos inolvidables, aunque sabía que con toda seguridad significaría la muerte para ambos. Pero quizá y solo quizá, haya vida después de la muerte y quizá también haya una oportunidad de enmendar los errores y de reencontrarnos con quien fuimos una vez feliz. No tuvo tiempo de perderse más entre sus pensamientos pues afuera las dos chicas: Fabiola y Daniela lanzaron un grito de verdadero terror. Victoria enjugó rápidamente sus lágrimas, saco el arma y le quito el seguro. Lo que pasó después sucedió demasiado rápido.

Costa caminaba con los dos chicos de regreso a la playa, se habían alejado un poco después de la clase de surf para comprar comida y bebida. Fue entonces cuando la escena que contemplaron los dejó sin habla. Tres hombres cubiertos con pasamontañas y gruesos chalecos antibalas estaban frente al bungalow y el campamento provisional de los chicos. Los hombres habían descendido de una camioneta todo terreno que parecía sacada de una película de acción. Dos de ellos portaban armas largas de alto calibre y el tercero agitaba en el aire un arma más pequeña.

Costa sentía su corazón latir con fuerza, el calor parecía haber aumentado de golpe, las entrañas le palpitaban debido a la adrenalina. Sintió sus sentidos agudizarse y sin detenerse a pensarlo hecho a correr en dirección al bungalow. Los chicos se miraron mutuamente unos instantes y movidos por instinto echaron a correr inmediatamente detrás.

—¡Alto! —grito el hombre que blandía el arma más pequeña. Apunto a Costa y siguió su discurso. Costa se detuvo como si su cuerpo hubiera chocado contra una pared invisible, paseo la mirada buscando a Victoria y tras un breve momento de pánico vio la tabla de surfear afuera del bungalow— Esta adentro —pensó. Se tranquilizó y empezó a barajar sus opciones, que desde luego no eran muchas.

—¡Hemos venido solo por una persona, si cooperan nadie saldrá lastimado! —dijo el hombre sin apartar la pistola de su blanco. —¡Sabemos que está aquí! Su mirada se dirigió a los pocos bañistas que estaban en la zona, no eran más de una decena, incluidas las dos chicas. Los otros hombres mantenían apuntadas sus armas largas hacia la multitud, atentos a cualquier movimiento fuera de lugar. Una mujer adulta estaba en cuclillas y estrujaba a dos niños que sollozaban aterrorizados.

—¡Bajen las armas! —dijo un cuarto hombre que descendía de la camioneta. Los otros tres le miraron, asintieron y dejaron de apuntar a la asustada multitud. —La persona que buscamos esta justo aquí —dijo el hombre señalando a Costa.

Costa no reconoció al hombre que descendió, era el típico hombre viejo y gordinflón, un hombre que a todas luces parecía inofensivo.

—Doctor Costa, estoy feliz de haberle encontrado —dijo el viejo

—¿Quién es usted? —pregunto Costa.

—Mi nombre es Ezequiel Martínez y digamos que soy un trabajador independiente.

—¿Trabajador independiente? ¿De qué demonios está usted hablando!? —replicó.

—¿Le dice algo La Familia Di Tella? —dijo el viejo exhibiendo una sonrisa triunfadora.

Costa no respondió.

—¿Ahora me entiende, porque le digo que soy un trabajador independiente? —dijo Ezequiel Martínez mientras caminaba para encontrarse cara a cara con Costa. —Mi trabajo será entregarlo a los Di Tella y cobrar la recompensa, bonito ¿No le parece? —dijo cuando ya estaba frente a el hombre al que tanto había estado buscando.

—¿Quién le hablo sobre mí? —dijo Costa, endureciendo su expresión. Era mucho más alto que el viejo policía pero, Ezequiel Martínez parecía no inmutarse. Sus secuaces armados le proporcionaban toda la seguridad que necesitaba.

El oficial soltó una carcajada y dijo:

—Doctor Costa, la familia Di Tella lo boletino en muchos lugares. ¿O es que no lo sabía? —añadió sarcásticamente.

Victoria Greco escuchaba desde dentro del bungalow la escena que se desarrollaba justo

enfrente. Había pensado que venían por ella, tal como lo tenía planeado el Conde, pero lo que sucedía afuera era algo totalmente inesperado. Podía ver a través de los pequeños espacios entre las maderas a Costa frente a un hombre que se había identificado como Ezequiel Martínez. Ella sujetaba el arma con nerviosismo y sentía su propio pulso en cada centímetro de su piel. El arma que sostenía era una Ruger calibre 9 mm con capacidad para realizar 10 tiros y estaba totalmente cargada. Victoria no era una gran tiradora, pero tenía nociones básicas y se sentía con la capacidad de cargarse a los hombres que estaban fuera, estaba claramente en desventaja y debía aprovechar eficientemente el elemento sorpresa que tenía a su favor. Nadie la había mencionado, así que con toda seguridad los hombres no sabían de su existencia. Solo una pregunta flotaba en el aire. ¿Qué pasaría cuando los hombres contratados por el Conde finalmente aparecieran?

De pronto dejó de escuchar las voces afuera, se asomó sigilosamente por el espacio entre las maderas y lo que vio, la dejó sin aliento. Uno de los hombres que portaba armas largas le dio un fuerte empujón a Costa y comenzó a escoltarlo en dirección a la camioneta. Victoria vio aquello, sintiendo un nudo en la garganta, sabía que había llegado el momento de actuar. Inspiro hondo para intentar apaciguarse y llenarse de valor.

—¡Ey! —grito Victoria saliendo al exterior. La presencia de una mujer rubia apuntándoles descoloco a los hombres que se quedaron inmóviles ante un hecho tan inesperado.

Victoria no habló más y disparó la Ruger. La bala le explotó la cabeza a uno de los hombres que llevaba el arma larga. El hombre cayó de espaldas como muñeco de trapo. El sonido hizo volar a algunas aves que hacían su recorrido en la bahía. Ezequiel Martínez no llevaba arma y corrió hacia la camioneta con la intención de guarecerse. La Ruger rugió dos veces más y una de las balas alcanzó en el pecho al hombre que había fungido como vocero ante la multitud hacía apenas unos minutos. Este cayó también. El hombre que llevaba a Costa lo soltó y apuntó con su Ak—47 a la mujer, Costa reaccionó a velocidad felina y se abalanzó sobre el hombre que alcanzó a disparar, el tiro salió alto y muy lejos del objetivo. El hombre que llevaba el arma pequeña estaba tumbado pero no fuera de combate, su grueso chaleco antibalas le había protegido del impacto que de otra manera lo hubiera matado, tomó sigilosamente su arma aprovechándose de la confusión y enfocó a Costa, que en ese momento estaba dándole una paliza al hombre que segundos antes lo escoltaba. Antes de poder efectuar el tiro, Raúl le pateó en el brazo extendido y el arma salió volando de su mano en dirección a la camioneta. Ambos corrieron en un intento por ganarle al otro el arma, pero en ese momento Ezequiel Martínez salió de la camioneta empuñando un arma. Disparó a Raúl justo en el centro de la frente. Cayó muerto al instante. La multitud gritaba histérica y huía en un intento por protegerse. Victoria Greco vio el momento exacto cuando los sesos de él chico se dispersaron en la playa, Costa también se levantó, el hombre al que había golpeado tenía el rostro hecho un despojo sanguinolento y palpitante. Victoria disparó contra él oficial, pero sus nervios la traicionaron y falló, Ezequiel Martínez con su amplia experiencia como policía, contraatacó y su bala alcanzó a Victoria en el estómago, ella emitió un grito y cayó de espaldas en la arena quedando fuera de combate.

—¡No! —grito Costa con toda la fuerza de sus pulmones.

Fabiola gritaba histéricamente abrazada a Carlos. Daniela corrió aun con el miedo atenazándole las entrañas en un intento de proteger a Victoria de un segundo disparo. Se abalanzó valientemente sobre ella y la protegió con su cuerpo.

Costa rodó por la arena y amartilló el Ak-47. Disparó una ráfaga que sonó amplificadas por el amplio espacio en la playa. Las balas alcanzaron al hombre encapuchado que quedaba en pie y también a Ezequiel Martínez que voló por los aires como un espantapájaros llevado por el viento.

Después se hizo el silencio.

Costa dejó caer el arma en la arena y corrió hacia Victoria que yacía herida.

Carlos logró desasirse de los brazos opresores de Fabiola y corrió a tomar un arma de las que estaban dispersas, se acercó a los hombres recién abatidos y pudo ver que el único que aún respiraba, de manera jadeante y sibilante era Ezequiel Martínez. Le apuntó con el arma:

—No te muevas —dijo.

Costa yacía a lado de Victoria, le tomó la mano mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Las chicas miraban de pie, expectantes, lloraban profusamente.

—Debes irte de aquí —dijo Victoria esforzándose por articular palabras. Le manaba un hilillo de sangre de la boca.

—No voy a dejarte. No voy a dejarte nunca —dijo Costa entre lágrimas.

—Escucha... Esos no eran los hombres del Conde, ellos... —Victoria tosió con violencia— ... Ellos todavía están por llegar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto Costa.

—Yo... Yo tenía que traicionarte.

—¿Que... Que estás diciendo? —dijo Costa entre sollozos.

—No pude hacerlo. No puedo hacerlo —dijo Victoria —Todavía te amo y estoy feliz de haberte encontrado.

—Te recuperarás —dijo Costa estrujándole la mano. Se inclinó y besó su frente. Nunca había sido lo que se dice un hombre llorón, pero ver a la mujer que amas muriéndose es sin duda uno de los dolores más grandes que se puede experimentar.

Victoria tosió de nuevo, escupiendo sangre de forma copiosa. Tenía espasmos y sus ojos luchaban cada vez más contra el impulso de cerrarse.

—Vete, Vete de aquí, por favor... —dijo ella —Fui muy feliz a tu lado —terminó diciendo entre lágrimas.

—Lamento haberte metido en esto —dijo Costa

—No fue tu culpa, yo decidí hacerlo —Victoria tosió nuevamente. En cada acceso de tos más sangre se vertía hacia el exterior.

—¡Ya viene la ayuda! —gritó Carlos desde atrás. —Ese hombre ha muerto —le dijo a las chicas. Ellas le abrazaron buscando un ápice de consuelo.

—Te amo. Te amo tanto —dijo Costa entre sollozos. Se inclinó hacia el pecho de Victoria y la abrazó.

—Yo también —dijo ella —Fuiste lo mejor de mi vida...

Costa la miró, continuó abrazándola. Lloraba profusa y amargamente. Era un llanto sincero, un llanto de verdadero dolor y sufrimiento.

—Espero puedas perdonarme —dijo Victoria.— Ahora debes irte...

Victoria Greco dio su última exhalación después de esas palabras. Su pecho dejó de elevarse y su pulso se detuvo. Costa se mantuvo abrazándola en la arena, lloraba y se lamentaba de una forma tal, que tocaba las fibras más sensibles de quienes lo escuchaban. Podía oírse a lo lejos la sirena de la ambulancia, pero era demasiado tarde, Victoria Greco había muerto. Murió en paz y feliz sabiendo que había defendido la vida del hombre al que amaba. Quizá algún día su sueño se haría realidad y podrían reencontrarse en un lugar en el que no existiera la maldad ni el dolor.

La noticia de la muerte de Victoria Greco tardó varios días en llegar a los oídos del Conde Di Tella. Cuando los hombres que había contratado con el fin de fingir el rapto aparecieron, no encontraron más que una playa vacía. La camioneta que decía: Forense, estaba terminando de levantar los cuerpos de los hombres abatidos. Al contrario de los hombres que acompañaron a Ezequiel Martínez, ellos, habían cercado la zona sigilosamente y para cuando dieron con el bungalow donde se supone se hallaba la doctora Greco, hasta las huellas de la batalla que había tenido lugar ya estaban desapareciendo.

El hombre había contado a Leone Bellini lo siguiente:

“Cuando llegamos no quedaba mucho que ver, los forenses estaban terminando de levantar los cuerpos. Había solo una patrulla de policía en el lugar y decidimos que no era conveniente acercarnos demasiado. Oculte mi arma y camine como lo haría cualquier curioso. Conseguí llegar al bungalow donde supuestamente el Conde nos había dicho que se encontraban. La policía estaba distraída así que entre y dentro halle una nota. La nota decía:

—Señor Di Tella: Muchos años mí equipo y yo trabajamos para usted, y fui testigo de primera mano de muchas atrocidades cometidas hacia seres inocentes... Me considero culpable de muchos de ellos y soy responsable de participar en procedimientos de dudosa legalidad, sin embargo me decía a mí mismo que mucha gente, de la que paso por nuestras manos iba allí por voluntad propia. Gente con dismorfofobia obsesionada con las cirugías plásticas y gente que buscaba modificaciones corporales burdas y estafalarias... pero... Lo que Salvatore pretendía hacer iba más allá de los límites. Mi equipo y yo hicimos justicia salvando a esa niña eslovena, la cual, seguramente ahora tiene un futuro brillante. ¿No se alegra? Imagine que se tratara de una hija suya, imagine a una hija suya en manos de un depravado como Salvatore. ¿No es fácil, verdad?... Ahora usted ha asesinado a Victoria, ella lo era todo para mí. No me queda más motivos para vivir y mucho menos para buscarle y matarlo con mis propias manos, pues sé que no tengo oportunidad alguna. Para usted sería demasiado sencillo contratar más y más asesinos hasta que me maten. Así que le ahorraré el trabajo y quizá pueda encontrar a Victoria en el más allá.

“Leí la nota y la guarde —continuo el hombre —Aquello parecía una tomadura de pelo así que decidí rebuscar un poco más, no había mucho más que ver. Revolví las pocas pertenencias que quedaban allí sin éxito alguno y entonces lo vi. Había un hombre sentado en el suelo con una mujer rubia en brazos, supe que era ella, por las señas que el Conde nos había dado. El hombre levanto la mirada y dijo: —Llegaron antes de tiempo. Lo mire y vi que me apuntaba con un arma. Desenfundé la mía rápidamente y le dispare en el corazón. Le di por muerto, quise acercarme a corroborarlo pero el disparo había alertado a los policías en el lugar. Salí por la parte de atrás y eche a correr tan rápido como pude. Me pareció que alguien grito a mis espaldas pero no me detuve a averiguarlo, corrí hasta llegar con mi compañero que estaba en el auto. Arrancamos sin mirar atrás”

Leone escucho aquello con creciente satisfacción. No le importaba como había pasado, solo que al fin los dos estaban muertos. ¡Muertos! Colgó dando como única indicación que le fuera enviada la nota que el doctor Costa había escrito antes de morir.

Con renovado entusiasmo trató de informar de manera inmediata al Conde, pero este, se hallaba de vacaciones, estaba recorriendo gran parte del viejo continente a lado de su hija Alexandra, o al menos eso fue lo que uno de sus hombres en Roma pudo informarle. El conde era un hombre que cuando se ausentaba, lo hacía de forma total, sin contestar llamadas, ni dar santo y seña de su

localización, ni siquiera en casos urgentes. Esto, era, en opinión de Leone Bellini una estupidez. El actuar del conde cada vez era más errático e imprevisible, era como si, una enfermedad degenerativa y perniciosa estuviera ya gestándose en lo profundo de su cerebro y lo hiciera, de vez en cuando perder los cabales. O quizá le daba lo mismo lo que pudiera pasarle a Victoria Greco, después de todo el conde solo parecía profesar amor hacia sus hijos: el difunto Salvatore y su joven promesa, Alexandra.

Finalmente tras varios días logro contactarle. El conde se puso feliz cuando se enteró de lo sucedido. Incluso su respuesta al enterarse de la accidental muerte de Victoria Greco, no pudo ser más escabrosa, el tono con el que dijo un simple: “Ni modo, esas cosas pasan” incomodo al mismo Leone, quien lo pudo imaginar diciendo aquello con un encogimiento de hombros y fumándose un habano sin que la muerte de la doctora Greco le perturbara en lo más mínimo.

—Tomate unos días para descansar —sugirió el conde— Yo estoy doblemente feliz ahora que la doctora Greco va a ser la puta personal de Satán... —el conde soltó una carcajada divertido por sus propias ocurrencias.

Leone se vio obligado a reír aunque no le pareció en absoluto divertido.

—... Doblemente feliz porque mi hija Alexandra pasara una temporada conmigo...Ah, Me estoy volviendo viejo... —terminó el conde con un suspiro.

—Me alegro por usted —respondió Leone en un tono que no denotaba alegría ni interés en absoluto.

—Gracias Leone... te llamare pronto.

—Adiós señor.

El conde corto la llamada, pidió un Martini y se recostó en el sofá de la amplia sala de estar. El televisor transmitía un programa de concursos, pero él no le prestaba la menor atención. Alexandra estaría allí pronto y quería estar fresco y descansado para cuando llegara.

Leone Bellini transmitió la noticia de la muerte del doctor Costa, con cierto agrado, a la que, legalmente, aún era su mujer.

Rosella lloro amargamente su pérdida (y sintió también pena y admiración por la forma que Victoria había muerto). Se sentía cayendo en un pozo sin fondo, se había quedado sola y a merced de lo que Leone decidiera hacer con ella. Costa era su aliado, su cómplice y su amigo. Estaba sola. Desamparada. Y profundamente devastada. Beth aún no recobraba la conciencia y los pronósticos sobre una posible mejoría eran cada día más desalentadores, lo cual contribuía solo a aumentar su dolor.

Antes de enterarse de la muerte de Costa, ella se había esforzado por ser un apoyo para Esmeralda. Ambas habían desarrollado un fuerte vínculo entre sí. Pero ahora, Esmeralda parecía más optimista y fuerte que la propia Rosella. Paso muchas noches sin dormir, había veces, cuando el cansancio la vencía, que soñaba con él y despertaba solo para continuar con su llanto. Un llanto que parecía inagotable.

Una noche especialmente triste, (pues acababan de recibir el nuevo parte médico que indicaba que Beth seguía sin mostrar mejoría y que de seguir así podría tener ya una muerte cerebral) Rosella subió a su habitación después de cenar con Esmeralda, revolvió entre sus cajones buscando sus materiales de dibujo, pues quería enseñar a Esmeralda algunas técnicas para dibujar, y de pronto, entre sus cosas, una luz color turquesa iluminó el oscuro cajón, se inclinó para ver y vio el amuleto dragón centellear en pequeños intervalos una luz azul turquesa. Lo tomó entre sus manos y la luz quedó fija en un tono de azul, era el azul más hermoso que ella había visto en su vida. De inmediato sintió irradiar un calor reconfortante a través de ella y un pensamiento se instaló en su cabeza y más importante aún, en su corazón. “Él está vivo” “Esta vivo” la voz no parecía ser suya, pero era una voz de mujer, encantadora y dulce.

De pronto supo que todo estaría bien, no sabía cómo ni porque lo sabía, pero era así.

Bajo corriendo las escaleras y abrazo a Esmeralda con euforia, la chica estaba bebiéndose un vaso de leche y casi lo derramo cuando los brazos de Rosella la rodearon.

—¿Qué pasa? —pregunto Esmeralda entre risas aun entre los brazos de ella.

—¡Él está vivo! ¡Mi amor está vivo! —dijo Rosella entre lágrimas que eran más de alegría que de cualquier otra cosa.

Esmeralda no dijo nada más y se lanzó a sus brazos, por un breve momento ella también se sintió feliz y segura de que su madre también se recuperaría.

CUARTA PARTE: LA VIDA SIEMPRE PENDE DE UN HILO

(CUATRO MESES DESPUES DE LOS HECHOS OCURRIDOS EN LA TERCERA PARTE)

Vengándose, uno se iguala a su enemigo; perdonándolo, se muestra superior a él.

Sir Francis Bacon

En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre.

Friedrich Nietzsche

Alexandra Di Tella iba a bordo del elegante MSC Sinfonia, un crucero con destino a las Islas Griegas, que había zarpado desde Venecia. El crucero era una enorme embarcación de cinco estrellas, tenía capacidad para 2223 personas, un total de 783 camarotes, 10 cubiertas y 4 piscinas.

Alexandra viajaba con su novio, Michael. Se habían conocido hace poco y era el primer viaje que realizaban juntos. Podría estar con él, ahora mismo, en la ducha, de no ser porque se sentía indispuesta para hacer cualquier cosa que no fuera permanecer acostada. Se tocaba el vientre constantemente, como quien sufre cólicos intestinales. Había tomado ya una pastilla de venta libre, pero parecía no estar surtiendo efecto en lo absoluto.

Michael salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura. Con una segunda toalla se secaba el cabello. Camino despacio y se dirigió a la pequeña nevera que había en la habitación y tomó una de sus acostumbradas bebidas energizantes.

—¿Todo bien? —pregunto Michael mientras destapaba la bebida.

Alexandra se removió incomoda en la amplia cama, hizo una seña indicando que todo estaba bien y a los pocos minutos se quedó dormida.

Michael dio un largo trago a su bebida y comenzó a vestirse, lo hizo tratando de hacer el menor ruido posible, pues no quería despertar a Alexandra de su siesta vespertina. Se estaba terminando de poner los pantalones, cuando tocaron la puerta del camarote. Michael hecho un rápido vistazo a su rostro en el espejo antes de abrir.

—Buenas tardes, Señor —dijo el empleado.

—Buenas tardes —replicó Michael.

—Le traigo una cordial invitación, de parte de la tripulación —dijo el empleado mientras le extendía un pequeño sobre de color azul brillante.

—¿De qué se trata? —pregunto Michael mientras luchaba por desatar el pequeño nudo en el sobre.

—Es un baile — ¿Un baile?

—Así es señor. Lo esperamos esta noche. Habrá premio para el rey y la reina del baile— dijo el empleado con una sonrisa afable

—Muchas gracias —respondió amablemente Michael.

Michael cerró la puerta y finalmente abrió la invitación. Era una invitación sencilla pero mona y colorida.

—Alex, mira esto —dijo Michael dejando la invitación al borde de la cama.

Alexandra se levantó sintiéndose aún adolorida, aunque el medicamento de venta libre parecía estar haciendo efecto al fin.

—¿Qué es esto? —pregunto Alexandra tras darle un breve vistazo a la invitación.

—Un baile. Habrá un baile ¿Es que no puedes leerlo? —dijo Michael divertido.

—Claro que si —respondió Alexandra lanzándole un cojín — ¿Iremos? —pregunto Michael entusiasmado.

—No me siento bien —admitió Alexandra. Como para reafirmar lo anterior se tocó de nuevo el vientre.

—Bueno en todo caso podemos ir, ver y regresar a la habitación —Michael hablaba en un tono infantil que a ella le divertía y le irritaba al mismo tiempo.

—Esta bien... Iremos... —dijo Alexandra alzando los brazos en un gesto que quería decir: Ya que...!

—¡Genial! —¡Genial! —dijo Michael. Tomo de nuevo la invitación y leyó: Los esperamos a las 9 pm en el gran salón Versailles. Se encogió de hombros y arrojó de nuevo la invitación, que esta vez voló más allá de la cama. Tomo su bebida energizante y se la termino de golpe. Eructo.

—¡Eres un asco! —dijo Alexandra. Hizo una mueca desagradable primero y después soltó una carcajada.

—¡Soy un elegante bufón, bella damisela! —respondió Michael haciendo una reverencia. Hizo ademán de retirarse un sombrero, que por supuesto no traía.

Michael se arrojó a la cama con tal fuerza que Alexandra saltó unos centímetros en el aire. Esto la hizo reír más.

—¡Eres un tonto! —dijo Alexandra golpeándole levemente en el hombro.

—Bien, pues este tonto quiere llevarte al baile. —dijo Michael y después le besó en la punta de la nariz.

—Iremos.

—¡Eso es estupendo! —contestó Michael y acto seguido se abalanzó sobre ella y la atacó a cosquillas. Alexandra se retorció y por poco se cae de la cama.

Dos horas después ambos yacían desnudos en la cama, habían hecho el amor con la pasión y energía que caracteriza la juventud. Alexandra había vivido romances tormentosos en el pasado, pero Michael parecía uno en un millón, era detallista, amoroso y muy divertido. Ella se levantó cubriendo sus pechos con el brazo y comenzó a juntar su ropa de él suelo. Uno de sus zapatos había salido volando tan lejos que casi entraba en el baño.

—Ya es hora —dijo ella mientras rebuscaba debajo de la cama su ropa interior.

Michael no se movió.

—Mickey, despierta cariño —Alexandra se irguió y lo miró como una madre miraría a un hijo que se niega a levantarse para ir a la escuela. Puso las manos en jarras y contempló el cuerpo de su amado, que respiraba acompasado pero que parecía extrañamente presa de un sueño profundo.

Cuando ella iba a acercarse para removerlo y despertarlo, Michael abrió los ojos y se llevó la mano a la cabeza. Volvió a bajarla y se removió ligeramente en la cama. Alexandra puso expresión de impaciencia y se acercó. Le tocó en el hombro.

—¡Michael! ¡Despierta, carajo! —le zarandea con más fuerza, empezaba a sentirse molesta pues había sido idea de Michael ir al estúpido baile y ahora parecía tan renuente a levantarse como un chiquillo. ¡Maldición, Michael! —dijo ella, seguía moviéndolo sin éxito.

Alexandra bajo la mirada cuando sintió que una gota cayó en uno de sus pies descalzos.

—¡Dios mío! —gritó a la vez que pegaba un brinco inconsciente. Durante unos instantes el tiempo pareció detenerse, se detuvo lo suficiente, para que ella pudiera ver con claridad de donde venía la sangre. Esta, escurría de la cama misma, provenía debajo de la sabana que cubría el cuerpo desnudo de Michael. Sintió deseos de gritar, pero todo lo que consiguió fue que su boca quedara en una expresión de asombro, en una “O” gigantesca. Se llevó la mano a la boca, mientras su mente inconsciente la hacía retroceder chocó con la pared y allí se detuvo. Pudo contemplar, desde esa distancia, como el goteo se intensificaba. Ya formaba un charco inmundos y de considerable tamaño en la alfombra. Ella seguía desnuda, desnuda y asustada sería más correcto. Pudo ver, para horror suyo, que el brazo de Michael se colgaba hacia afuera, el goteo insidioso de sangre, convertido ahora en una cascada sanguinolenta, provenía de un corte en una de las venas de Michael.

Alexandra comenzó a llorar de forma histérica, haciendo uso de sus pocas fuerzas intentó gritar,

pero la voz no le salía, era como si alguien hubiera cercenado sus cuerdas vocales. El pánico se instaló de inmediato en su mente, como un ladrón. Sentía el pulso de su corazón palpar en las sienas y hasta en las yemas de los dedos. El charco de sangre ya era demasiado grande, pensó por un momento que era imposible que Michael, o cualquier ser humano, tuviera tal cantidad de sangre. Intento abrir la puerta del camarote, en el pasillo buscaría la ayuda necesaria, pero el pomo de la puerta le resbalaba de sus manos sudorosas. En eso estaba, cuando sintió una mano fría y huesuda tocar su hombro. Fue una sensación dolorosa para su cuerpo que se hallaba más caliente de lo normal producto de la adrenalina que inundaba su ser. Esta vez sí pudo gritar, se sobresaltó y giro sintiendo la dureza de la puerta a sus espaldas. Lo que vio la horrorizo aún más. Michael estaba de pie frente a ella, estaba excesivamente delgado, como si el hecho de sangrar le hubiera consumido también los músculos y la grasa corporal. Estaba pálido y tenía un tinte icterico, propio de la hepatitis. Sin embargo, lo más mortífero en su aspecto se hallaba en su entrepierna, Alexandra contempló con horror que la sangre que ella había pensado provenía de las muñecas, en realidad provenía del pene de Michael, o de lo que en el pasado había sido un pene. Al parecer el mismo se había practicado una falectomía y lo que allí había, ahora, era solo una masa diminuta y sanguinolenta de tejido carnoso. Alexandra volvió a subir la mirada al rostro de Michael y vio que sus facciones estaban cambiando drásticamente. Un momento era Michael y al otro era Salvatore.

¡Eso! ¡Su novio se estaba convirtiendo en una versión monstruosa y caricaturesca de su hermano mayor!

La entidad frente a ella, la tomo de los hombros y comenzó a zarandearla violentamente, como ella había hecho hacia solo unos momentos con Michael.

—¡Ayúdame! —gritaba el esperpento frente a ella.

—¡Soy Salvatore! —de alguna manera el cuerpo de lo que había sido Michael seguía sangrando de forma profusa. Empapándola a ella también de sangre.

Salvatore (o Michael) seguía agitándola violentamente. Ella vio con creciente horror que la cosa frente a ella ya era totalmente el cuerpo de su hermano fallecido. La cosa la soltó abruptamente y una expresión de nostalgia y casi humana le hablo con la voz de un niño. Un niño que apenas entra en la adolescencia y que aún conserva el tono agudo de la infancia.

—Ayúdame, hermanita.

Alexandra permaneció inmóvil, sin hablar, cubriendo sus pechos con el largo de su brazo. De pronto la pregunta que hizo aquella cosa le hizo erizar todos los vellos del cuerpo. Salvatore abrió la boca en una mueca grotesca y dijo:

—¿Recuerdas cuando jugábamos a meter al gusanito en su cueva?

Alexandra no pudo soportarlo y cayó de rodillas rompiendo en lágrimas. La cosa frente a ella empezó a reír de forma maliciosa.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! —grito Alexandra

Despertó gritando esas palabras. Miro alrededor y vio a Michael junto a ella.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto Michael, quien también se había asustado por los gritos de ella.

Alexandra no dijo nada más y rompió a llorar, se hecho en sus brazos. Michael la acaricio y la estrujo con fuerza. No hizo pregunta alguna pues era obvio que había tenido una pesadilla.

De pronto ella sintió que su mundo se derrumbaba, un sueño, un estúpido sueño le había recordado lo que Salvatore le había hecho cuando ella aún era una pequeña niña, demasiado pequeña para que ella pudiera olvidarlo fácilmente. Pero ahora la pesadilla había surtido el mismo efecto que una hipnosis y había desenterrado el pasado. Un pasado doloroso y terrible.

A las 9 de la noche el salón Versailles del MSC Sinfonia comenzó a llenarse de gente, el cartel en el exterior anunciaba el baile. “MSC Sinfonia les da la bienvenida al gran baile de aniversario”. “El grupo Coreográfico de MSC presentara hoy su show sorpresa” —decía más abajo.

Era uno de esos eventos que se venden como apoyo a damnificados de desastres, pero la realidad es que la mayor parte de las ganancias iban a parar casi siempre a los abultados bolsillos de los organizadores y patrocinadores.

La marquesina en el exterior del lujoso Salón Versailles tenía grabado un breve itinerario con letras amarillas que lastimaban la vista. En cada centelleo de luz, los nombres del equipo coreográfico de MSC Sinfonia iban apareciendo: Grace Davis, Howard Campbell, Ashley Meyer, Guillen Fraga, Ana Paris, Adán Vega...

Alexandra caminaba sujeta al brazo de Michael, iba vestida con un elegante vestido azul brillante, con incrustaciones adiamantadas, unas zapatillas de tacón discreto y llevaba un bolso pequeño.

Michael portaba un traje de fabricación alemán, gris y muy elegante. Una corbata negra y unos mocasines tipo botín color negro.

Cuando entraron, el lujo, la decoración y la ostentación del lugar los dejó boquiabiertos por unos segundos. Los candelabros distribuidos por los laterales ofrecían una iluminación discreta, mientras las potentes lámparas de salón hacían lo propio en el centro de la pista. El área de bebidas era un amplio espacio a contrapunto de la ubicación de la orquesta que tocaba amenamente rock and roll de los años 60. El show sorpresa estaba reservado para la medianoche. Un empleado condujo a la joven pareja a una de las mesas más cercanas al centro de la pista de baile. Les dejó la carta y se retiró con la promesa de regresar pronto a tomar sus órdenes.

—¿Estás mejor? —preguntó Michael mientras apartaba la carta a un lado y le tocaba en el hombro.

—Sí, cariño —contestó Alexandra, forzando una sonrisa. La verdad era que aún estaba reponiéndose de la horrible pesadilla pero quería mostrarse fresca y alegre ante Michael.

Sus intenciones cayeron por los suelos cuando Michael hizo la pregunta obligada.

—¿Qué fue lo que soñaste? —murmuró él. Hojeaba la carta sin demasiado interés.

—Ya lo he olvidado —mintió ella. Tomó la carta y también comenzó a ver sin interés el menú de platillos y bebidas.

—Nunca te había visto así —dijo Michael con una expresión de auténtica preocupación en el rostro.

—Olvidalo —repuso ella. Sonrió y ahora ella le tocó en la pierna.

El mesero regresó y tomó las órdenes, que consistían únicamente en un breve aperitivo y una cantidad considerable de bebidas alcohólicas.

—No bebas demasiado —dijo Alexandra con una mirada que expresaba que Michael ya lo había hecho antes.

—No lo hare, Alex —contestó él.

El mesero trajo la comida y la bebida y durante las horas siguientes, Alexandra y Michael conversaron acerca de su futuro como pareja, bailaron solo cuando la música era tan buena que así lo exigía. Rieron y se dieron muestras de afecto ocasionalmente.

Todo iba viento en popa, de no ser por un pequeño detalle, Michael había olvidado que no

debía tomar demasiado. Había bebido demasiado whisky escoces y se sentía mareado y un poco torpe. Se detuvo solo cuando su estómago amenazó con echar fuera todo su contenido.

Era ya medianoche y sin previo aviso la orquesta comenzó a interpretar un clásico de los años 60. “The Twist” de Chubby Checker. El tipo que cantaba era genial y se movía con gracia en el escenario. Detrás de la orquesta salió corriendo el grupo de bailarines de MSC Sinfonía y empezó el show justo frente a la mesa de Alexandra y Michael.

Tres hombres y tres mujeres conformaban este primer acto del espectáculo. Los hombres iban vestidos con chaquetas negras estilo James Dean y las mujeres llevaban el cabello corto o recogido al estilo de Audrey Hepburn, además de un vestido que bien pudo ser también del estilo de la difunta actriz. El ambiente dentro del Salón Versalles estaba en su apogeo. Alexandra se había olvidado completamente de la pesadilla y se movía al ritmo de la música. Michael lo intentó también, pero su estado ya no le permitía bailar con soltura. Decidió rendirse y regreso a la mesa, pidió otro whisky.

Terminando “The Twist”, siguió Richie Valens con “La Bamba”. La multitud lanzó un grito de júbilo y más parejas se levantaron a bailar. El grupo de 6 bailarines siguió moviéndose al ritmo de esta segunda canción.

Alexandra también sentía los efectos del alcohol en dosis suficiente para sentirse desinhibida y muy alegre, pero aún era capaz de mantenerse en pie y de dar algunos pasos al ritmo de la música.

Cuando “La Bamba” llegó a su fin, Alexandra regreso a la mesa, pudo ver, por el rabillo del ojo que los bailarines se retiraban para dar paso a otros de sus compañeros.

Llegó a la mesa, paseó la mirada de un lado a otro buscando a Michael sin éxito. Fue al baño —pensó. Se sentó. Empezaba a sentirse mareada y tenía que esforzarse para enfocar la vista hacia objetos lejanos. Las luces centelleantes del recinto no ayudaban demasiado, la deslumbraban como faros de auto en la carretera. Se frotó las sienes, sintiendo un ligero dolor de cabeza, un dolor, que con toda seguridad se convertiría más tarde en una jaqueca de los mil demonios.

De pronto sintió que su embriaguez estaba llegando varios pasos más allá de lo que había experimentado antes, la idea de que la bebida podía estar adulterada le pasó fugazmente por la mente. Un hormigueo le recorría el rostro y una sensación sofocante de calor parecía estar apoderándose del aire que respiraba.

—¿Michael? —dijo cuando sintió que una mano le tocaba el hombro.

Giro la cabeza, y por un momento la imagen del hombre frente a ella pareció difuminada. Las brillantes luces del recinto no ayudaban y castigaron a Alexandra causándole pequeñas punzadas oculares. Entorno los ojos y se esforzó por reconocer al tipo frente a ella. ¡Era uno de los bailarines! ¡Vaya Sorpresa!

—Disculpe señorita. ¿Le importaría si me siento un momento en su mesa? —pregunto el bailarín, que lucía un peinado al estilo James Dean. Por un breve y tonto momento Alexandra pensó que era el mismísimo James Dean

—Ammm... Yo... Claro...Claro...Síntese. —Contesto ella entrecortadamente. Hizo un ademán que quería decir: “Adelante, no me importa”.

Alexandra sentía su lengua pesada y adormilada por el alcohol, pero le preocupaba más que no podía localizar a Michael y que a cada minuto su campo de visión parecía estarse haciendo más estrecho.

—¿Cuál es su nombre? —pregunto el Bailarín con peinado de James Dean.

Alexandra captó vagamente la pregunta, en su interior era tímida y reacia a hablar con extraños pero el alcohol hace que cualquiera pierda el control de sí mismo. En una situación normal ella no

habría contestado, se habría disculpado y hubiera ido a buscar a Michael al mismísimo sanitario de hombres y se habrían ido, así ella lo tuviera que llevar a rastras hasta el camarote.

Pero en su estado actual se sentía cómoda contestando y hasta se sentía capaz de entablar conversación con el tipo parecido a James Dean.

—Alexandra. Me llamo Alexandra. —dijo al fin.

—Es un bello nombre —respondió el hombre.

—Muchas gracias —dijo Alexandra. Sonrió y entornó más los ojos. Su visión se había despejado un poco y pudo ver frente a ella a un hombre de unos 30 años, bien parecido, de barba discreta y bastante alto.

Si. Si se parece a James Dean —pensó ella —Claro si James Dean hubiera llegado a los 30 años.

En el escenario la orquesta comenzó a interpretar los primeros acordes de “Twist and Shout” de The Beatles. Alexandra no era muy fan de The Beatles, pero conocía casi todas sus canciones porque eran las favoritas de su madre. Y la canción que ahora sonaba era una especie de gusto culposo o gusto heredado, como quiera llamársele. Busco de nuevo a Michael entre la multitud pero no lo vio, y probablemente si estaba allí, ella ya no era capaz de distinguirlo.

—¿Le gustaría bailar? —pregunto el hombre en su mesa, sonrió coquetamente mientras le daba un sorbo a su copa.

—No tengo idea como se baila eso —respondió Alexandra soltando una risita.

— Ese no es problema —el hombre se levantó y le tendió la mano. Sin pensarlo demasiado Alexandra acepto la invitación y se encaminaron a la pista de baile. La canción duro poco, pero cuando termino bailaron dos piezas más.

—Soy Adán. Adán Vega —dijo el hombre a Alexandra mientras la orquesta tocaba una versión inusualmente rítmica de la Tarantella Napoletana.

—Encantada de conocerle. —respondió Alexandra riendo justo antes de que el baile les separara en filas distintas a hombres y mujeres. Los dos se movían con gracilidad y soltura, aunque la experiencia de él hombre que se presentó como Adán Vega era superior, Alexandra no se quedaba atrás, pues conocía muy bien los bailes típicos de su natal Italia. La siguiente parte de la coreografía los hizo reunirse de nuevo y el baile termino con un gran grito de júbilo por parte de los danzantes, grito al que se unieron también los espectadores.

—Es usted encantador —dijo Alexandra justo después de que los aplausos y ovaciones cesaron y acto seguido le beso en la boca.

El gran baile termino alrededor de las 4 am, hora en la que todavía quedaban algunos invitados, pero estos se hallaban, en su mayoría, demasiado borrachos como para darse cuenta de que el recinto estaba casi vacío en su totalidad. Uno de los que quedaban en pie (o al menos parcialmente) era Michael, había regresado de forma inexplicable al salón Versailles luego de dejar a Alexandra en el camarote profundamente dormida. Se había perdido la mayor parte de la fiesta con ella, bailando con desconocidas y haciendo frecuentes visitas al baño. Probablemente el recordaría todavía menos de los hechos cuando saliera el sol, pero por ahora eso no importaba, por ahora solo importaba que seguía bebiendo y que lo disfrutaba. No era consciente de que la orquesta ya no tocaba y que ahora el equipo de audio era el encargado de amenizar el lugar. Menos era consiente, por supuesto, de que bailaba solo y de que parecía hablar con nadie que no fuera el mismo.

Desde una de las mesas vacías Adán Vega totalmente sobrio, le miraba. Él sabía quién era él y sabía quién era Alexandra. Eran el eslabón para llegar hasta el Conde Di Tella. Sonrió fascinado por su descubrimiento, mientras Michael se tambaleaba patéticamente frente a sus ojos.

De vuelta en su camarote, el hombre que todos sus compañeros conocían como Adán Vega se recostó, se quitó los zapatos y dedicó unos minutos a relajarse, cerró los ojos y luego se incorporó, rebusco en el pequeño mueble que tenía a lado y saco una pequeña libreta, la abrió y comenzó a escribir. Era su diario personal. Escribió el acontecimiento del día y lo dejó a un lado. Casi estaba por amanecer y comenzaba a sentir el cansancio. No había dormido nada en casi 24 horas. Recordó el beso de Alexandra, había sido tan dulce e inocente y además sorprendente. Este pensamiento se apartó rápidamente y casi pudo sentir una punzada de dolor al recordar a Victoria y en la forma en como ella, había dado su vida por defenderle. Tenía que vengar su muerte. Recordó también lo que ella había dicho antes de morir: “Yo tenía que traicionarte”.

Mientras el inminente cansancio comenzaba a instalarse en cada fibra muscular, su mente, empezó a traer a flote muchos de los recuerdos de su vida pasada, pensó en Victoria, en cómo había soñado que le pediría matrimonio, en como sería su boda y más doloroso aún, en cómo serían los hijos nacidos de su unión. Pensó en Rosella y su sincera amistad, en su cálida compañía y en cuanto tiempo llevaban de conocerse. Se sorprendió al pensar en su padre, ¡Dios! hacia cuanto tiempo que no le dedicaba ni uno solo de sus pensamientos. La última vez que lo vio, su padre le dijo que su manera de ser le llevaría a la perdición, que uno no puede ir por la vida vendiéndose de todos los que nos lastiman. Esa no es la esencia del hombre, había dicho.

¿Dónde estaría su padre ahora? ¿Vivo? ¿Muerto? No lo sabía y de todas formas creía que su padre, de seguir vivo, no accedería a verlo ni en un millón de años. Pensó por ultimo en aquella chiquilla eslovena, a la que él y su equipo habían salvado de las garras monstruosas de Salvatore. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Habría valido la pena haberla salvado? ¿Habría valido la pena entregar la vida de su equipo por una chiquilla a la que ni siquiera conocía? Se frotó la cabeza, como si con esa simple acción pudiera apartar la ola de pensamientos que llegaban sin invitación y se instalaban en lo profundo de su mente. Quizá fuera por la falta de sueño, pero de cualquier manera, allí estaba él, recordando cosas que no quería recordar y cuestionándose cuales y como serían sus siguientes pasos.

Se desvistió y se deslizó debajo de las sábanas. Durmió, pero sus sueños fueron intranquilos. Su mente parecía decidida a recordarle todo lo que él se había esforzado por enterrar. A ratos, soñó con sus padres, con su infancia y en uno de ellos pudo ver con claridad el rostro sereno y hermoso de su madre. No le hablaba pero le dirigió una mirada que quería decir tantas cosas, pero la más importante era que le amaba.

Se despertó de súbito con el rostro de su madre aún grabado en su mente. Era una de las cosas que tenía en común con Rosella, pues ambos habían perdido a su madre, pero él la había perdido antes de que ella pudiera verle realizado casi en todos los aspectos importantes de su vida. ¿Cómo había muerto ella? Era algo que él también se había esforzado en olvidar, pero de pronto lo recordó. El cáncer. ¡Si había sido el maldito cáncer! El cáncer había cegado la vida de su madre cuando él más la necesitaba, cuando más necesitaba de su amor y de sus palabras de aliento. Recordó que había odiado a Dios por habérsela quitado y también que había sido una razón poderosa para que decidiera licenciarse en medicina. Comenzó a llorar, nunca había llorado por la muerte de ella, pues su padre, que en ese entonces era un hombre más duro y reacio que la última vez que lo vio, le había dicho que los hombres no lloran por nada. ¡Por nada!, se había esforzado en recalcarle más de una vez.

En su etapa como estudiante de medicina, había noches que pensaba en ella y cuando sentía

deseos de darse por vencido y abandonar, cerraba los ojos y veía a su madre, Evie se llamaba, allí, junto a él. Y eso era suficiente para levantarlo de cualquier tristeza o desánimo que pudiera sentir. Había momentos que pensaba que el cáncer que se había llevado la vida de su madre, era un monstruo, una monstruosidad física peor que el de cualquier pesadilla imaginable. Él quería derrotarlo, quería ser el príncipe que salvara a muchas princesas de las garras del dragón. El Dragón. Ese maldito dragón que simbolizaba lo implacable y letal que puede ser el cáncer.

Sonrió primero al recordar sus pensamientos de niño y después lloró durante largo rato, extrañando a las personas que había amado y le habían sido arrebatadas. Deseo que su madre estuviera allí para aconsejarle, pero sobre todo para consolarle. —No puedes luchar tu solo contra la maldad en el mundo —Fue el pensamiento que le vino a la cabeza y, por alguna extraña razón pensó que esas serían las palabras exactas que su madre le diría en ese momento, si siguiera viva. Se recostó de nuevo aun con una maraña de pensamientos en la cabeza y sin saber en qué momento, se quedó dormido.

Despertó pasado el mediodía, tenía la cabeza despejada y las energías renovadas. No había ni rastro de los pensamientos que habían entrado en su cabeza la noche anterior, como personas en tienda de ofertas. Se vistió con el mismo atuendo estilo James Dean (salvo la chaqueta) de la noche anterior y salió de su camarote. Se dirigió a la cubierta llevando su diario bajo el brazo, el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y una idea en mente. La luz del sol era intensa a esa hora del día y sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la misma. Una vez afuera, se sentó en una pequeña banca, había muchas personas paseando por la cubierta a esa hora, pero no pudo reconocer a nadie de su equipo de trabajo ni mucho menos vio a Alexandra o a su novio. Hojeó el diario en busca de un número de teléfono que no había marcado en mucho tiempo. Por un breve momento pensó que el número había desaparecido, pero tras rebuscar una segunda vez lo hayo en la esquina inferior de una de las hojas. Probablemente asustaría a Rosella con su llamada, pues con toda seguridad, le creería muerto. Pero no importaba necesitaba un aliado para el plan que traía entre manos.

Marco el número y al quinto tono la voz que le resultaba tan conocida y familiar hablo:

—¿Hola?

La voz sonaba adormilada y Costa supo que la había despertado. Si en las aguas territoriales de Grecia era la 1 de la tarde, al otro lado del atlántico, en California eran quizá las 4 de la mañana. Una hora bastante imprudente para llamar, sin duda.

Daba igual pues estaba feliz de volver a escuchar su voz.

Rosella colgó el teléfono.

Hasta entonces solo había sido una corazonada (aunque muy poderosa) el hecho de que él siguiera con vida. Aquel destello de luz turquesa del amuleto se había ido disipando y cada vez aparecía con menos frecuencia y con menor intensidad. Una ocasión inspecciono minuciosamente el amuleto en busca de alguna ranura que pudiera indicar que utilizaba alguna clase de baterías. No encontró nada.

Después de terminar la llamada intento dormir nuevamente pero fue en vano. Se sentía emocionada, como un chiquillo al que acaban de darle el regalo que tanto deseaba. Se removió inquieta un par de veces antes de desistir a la idea de dormir. Se levantó dando vueltas en la habitación. No se calzó los zapatos pues a pesar de que el suelo era frío, no quería hacer demasiado ruido y despertar a Beth o a Esmeralda.

Por un lado se sentía feliz de que su extraño presentimiento, que al parecer había venido de ningún lugar, resultara ser cierto. ¡El vivía! Y con eso le bastaba. Pero, por otro lado el “plan” que Costa traía entre manos no le resultaba demasiado agradable. Conocía muy poco a Alexandra, habían intercambiado solo un saludo ocasional en las ostentosas fiestas que el Conde solía organizar, y en las que ella, llegaba siempre de la mano de su marido.

Sabía que era muy mala idea, a pesar de lo poco que la conocía, usarla como señuelo para negociar con el Conde Di Tella era terrible, casi tan terrible como la golpiza que había recibido Beth a manos de su marido, casi tan terrible como los aberrantes actos de Salvatore. Pues en el fondo ella creía (y no se equivocaba) que Alexandra era una víctima, más que una responsable. Además estaba el hecho de que Leone se hallaba muy cerca de ella y podría hacerle algo como un acto de represalia. ¡O peor aún podría volver a atacar a Beth o a Esmeralda! Ellas eran más que sus amigas, se habían convertido en su familia y no toleraba la idea de que Leone pudiera hacerles daño nuevamente.

Bien sabía que Beth aún tenía secuelas de la golpiza que su marido le había propinado. Secuelas leves, claro. Pero aun así no se sentía cómoda con la idea de abandonarlas y cargar a Beth toda la responsabilidad de llevar la casa, ella había sido como su ángel guardián y le estaba profundamente agradecida.

Estuvo despierta hasta que salió el sol, dando vueltas en la habitación, mirando por la ventana hacia la Avenida del Mar que se hallaba muy silenciosa y jugando nerviosamente con el amuleto Dragón entre sus dedos. El ruido de las olas llegaba desde la lejanía con un tenue susurro y casi parecían aconsejarle. Las aves se unieron al debate y su graznido se escuchaba muy cerca de la casa. No eran las olas, ni las aves, sino su propia voz desde el fondo de su corazón que le susurraba que por el bien de ella, el de Beth y el de Esmeralda, debía irse de allí, debía marcharse y ocultarse hasta que la tormenta que se avecinaba llegara a su fin.

Sin pensar más, tomo sus viejas maletas y comenzó a guardar sus pocas pertenencias, incluidos los pocos ahorros que le quedaban. Dejaría sus materiales de trabajo, después de todo probablemente no se sentiría animada para dibujar. Guardo todo rápidamente y dudo un momento si debía guardar entre el equipaje el amuleto. Finalmente se lo puso como un colgante. Bajo cuidadosamente las escaleras, como un ladrón que se esfuerza por no hacer ruido. Llego a la sala, tomo uno de los viejos cuadernos que había por allí, arranco una hoja y garabateo una nota.

*Gracias por todo. Debo irme ahora, pero me comunicare con ustedes. Las amo.
Atte: Rosella.*

Eran las 7:30 am y sabía que aún faltaba por lo menos una hora antes de que Beth o Esmeralda despertarán. Abrió la puerta y volvió una sola vez la mirada despidiéndose interiormente de aquella casa, pues no sabía si volvería algún día. Salió.

Dos días después del gran baile el MSC Sinfonia llegó a tierras griegas, específicamente al pequeño archipiélago griego conocido como Santorini. Santorini es la joya turística por excelencia. Tiene forma de media luna y en su parte interior, donde antiguamente estaba el gran volcán, existen otra serie de islas más pequeñas pero muy bellas. Al oeste es escarpada y rocosa, destacando su gran precipicio sobre el mar, mientras que al sur, va descendiendo lentamente hasta el mar, donde las playas de arena oscura son el mayor atractivo de la zona.

El MSC Sinfonia atracó en el famoso puerto de Athinios, desde donde las serpenteantes carreteras bañadas por el sol del ocaso parecían indicar el camino al cielo.

La tripulación comenzó el descenso a tierra firme. Niños iban tomados de la mano de los adultos, algunos más llevaban a sus mascotas en sus brazos o sujetos a una correa. La mayoría de los pasajeros eran de raza blanca, pero un grupo de negros medianamente numeroso llamó poderosamente la atención cuando desfilaban hacia la salida. Michael y Alexandra bajaron inmediatamente después de este peculiar grupo. Michael arrastraba dos enormes maletas, mientras ella solo llevaba una más pequeña y su bolso de mano. Los dos llevaban gafas de sol y Alexandra portaba, además, un enorme sombrero.

Ya en tierra firme las aglomeraciones se fueron disipando poco a poco hasta que pasada una hora solo quedaban pequeños grupos, la mayoría había tomado ya el camino a Santorini siguiendo las serpenteantes carreteras que todavía conservaban los dorados del sol.

El día ya estaba menguando cuando Michael y Alexandra finalmente llegaron a Santorini. Se habían quedado a degustar la comida local en el puerto e inmediatamente después rentaron un coche en un pequeño negocio local en el Puerto de Athinios. Michael condujo a moderada velocidad y pisaba el freno hasta casi detener el auto cada vez que llegaban a una curva demasiado pronunciada. Mientras él permanecía plenamente concentrado en la conducción y cambiando constantemente la estación de radio, Alexandra iba dormida en el asiento del copiloto. Ninguno de los dos pudo notar o siquiera sospechar que estuvieran siendo seguidos por otro auto, que se mantenía a prudente distancia y con una luz tenue apenas distinguible a lo lejos.

El apartamento vacacional de Calderimi se halla a pocos metros de la catedral de Saint Markella, flanqueado a los lados por el Anamnesis Spa, el restaurante Panigiry y algunos negocios locales más pequeños. Durante el día la zona está repleta de turistas que transitan entre la angostura de sus calles. Es una área de paso, más que cualquier otra cosa, pues no es de las mejores zonas para pasar las vacaciones en Santorini. Sin embargo, durante las noches es una zona aún más tranquila y silenciosa, ocasionalmente el graznido de las gaviotas es el único ruido que puede escucharse, los autos transitan con una frecuencia que va de baja a moderada y hacia la medianoche son bastante raros los ruidos de motores en el exterior.

Es precisamente esta quietud, la que atrajo la atención de la joven pareja. Quizá buscando algo de calma o quizá buscando un lugar en el que pudieran tener algo más de intimidad, ninguno de los dos considero la posibilidad de buscar alojamiento en la bulliciosa zona del centro de la ciudad.

Michael estaciono el auto en el pequeño garaje del apartamento. Alexandra había descendido momentos antes para rebuscar entre su bolso el juego de llaves que abrían la entrada principal. Se quedó de pie unos instantes frente a la puerta, revolviendo sus cosas de aquí para allá. Levantó la mirada y pudo ver algunas personas caminando en la estrecha acera, ante sus ojos desfilaron familias de cuatro integrantes, parejas jóvenes que llevaban a sus hijos a pasar la noche a esa tranquila y apartada zona de la ciudad, parejas de ancianos que caminaban tomados de la mano y alguno que otro que caminaba solo, con las bolsas de las compras en la mano o con las manos metidas en los bolsillos.

Alexandra encontró la llave y abrió la puerta, Michael subió a toda prisa la pequeña escalinata y antes de que ella pudiera dar dos pasos hacia el interior, él la levanto del suelo, cargando sus piernas, la levanto de tal modo que ella quedo erguida con su cabeza casi tocando el techo. Alexandra era esbelta y muy ligera y Michael no tuvo demasiadas dificultades para impulsarla un poco más hacia arriba. No calculo bien la fuerza de su impulso y la cabeza de Alexandra impacto contra el techo.

—¡Auchh! —grito ella.

Michael se percató rápidamente de lo que había pasado, hizo una mueca que quería decir que había metido la pata y se incoó hasta que los pies de Alexandra tocaron de nuevo el suelo.

—Eres un idiota —dijo ella frotándose la cabeza. Su voz no reflejaba en absoluto enfado sino diversión.

—Lo siento cariño —repuso Michael, que se esforzaba por no reír. Se acercó a ella y le beso en la punta de la nariz.

—Aléjate, tonto —dijo Alexandra y le dio un pequeño empujón. Retrocedió unos pasos y añadió —Atrápame si puedes —Comenzó a alejarse más y se resguardo detrás del sofá. Mantenía una expresión picara. Una expresión de deseo.

Michael sonrió pues sabía lo que significaba eso.

Como siempre ocurría Michael terminaba atrapándola, la cargaba como suele hacer el hombre recién casado, la llevaba a la cama y hacían el amor. Terminaron exhaustos y casi de inmediato se quedaron dormidos. Era medianoche y la calle se hallaba dolorosamente silenciosa. Alexandra creyó escuchar el sonido de un auto acercándose, abrió los ojos pero volvió a cerrarlos sin dar mayor importancia a lo que escuchaba o creía escuchar, estaba demasiado adormilada para darse cuenta que aquello era real y no un sueño. Demasiado adormilada para darse cuenta que el acceso

a él apartamento por la parte trasera era vulnerable. Desde luego nadie creería que pudiera haber un ladrón en una ciudad como Santorini, pero el hombre que había irrumpido en la casa no tenía en absoluto intenciones de robar, sino de negociar. Un rostro que a Alexandra le parecería familiar, no porque conociera a él Doctor Costa, sino porque conocía a Adán Vega un bailarín excelente a bordo del MSC Sinfonia, y al que ella se había sentido tentada de besar quizá solo por razones que solo una mujer conoce.

Un ruido volvió a despertarla, esta vez, estaba completamente segura de estar despierta. Se incorporó de la cama sintiéndose alerta. Agudizo el oído y pudo escuchar pisadas en la planta baja, pisadas de alguien allá abajo. Por un breve y horrible momento pensó que su hermano muerto había regresado para atormentarla tal como había hecho en aquella pesadilla, que tanto la había asustado. Pensó en despertar a Michael, pero no quería parecer una niña pequeña que cuando se asusta corre a buscar inmediatamente el refugio de los padres. Temía que el pensara que podía estar volviéndose un poco loca.

Dejo de escuchar las pisadas y el susto pasó. —Que tonta soy —pensó. Se recostó nuevamente, pero antes de que su cabeza pudiera tocar la almohada un nuevo ruido la puso alerta, no por la intensidad, sino por su escalofriante claridad. De pronto tuvo la sensación de que había alguien, pero ya no en el piso de abajo sino arriba, justo frente a la puerta del dormitorio. Volteo a ver a Michael, quien dormía plácidamente. Estuvo a punto de despertarle pero se detuvo, recordando de nuevo la pesadilla en la que él se despertaba solo para convertirse en el cadáver viviente de Salvatore.

Tenía que enfrentar esto sola, fuera lo que fuera. Se levantó y sintiendo un miedo desbordante abrió la puerta. No había nadie. Dio unos pasos fuera del dormitorio y se asomó recargada a la barandilla. No había nadie tampoco en la planta baja. Dejo escapar el aliento en una exhalación sintiéndose más tranquila. Ya estaba convencida de que todo se lo había imaginado o de que en todo caso, los ruidos no provenían de dentro del apartamento. Se disponía a volver al dormitorio cuando de pronto sintió algo aferrar su nariz y boca, la pesada mano sostenía una especie de trapo o compresa y ella pudo notar, antes de sumirse en la inconciencia, que una ventana estaba abierta y que ella no pudo notarlo a tiempo. Trato de luchar contra aquella fuerza, pero fue inútil. El tipo era demasiado grande y ella demasiado pequeña. Era la misma fuerza con la que Salvatore había luchado sin éxito, antes de caer inconsciente en la mesa de operaciones, desde luego Alexandra tuvo todavía menos posibilidades.

Costa sintió como el cuerpo de Alexandra de pronto se volvía tan flácido como el de una muñeca de trapo. La cargo en sus hombros sin ninguna dificultad y se dispuso a llevarla afuera donde estaba aparcado su coche. Se encamino, pero se detuvo súbitamente, debía asegurarse de que no corría ningún riesgo y de que dispondría de tiempo suficiente para llevarse lejos a Alexandra. Dejo a la joven inconsciente en el suelo y entro a la habitación, hurgo en la mochila que llevaba y saco otra compresa y la empapo de éter. Se acercó a Michael y descargo la mano con la compresa sobre su rostro. Michael abrió los ojos en el acto, con una expresión de súbito asombro en ellos, sujeto la mano que le atenazaba el rostro y por un momento consiguió despegar unos centímetros su cuerpo desnudo de la cama. Costa admiró al chico porque puso una resistencia férrea, aun mayor que la fue capaz de ofrecer Salvatore. Tuvo que hacer uso de ambas manos y de usar parte de su propio peso corporal para mantenerlo sometido. Finalmente Michael también quedo flotando en las lagunas de la inconciencia.

Costa salió de la habitación, cargo con el cuerpo frágil de Alexandra y la llevo afuera, a la calle, que permanecía tan silenciosa y desierta como un cementerio. La acomodo en el asiento del copiloto y arrancó, quebrando así la calma y la quietud de la madrugada.

Imerovigli, en la zona norte de la isla de Santorini ofrece vistas espectaculares al océano, las escarpadas formaciones rocosas se vuelven diminutas a la distancia y desde lo alto de las residencias más cercanas a la bahía, puede verse la isla hermana de Santorini, llamada Thirasia.

Las casas que allí se encuentran fueron construidas sobre las formaciones rocosas y la pendiente de la misma permite que los que habitan las partes altas del terreno, puedan ver un paisaje de viviendas blancas y puedan ver, además, a muchos de sus vecinos asoleándose y realizando sus actividades cotidianas.

Desde una de las terrazas en lo alto de él barrio de Imerovigli asomaba el hombre que había raptado a Alexandra Di Tella, aquellos paisajes trajeron a su mente los tiempos en lo que estuvo en Cabo San Lucas. Casi podía decirse que era la misma escena, el mar y las formaciones rocosas espectaculares estaban allí, la brisa marina y el aire frío también. Inspiro hondo como lo hizo aquella ocasión y recordó lo que había pasado después, también en aquella ocasión. Rosella le mando un mensaje de texto SMS. Todo era muy parecido y las circunstancias desde entonces hasta el presente tampoco habían cambiado mucho, el seguía siendo un fugitivo y ahora era, además, una especie de fantasma que había fingido su propia muerte ante los ojos del Conde Di Tella. El único detalle adicional era que, ahora él, el eminente Doctor Costa contaba con una carta muy fuerte a su favor. La hija del Conde.

Alexandra Di Tella permanecía dentro, atada a una silla de metal, la cuerda estaba ligeramente holgada a modo de permitir la circulación a sus delgadas extremidades. Tenía una mordaza, lo cual le impedía hablar, pero había estado emitiendo desde hacía media hora sonidos ininteligibles a modo de protesta. También estuvo sacudiéndose durante largo rato haciendo crujir los cimientos de la silla, pero ahora ya estaba demasiado agotada para seguir con tales proezas.

Costa se sentó afuera, en la terraza, bebía café con leche y lanzaba alguna que otra mirada ocasional hacia Alexandra.

Alexandra reconoció al hombre no como el Doctor Costa, sino como Adán Vega el bailarín del MSC Sinfonia. En la cama junto a la silla donde ella yacía atada y amordazada había un puñado de credenciales y demás papeles, todos desperdigados, como si alguien los hubiera lanzado deliberadamente sin la menor preocupación de que fueran a romperse o a maltratarse, algunos estaban en italiano, otros en Inglés, había documentos oficiales expedidos por diversas naciones, visados y dos pasaportes con nombres diferentes pero con el mismo rostro plasmado en ellos. Miro con mayor detenimiento los papeles y pudo ver que casi todos eran dos cosas de lo mismo: dos credenciales idénticas pero con diferente nombre, dos visados idénticos pero igualmente con diferente nombre, dos carnets que parecían ser de algún tipo de seguridad social y lo más importante una identificación de un hospital público de Roma, que acreditaba al sujeto como médico adscrito.

Sabía que debía haber alguna razón para que esos documentos estuvieran allí, a la vista, pensó que con toda seguridad el hombre que la había raptado quería que ella viera esos papeles, la pregunta importante era ¿Para qué?

El hombre entró a la habitación y vio a Alexandra con la vista fija en los documentos. Los estudiaba con demasiada atención.

—¿Te dicen algo estos papeles? —pregunto Costa. Abrió el refrigerador y lleno de nuevo su vaso con leche fresca.

Alexandra movió la cabeza negativamente.

—¿Quieres algo de desayunar? —pregunto él, cambiando abruptamente de tema.

Alexandra no se movió, se limitaba a seguir con la mirada los movimientos del hombre al que ella creía un simple bailarín. El hombre se paseaba por la pequeña cocina, saco un par de cosas del refrigerador, se escuchó el chispazo cuando encendió la estufa y un chorro de agua caía de un grifo que ella no podía ver. No se necesitaba ser muy listo para intuir lo que hacía: Estaba preparando el desayuno. Rápidamente la estancia empezó a llenarse de un aroma a especias delicioso, Alexandra podía sentir el cosquilleo del aroma en sus fosas nasales y su estómago despertó como una fiera que demanda alimento. No tenía idea que podía estar cocinando su captor pero olía delicioso.

—Ya casi está el desayuno —dijo el, de pronto.

El hombre salió de la cocina hacia el pequeño dormitorio donde Alexandra permanecía atada, retiro los papeles desperdigados de la cama y se sentó a escasa distancia de ella. Algo hervía en la cocina pero el hombre, de pronto, ya no parecía demasiado preocupado por el desayuno, miro a la joven frente a él y entrelazo las manos. Parecía un padre a punto de reprender a su hija por alguna travesura.

— No voy a hacerte daño —dijo Costa. —No eres tu quien me interesa sino tu padre... — Alexandra entorno los ojos. Le miraba con creciente inquietud.

—... Si, tu padre, el Conde Di Tella. —continuo el mirándole a los ojos —es una historia muy larga que voy a contarte y que debes conocer. Probablemente tú seas la única en tu familia que desconoce todas las atrocidades en las que tu familia ha participado.

Alexandra sintió un escalofrío recorrerle la espalda, no estaba segura de querer oír lo que aquel hombre estaba por contarle. Tenía la corazonada que de una u otra forma también la involucraba a ella.

—Te contare todo lo que debes saber, después te desatara y podrás comer algo. ¿De acuerdo? —dijo Costa.

Alexandra movió la cabeza afirmativamente.

Costa comenzó a contar la historia. Comenzó desde el momento mismo de la aberrante petición a su equipo de trabajo por parte de Salvatore, contó a detalle como lo habían hecho caer inconsciente en la sala de operaciones, contó que él y su equipo se vieron forzados a huir y que solo dos de ellos lo habían conseguido, hablo de su relación con Rosella y Leone Bellini, de cómo había estado huyendo y de cómo había conseguido ganar una cuantiosa apuesta. Pero sobre todo habló de la parte más dolorosa para él, la muerte de Victoria Greco.

Cuando termino de hablar, le quito las ataduras a Alexandra tal como había dicho que lo haría. Desayunaron en completo silencio. Costa se sintió sorprendido pues creyó que la joven pelearía e intentaría escapar o que gritaría proclamando el apoyo incondicional a los de su sangre. No fue así. Alexandra se limitó a comer, sin preguntar nada. Cuando Costa le ofreció café, ella lo rechazo moviendo negativamente la cabeza.

Después de un rato Alexandra termino de dar los últimos bocados (había comido lenta y ávidamente) se limpió grácilmente la boca con una servilleta. Carraspeo para aclararse la garganta y finalmente habló:

—Yo también tengo una historia que contar. — Su voz sonaba débil y un poco temblorosa.

Costa la miro compasivamente, pues algo en la expresión de ella denotaba una profunda tristeza, un dolor tan arraigado, de esos que echan raíces hasta lo más hondo del alma.

Una lágrima resbalo por la mejilla derecha de Alexandra y entonces, Costa lo supo, ella era una víctima más. No era cualquier víctima, había sido víctima en incontables ocasiones y había sido la

primera en la larga lista de abusos cometidos por Salvatore Di Tella.

Lo que Alexandra le contó aquel día fue tan monstruoso e infame que Costa supo de inmediato que no podría usar a un alma tan atormentada para conseguir su venganza. No era justo, ella ya había sufrido demás en su corta vida. No solo había sido violada por su propio hermano, a una edad tan tierna como para que ella supiera siquiera que estaba pasando, no solo tuvo que soportar los comportamientos y comentarios misóginos por parte de su padre y hermano mayor, sino que además se sentía culpable de haber abandonado a su madre. Cuando ella tuvo la edad suficiente para estudiar en el extranjero, la había dejado sola con las entidades machistas y depravadas que eran su hermano y su padre. Ella había muerto poco después y Alexandra nunca volvió a verla.

Ella no sabía porque había contado esas cosas a un desconocido, (pues ni Michael y mucho menos su padre estaban al tanto de los abusos que ella había sufrido de niña a manos de su hermano mayor) pero se sintió bien de hacerlo. Mientras ella aun lloraba, Costa le puso una mano en el hombro y dijo:

—No seré yo quien te cause más dolor... Puedes irte.

Alexandra levanto la mirada incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

En un lugar que no existe en el mundo real, pero que, si se quiere tener una referencia podríamos decir que es sorprendentemente parecido a la Ciudad sagrada de Angkor en Camboya. El templo principal es una fiel reproducción del imponente templo hinduista de Angkor Wat. Frente al recinto hay un lago de agua tan cristalina que parece un espejo gigantesco que refleja la luz del sol y las ocasionales nubes que se deslizan en los cielos. Un ave, que no entraría en ninguna clasificación taxidérmica actual surca los cielos. Tiene un plumaje azul turquesa y es casi tan grande como un águila. El área donde se alza, no solo el palacio mayor, sino otros dos más pequeños, además de él lago, podría verse desde lo alto como un gran círculo de vacío entre terreno selvático espeso y de abundante follaje.

Rosella está allí y contempla como el ave se aleja y se pierde en el horizonte. Camina al borde de él lago y contempla su reflejo, además de una variedad de peces de colores sumamente hermosos, los hay rojos, verdes, amarillos y azules, todos son de tonalidades brillantes y por un momento recuerda lo que ella siempre contestaba cuando la cuestionaban sobre porque no dotaba de color a sus dibujos: —“solo Dios puede dotar de tan bellos colores los paisajes” y en este caso —pensó —también a los animales.

Ya no se asusta como la primera vez que “viajo” ahora sabe que está dormida y que una parte de ella está realmente en este lugar y sabe, además, que es obra del amuleto Dragón. Lo siente palpar en su pecho, siente su reconfortante calor irradiar por su piel y sobre todo siente que él está cerca. Sabe que ella ha sido llamada por él. De algún modo, ambos se han sincronizado y han podido establecer por segunda vez la poderosa conexión dando lugar a un Sueño compartido. Quizá no sea del todo certero el término: Sueño compartido, pero es lo más cercano que la ciencia podría ofrecernos como respuesta.

Igual que la vez anterior, va vestida de blanco con una túnica holgada y muy sedosa, tiene tiempo de sentir la frescura del aire, es un clima perfecto, pues a pesar de que la luz del sol es intensa, no genera ninguna sensación sofocante. Entonces, lo ve, viene caminando a la distancia como si hubiera salido de entre la selva, aun no puede ver las facciones de su rostro, pero sabe que es él. Va vestido con una túnica blanca parecida a la suya. Ella sonríe, aunque no sabe si él puede ver que lo hace, si él puede ver que se alegra sinceramente de volver a verle.

Él llega hasta donde esta ella, allí de pie, junto al magnifico lago. Sin decir palabra él la abraza y Rosella se entrega de lleno a la sensación que el abrazo le produce, es un abrazo cálido, amoroso y por un momento ella contiene el aliento, desliza sus manos sobre la espalda de él y le sorprende lo real que resulta la experiencia. Puede sentirlo, puede sentir sus fuertes músculos y puede escuchar con claridad los latidos de su corazón.

Se separan, y ella ve en sus ojos una expresión que no corresponde en lo absoluto con la de un hombre de su edad, es la expresión de un hombre mucho más joven, quizá hasta de un adolescente y entonces ella recuerda que es la misma mirada que él tenía cuando lo conoció. Es una mirada tierna y melancólica en un rostro limpio y brillante, Rosella se siente tentada a lanzarse a sus brazos de nuevo, pero entonces él habla:

—Lo he perdido todo —dice él. En sus ojos se puede ver que hay lágrimas luchando por salir —. Perdí a Victoria, a mi madre, a mi padre, mi carrera... todo...

Rosella le mira compasivamente y entonces le toma de la mano.

—Yo aún estoy contigo —dice ella con una mirada que podría ser la de una madre diciéndole a su hijo que todo estará bien. Por supuesto ella no lo quiere como a un hijo, lo quiere como solo

saben hacerlo los amantes más entregados —Te amo —continúa ella— pero no sé si mi corazón pueda amar por mucho tiempo a un hombre que siempre busca vengarse y hacer justicia con su propia mano.

El levanta la mirada y la ve directo a los ojos. Ella se mantiene firme y parece decidida a no retractarse ni a decir nada más.

—Hasta eso he perdido... —dice él, bajando la mirada —Los deseos de venganza...

Ella no dice nada. Se limita a mantener la mirada y detecta un ápice de resignación en su rostro. Aun así no sabe si creerle o no.

—Vámonos. Huyamos juntos —Dice el, súbitamente Rosella se sobresalta un poco, no porque le pareciera una idea descabellada sino porque no esperaba que fuera el quien lo propusiera.

—¿A dónde iríamos? —pregunta ella con expresión de incredulidad.

Él ríe y dice:

—Podríamos regresar a Los Cabos, empezar una nueva vida allí.

Ella medita unos instantes la respuesta.

—Australia sería mejor —contesta

—De acuerdo — Él le sonrío, en un gesto de complicidad.

—Muy bien —contesta ella devolviendo la sonrisa.

—Antes debo pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Primero debo pedirte que me acompañes a Tokio. Buscare a Akane, quiero descubrir que es exactamente ese amuleto y si tal vez haya alguna manera de saber si Victoria está bien... donde quiera que ella este.

—Claro, iremos —dice Rosella.

Ella le toma de la mano y caminan en silencio hacia el gran palacio, lo hacen sin pensar, como atraídos por una fuerza invisible. El ave azul turquesa vuelve a aparecer, pero esta vez desciende y los observa a prudente distancia, Rosella puede ver que su plumaje es hermoso, es del mismo azul que ella ya había visto antes en el amuleto. Ambos parecen hipnotizados, y avanzan hacia la entrada del gran palacio, solo tomados de las manos que simbolizan su unión. La atmosfera tranquila y apacible del lugar inunda sus cuerpos y una calma, casi sobrenatural los acoge.

Entran al recinto. Es una especie de vestíbulo y frente a ellos hay una escalinata, una escalinata tan larga a la que no puede verse fin a simple vista. —Llega a la cima —dice Rosella de pronto. Costa la mira y asiente con un gesto.

Y así, tomados de la mano, comienzan el ascenso. Las escaleras emiten un leve crujido. La estructura parece demasiado antigua y en su interior ya no se asemeja en lo absoluto al Palacio Angkor. Las paredes están adoquinadas con algún tipo de material similar a la amatista, es de hecho casi idéntico, salvo por el pequeño detalle de que no posee el tono violáceo característico de la amatista, sino que es del mismo azul turquesa que la luz del amuleto. Rosella enarca las cejas, sorprendida por ese extraño descubrimiento.

Finalmente llegan a lo que podría ser el primer piso. Hay una puerta con un símbolo desconocido dibujado en ella, la puerta está ligeramente abierta, apenas lo suficiente para notar que una luz azul sale de ella. Costa la empuja con lentitud, mira a Rosella antes de abrirla por completo y ella asiente.

Lo que hay dentro los deja sin aliento por unos instantes. Es una cueva. Una cueva de la que cuelgan las mismas amatistas turquesas en forma de estalagmitas, de ellas caen pequeñas gotas que terminan en un enorme estanque. A Rosella le recuerdan a los cenotes subterráneos en México y la bioluminiscencia que decora el techo en diferentes tonalidades de azul le recuerdan a otro lugar en

el mundo real: La cuevas waitomo en Nueva Zelanda.

Dentro hay otra pequeña escalinata que desciende hasta el nivel del agua, Rosella se encamina y Costa la sigue de cerca. Cuando llegan, Rosella se inclina y toca el agua. Tiene una temperatura agradable y una cristalinidad asombrosa, tanto así que se puede ver la profundidad, que no es mucha, pero lo suficiente para sumergirse.

Rosella comienza a desprenderse de la túnica, movida tanto por el trance hipnótico como por un deseo propio de nadar en aquellas aguas que parecen mágicas. Costa la mira en un gesto de complicidad y de pronto sabe, que la invitación también es para él. Antes de que él pueda desprenderse de su propia túnica, Rosella se lanza al agua con un clavado. Hace una entrada perfecta.

Él la mira y puede ver a través del agua, su cuerpo. Sus caderas y sus pechos son aun los de una mujer joven, la mira a los ojos y de súbito le parece que Rosella ha rejuvenecido 10 años o quizá un poco más. ¡Si! ¡Parece una chica de 25 o 26 años! y no una mujer que casi alcanza los cuarenta. Ella se da cuenta que la mira y sonrío. Es una sonrisa cálida y hermosa, una sonrisa que él no se había tomado la molestia de notar antes. Ella le invita que vaya a su lado y él, se desprende de la túnica y se lanza también en un clavado casi tan excelente como el de ella.

—¿Dónde estás? —dice Costa. Gira en redondo y no la encuentra.

Algo le toca en la pierna, y ve que es ella, que está allí, sumergida. Costa toma una bocanada de aire y se sumerge. Durante los siguientes momentos, el tiempo parece detenerse y olvidan por completo que aquello es un sueño. Que ese momento y ese lugar no existen físicamente en el mundo real. Aun así, el sueño (si es que de verdad es un sueño) se va tornando tan vivido que pueden sentir la tibieza del agua y el roce ocasional de sus cuerpos mientras nadan en ese fabuloso estanque.

Ella se abraza a él, olvidándose de todo. Es una mujer entregada y enamorada. No hay pecado ni maldad en sus acciones. El amuleto en su pecho brilla por debajo del agua con la intensidad de una lámpara potente. Él la toma en sus brazos y por un breve y mágico momentos, ambos sientes lo mismo, la misma magia, la misma conexión.

Costa ve en ella el rostro de una mujer, una mujer que no es Victoria ni Rosella, sino un rostro que por un momento no reconoce, pero de majestuosa belleza. La imagen frente a él parece borrosa y extrañamente las luces turquesas del recinto parecer estar atenuándose. Parpadea y la mujer frente a él es de nuevo Rosella. Sus ojos parecen inundados de una belleza sin igual, siente que puede ver el mar y el cielo a través de ellos. Y sabe también que no puede darse el lujo de perderla a ella también. No lo soportaría. Recuerda el día que la conoció y sonrío, ella le corresponde con la más bella sonrisa que Costa ha visto en su vida. Entonces lo sabe, sabe que también la ama, sabe que incluso antes de conocer a Victoria, ella, Rosella, había estado siempre para él, que ella había sido quien había desatado un manantial de emociones en su interior, un manantial que Victoria supo hacer crecer y que cuidó hasta el último de sus días, pero que ahora parecía retornar al cauce de su creadora, Rosella.

El sueño está por terminar, los dos lo saben y pueden sentirlo y cuando acabe solo les quedara volver al mundo real. Ese mundo que suele ser tan agobiante. Ese mundo que a veces hace sufrir más de lo necesario. No quieren volver y por una extraña sincronía ambos saben lo que el otro está pensando. Se sonrío y ella suelta una risita que suena a melodía en el silencioso recinto. Se aman y eso es lo que importa.

Alexandra había regresado al apartamento que compartía con Michael en la calle Calderimi. Era temprano y los rayos del sol apenas empezaban a calentar la acera. Regreso justo cuando él se disponía a reportar su secuestro, nada más y nada menos que a su padre, El Conde Di Tella (Michael Había pensado llamar antes a la policía local pero recordó lo que el Conde había dicho una vez: Primero informar a él cualquier imprevisto. El conde se había esforzado por recalcarlo varias veces y Michael supuso que se debía a que, muchas veces sus prominentes contactos alrededor del mundo eran más eficientes que la policía misma).

Michael dejó caer el auricular en una expresión de mudo asombro cuando Alexandra entro por la puerta principal. Ella no dijo nada, parecía estar bien, solo ojerosa y cansada —observó Michael —pero corrió hacia él, le estrujo con fuerza y comenzó a llorar.

Las lágrimas de ella empañaron su camisa y aunque Alexandra no había dicho aún una sola palabra, el intuyo que le pediría que se fueran de allí lo antes posible. Se habían acabado las vacaciones. No volverían a Roma, por supuesto. Ella no quería volver a ver el rostro de su padre, quien, en muchos aspectos, había sido cómplice de las atrocidades cometidas en el pasado por Salvatore. Huiría con Michael, a empezar una nueva vida, y aunque él no pudiera llenarla de los lujos y comodidades a los que ella estaba acostumbrada, no le importaba. La historia que aquel hombre le había contado la había llenado de miedo y de repulsión hacia su familia, así mismo sentía una especie de raro agradecimiento hacia él, pues no solo la había liberado, renunciando así a su venganza, sino que había acabado con su monstruoso y depravado hermano mayor, evitando así el sufrimiento de muchos niños y niñas inocentes.

—Le ayudare, si puedo —pensó ella, sin ninguna razón y sin ninguna idea clara de lo que aquello podía significar.

Su llanto comenzó a sosegar, levanto la vista, vio a Michael y se sintió súbitamente feliz de tenerlo a su lado.

Michael era un hombre que perdía un poco el control cuando estaba borracho, se ponía impertinente y en ocasiones perdía el sentido del ridículo pero no era malo en absoluto y por sobre todo amaba de verdad a Alexandra. Eso era lo que a ella le importaba pues después de todo ¿Quién de nosotros es perfecto?

Rosella despertó con una sonrisa en el rostro. Después de consumir su unión en lo que parecía el sueño más vivido que había experimentado, había sentido como el agua parecía elevarlos y se había llenado de tal cantidad de burbujas, como si alguien hubiera dejado caer deliberadamente alguna especie de jabón. El estanque se había tornado de pronto en un río burbujeante y de fuerte corriente contra el que era inútil luchar, era como intentar vencer a la gravedad. Se separaron hasta perderse de vista y finalmente ella había despertado.

Paseo la mirada y por un momento no reconoció donde se encontraba. Entonces lo recordó: estaba en el Hotel B&B de París, un hotel de mediana categoría en las cercanías del parque de atracciones de Disneyland Paris.

Tanteo el amuleto en su pecho y se levantó. Fue al baño y cuando contemplo su reflejo noto un detalle, que a la mayoría de las mujeres en el mundo les encantaría ver al despertar. Su rostro se veía más joven, las diminutas arrugas, que ya habían comenzado a hacer de él su hogar parecían haber hecho las maletas durante la noche para huir muy lejos. No lucía tan joven como en el sueño, desde luego, pero si al menos cinco años parecían haberse ido a la tierra de nunca jamás. Su piel era más tersa y suave y noto que los pequeños abultamientos en su cintura también habían disminuido considerablemente. Miro por debajo de su brasier y noto que incluso sus senos parecían haber recuperado la apariencia de cuando ella tenía 20 años. Su cabello también estaba más sedoso y brillante, como si por la noche hubiera recibido alguna clase de tratamiento capilar.

—Guau —dijo Rosella a su reflejo.

Salió del baño y se vistió rápidamente, quería ir a desayunar algo, pues sentía un apetito propio de los adolescentes en desarrollo.

Termino de calzarse los zapatos y estaba contando los ahorros que le quedaban cuando un mensaje llegó al teléfono móvil, era un número que solo conocían tres personas: Esmeralda, Beth y por supuesto Sebastián Costa.

El mensaje decía:

Estoy en camino a Tokio. Te espero. En cuanto llegue te aviso donde estaré hospedándome.

Te Amo.

Salió del hotel y tomo un taxi en dirección a su restaurante favorito: Bistrot Chez Remy. Allí comió una ensalada verde, una pieza de ternera asada con pisto y patatas fritas y de postre el tradicional mousse de chocolate. Le encantaba ese restaurante, pues aparte de la buena comida, la decoración estilo temático de Disney le resultaba encantadora. Había ido allí algunas ocasiones con su madre, antes de que ella muriera, era una especie de lugar secreto solo para ellas.

Termino de comer y se dirigió de nuevo al hotel, recogió sus cosas y pago la cuenta antes de salir. Tomo de nuevo un taxi, pero esta vez con dirección al aeropuerto internacional Charles de Gaulle. El aeropuerto era un caos a esa hora, gente iba y venía por todos lados, había ascensos y descensos de pasajeros, ambos anunciados por los altavoces. Rosella tuvo que esperar en una larga fila para comprar el pasaje con destino a Tokio. Usaría casi todos sus ahorros para comprar el boleto y pensó, que pronto tendría que volver a dibujar, para así poder costear sus gastos futuros. La idea no le desagradaba, pero en el pasado nunca se había visto en la necesidad de hacerlo, dibujaba solo para ella.

Estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos como para percatarse de que alguien la miraba, alguien que trataba de reconocerla. Sus facciones habían sufrido un extraño y bello efecto rejuvenecedor, pero eso no impidió que el hombre que estaba sentado frente a una máquina

expendedora de golosinas la reconociese.

Derek había vuelto a sacarse la lotería y ella corría un grave peligro.

—¿Cuál era el destino de la mujer que atendió antes de venir aquí? —Pregunto Derek a la asustadiza mujer.

Derek se había colado al baño de mujeres para seguir a la empleada que vendió los pasajes a Rosella. Ella había sido su último cliente antes que mandara al siguiente pasajero de la fila con uno de sus compañeros y ella saliera corriendo a los sanitarios.

—No sé de qué habla —respondió la mujer con voz temblorosa. La presencia de un hombre alto y de raza negra en los baños de mujeres parecía algo que ella no podía asimilar.

—Se lo pediré una vez más —dijo Derek sin apartarse de la salida —Dígame cual era el destino de la última mujer a la que atendió o le meteré esta cosa por el culo —Derek sostenía en su mano una máquina que emitía descargas eléctricas —Se lo aseguro.

La mujer se quedó inmóvil, viendo fijamente la centelleante luz que emitía la máquina a cada descarga.

—Mu...Muy bien... —dijo ella—. Pero no me haga nada.

—Es un trato —contestó Derek guardándose el aparato en el bolsillo de su chaqueta.

—Tokio —dijo la mujer —Iba a Tokio.

—¿Segura? —preguntó Derek

—¡Si! —Chillo la mujer —Por favor déjeme salir Derek sonrió

—Eso es todo lo que quería saber —dijo.

Saco de nuevo la máquina de su chaqueta y aplicó una descarga en la mujer directamente en sus senos. La mujer cayó inconsciente. Se retorció unos instantes en el suelo como gusano en anzuelo antes de quedar totalmente inmóvil. Derek guardo la máquina y salió a toda velocidad del baño por una puerta que decía solo empleados. Llego a un pasillo en las entrañas de las instalaciones, giro a la derecha, luego a izquierda y por ultimo cruzo otra puerta con la misma leyenda de “solo empleados”. Salió a un pequeño estacionamiento. Saco su teléfono y llamo a Leone Bellini.

—Adivina a quien acabo de ver en el aeropuerto de Paris —dijo Derek cuando Leone hubo descolgado el teléfono.

—Si es esa estúpida francesita preguntando por el Doctor Costa, puedes decirle que se vaya al infierno. Que seguramente allá lo encontrara.

Derek ríó ante tal comentario.

—¿Y bien? —Pregunto Leone.

—No, No, para nada —dijo Derek aún jadeante.

—Déjate de rodeos y dime de quien se trata y más vale que sea importante. —contesto Leone, por su tono Derek supo que empezaba a malhumorarse.

—Vi a tu mujer —respondió Derek

—¿A Rosella?

—Si hombre, a Rosella, compro un billete con destino a Tokio.

—¿Tokio? —dijo Leone.

—Si, si, llevaba un par de maletas y se veía... —Derek se detuvo

—¿Qué? ¿Se veía Que?! —pregunto Leone Malhumorado.

—Bueno... diferente... Aunque no creo que sea el termino correcto, Leone. Parecía no se... más joven.

—¡No digas estupideces! —respondió Leone — Solo digo lo que vi

—Muy bien, mira me ocupare de esa puta barata después. Ahora estoy ocupando con los negocios del Conde. El viejo cada día se desconecta más de la realidad y pronto me quedaré al frente de todo.

Derek no dijo nada.

—¿Sigues allí? —pregunto Leone.

—Si aquí sigo —respondió Derek

—¿Oíste lo que dije?

—Por supuesto

—Bueno entonces te agradecería que la siguieras y vieras con quien carajos va a reunirse. Ella ya no tiene a nadie más que a mí y matare a cualquiera que se atreva a ayudarla.

—Entiendo —dijo Derek.

—Esa puta me las pagara pronto, te lo aseguro... Bien, gracias por informarme. —Repuso Leone —Espera... Espera... Por favor mantenme informado de todo lo que averigües por favor.

—Así será —concluyo Derek.

Derek colgó y se dirigió a la estación de tren, no quería tomar el vuelo a Tokio desde Paris, así que iría en tren bala a otra ciudad europea para abordar desde allí.

Rosella llegó a Tokio al día siguiente, era mediodía y el sol brillaba con un esplendor majestuoso, un halo de luz rodeaba el astro rey o al menos eso le pareció a ella. Se dirigió al hotel donde Costa estaba hospedado. Abordo el famoso tren bala de Japón, el shinkansen desde la estación Tokio, y al igual que la primera vez que lo siguió a México, llevaba abierto el traductor en su teléfono móvil. Se había vuelto medianamente hábil con la aplicación y viajo sin demasiados problemas. Japón es una nación en extremo diferente a México, y el ambiente y la calidez de los nipones es mejor en muchos aspectos, desde las limpias calles, la mejor educación vial de los conductores, hasta los transeúntes que le sonreían ocasionalmente a modo de saludo. Recordó que en México había sido objeto de miradas lascivas y de piropos vulgares. Ahora aquel día parecía tan lejano, el escenario era distinto pero ella era la misma. No, no exactamente la misma, era una mujer diferente, más madura, más joven físicamente, más intrépida, más soñadora y sobre todo más enamorada.

Había estado antes en Japón, pero le parecía estarlo visitando por primera vez, era como si aquel sueño hubiera cambiado drásticamente su forma de ver las cosas, su forma de apreciar el mundo, quizá esta nueva forma podría asemejarse a la de un niño, que ve todo con absoluta alegría y sin preocupaciones de ningún tipo.

Después de un corto trayecto de 10 minutos a bordo del veloz tren llegó a su destino. Shinagawa es una ajetreada zona junto a la bahía, conocida por un complejo de rascacielos llamado Tennozu Isle, donde se encuentran tiendas de souvenir, restaurantes de comida nacional e internacional con vista al mar, además de una refinada cervecería de elaboración propia. Cerca del famoso rascacielos se encuentra el Parque Shinagawa donde hay zonas especiales para picnics, además del famoso acuario de la ciudad.

Llego al hotel donde Costa la esperaba en el vestíbulo, él estaba sentado en un sofá y sostenía un libro y cuando ella llegó alzó la mirada. Ella lo vio y de nuevo, como había sido en el sueño, sonrió y aquella cascada de emociones volvió con la fuerza de las olas del mar. Camino lentamente hacia él. Entonces él se acercó y cuando estuvieron lo suficientemente cerca la magia ocurrió. Se besaron y entonces lo sabían, sabían que su amor por fin había encontrado el momento. Su momento.

Costa contacto con Akane, quien le dijo que llegaría al día siguiente a Tokio, le dijo que los recibiría a ambos con gusto y que prepararía una cena deliciosa. De alguna manera ella sabía el triste final que había tenido Victoria y sabía, también, quién era su acompañante antes de que Costa se lo dijera.

—Llegara hasta mañana —dijo Costa cuando colgó el teléfono—. Así que esta será nuestra noche —le dijo sonriendo.

Y así fue. El, vestido con un elegante traje y ella con un vestido azul y abrigo. Salieron a cenar y más tarde fueron a uno de los teatros locales. Donde se presentaría una obra clásica de Disney: “La Bella y la Bestia”. Entraron con bastante más emoción que aquellas parejas más jóvenes, rieron como en sus años dorados y sobre todo, disfrutaron inmensamente de su mutua compañía. Cuando llegó la escena del baile entre la bella y la bestia, él le tomo su mano y la beso.

—Eres hermosa —le susurró al oído. Ella le dedico una sonrisa.

Rosella se sentía como flotando en un sueño, se sentía verdaderamente feliz. Algunas lágrimas resbalaron de sus mejillas, producto de la emoción. Y es que, momentos como el que ella vivía, no suelen ser muy frecuentes en la vida.

Los actores en escena hicieron una representación bastante fiel y el público estallo en ovaciones cuando la obra termino.

Salieron de allí para dirigirse de nuevo al hotel, donde hicieron el amor, lo hicieron como solo el amor puede hacer que suceda, sin prisas y con una entrega total que va más alla de lo fisico. Aquella noche no durmieron, repartieron el tiempo entre la charla y la pasión.

—Siempre fuiste tú —dijo Rosella después de haber terminado de hacer el amor. Se recostó a su lado y le acaricio el rostro, sintiendo la suavidad de sus labios, el picor de su barba y contemplando el brillo de sus ojos. Él le sonrió y ella vio unos dientes blancos y perfectos. Para ella cada detalle en él era hermoso, hasta las imperfecciones que amenazaban con convertirse en arrugas le parecían tan bellas como un campo lleno de flores en primavera.

Aquella noche no solo fue la consagración de su amor, sino que uno de sus sueños, un sueño ya olvidado para ambos empezaría a gestarse en el vientre de ella.

INTERLUDIO:

LA DINASTIA Y EL AMULETO

La dinastía Akiyama existió desde tiempos ancestrales en diversas regiones de las islas japonesas. Los historiadores no se ponen de acuerdo si el primer indicio de la dinastía se remonta a 2000 o 1000 a.C. No existen demasiados registros fidedignos de tales hechos, lo que sí se sabe es que una línea de descendencia de aquel ancestral linaje que se remonta hasta el Emperador Kiyoshi, sobrevivió hasta bien entrado el siglo XX. Se dice que quedan solo algunas personas con la sangre del emperador corriendo aun en sus venas.

La historia adquiere tintes de leyenda en la actualidad, pues nadie desde los años 70 tiene conocimiento de donde (si es que los hay) están ahora los pocos descendientes. Todo lo que algunos de los ancianos más longevos de Japón pueden contar, es que un campesino llamado Taiki, quien llegó a vivir a los suburbios de Tokio recién iniciado el nuevo milenio, decía ser el último superviviente de la ancestral dinastía Akiyama. El viejo Taiki había muerto hacía tiempo, víctima probable de un ataque al corazón, o al menos eso era lo que se decía de boca en boca.

Durante los últimos años de su vida, Taiki vivía solo, sus vecinos y poquísimos amigos nunca pudieron ver a un familiar visitarlo y cuando murió nadie supo a donde fue a parar el cadáver. A pesar de que Taiki vivió poco tiempo, después de su llegada a Tokio, logro contar su historia a muchas personas. La mayoría no le creía, pues Taiki tenía toda la pinta de estar volviéndose senil antes de tiempo. Aunque hubo algunos, la mayoría jóvenes, que creían su historia, al menos parcialmente.

Taiki solía beber demasiado, se emborrachaba en su porche y era aficionado a los juegos de mesa tradicionales. No siempre había con quien jugar, claro está, pero a Taiki no parecía importarle pues en ocasiones jugaba contra sí mismo. Reía a carcajadas, a veces sin motivo aparente y a veces la gente se sentía incomoda por lo penetrante y agrio de su mirada. Eran raras las veces que esto sucedía, pues Taiki, era casi siempre un anciano agradable y lucía bastante saludable aun a pocas semanas de su muerte.

Una ocasión conto a uno de sus amigos, mientras jugaban al go, que el extinto Emperador Kiyoshi había mandado a fabricar una especie de amuletos mágicos para su esposa. La esposa del emperador era una mujer joven y muy hermosa, el Emperador la amaba tanto que se decía que había bautizado una isla con su nombre, isla en la cual, también había mandado a erigir un monumento en honor a su esposa.

El hombre que contó la historia, luego de la muerte de Taiki dijo que en ese momento pensó que era solo un disparate inventado por el viejo, pero que, después sintió que la quijada le caía al piso cuando Taiki le mostro el amuleto. Era un amuleto en forma de Dragón, la luz del ocaso iluminaba su interior dotándolo de un tenue destello azul turquesa. Recordó además que el viejo había dicho que en su momento el emperador tenía siete de aquellos artilugios, uno por cada color del arcoíris.

Taiki había corrido a la casa, para vaciar la vejiga y al regresar traía consigo otro amuleto similar, era idéntico de hecho, salvo por el detalle del color, este era rojo intenso. El hombre dijo que Taiki le contó a detalle la historia de los amuletos que el poseía, le dijo que no tenía idea de donde podían estar los demás, si es que aun existían.

Pocos días después el viejo Taiki murió y no se supo más de aquellos amuletos.

Lo que nadie en la ciudad sabía era que Taiki si había tenido familia, pero por alguna razón al

final de su vida solo quedaba un pariente vivo, su nieta Akane. Akane le visito un día antes de su muerte y Taiki entregó ambos amuletos a su nieta, que por entonces era una jovencita de 23 años que cursaba sus estudios universitarios en el extranjero, más precisamente en Roma. Taiki no lucía en absoluto enfermo pero sabía que había llegado el momento de heredar sus valiosas posesiones, y no se equivocaba, pues durante la noche su corazón se había detenido así sin más.

Akane se encargó del funeral de su abuelo, al que solo asistió ella, le lloro durante largo rato, a pesar de la fuerte lluvia de ese día, pues él había sido un gran apoyo para ella. Si ella estudiaba en una prestigiosa escuela lejos de su país natal se debía en gran parte a los esfuerzos de su abuelo Taiki.

Akane regreso a terminar sus estudios, donde conoció a un hombre del que se enamoró. Tuvo un hijo que resulto demasiado enfermizo. Ella no lo sabía pero al parecer el mismo linaje al que ella pertenecía, contenía el pernicioso gen de la hemofilia. Una mala jugada del destino hizo que el gen malo fuera heredado y el resultado fue la catastrófica enfermedad para su niño pequeño. Fue una época difícil para Akane y su marido. Su enfermizo hijo había consumido ya casi todos sus recursos, estaban desesperados. Fue cuando por una coincidencia fortuita conoció a Victoria Greco, estaban en una convención sobre la hemofilia en la que participaban médicos, pacientes y familiares. Akane se acercó a Victoria por su jovialidad y amabilidad. Descubrió que ella era cirujano. De inmediato Victoria Greco se mostró deseosa de ayudarla y a los pocos días le notifico que podrían tratar a su hijo en el hospital donde ella laboraba, todo esto con módicos costos. Akane se sintió enormemente agradecida y regalo a Victoria uno de los amuletos que había heredado de su abuelo, y el resto es historia...

QUINTA PARTE: LOS CAMINOS SE CIERRAN

"Una vida aprovechada cometiendo errores no es sólo más honorable, sino que incluso más útil que vivirla haciendo nada"

George Bernard Shaw

La habitación del Conde Di Tella se hallaba en penumbras, eran las cuatro de la tarde y llevaba más de 16 horas en cama. En la pequeña mesa que tenía a un lado estaba Daisy la tarántula, quien masticaba su comida desde su casa de cristal y parecía observar a su amo.

El Conde se levantó y sus huesos se quejaron. Abrió las persianas de su habitación. Afuera, el día era hermoso y brillante, echo un vistazo a su inmenso jardín y vio que un par de mariposas revoloteaban y jugueteaban entre sí.

Ordeno algo de comer y engulló con bastante aspereza. Dejo más de la mitad de su comida en el plato. A pesar de que él no era médico y conocía bastante poco de temas sobre salud, no necesitaba ser un genio para darse cuenta que presentaba los síntomas clásicos de un cuadro depresivo. Todo desde la muerte de Salvatore, no había sido más que una ilusión y aunque se había llegado a sentir verdaderamente feliz cuando compartía la cama con la extinta doctora Greco, ahora la sombra de la tristeza parecía tener vida propia, era una sombra negra que crecía y crecía y que amenazaba con tragarse la humanidad completa de él Conde.

Como cereza sobre el pastel, Alexandra había decidido irse con ese estúpido novio suyo y no volver nunca más a la casa y al seno familiar, lo cual solo ayudo a aumentar su depresión. El conde había comenzado a abusar de las pastillas que usaba para dormir. Dormía la mayor parte de él día y solo hacia una comida desde que salía el sol hasta que la luna lo relevaba. Cada día estaba menos interesado en los negocios, que antaño le fascinaban, Leone Bellini estaba a cargo de casi todas las operaciones de la gran Mafia.

Cada tanto el conde recibía la visita de Bellini en su aposentos (La oficina que tanto enorgullecía al Conde ahora era poco menos que una pocilga polvorienta y desordenada). Este le entregaba un pequeño informe de las operaciones de la gran mafia y se iba tan rápido antes de que el hedor de la habitación se impregnara en sus costosas prendas. El Conde se limitaba a mirarlos, daba un par de instrucciones a Leone Bellini y volvía a la tierra de nunca jamás. Una tierra donde Salvatore y Alexandra estaban con él. Una tierra donde él era un gran padre y sobre todo un gran capo de la mafia.

Los días pasaban sin sentido para él, pues todos parecían igual de aburridos y sin luz. Ya ni siquiera se molestaba en tachar los días en el calendario, como solía hacerlo en el pasado. Después de la muerte de la Doctora Greco había recurrido a la compañía de algunas prostitutas y ahora sentía una sensación ardorosa e incómoda en el pene. Se revisó y vio que algunas llagas, por el momento indoloras, estaban formándose. No necesitaba de un médico que le dijera que aquello eran las etapas iniciales de la sífilis.

—Tiene una llamada señor —grito la voz de Fabio, al otro lado de la puerta.

El Conde se subió rápidamente los pantalones y fue a abrir la puerta

—Es Leone Bellini —dijo Fabio una vez que el Conde abrió.

—Gracias —respondió el conde.

—¿Cómo te va?, Leone —saludo

—Señor, necesito informarle que me ausentare un par de días —dijo la voz al otro lado de la línea.

—¿Cuál es el motivo? —replicó el conde. En un tono que denotaba que en verdad no le importaba el motivo.

—Mi mujer, señor.

El conde no respondió.

—Esta en Tokio. Muy seguramente con otro hombre. —continuo Leone.

—Leone... ¿Por qué no dejas a esa mujer en paz?

Leone Bellini enmudeció súbitamente. —Señor, ¿no estará hablando usted en serio o sí? —dijo cuándo recupero la voz

—Olvidalo —respondió el Conde. —Anda ve y no dejes de informarme como te va.

El Conde emitió un bostezo.

—Gracias señor.

La llamada termino y el conde arrojó el teléfono al sofá.

El Conde regreso a la habitación, saco de un cajón las pastillas para dormir y se sirvió un trago de whisky. Se puso un par de pastillas en la boca y de golpe consumió todo el whisky de él vaso. Dormiría al menos 6 horas más. Antes de sumirse en la inconciencia se preguntó cuánto tiempo más podía durar su desdichada situación. No mucho, eso era seguro.

—¿Cómo fue que fingiste tu muerte ante el Conde? —preguntó Rosella a Costa mientras conducían por la larga avenida. Akane les esperaba ya y les había dicho que prepararía unos platillos exquisitos.

Costa ríe.

—No fue algo planeado, al menos no todo. Cuando Victoria me dijo que esos no eran los hombres que el Conde había contratado para matarnos y después de que ella muriera decidí que no me importaba si vivía o moría, en ese momento para mí la vida ya no tenía sentido. Así que la tome en mis brazos y entramos al bungalow. Pedí a uno de los chicos que estaba con nosotros que trajera uno de esos chalecos que todavía tenían puestos los cadáveres. Me lo puse y espere a que ellos llegaran. Sabía que buscarían allí. Paso poco tiempo hasta que finalmente el hombre apareció. Hice que me disparara. Supongo que tuve suerte porque de haberme apuntado en la cabeza, estaría muerto sin lugar a dudas. Pero en ese momento no me importaba, pensaba que si me mataban o no daba igual.

Rosella lo mira y después de una breve pausa pregunto:

—¿Dejaste allí a Victoria?

—Sí. Creo que fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Dejarla allí fue muy doloroso —respondió el

—¿Crees que el Conde lo haya creído? —pregunto Rosella —¿Que haya creído que de verdad estabas muerto?

—Es posible que no. Pero al menos no parece seguir buscándome — Leone es un peligro para nosotros —dijo Rosella cambiando súbitamente el tema. Bajo la mirada. Jugueteara nerviosamente con sus manos.

Costa la miro.

—¿Crees que aun te ama? —pregunto

—Mi matrimonio con él nunca se basó en el amor. Me quería, sí, pero no de la manera que se quiere a alguien con quien deseas pasar el resto de tu vida. —Hizo una pausa —Ni yo a él. —añadió.

—¿Nunca lo amaste? —pregunto él en tono reflexivo.

Hubo una pausa antes de que ella contestara.

—Antes creía que sí, pero ahora sé que solo me acostumbre a él.

Costa la miro como si no comprendiera en absoluto lo que ella decía.

—Me enamore, como cualquier mujer, creí que hacía lo correcto al casarme con él, pero rápidamente el hombre dulce y cariñoso desapareció una vez firmados los papeles.

Él la miro, esperando que continuara.

—Era un hombre muy celoso y demasiado controlador, yo pensaba que si teníamos un hijo el cambiaría y que seríamos una familia feliz. —Ella ríe sarcásticamente y añadió —Que estúpida... ¿No crees?

Costa no dijo nada.

—Golpeo a una amiga mía en California... y casi la mata —dijo Rosella.

El la escuchaba atentamente, mirándola comprensivamente.

—¿Te golpeo alguna vez? —preguntó de pronto.

Ella tardó unos instantes en responder. Bajo la mirada nuevamente y la levanto solo para

encontrarse con sus ojos.

—Sí —respondió secamente.

Él le paso una mano por su mejilla y le sonrió. Ella levanto la mirada y devolvió el gesto. Su expresión era nostálgica pero esperanzada.

La increíble habilidad de Derek para localizar personas podría compararse fácilmente y sin demasiadas desventajas a las de un sabueso entrenado. Le tomo relativamente poco tiempo dar con el hotel donde la mujer de Leone Bellini se hospedaba. Cuando la localizo, pensó de inmediato notificarlo, pero decidió esperar a tener noticias más jugosas. No espero demasiado, pues cuando la mujer salió del hotel antes de él anoecer, lo hizo acompañada de un hombre, y no cualquier hombre. Derek sentía que estaba viendo un cadáver andante cuando vio a Sebastián Costa. Este, caminaba de la mano con la mujer y Derek tuvo que contener el impulso de avisar inmediatamente a Leone. Primero debía estar seguro de que se trataba de él mismo sujeto que había seguido hasta México, hacía ya algún tiempo. Comparo el rostro del tipo que veía con una foto que Leone le había proporcionado hacía ya tiempo. Ajusto el brillo de su celular y ¡bingo! ¡Era el mismo sujeto!

Uso su tarjeta de crédito para alquilar un coche. En este momento estaba siguiéndolos por una de las avenidas más concurridas de Tokio. Se mantenía a prudente distancia, aunque pensó, maravillado, que ninguno de los dos había visto antes su rostro. Él era negro, de acuerdo, pero aun los negros pueden pasar desapercibidos en el mundo actual.

El coche al que estaba siguiendo viro a la derecha en una calle tan solitaria que contrastaba terriblemente con la bulliciosa y transitada avenida principal. Derek se detuvo un instante, antes de dar vuelta, prendió las intermitentes y siguió con la mirada al auto compacto en el que iban los sospechosos. El auto estaciono en la acera frente a una casa de una sola planta.

—Estupendo. Lo hiciste de nuevo —dijo Derek a su reflejo en el retrovisor del auto.

Rebusco su móvil en la guantera y marco el número de Leone Bellini. Era momento de informarle la buena nueva. Costa estaba vivo y en compañía de su mujer. —Seguro que se le derramara la bilis —pensó Derek y después soltó una carcajada.

La llamada fue tal y como Derek lo esperaba. Leone Bellini estallo de rabia, grito tanto que Derek se vio obligado a apartar el móvil de sus oídos y colocar el altavoz. Le llamo estúpido en un par de ocasiones y finalmente tras un desfile de todas sus posibles reacciones tuvo que aceptar la dolorosa verdad.

—¡Maldición, Maldición, Maldición! —exclamo Leone tras enterarse de que Costa seguía vivo y de que estaba en compañía de su mujer.

Finalmente la calma en su voz se hizo notar y dijo a Derek:

—Vigíales. Debo hablar con el Conde cuanto antes.

—Dalo por hecho —respondió Derek con el mismo tono que tendría un cabo al acatar la orden de un sargento.

—Muy bien te regreso la llamada en cuanto tenga un plan.

—Muy bien —concluyo Derek.

La llamada termino y Derek saco un cigarrillo. No lo encendió sino que jugueteo con él a la espera de la llamada de Leone. Le gustaba estar siempre en los lugares donde hubiera acción, era como una parte de sí mismo. Resoplo y se cercioro de que el auto siguiera aparcado allí. Allí estaba. Se reclino en el asiento y saco de nuevo su móvil. Comenzó una partida de solitario.

El estilo de vida oriental suele estar asociado al bienestar y al confort. La sencillez de la decoración japonesa atrae a mucha gente y Rosella no era la excepción. La casa de Akane reflejaba sencillez y elegancia pero sobre todo buen gusto. En lugar de las persianas clásicas tan comunes en occidente, la casa tenía una puerta corredera de madera y papel llamada “shoji”. Esta permitía que la luz solar calentara suavemente la habitación. Un jarrón hueco que contenía hermosas flores violáceas y blancas decoraba cada uno de los rincones de la sala de estar. Las ventanas de la casa estaban confeccionadas con planchas de madera y cristales correderos. Había una ventana abierta situada frente al jardín, por donde se colaba un poco de la fragancia de las flores. Dos enormes lámparas en forma hexagonal colgaban del techo, emitían una luz blanca tenue y discreta. El único gran contraste se encontraba en el comedor, que podía ser el de cualquier hogar de clase media norteamericana.

Rosella hubiera apostado a que Akane sería una mujer mayor, con anteojos y cabello tan blanco como la nieve. Que usaría un kimono arrugado y desgastado, unas sandalias desde donde sobresaldrían sus arrugados dedos y que les recibiría justo como lo hacía su abuela cuando ella era niña. Akane Akiyama era todo lo contrario. Incluso era algo más joven que la propia Rosella. No vestía con un kimono sino con ropa ordinaria y sin demasiados accesorios que le adornaran. Usaba unos jeans azules made in América y una elegante camisa color rosa mexicano. Sin embargo no fue su ropa lo que sorprendió a sus visitas, sino sus bellas facciones. Parecía una muñequita de porcelana de tamaño humano, el delineado de sus ojos, cejas, boca y nariz era tan simétrico que rayaba en la perfección. Sus ojos eran color miel y su cabello largo y sedoso era color negro azabache, que además despedía una fragancia agradable.

—Adelante —dijo Akane cuando salió a recibirlos. Hablaba en un inglés fluido y sin acento.

Rosella vio que Akane caminaba descalza por el limpio piso de madera, y se sintió, de pronto en la necesidad de quitarse las zapatillas.

—No hace falta —había respondido Akane con una sonrisa.

Les sirvió un vaso de zumo de naranja.

—La comida pronto estará lista —dijo.

—¡Estupendo! —dijo Costa. —Te encantara la comida japonesa —añadió mirando a Rosella. Ella le guiño un ojo en señal de asentimiento.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Akane.

—Excelente —respondieron los dos al unísono. Se miraron un momento y rieron como niños cómplices de alguna travesura.

—Me alegra saberlo —respondió Akane.

—Akane, hemos venido a hablar de esto —Costa saco de su bolsillo el amuleto y lo puso sobre la mesa.

Ella estiro su mano, lo tomo entre sus dedos, deslizando suavemente la cadena y lo miró unos instantes antes de hablar.

—Era de mi abuelo —dijo

—Sí, pero... —Costa se interrumpió cuando la mano de Rosella se posó sobre su pierna.

—... Y después paso a mis manos y luego a las de mi querida amiga Victoria.

—¿De dónde viene? —preguntó Rosella

Akane sonrió. Dejo el amuleto de nuevo en la mesa y se pasó ambas manos por detrás de la cabeza. Parecía una niña ajustándose la coleta.

Rosella y Costa intercambiaron una mirada, mientras Akane luchaba por desatar algo que traía prendado en el cuello. Finalmente lo logro y colocó otro amuleto de idénticas características en la mesa. Rosella no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¡El amuleto era idéntico salvo por el color! : Este era de un rojo intenso.

—Ambos eran de mi abuelo —dijo Akane. —Son parte de un conjunto de siete piezas que el Emperador Kiyoshi mando a hacer para su esposa hace siglos.

—¿Dónde los mando a hacer? —preguntó Costa con una voz apenas audible.

—Eso nadie lo sabe, ni siquiera mi abuelo lo sabía. —Respondió Akane —Todo lo que me contó es que podían provenir de cualquier parte, incluso de... bueno, otro mundo.

Ambos la miraron con una expresión de asombro.

—La leyenda cuenta que la esposa del Emperador no era del todo humana, que pertenecía a una raza superior.

—Estas sugiriendo que... —intervino Costa, pero de nuevo la mano implacable de Rosella volvió a callarle. Él le dirigió una mirada: Esta bien me callo. —Quería decir.

—Decían que había venido de las estrellas y que se enamoró del emperador. Ella decidió quedarse aquí por amor a él y no volvió jamás con los de su raza.

—Que romántico —dijo Costa. Rosella le reprendió con una palmada en la pierna.

—¿Pero cómo surgieron los amuletos, entonces? —preguntó Rosella.

—Como dije, a ciencia cierta nadie lo sabe, pero según la leyenda, ella enseñó al emperador a viajar. Fue en uno de esos viajes que el trajo, supuestamente, el material con el que están hechos los amuletos. Lo llevo con los artesanos y les ordeno que fueran convertidos en joyas colgantes — Akane tomo uno de los amuletos —todo menos la cadena de la que cuelgan son de ese supuesto material.

—¿Entonces cuando se viaja, realmente se está en otro mundo? —Rosella capto lo estúpido que sonaba su pregunta, pero no le importaba estaba decidida a conocer más sobre aquellos extraños artilugios.

Akane respondió con otra pregunta.

—¿Ustedes han viajado?

Ellos se miraron y asintieron.

—¿Se han encontrado?

Asintieron.

Akane sonrió.

—Son de los elegidos —dijo mirándoles a los ojos.

—¿Elegidos? —Pregunto Costa —¿Qué quieres decir con eso?

—No todos tienen la capacidad de viajar. Encontrarse con alguien es todavía más raro. — respondió Akane. Bebió de un sorbo su zumo de naranja. —Disculpen debo supervisar la comida ahora regreso.

Costa y Rosella usaron esa breve pausa para pensar las preguntas que deseaban formular.

—Aún faltan unos minutos —dijo Akane. Llevaba un estropajo con el que se limpiaba las manos tal y como lo haría cualquier ama de casa. Volvió a sentarse a la mesa.

—¿Por qué Victoria y yo nunca nos encontramos? —pregunto Costa con bastante seriedad.

—Te repito que es algo raro —respondió Akane a secas.

—Si, pero...

—La verdad es que, según la leyenda, solo los verdaderos amantes pueden hacerlo. Solo los destinados a estar juntos.

Costa miro a Rosella y después nuevamente a Akane.

—¿Quieres decir que su muerte estaba escrita? ¿O algo así? —pregunto Costa con un gesto de confusión en el rostro.

—No, solo digo que ella no era tu destino. —respondió Akane.

—No tiene sentido —dijo Costa moviendo la cabeza como si quisiera sacudir sus ideas.

Rosella le toco el hombro, el volteo y ella le sonrió. El correspondió el gesto con la sonrisa más triste que ella había visto.

—No respondió mi pregunta —dijo Rosella.

—¿Cuál? —pregunto amablemente Akane — ¿Viajamos a otro mundo, cuando nos encontramos en los sueños? ¿Puede ser ese el mundo de la esposa del emperador?

Akane medito unos instantes la pregunta. Frunció el ceño y volvió a sonreír.

—Si —dijo al fin —Si, al menos eso dice la leyenda. Ese mundo existe físicamente en algún rincón del universo.

—Gracias —dijo Rosella.

—¿Hay alguna forma de saber si Victoria está bien? ¿Puede estar en ese mundo del que hablas? —pregunto Costa.

Akane inspiro hondo y dijo: —No, no hay forma de saberlo. El misterio de la muerte es algo que ni la raza de la esposa del emperador conocía.

Costa asintió, Sintién dose triste y desconcertado pues no era lo que él esperaba oír. El amuleto podía ser mágico, podía incluso venir de un mundo distante pero no podía darle alguna certeza de que ella estuviera bien.

—Cuando no eres uno de los elegidos el amuleto actúa como un potenciador de emociones humanas —dijo Akane súbitamente. —Ahora tu eres su guardiana —añadió mirando a Rosella.

—¿Guardiana? —pregunto ella

—Así es. Te explicare con calma mientras comemos ¿Les parece?

Ambos asintieron con un gesto. Akane sonrió y se levantó de la mesa.

—Traeré la comida. —dijo

—La guardiana guía el amuleto —dijo Akane mientras ponía un plato de ramen delante de cada uno.

—¿Cómo lo guía? —pregunto Rosella.

—Es fácil. En primer lugar el amuleto no debe ser usado por hombres, es por eso que mi abuelo nunca lo traía puesto.

Costa se sobresaltó un poco y por un segundo parecía que se atragantaría.

—¿Por qué? —pregunto luego de que la comida resbalara hacia su estómago y liberara su garganta. Su voz sonó algo ronca.

—Es peligroso. Se dice que desata conductas que van desde lo inusual hasta lo violento.

—Carajo —dijo él.

—Pero continuando con lo de la guía —dijo Akane —La guardiana en turno es quien puede desatar todo el potencial en el amuleto. Los viajes son solo una de sus virtudes, se dice que puede curar enfermedades y que posee efectos de rejuvenecimiento. Ninguno de los dos he podido comprobarlos de primera mano. —sentenció.

—¿Cómo me deshago de él? —pregunto Rosella de pronto. Miraba fijamente su plato como si allí pudiera encontrar la respuesta. Noto que la observaban y levanto la mirada, se esforzó por sonreír.

—Simplemente no lo uses —respondió Akane luego de un largo silencio.

Hubo una pausa. Afuera un ave grazno.

—¿Dónde está tu familia, Akane? —pregunto Costa rompiendo el incómodo silencio que

amenazaba con apoderarse del lugar.

—Mi marido llevo a nuestro hijo a su clase de piano. Regresaran pronto. —respondió ella terminando el contenido del bol.

—¿Cómo supiste lo de Victoria antes de que yo te lo dijera? —pregunto él ignorando por completo la respuesta anterior.

Akane pareció incomodarse por la pregunta. Se removió en su silla y finalmente dijo:

—Soñé con ella.

Ambos la miraron como esperando que agregara algo más.

—¿No lo entienden? Soñé con ella mientras tenia puesto mi amuleto.

Estuvieron en casa de Akane un par de horas más, el rumbo de la conversación paso de los amuletos a los sitios turísticos de Japón y a la cocina tradicional. Finalmente cuando se despidieron ambos tuvieron la sensación de que volverían a hablar con ella en alguna ocasión. Esperaron en vano que su hijo y su marido regresaran de la clase de piano, al cabo de un rato llamaron avisando que tardarían un poco más de lo previsto pues habían ido a la tienda de videojuegos.

—Sera en otra ocasión —dijo Costa —por ahora debemos de irnos.

—¿Se quedaran en Tokio? —pregunto Akane.

Ellos se miraron y Rosella dijo:

—Volveremos a Europa. Tenemos mucho en que pensar.

—Perfecto —sentenció Akane Agradecieron la comida y se fueron en el auto que yacía aparcado frente a la casa.

Akane los despidió con la mano y cuando se alejaron, entro a la casa, se colocó el amuleto, que de súbito se encendió de un rojo brillante y pulsante, Se hincó y dijo:

—Perdóname abuelo. No podía contarles nada más.

Leone Bellini arrojó violentamente el teléfono móvil, este chocó contra la gruesa pared y se hizo añicos, pedazos quedaron desperdigados aquí y allá. Sentía una furia desbordante gestándose en su interior, le temblaban y le sudaban las manos. Finalmente usó una vieja técnica de relajación. Inspiraba hondo y retenía el aire contando hasta cinco, después lo expulsaba en una bocanada rápida. Repitió cinco veces y sus nervios comenzaron a sosegar. Sabía que era necesario estar tranquilo y con la cabeza fría para planear algo a la altura de las circunstancias. Rosella ya se había burlado de él lo suficiente para ganarse una muerte horrenda, no sin antes padecer una buena dosis de tortura y sufrimiento.

Ella estaba dándose la gran vida, paseándose con ese maldito bastardo como si él, Leone Bellini, el gran Leone Bellini no existiera o fuera bastante imbécil para darse cuenta de lo que sucedía a sus espaldas. Tenía la boca amarga y muy seca. Trató de escupir pero no pudo. Rebuscó entre sus cosas y halló otro teléfono móvil, lo encendió y marcó de memoria el número de él Conde Di Tella. —Tiene que ayudarme —pensó Leone. Pensó en marcar al número local de la casa del Conde, como lo hacía siempre pero no se sentía con ánimos de hablar con el idiota de Fabio. Finalmente decidió marcar al número personal del Conde. Comenzaba a impacientarse cuando finalmente la voz cascada y soñolienta del Conde habló.

Leone había creído que el Conde estaría más que encantado de ayudarlo. Después de todo él lo había empezado por él, por él y su estúpido y depravado hijo. Para su sorpresa se equivocó, y es que, a pesar de que le pareció que el viejo hablaba con medio cerebro dormido, lo escuchó lo suficiente despierto decir: —Ya no es mi problema —El viejo conde ni siquiera pareció sorprendido ante la noticia de que el doctor Costa siguiera con vida.

—¡Maldito Imbécil, tu provocaste todo esto! —le gritó Leone olvidándose por completo de las jerarquías de la gran Mafia.

—Modera tu lenguaje —respondió el Conde con una voz totalmente tranquila

—¡Usted debe ayudarme! ¡Ese maldito mato a su hijo y piensa perdonarle la vida! —dijo Leone disminuyendo un poco los decibeles en su voz.

—Ya no es asunto mío, Leone. Eso no me devolverá a mi hijo —El conde hizo una pausa y añadió —Pero puedo ofrecerte un lugar para esconderte con tu mujer cuando la encuentres.

Leone meditó unos instantes el ofrecimiento y finalmente dijo:

—De acuerdo... Le prometo que le traeré la cabeza de Sebastián Costa en una bandeja como agradecimiento.

—Te lo agradecería mucho —contestó el Conde con voz soñolienta.

Leone iba a preguntar algo más pero decidió que el Conde estaba demasiado ocupado intentando entrar en estado de hibernación. Colgó. Más tarde le llamaría. Primero tenía que atrapar a esa perra y darle un castigo ejemplar.

Llamo a Derek sin darle más ordenes que la de mantener la vigilancia.

Se acostó y trató de dormir. La luz de las farolas del exterior parecían unirse al plan de no dejarle descansar, estuvo largo rato moviéndose de un lado a otro, no conseguía dejar de pensar en lo bien que aquellos dos deberían estarla pasando. Cuando finalmente logró dormir, lo hizo solo por un par de horas. Despertó recordando aquella pesadilla en la que él estaba hundido en un fango negro y nauseabundo.

Se levantó y decidió que debía preparar un plan de inmediato. De inmediato tuvo la sospecha

de que aquellos dos estaban solo de paso en Japón, cerró los ojos y se esforzó en recordar los lugares favoritos de su mujer, ella amaba Italia pero casi siempre iba de vacaciones a Francia, sola, con su madre o con alguna amiga. Recordó que disfrutaba de esos viajes como una chiquilla y que gustaba de dibujar una y otra vez la Torre Eiffel. —Me gustaría mudarme a Paris —había dicho ella algunas veces.— Y de pronto, súbitamente, como si el diablo le hubiera susurrado la respuesta, lo tuvo claro. Irían a Francia. ¡Si! Francia era un escenario ideal para sus planes, el conde Di Tella tenía numerosas propiedades que podrían servirle de refugio y además podía contar con la ayuda de cierta estúpida muchachilla, una muchachilla hambrienta de sexo, hambrienta de él doctor Costa.

De súbito recordó a otro de sus antiguos hombres: Lucas Valdez. También él podría serle de ayuda, aunque la última vez que habló con él, Lucas había dicho que no quería trabajar nunca más para él. ¿Cuándo había sido esa última vez? Leone ni siquiera podía recordarlo, pero estaba seguro de que había sido antes de que apareciera aquel estúpido policía mexicano que echara a perder todo el plan. Lucas no parecía ser una buena opción después de todo, pues además estaba confinado a una silla de ruedas. El hecho de que pensara en él, le hacía ver a Leone lo verdaderamente desesperado que se encontraba. Le llamaría solo como último recurso. Estaba solo. Salvo Derek no creía que nadie más pudiera ayudarle.

Estuvo despierto hasta el amanecer, pero al fin había logrado concebir un plan para llevar acabo de una vez por todas, su venganza.

Tomo su móvil y llamo primero al Conde Di Tella y después a Derek.

El regreso a París estuvo plagado de contratiempos, para empezar el despegue había demorado casi sesenta minutos, un pronóstico de mal tiempo parecía ser el causante. Una vez en el aire, la turbulencia, aunada a un estruendoso concierto de truenos y rayos había inquietado a Rosella, que por lo general acostumbraba a dormir o a disfrutar una buena lectura cada vez que viajaba, esta vez, se limitó a mirar a través de la ventanilla, preguntándose si aquello no era un mal augurio. La luminosidad de los rayos parecía hallarse tan inquietantemente cerca que a Rosella le recordó una vieja historia sobre los jinetes del apocalipsis: Estos llegaban montados en rayos, anunciando el fin del mundo.

Al mal tiempo se sumó el hecho, de que las cuentas bancarias de ambos se hallaban finalmente en números rojos, tenían lo suficiente para regresar, pero si no buscaban alguna manera de ganarse la vida una vez en París, se verían forzados a pedir dinero en las calles, lo cual, desde luego, no era una opción.

Una vez en tierra buscaron alojamiento en un hotel económico. Habían quedado atrás los días en los que los lujos de los hoteles importaban. A Rosella esta situación comenzaba a incomodarle, estaba cansada de los hoteles, del ir y venir de un lugar a otro. Deseaba establecerse cuanto antes en un lugar propio, en un hogar propio. Pensar en el hecho de que llevaban casi medio año ocultándose, solo cuidándose las espaldas y sospechando, a veces, incluso de su propia sombra le revolvió el estómago, eso no era vida, no podían huir para siempre, eso era seguro, pero la pregunta que se hacía una y otra vez durante las muchas noches que no lograba conciliar el sueño era: ¿Hasta cuándo?

Ambos habían estado muy callados desde que salieron de la casa de Akane, era como si cada uno pareciera perdido en sus propios pensamientos. Rosella conocía poco a Victoria Greco, todo lo que sabía es que era una mujer brillante y muy talentosa. Bella y más joven que ella, también. No la odiaba, pero sentía una especie de desplazamiento, pues Costa estaba demasiado callado y era obvio que pensaba en ella, que la echaba de menos. No sabía qué hacer ante una situación así, así que se limitó a hablar solo lo estrictamente necesario. Dejaría que el solo asimilara lo que Akane había dicho, y ella, esperaría a que todo volviera a ser como antes. Así de fácil.

Pasaron un par de días y las cosas entre ellos parecían no mejorar. Rosella estaba en la disposición de hablar y trato más de una vez de propiciar una atmósfera romántica pero todo intento parecía en vano, él siempre se mostraba evasivo, le dirigía una mirada con una sonrisa artificial y decía: —Estoy bien. Era obvio que no estaba bien, era obvio que pensaba en Victoria.

Rosella había vuelto a dibujar. Invirtió sus últimos ahorros en sus materiales de trabajo: blocs, lápices, gises, gomas y sacapuntas. La vista desde aquel diminuto hotel era poco menos que aburrida, así que ella salía, con sus materiales guardados en una mochila y caminaba hasta el Campo Marte a los pies de la Torre Eiffel. No había vuelto a usar el amuleto y volvía a lucir igual que antes, cabía incluso decir que se veía más envejecida. Y más que envejecida, se veía triste. Sentía que todo lo que ella había hecho por él no tenía valor alguno. De acuerdo Victoria era una gran mujer, era bonita y además muy inteligente. Pero estaba muerta y ella estaba viva y le necesitaba, más que necesitarle, le amaba. De pronto tuvo la certeza de que aquellos días que pasaron juntos en Japón hubieran sido solo una especie de premio de consolación. Ni siquiera se sentía con la confianza suficiente de hablar sobre su retraso en la regla. Ella había sido siempre muy regular en cuestiones hormonales y aunque no se había tomado el tiempo de confirmarlo con

alguna prueba de venta libre, podía sentirlo, muy en el fondo lo sabía: Estaba embarazada. Pensaba en cómo sería ese bebé. ¿Cómo sería físicamente? ¿Tendría los ojos de él? ¿Se parecería a ella? ¿Cómo se sentiría tenerlo finalmente entre sus brazos? A Todas esas preguntas, tan normales en cualquier madre, se sumaban otras menos agradables y desafortunadamente más realistas, también. ¿Nacerá sano? Rosella no era ninguna tonta y sabía que a su edad un embarazo se considera de alto riesgo, más aun tratándose del primero. De pronto se imaginó vistiendo a una niña con vestiditos coloridos, calzándole unos zapatos igualmente diminutos, cepillándole su cabello y besándole en la frente con mucho amor. Todo parecía normal en aquella visión, salvo por un detalle: la niña tenía síndrome de Down. Pensar en eso no la asustaba, sabía que a su edad las probabilidades de que tal cosa ocurriera eran significativamente más altas y si se daba el caso, de que su hijo o hija naciera con esas características, daba igual, ella lo amaría. Sonrió casi sin darse cuenta y pensó —Lo amaría tal y como fuera. Después de todo eso es algo que las madres hacen mejor que nadie.

Finalmente cayo en la cuenta que la Torre Eiffel ya se hallaba a pocos minutos a pie. Sonrió con entusiasmo y se obligó a no amargarse el día pensando en lo que Costa haría o no haría, daba igual lo que él pudiera pensar. Ella dibujaría y con ese simple acto ya era feliz.

Dibujó durante largo rato, perdiendo por completo la noción de él tiempo. Solo se movía de lugar cuando la luz del sol le dificultaba la visión. Finalmente su estómago se encargó de recordarle que no había probado alimento desde la noche anterior, dejó a un lado el bloc con su trabajo recién terminado y vio su reloj: eran las 12 del día.

Se tocó el vientre cuando este emitió un gruñido y decidió que era el momento de irse. Camino algunas calles y comió en un pequeño restaurante local.

Mientras comía se preguntó si debía volver al hotel, después de todo a ella también le dolía no poder compartir esos momentos con el hombre que amaba. No importaba en lo absoluto que él no quisiera hablar, si ese era su deseo, ella estaba dispuesta a aceptarlo y compartir ese silencio.

¡Si! Eso es lo que haría. Iría y le contaría como había estado su día, le mostraría su dibujo y sobre todo le hablaría de su embarazo, probablemente eso lo pondría feliz, después de todo es así siempre que se espera un hijo. Pago la cuenta, pero antes de retirarse decidió que debía llevarle algo de comer, así que llamo al camarero y pidió para llevar uno de los mejores platillos acompañado de un delicioso postre. El camarero asintió con una sonrisa y de inmediato llevo la orden a la cocina.

Mientras esperaba que la orden estuviera lista, decidió que debía vaciar la vejiga, no quería tener que correr al hotel con una bolsa de comida en la mano, así que camino por un estrecho pasillo hasta el sanitario de damas. El baño era amplio y limpio y aparentemente estaba vacío, Rosella apuro el paso, fue a uno de los cubículos y cerró la puerta. Estaba terminando de subirse las bragas cuando escucho que alguien entraba, no pudo ver quien era, pero quien quiera que fuera hacia demasiado ruido a cada paso, era como si en lugar de zapatos llevara pesadas botas de combate. Echo un vistazo por entre los diminutos espacios que separaban los cubículos y vio a una mujer de frente al espejo, la mujer parecía estar buscando algo en la retina de su ojo. Rosella abrió sigilosamente la puerta y paso de largo a espaldas de la mujer.

—No salga —susurro la mujer que continuaba revisando su ojo de forma obsesiva.

—¿Perdón? —dijo Rosella deteniéndose con la mano en el pomo de la puerta.

—Ellos están afuera —dijo la mujer sin dejar de mirarse en el espejo.

—¿Quiénes? —pregunto Rosella.

—Los malos.

—Perdone pero yo...

—Te dice algo el nombre de Leone Bellini —dijo la mujer sin apartar los ojos del espejo.

Rosella sintió que un escalofrío le recorría la medula espinal. Lo último que pudo ver antes de ser atrapada fue que aquella mujer finalmente dejaba en paz su reflejo, volteaba su rostro y supo que era la misma chica que había visto con Costa en Los Cabos. Su aspecto había cambiado, parecía una drogadicta, estaba demacrada y tenía los ojos inyectados en sangre, eso sin mencionar que vestía como una prostituta. La mujer le sonrió y Rosella abrió la puerta con la intención de echar a correr.

—Hola, querida —dijo Leone Bellini justo antes de asestarle un puñetazo en el rostro.

Rosella cayó al suelo totalmente mareada, quería gritar pero no fue capaz más que de emitir un leve gemido. Lo último que pudo ver fue a la mujer buscando por debajo de su ropa. Buscaba algo desesperadamente. Trato de incorporarse pero entonces sintió una aguja penetrar su piel a la altura del cuello y segundos después su campo de visión comenzó a reducirse hasta llegar a la oscuridad total.

El Conde Di Tella estaba viendo uno de sus programas favoritos por televisión, se trataba de un documental sobre animales prehistóricos. Desparramado en el sofá parecía un hombre de esos que miran fútbol los domingos. Tenía la camisa desabotonada, los pies descalzos encima de una pequeña mesa de vidrio y un vaso de whisky en la mano. Había dormido demasiado y aún sentía los efectos residuales de la hipersomnia. La cabeza le picaba y se rascaba cada tanto de forma desesperada. Pronto iría a darse un baño y la incomodidad desaparecería, al menos eso era lo que pensaba. No es que tuviera muchas ganas de estar levantado mirando televisión y esperando que el baño estuviera listo, pero su hija, Alexandra iba a visitarlo. El Conde no se molestó en preguntar si Michael vendría con ella, a estas alturas le daba igual, él, solo quería ver a su hija.

—Aquí tiene señor —dijo Fabio, su hombre de confianza. Le llevaba la casa de cristal donde Daisy la tarántula se paseaba de un lado a otro.

—Gracias, Fabio —respondió el Conde con apenas un murmullo.

Fabio dejó a la mascota en el sofá, junto a su amo y se retiró sin decir nada más.

—Esa barba debe pesarle demasiado —pensó el Conde al ver a Fabio retirarse.

Saco al arácnido de su casa de cristal y la sostuvo con la palma derecha.

—Lástima que las arañas no puedan tomar whisky —dijo mientras se zampaba el resto del whisky.

La tarántula parecía mirarlo, como intentando adivinar lo que el humano frente a él estaba pensando.

El Conde terminó de ver su programa y se levantó del sofá haciendo un esfuerzo que parecía estar más allá de sus posibilidades. Finalmente al segundo intentó lo consiguió. Decidió que era momento de ducharse.

—¡Fabio! —grito.

—¡Fabio! ¡Maldición! ¿Dónde estás? —caminaba apoyándose en su bastón de ébano, dando pasos torpes y minúsculos.

Comenzó a exasperarse tanto por lo lento de su andar, como por el silencio de Fabio. Fabio era el encargado de las tareas domésticas y ocasionalmente, cuando había algún detenido en el sótano, fungía como verdugo.

—¡Fabio! —grito una vez más. No hubo respuesta.

Finalmente consiguió llegar al cuarto de baño, era como llegar a la tierra prometida, se sintió aliviado y de mejor humor, y de pronto decidió que no le importaba en absoluto donde podría estar el imbécil de Fabio. Solo quería ducharse.

—Ya es la hora de él baño, eh! —dijo una voz a sus espaldas.

El conde giro en redondo y por unos instantes creyó estar viendo un fantasma.

Un hombre lo apuntaba con el cañón de una pistola. El hombre era alto, blanco y llevaba el cabello recogido en cola de caballo.

—Doctor Costa, cuanto gusto verle de nuevo —dijo el Conde aferrándose con fuerza a su bastón.

—¿Dónde está? —dijo Costa sin bajar el arma.

—¿De quién habla usted? —Respondió el Conde tranquilamente.

—¡Sabe muy bien a quien me refiero!... ¿Dónde está? ¿Dónde está Rosella?

—Ah, es eso —respondió el conde como si acabara de recordar algo importante —Leone se la llevo, pero siento decirle que no sabría decirle donde están.

—Lo matare si no me lo dice ahora mismo —dijo Costa. Se acercó y colocó el cañón del arma en la nuca del viejo conde.

El conde giro y el cañón del arma quedo en su frente, endureció su expresión y dijo con voz firme:

—No se lo diría aunque lo supiera.

Costa lo miro unos instantes con una dura expresión, en su mirada se percibía odio pero sobre todo de ira. Su rostro se enrojeció un poco. El Conde tuvo miedo de aquellos ojos, que parecían tener fuego en ellos e intento retroceder pero fue demasiado tarde, Costa le asesto un golpe con la culata del arma. Se oyó el crujido de los huesos y el conde cayó al suelo como un pesado costal de boxeo.

—No se lo pediré otra vez —dijo Costa —Así que dígame de una vez donde esta Rosella.

Para su sorpresa el Conde comenzó a reír. Era una risa sarcástica y de características estertóreas

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto Costa.

—¿Duele, cierto? —dijo el viejo mientras se sujetaba con fuerza la nariz en un intento por detener la hemorragia.

Costa no respondió. Tenía el ceño fruncido y apretaba tanto los labios que casi parecían haber desaparecido. El Conde consiguió incorporarse a medias, usando una silla como punto de apoyo. Tenía una rodilla hincada en el suelo, parecía un caballero de la antigüedad haciendo una reverencia.

—Duele perder a alguien que amas ¿No es así, Doctor Costa? —el conde se había incorporado completamente y quedaron frente a frente. —Usted y yo no somos muy diferentes.

—No he venido a discutir con usted... —Costa blandió el arma en el aire. —Solo quiero saber dónde está Rosella.

—Demasiado tarde... a estas alturas Leone ya debió haberla colgado de las tetas.

Costa abrió los ojos como platos, bajo el arma y le dio un puñetazo en la mandíbula, la fuerza del impacto fue tal que el Conde se despegó unos centímetros del suelo antes de chocar contra la dura superficie. Nada mal para haberlo golpeado con la zurda. Costa se acercó y pudo notar que sangraba profusamente, la cara del Conde estaba tan roja como si alguien hubiera arrojado algún tipo de pintura sobre su rostro.

—La encontrare con o sin su ayuda. —dijo y amartillo el arma.

El conde abrió los ojos encarando a la muerte. Algunos mechones de cabello cubrían parcialmente los ojos. Su respiración se había convertido en un jadeo sibilante e irregular.

Costa enfoco directo a la cabeza, le volaría la cabeza al maldito viejo. Pero entonces, sorpresivamente, antes de que el disparo pudiera efectuarse la puerta se abrió y la figura de Alexandra Di Tella apareció en el umbral.

—¡No! —chillo Alexandra.

Sin pensarlo corrió hasta donde yacía el cuerpo sangrante de su padre.

Costa se quedó inmóvil ante la escena, sostenía aun el arma pero se sentía incapaz de disparar. Alexandra cubrió el cuerpo de su padre con el suyo propio y dirigió una breve mirada al hombre que les apuntaba.

—¿¡Que le has hecho?! —dijo Alexandra. Sujeto a su padre por debajo de las axilas y uso todas sus fuerzas para levantarlo, lo consiguió, acerco un silla valiéndose de su pierna derecha y le sentó lentamente. El conde seguía jadeando, pero la hemorragia parecía estar disminuyendo.

—¡Voy a matarlo! ¡Lo matare si no me dice dónde está Rosella! —dijo Costa. —¡Quítate de en medio! ¡Le volare la maldita cabeza! —sentenció.

Alexandra no se movió. Era una mujer fuerte y valiente, pues a pesar de las amenazas no parecía dispuesta a ceder ni a permitir que mataran a su padre frente a ella.

Costa avanzo unos cuantos pasos decidido a quitar a Alexandra de en medio.

—No permitiré que lo mates —dijo Alexandra con voz fuerte —dime que rayos quieres saber —. Quiero saber dónde tienen a Rosella. ¡Este bastardo sabe dónde está! —señalo al conde que yacía en la silla como un bulto inanimado.

—Leone está loco, le dije que dejara a esa mujer en paz. —dijo una voz apenas audible. Era la voz del Conde.

Los dos se voltearon a mirarlo. El conde abrió un ojo y añadió:

—No sé dónde están y si lo supiera jamás te lo diría. —añadió esbozando una sonrisa macabra.

Costa avanzo furioso y choco con Alexandra que en ese preciso momento abrió la boca para decir:

—¡Basta, Por el amor de Dios! —trato de empujar al hombre pero sus fuerzas resultaron insuficientes, apenas consiguió frenar su avance. —Yo hablaré con él —le dijo a Costa en un cuchicheo. Costa le miro incrédulo —Si sabe algo me lo dirá a mí —dijo Alexandra.

—¡Bien! —respondió Costa retrocediendo unos pasos. Quedo de espaldas unos instantes. Alexandra le seguía con la mirada. —Pero si no habla lo mataré

—No seas estúpido —dijo Alexandra —¿Olvidas quien es mi padre? Acaso crees que Fabio es el único hombre a su disposición.

Costa pareció meditar unos instantes en aquellas palabras.

—Hablaré con él... Dame un momento —dijo Alexandra —... O a menos que prefieras que les hable a algunos amigos y si es así te prometo que tu cabeza quedara rodando por los suelos.

Alexandra tenía los ojos rojos y al borde de las lágrimas, pero aun así se mantuvo firme y decidida a proteger la vida de su padre.

—De acuerdo —dijo Costa después de una pausa. Bajo el arma y se detuvo en el umbral de la puerta antes de salir —No intenten escapar, estaré vigilando —dijo volviendo la mirada por encima de los hombros y salió.

Alexandra resopló aliviada después de que la puerta se cerró. Mientras negociaba con el intruso creyó que su padre se había desmayado, pero al voltear pudo ver que la miraba en absoluto silencio con una expresión que era mitad curiosidad y mitad admiración. Después de todo ella, Alexandra, había llegado justo a tiempo para evitar que lo mataran, pero el conde se preguntaba que podría decirle para convencerle de revelar el paradero de Rosella y Leone Bellini. Alexandra supo lo que quería decir aquella mirada y con voz amable dijo:

—Vamos Papá tenemos que hablar —Le ayudo a ponerse de pie y lo condujo con cuidado hasta su habitación. La hemorragia nasal se había detenido, pero las manchas de sangre aún cubrían su ropa y su rostro de forma escandalosa.

—No vas a hacerme decir nada —dijo el Conde una vez recostado en la cama de su habitación. Podía estar herido y ser un vejstorio pero su voz aún sonaba fuerte y clara como en su juventud. —Sebastián Costa mató a mi hijo, a tu hermano. ¿O es que lo has olvidado? ¿Has olvidado a Salvatore? —al pronunciar el nombre de su fallecido hijo la voz del conde comenzó a quebrarse.

La habitación estaba en penumbras, las persianas estaban echadas y comenzaban a acumular una fina capa de polvo. Debido a la escasa iluminación el Conde no pudo ver que una lágrima resbalaba por la mejilla de su hija. Todo lo que podía ver era una silueta, una silueta sentada junto a él. Sentir la presencia de Alexandra le reconfortaba, después de todo ella era todo lo que tenía y después de todo nadie amaba a Alexandra Di Tella como él, su padre.

—Papá, si sabes dónde oculta Leone a Rosella debes decírmelo

El conde se sobresaltó cuando escucho la voz acartonada y temblorosa de Alexandra. Era la misma voz que el asociaba con las ocasiones cuando su hija, siendo pequeña, se cayó de la bicicleta o como cuando le habían roto por primera vez el corazón. Él la había consolado en esos momentos y no soportaba, ni antes ni ahora, que alguien le hiciera sufrir.

—Hija que... —empezó a decir el conde.

—Él pudo haber cobrado su venganza conmigo, papá... Pero no lo hizo.

—¿Cómo dices? ¿De qué hablas?

—Me encontró cuando estaba de vacaciones y se las arregló para secuéstreme.

—¡Maldito! —Dijo el Conde, intento incorporarse pero Alexandra lo detuvo.

—Espera papá... eso no es todo —dijo Alexandra mirándole a los ojos. Aún en la escasa iluminación el conde pudo ver el brillo en ellos. Era un brillo hermoso pero había en ellos demasiada tristeza. Tristeza por tener que recordar algo horrible que había vivido en el pasado.

—El me libero por una razón —dijo ella.

—¿Cuál? —pregunto el Conde. Miraba a su hija con ternura.

—Le... Le conté lo que mi hermano me hizo.

—¿Qué te hizo? —pregunto él con voz neutra.

Tras un largo silencio y al no obtener respuesta el Conde volvió a formular la pregunta. Alexandra inspiro hondo y levantó la mirada al techo antes de hablar.

—Salvatore... Salvatore abusaba de mí cuando era niña —hubo otro silencio breve y acto seguido ella rompió a llorar.

Alexandra se echó en brazos de su padre olvidando por completo que él estuviera herido. Necesitaba de su consuelo ahora más que nunca. El Viejo Conde abrazo a su hija con tanta fuerza y con tanto amor como no lo hacía en mucho tiempo. Quiso decir algo pero no encontraba las palabras adecuadas. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Siempre supo de las correrías sexuales de Salvatore a lo largo de su vida, y en alguna ocasión llego a estar muy orgulloso de él, pues tenía el mismo gusto (o la misma debilidad) por las mujeres como lo tenía él. Incluso, con el tiempo había ignorado las habladurías sobre las depravaciones de su hijo. Todo esto eran cuestiones tolerables y hasta cuestionables para él, pero lo que Alexandra acaba de decir lo destruyo por completo. La realidad era demasiado horrible para aceptarla: Su hijo había abusado de su pequeña. Había abusado de su princesa y de su más bello tesoro. Eso no podía permitirlo, debió haberse dado cuenta antes, la verdad estaba en los pequeños detalles, siempre estuvo allí: en como Alexandra rehuía de casa, en como rechazaba siempre las reuniones familiares donde estuviera presente Salvatore, en cómo había vivido alejada de la “Tradición familiar”, una tradición que ahora le parecía asquerosa y despreciable. Él había dado todo a sus hijos, pero en el camino uno de ellos se había convertido en un monstruo, un monstruo tan aborrecible que había sido capaz de violar a su propia hermana, a su propia sangre. De pronto el Conde sintió deseos de haber sido él mismo quien matara a Salvatore, de pronto le pareció poco el castigo que el debería estar sufriendo en el infierno.

Abrazo a Alexandra con más fuerza y entonces supo que ya no le importaba en lo absoluto lo que pudiera pasarle a él. Daría la vida por ella, daría la vida por su princesa aunque ello implicara pelear contra el mundo entero. Le había fallado una vez y no pensaba repetir su error.

El cuarto era oscuro, no había corriente eléctrica y había solo unas cuantas velas que ofrecían una iluminación francamente ridícula. A siete metros de profundidad y con un espacio sumamente reducido la claustrofobia estaba apoderándose de Rosella. Estaba sobre una suave cama matrimonial con las extremidades atadas a cada extremo, parecía la víctima de alguna clase de juego sexual perverso que conservaba tan solo su ropa interior puesta. Miro de un lado a otro tratando de reconocer el lugar en el que se encontraba, pero fue en vano.

—¿Te gusta este lugar, querida? —pregunto una voz que parecía venir de las paredes. Era la voz de Leone.

Rosella se removió inquieta, trato de zafar los brazos pero no consiguió más que reforzar sus ataduras.

—Es inútil tratar de huir, querida.— dijo la voz de Leone que sonaba con eco. —Quizá te vendría bien desayunar algo, iré en un momento.

Leone llego tan solo cinco minutos después. Llevaba una charola con fruta, café con leche y pan tostado.

—Es hora de desayunar, querida. —dijo

—¿Por qué haces esto? —Pregunto Rosella—. Desátame ahora mismo.

Leone río

—¿Es enserio lo que me estás diciendo? Después de que me traicionaste yéndote tras tu amante. ¿Te parece que eso está bien? —dijo Leone mientras se sentaba al borde de la cama. Dejo la charola en el suelo y saco un cigarrillo del bolsillo de su elegante saco —Admite que necesitas una lección, querida —Leone encendió el cigarrillo.

—Tú y yo nunca fuimos un matrimonio feliz —dijo Rosella. Tenía la cabeza levantada y el cuello comenzaba a dolerle por la tensión.

—Oh lo sé, lo sé —dijo Leone —Es por esa tontería de que nunca pudimos tener hijos

Rosella guardo silencio. El humo del cigarrillo en la habitación le causaba picor en los ojos.

—Pero te diré algo, querida. No estás aquí porque quiera arreglar las cosas contigo. Esa oferta ya venció. ¿Lo recuerdas?

—Si —contesto ella secamente.

—Bien, eres más lista de lo que creí —dijo Leone y soltó una carcajada —Después de todo no eres tan estúpida como el resto de las mujeres, bien por ti, querida.

Rosella no respondió. En su mente pensaba como había podido estar enamorada alguna vez del hombre que tenía frente a ella.

—Pero no eres más lista que yo. —Leone arrojó el cigarrillo y levanto la charola del suelo. —¿Te parece si te doy el desayuno, mientras platicamos?

—No tengo hambre —respondió ella.

Leone volvió a reír.

—Anda, querida. No querrás desairar a Colette, nuestra cocinera. —Leone sorbió un poco de café con leche.

—Mmmm... esta delicioso.... Sabes Colette también te conoce, dijo algo de un amuleto y reviso toda tu ropa pensando que lo encontraría. ¿Qué es ese amuleto, querida?

—No sé de qué hablas —mintió Rosella

—Bien —dijo Leone —de todas maneras a mí no me importa. Solo he venido a decirte una

cosa. —Leone sorbió de nuevo el café con leche.

—¿Qué cosa?

—¿Sabes que es la GHC? —dijo Leone. Comenzó a acariciar la pierna desnuda de ella mientras hablaba. —Por tu expresión supongo que no lo sabes. —Te lo diré, para que dejes de ser tan estúpida —rió —La GHC es la hormona gonadotropina coriónica humana o en palabras simples es la hormona que se secreta en un embarazo.

Rosella sintió escalofríos.

—Te hicimos una prueba llegando aquí y sabes me temo decir que es positiva. ¡Felicidades, Querida! ¡Estas embarazada! —Leone se levantó de la cama y colocó la charola sobre el vientre de ella. —Pero no pongas esa cara, amor. Tal pareciera que no te da gusto oírlo... ¡Oh! ¡Ya sé! ¿Es que acaso no quieres tenerlo? —Leone daba vueltas en la estrecha habitación, rodeó la cama y volvió a sentarse a su lado. —Porque si ese es el caso. Tenemos maravillosas medicinas que pueden acabar con tu problema.

Rosella quiso gritar de miedo, pero en cambio solo logro emitir un leve gemido. Leone sonrió.

—Así es querida, aquí tenemos dos fabulosos medicamentos para eso. Mifepristona y Misoprostol se llaman.

—¡Maldito! —chilló Rosella. Se movió bruscamente en la cama tratando de librarse de sus ataduras. La charola cayó al suelo derramando su contenido. —¡No te atrevas a matar a mi hijo!

Leone se levantó sintiéndose sorprendido pues nunca la había visto tan llena de rabia

—Sabes después de todo no creo que lo hayas planeado así, querida. Tus deseos de quedar preñada te cegaron. Parecías una perra en celo. Pero no me extraña después de todo solo eres una mujer, y las mujeres son casi tan tontas como los animales. —Leone ríe nuevamente y salió de la habitación dejando a Rosella sola con sus pensamientos, que empezaban a tornarse cada vez más sombríos.

—Están en Isola, eso fue lo que dijo papá —Alexandra estaba sentada en las escaleras del apartamento que compartía con Michael en Roma. Usaba una blusa ombliguera que resaltaba un diminuto piercing.

Sebastián Costa estaba sentado en el sofá individual, vestía una remera desteñida y pantalón de mezclilla. Había estado escuchando atentamente la historia de Alexandra y le dio las gracias después de que ella hubo terminado de hablar. Sabía que debió haber sido muy doloroso para ella haber contado a su padre de los abusos que había sufrido por parte de su hermano mayor, esto en opinión de Costa, además de un acto valiente era digno de admiración.

Michael llevo con las bebidas y dio una a Alexandra, una a su invitado y otra para él. Era jugo de manzana.

—No es necesario que me acompañen —dijo Costa posando la mirada en la joven pareja.

—Claro que si —dijo Alexandra —Yo puedo tener acceso a las instalaciones sin levantar demasiadas sospechas.

—Además yo no puedo permitir que ella vaya sola —intervino Michael.

Costa medito unos instantes y dijo:

—De acuerdo. Entonces vamos.

Michael y Alexandra intercambiaron una mirada y ambos asintieron con un leve gesto.

Los tres viajaron primero a Florencia, en el veloz tren bala Italo es un recorrido de apenas 90 minutos. Una vez allí Michael llamo a un amigo y este les facilito un auto. Era un automóvil pequeño pero suficiente para que se acomodaran los tres sin problemas. Durante seis horas Michael y Costa se turnaron al volante, recorriendo sin descanso los casi 500 Kilómetros que separan Florencia de la ciudad francesa de Isola, muy cerca de la frontera con Italia.

Isola es un pequeño poblado que no llega ni a la cifra de los mil habitantes, como referencia, Isola se halla cerca de la unión de dos ríos: el Tineé Tineé y el río Guerche. A unas cuadras del famoso campanario románico Alpestre el camino se transforma en un terreno irregular que desemboca en ningún lugar. Es allí donde, apartado casi en su totalidad del resto del pueblo, se encuentra una moderna construcción. Podría ser una casa cualquiera que uno encontraría en ciudades más grandes dentro de Europa, pero aquella casa en realidad es una de las bases operativas de la Familia Di Tella. Entre un arsenal dantesco de armas se halla una especie de escotilla desde donde una escalinata desciende hasta un diminuto bunker ubicado exactamente a siete metros de la superficie.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Michael, que en ese momento viajaba en la parte trasera del vehículo.

Estaban llegando a Isola y el campanario ya era visible a simple vista.

—Escucha con cuidado Michael. Que lo repetiré una sola vez —dijo Costa.

Michael se reclino en el asiento, listo para escuchar el plan. Parecía un chico a punto de recibir una valiosa lección de algún profesor.

—Alexandra entrara a la casa, según ella, no debería haber nadie, pues hace tiempo que este lugar dejo de usarse como clínica clandestina y ahora solo sirve como bodega de armas y equipo médico.

—Por supuesto que no debería haber nadie —dijo Alexandra.

—Bien —continuo Costa —El punto es que una vez dentro, Alexandra buscara a Rosella, siendo la hija del Conde Di Tella, su presencia no desatara sospechas ni correrá prácticamente

ningún riesgo.

—Bien —asintió Michael —¿Y Luego Que?

—Luego entramos nosotros —respondió Costa.

—¿Estás loco? Si hay alguien dentro nos dispararan hasta por debajo de la lengua —Michael miro a Alexandra buscando apoyo pero ella lo miro con una expresión que decía: “Déjalo terminar”

—Escucha Michael, si el lugar solo es una bodega, probablemente no haya nadie más dentro que Leone y Rosella. —Costa condujo los últimos metros y aparcó el auto a una cuadra del campanario.

Apago el motor.

—Sé que es inútil pedirte que te quedes aquí, así que te pediré que te limites a proteger a Alexandra si ves que las cosas se ponen feas. ¿Entendido? —Costa paso la mirada de uno a otro.

—Entendido —respondió Michael —Y eso no hace falta que me lo pidas, yo daría la vida por ella —Miro a Alexandra y ella sonrió y le lanzo un beso.

—Perfecto, manos a la obra. —dijo Alexandra.

Como estaba previsto que ocurriera Alexandra entro sin problemas a la instalación, uso las llaves que su padre le había proporcionado (las que se supone que debía darle a Sebastián Costa para que el buscara solo a Rosella). Recorrió las habitaciones vacías sin encontrar indicios de que alguien hubiera estado allí hace poco, pasaron 20 minutos hasta que por fin dio con la escotilla que daba al sótano. Había creído que la entrada se hallaba en la habitación donde estaba un arsenal enorme de armas, pero al parecer se había equivocado pues la entrada al sótano se hallaba en el extremo opuesto. Antes de entrar regreso y tomo dos armas pequeñas y las dejo sobre un librero, a modo de que fuera fácil encontrarlas. Tomo una tercera arma para ella, quizá no haría falta pero no estaba de más. Agarro una navaja, se la guardo en el bolsillo trasero y comenzó el descenso al sótano.

Camino por el oscuro pasillo, quiso encender la luz pero la corriente había sido cortada. Saco su teléfono móvil y encendió la linterna. Eso ayudo y pudo saber exactamente a donde se dirigía.

Justo cuando comenzaba a pensar que el lugar estaba completamente vacío, escucho voces provenir de una de las estrechas habitaciones subterráneas. Pego el oído a la puerta tratando de escuchar lo que decían aquellas voces. Eran dos voces masculinas. De súbito el terror la invadió, pues creyó que podían tratarse de intrusos, intrusos pertenecientes a alguna mafia rival. Si eso era y ella era descubierta la violarían y la matarían después. Era demasiado para ella, decidió que debía salir de inmediato.

—También buscas el amuleto —dijo una voz de mujer a sus espaldas.

Alexandra dio un salto y no pudo evitar gritar. El grito sonó terriblemente escandaloso en el silencioso lugar. Dio media vuelta y vio a una chica que parecía de su misma edad, pensó que en el pasado quizá fuera bonita, muy bonita de hecho, pero ahora se había convertido en un esperpento demacrado y desnutrido. Su cabello rubio aún conservaba algo de belleza, pero estaba demasiado descuidado. Alexandra perdió tiempo contemplando a aquella chica que parecía una enferma de SIDA en las etapas finales, que no se dio cuenta cuando la puerta de la habitación se abrió.

—¿Quién es ella? —pregunto la chica desnutrida frente a ella.

Alexandra tardo unos instantes en asimilar que no le hablaba a ella sino a los tipos que habían salido de la habitación. Dio otra vez media vuelta y pudo reconocer a Leone Bellini. El otro sujeto no le era familiar, todo lo que vio es que era un hombre de raza negra y casi de la misma estatura que Michael.

—¿Debemos ir ya? ¿No crees? —dijo Michael nervioso.

Estaban aún en el auto esperando que Alexandra enviara mensaje informando como estaba la situación dentro de la casa.

—Aun no pero podemos irnos acercando —dijo Costa

—Genial —respondió Michael, quien rápidamente se bajó del auto.

—Tranquilo, estará bien —dijo Costa cuando ya se encaminaban al lugar.

Michael se esforzó en sonreír.

—Alexandra es una buena mujer.

—Lo sé, amigo —contestó Michael.

—Espera —dijo Costa deteniéndose abruptamente. Michael avanzo unos pasos más y después también se detuvo.

—¿Qué pasa?

Costa saco el móvil —Es un mensaje de Alexandra, dice que está en el sótano bebiendo té con Leone Bellini, otro hombre y una chica. Dice también que ya le hablaron de Rosella pero que no ha podido verla.

—¿Qué? amigo dijiste que solo había un tipo dentro de la casa —dijo Michael quien luchaba por contener su nerviosismo.

—Eso creí —Costa guardo el teléfono y camino con mayor velocidad hacia la casa. Michael le siguió.

Cuando llegaron, Michael giro el pomo de la puerta. Estaba abierta. —Bien —pensó.

—Tratemos de no hacer demasiado ruido, no sabemos si pueden oírnos abajo —dijo Costa.

—Entendido, Vamos —Michael abrió la puerta y entraron.

Caminaron sigilosamente recorriendo las habitaciones vacías. Encontraron un pequeño baño que parecía apto solo para enanos, una cocina y la bodega donde estaba el resguardo de armas y equipo médico. Costa reconoció muchos de esos medicamentos, la mayoría entraban en la categoría de medicamentos controlados y de alto riesgo: había anestésicos, opioides, Inmunosupresores, Electrolitos intravenosos y ansiolíticos.

Finalmente dieron con el pequeño librero sobre el que estaban dos armas calibre 22. Michael se acercó y estaba por tomar el arma cuando oyeron pasos provenientes del sótano. Una pesada mano se había posado en la escotilla, alguien estaba allí, subiría y les vería.

Costa le hizo una señal a Michael para que se escondiera y el hizo lo propio. Michael corrió a una de las habitaciones y Costa se refugió detrás de un sofá donde tuvo que arrodillarse para poder ocultarse por completo. Levanto la mirada solo para mirar brevemente al tipo que había salido del sótano, no era Leone Bellini, sino un hombre negro que no había visto antes. El negro se dirigía a la cocina, Costa pensó que era una magnífica oportunidad para reducir al sujeto, puesto que había salido solo y probablemente no iba armado. Además estaba el hecho de que si lograba someterlo solo tendría que preocuparse por Leone Bellini. Sabía que difícilmente tendría otra oportunidad, así que sin pensarlo demasiado avanzo sigilosamente y siguió al negro hasta la cocina. Asomo ligeramente la cabeza a tiempo para ver que el tipo buscaba en lo alto de la alacena. Encontró varias botellas y parecía dudar en cual debía llevar consigo.

Costa supo que era el momento, el tipo estaba distraído y sería fácil someterlo. Avanzo y se colocó a sus espaldas, puso su brazo alrededor del cuello del negro, que de inmediato soltó la botella (está termino haciéndose añicos en el suelo). Costa pensó que lo había logrado cuando de pronto el negro lanzo su cabeza hacia atrás propinándole un duro cabezazo. Trato de sujetarle, pero el negro se deslizó hacia adelante con gran velocidad, logro liberarse y de inmediato le asesto una patada en el vientre. Costa quedo tambaleante y aturdido, pero logro recuperarse con

relativa facilidad. Cargo contra el negro y logro darle un puñetazo en el rostro, intento un segundo ataque, pero el negro era demasiado rápido y fue él quien golpeo a Costa en la barbilla. Costa retrocedió nuevamente tambaleándose como un boxeador a punto de caer. El negro corrió hacia él, lo derribo y una vez en el suelo comenzó a lanzarle puñetazos a diestra y siniestra, Costa trato de levantarse pero le fue imposible, todo lo que estaba logrando era esquivar algunos golpes y protegerse el rostro con las manos. Él podría ser alto y fuerte pero el negro lo estaba apaleando sin ninguna dificultad. La escena continuó así por unos instantes, entonces, en un golpe de suerte Costa logro contener ambos puños, uso toda su fuerza y logro empujar al negro lejos de su alcance. Ambos se incorporaron casi al mismo tiempo, pero entonces, Costa vio que el negro había desenfundado un arma y que ahora lo apuntaba.

—Baja el arma —dijo Michael. Había salido de su escondite y apuntaba a Derek con una calibre 22.

Derek sonrió como si le resultara gracioso haber sido sorprendido.

—Muy bien, Muy bien no dispaes, la bajaré —Levanto las manos y dejo caer la pistola.

—Eres muy chico para andar metido en estos líos —dijo Derek cuando vio a Michael.

—No tanto —replicó él.

Derek sonrió nuevamente como si le hubiera gustado la respuesta del joven.

—Yo bajare por Rosella y Alexandra y tú lo vigilas —dijo Costa a Michael.

Michael asintió satisfecho.

—Así que la hija del Conde viene con ustedes, menuda traidora ¿No creen?— dijo Derek.

—Sera mejor que te calles si no quieres que te vuele los sesos —contestó Michael.

—Bien Michael te debo una —dijo Costa tocándole el hombro —Ahora quédate aquí mientras yo bajo al sótano y no le pierdas de vista —Costa tomo un arma, abrió la escotilla y comenzó el descenso.

—Es hombre muerto —dijo Derek cuando Costa hubo desaparecido

Michael lo miro sin dejar de apuntarle.

Costa estaba en el sótano. Se encontró de frente con un estrecho pasillo, estaba oscuro y apenas tenía espacio para maniobrar, camino y unos cuantos pasos más adelante el pasillo se ensanchaba, era allí donde a cada lado había pequeñas habitaciones. Aquello era como un laberinto. Rosella podía estar en cualquiera de ellas, pero descubrir en cual le tomaría algún tiempo. Camino durante aproximadamente cinco minutos hasta que pudo escuchar las voces de Alexandra y Leone. Pudo ver que provenían de una habitación más iluminada. Velas —pensó —Son luces de velas.

Se acercó pero no pudo escuchar con claridad lo que hablaban, Leone reía cada tanto mientras que la voz de Alexandra era apenas un murmullo.

Saco el teléfono móvil y escribió a Alexandra:

Estamos dentro. Mantenlo ocupado. No dejes que salga de la habitación.

Guardo de nuevo el teléfono y siguió caminando por el laberinto de habitaciones. Tenía que ir tanteando como un ciego el camino, pues mientras más se adentraba la oscuridad iba en aumento. Después de diez minutos encontró una sala más amplia, entro y vio que se trataba de una especie de quirófano diminuto, el hedor delataba que había sido usado hace poco en alguna cirugía. Atravesó el quirófano y salió a otro pasillo, este tenía más iluminación aunque aún era insuficiente. Avanzo y vio lo que podría ser una sala de recuperación, había camillas, biombos y algunos monitores de signos vitales, un esqueleto de tamaño humano que estaba arrumbado parecía observarlo.

De pronto fue consiente que no debía seguir perdiendo tiempo y salió de allí, tenía que encontrar a Rosella antes de que Leone notara su presencia. Pasaron otros cinco minutos antes de

que pudiera escuchar el sonido de un televisor. Camino un poco más y Llego a la habitación de dónde provenía el sonido. Asomo ligeramente la cabeza y vio a una chica muy delgada cambiando de canal, pudo escuchar que hablaba con alguien pero no podía ver a nadie más. Tanteo el arma y dudo un momento antes de sacarla. Permaneció unos instantes más allí, viendo a aquella delgada mujer y entonces supo que en verdad había alguien más en la habitación, lo supo cuando la chica levanto una charola y daba de comer a alguien que estaba en cama. El ángulo en el que Costa se encontraba le impedía ver de quien se trataba.

—Yo tengo el amuleto, ayúdame a salir de aquí y te lo daré —dijo una voz de mujer. Costa reconoció en ella la voz de Rosella, por un instante creyó estarlo imaginado, pero supo que no podía ser así, empuño el arma y entró, de inmediato apunto a la frágil mujer que estaba de pie.

La mujer soltó un gritito y Rosella una exclamación de asombro.

—Libérala —dijo Costa a la delgada chica.

—Me temo que no puedo hacerlo, Leone me prometió el amuleto —respondió ella con voz temblorosa

—Eso es mentira —dijo Rosella —No puede prometerte algo que no tiene.

La chica, que no era otra que Colette, la miro confundida.

—Escucha —dijo Costa —¿Quieres el amuleto? Aquí lo tengo —Sacó de su chaqueta el amuleto envuelto en un pañuelo de seda.

Colette miro el amuleto, su expresión súbitamente cambio y de pronto sus ojos parecieron llenarse de vida nuevamente, como si despertara de un largo trance.

—Toma —Costa le lanzo el amuleto y ella lo atrapo en el aire. Lo sostuvo entre sus manos, levanto la mirada y sonrió. Por unos instantes era de nuevo una sonrisa hermosa.

—Bien. Te ayudare —dijo Colette.

—Debemos desatarle primero —Costa bajo el arma, se puso en cuclillas y trato de desatar los nudos.

—Bien, iré por un cuchillo —anuncio Colette y salió corriendo en dirección a la cocina.

—Leone se ha vuelto loco —dijo Rosella

—Voy a sacarte de aquí —respondió Costa que trataba de deshacer los nudos

—Quiere matar a nuestro hijo.

—¿Cómo dices?

—Que estoy embarazada —anuncio ella.

El la miro con expresión de asombro, pero antes de que pudiera decir nada Colette regreso con un cuchillo grande de cocina.

—Bien, desatémola —Costa tomo el cuchillo y comenzó a cortar las ataduras, lo hacía en completo silencio aun asimilando lo que Rosella había dicho. La llegada de un hijo es casi siempre una buena noticia, pero en la situación en la que ellos se encontraban podría ser todo menos eso.

—De prisa —dijo Rosella después de que su pierna derecha fuera liberada por fin Costa estaba cortando el nudo que ataba una de sus manos, cuando Colette cayó al suelo como una pila de ropa sucia. Había recibido un disparo, se retorció unos instantes y quedó inmóvil.

—Cuanto gusto que hayas venido a la fiesta —dijo Leone Bellini. Llevaba un arma, que a juzgar por el poco ruido que hizo al disparar, traía puesto un silenciador.

Arriba, Michael mantenía la mirada fija en el hombre que se había identificado simplemente como Derek. Entonces el ruido que hacían unas pisadas en la escalera del sótano lo descoloco unos instantes y Derek uso su velocidad felina para abalanzarse sobre él: primero apreso la mano que sujetaba el arma y soltó otro de sus cabezazos con su duro cráneo, impacto a Michael justo en

la nariz. Michael soltó el arma y retrocedió buscando algo sobre lo cual apoyarse, fue sin embargo, demasiado tarde porque Derek comenzó a apalearlo. El tipo tenía complejo de boxeador y estaba usando a Michael como costal de entrenamiento. Michael, a diferencia de Costa, no pudo ofrecer demasiada resistencia y tras unos cuantos golpes se hallaba completamente arrinconado y al borde de la inconciencia.

De pronto un sonido como de una bomba azoto los tímpanos de Michael. ¡Un disparo! ¡Eso fue un disparo! —pensó con la poca conciencia que le quedaba. Súbitamente Derek dejó de golpearlo y cayó herido, gritaba, pataleaba y maldecía. Entonces Michael pudo ver que Alexandra empuñaba un arma. Parecía una muchacha de las películas de acción y había disparado a Derek justo en la pierna con gran habilidad.

Alexandra corrió a sujetar a Michael que estaba a punto de caer. Lo abrazó y ella comenzó a llorar. Michael luchaba por mantenerse consciente. Sentía un dolor sordo y palpitante en su rostro y destellos luminosos inundaban su campo de visión. Pudo ver que Derek se levantaba, cojeaba pero fue lo suficientemente rápido para tomar el arma que había en el suelo. Michael vio que les apunta, protegió a Alexandra con su cuerpo justo antes de que se efectuaran los disparos: fueron dos y ambos impactaron a Michael, él se desplomó pero Alexandra logró sujetarlo antes de que cayera. Derek había ganado una vez más la partida y Michael estaba gravemente herido.

El sonido de los disparos arriba distrajo a Leone Bellini, que había estado hablando del embarazo de Rosella y de cómo pensaba impedir que aquel hijo naciera. Desvió la mirada unos instantes y fue en ese momento cuando Costa tuvo una idea: tomó el café caliente que estaba en la charola (y que era parte del desayuno de Rosella) y se lo lanzó al rostro, Leone aulló de dolor y se llevó ambas manos al rostro. Costa apoyó una mano sobre la cama y se impulsó hacia adelante con las piernas hacia el frente, dio una patada a Leone que chocó contra la dura pared y cayó al suelo. Mientras tanto Rosella forcejeaba con la última de sus ataduras, tomó el cuchillo valiéndose de su otra mano y logró liberarse. Estaba en ropa interior y pensó que sería extraño si lograba escapar así, pero no le importaba. ¡Estaba libre!

—De prisa salgamos de aquí —dijo Costa

Rosella asintió y antes de salir de la habitación recogió el amuleto de las manos de la difunta Colette Costa recogió el arma que hacía pocos momentos sostenía Leone Bellini, este último intento forcejear pero estaba en una desfavorable posición y fue rápidamente sometido. Costa le dio un culatazo en la cabeza y Leone quedó tan inmóvil como la propia Colette a pocos centímetros de él.

—De prisa vámonos —dijo Costa. Salió y comenzó a desandar el camino de regreso a la escalera que les llevaría a la planta alta. Habían llegado ya al área de recuperación de los quirófanos cuando Derek apareció. Salió de uno de los biombos y arrojó a Costa contra una de las camillas, este perdió el equilibrio y cayó, Derek se lanzó como una fiera enfurecida sobre él y comenzó a golpearlo. El arma había salido volando hacia algún lugar, pero en la escasa iluminación Rosella no podía encontrarla. Mientras buscaba desesperadamente, Costa logró empujar de nuevo a Derek fuera de su alcance, tal como lo había hecho antes, Derek sacó su arma, disparó pero ya no tenía municiones. Entonces Costa cargó contra él y ahora fue el quien lo derribó, Derek se retorció tratando de liberarse pero le fue imposible, Costa comenzó a molerlo a puñetazos, la cabeza de Derek reboto varias veces contra el suelo antes de que perdiera por completo la conciencia.

—¡Por favor Ayúdenme! —gritó Alexandra con voz potente desde la planta alta.

Costa se levantó y miró a Rosella que por fin había conseguido encontrar el arma.

—¡Vamos! —dijo ella y echaron a correr por el laberíntico pasillo.

Derek se quedó en el suelo desangrándose por el impacto de bala que Alexandra le había propinado en la pierna. Despertó unos instantes solo para volver a cerrar los ojos y esta vez para siempre.

Finalmente consiguieron llegar a la escalera y comenzaron el ascenso. Costa subió primero para empujar la escotilla. Rosella estaba ya casi afuera, cuando la mano de Leone Bellini la sujeto del tobillo, trato de desasirse pero Leone tiro con fuerza y consiguió arrastrarla de vuelta al sótano. Costa descendió rápidamente pero cuando llego ya habían desaparecido. Leone conocía muy bien aquel pasadizo y había logrado ocultarla con demasiada rapidez.

—¡Rossi! —grito Costa —¿¡Donde estás?! —No hubo respuesta —¡Maldita sea!

Alexandra asomo por la escotilla y grito:

—¡Por favor ayúdenme! ¡Michael se muere!

Costa se encontraba en una encrucijada, tenía que decidir si debía buscar a Rosella (aunque sabía que era probable que Leone pudiera llevársela sin ser visto, pues los laberinticos pasillos le eran demasiado conocidos) o subir y auxiliar a Michael y Alexandra. Escucho ruidos de sirenas afuera y supo que no podría continuar la búsqueda de Rosella, al menos de momento. Muy a su pesar subió de vuelta a la casa y corrió a lado de Alexandra, donde Michael yacía agonizante.

Doce horas después de que la policía llegara a la solitaria casa de Isola y de que la ambulancia recogiera a Michael gravemente herido, Leone Bellini estaba terminando de darse una ducha, silbó una vieja melodía mientras se afeitaba y salió vestido con un elegante saco color vino, unos pantalones de vestir negros y unos zapatos limpios y lustrosos. Camino hasta una tienda de conveniencia cercana, tomo una canastilla y la lleno de toda clase de cosas: latas de atún, agua embotellada, pan tostado, dulces, cigarrillos y sus yogurts favoritos.

—Dame esa botella —dijo Leone al dependiente cuando estaba pagando la cuenta.

El chico tomo una botella de vodka barato y lo agrego a la lista de cosas por pagar.

Leone salió cargado tres pesadas bolsas, arranco su auto y se fue.

El laberinto de habitaciones subterráneas encontradas en la casa de Isola desembocaba en un lugar más amplio en el lado italiano, específicamente en las planicies del Monte Argentera. El largo camino subterráneo terminaba en una casa hecha de madera y a orillas de un diminuto río. Dentro había todas las comodidades de cualquier hogar. A la decoración se le unían algunos artefactos extraños, eran instrumentos de tortura y equipo médico viejo y obsoleto. Había un botiquín de primeros auxilios y algunas medicinas desperdigadas en la alacena. Rosella yacía dentro de una jaula demasiado pequeña para que pudiera estar medianamente cómoda. Seguía en ropa interior y el frío en esa época del año era mortífero. Rosella temblaba y expulsaba vaho gélido en cada inspiración. Llevaba el amuleto oculto en su sostén y pensó que si lo colgaba sobre su cuello quizá pudiera obtener algo del extraño calor que emitía, estaba por intentarlo cuando Leone entro por la puerta y arrojó las bolsas con las compras al piso.

—Puesto que no pude traer las medicinas para deshacernos de tu bastardo —Leone se inclinó y Rosella lo vio cara a cara a través de los barrotes de la jaula —He decidido que dejare que pases hambre, quizá así tu cuerpo eliminara a tu bastardo como si fuera un virus indeseable.

Rosella no dijo nada y rompió a llorar. Siempre había detestado llorar por todo, ser demasiado sensible. En su interior deseaba gritar y maldecir al hombre que la amenazaba, deseaba mostrarse fuerte y valiente, pero simplemente no podía. Estaba demasiado asustada y se debilitaba rápidamente.

—¡Déjame ir! —Chillo—. Por favor —sus lágrimas resbalaban hasta tocar la comisura de sus labios.

— Eso no se puede querida, por lo visto ya olvidaste que prometiste estar conmigo en las buenas y en las malas. —Leone destapo un yogurt y empezó a comerlo frente a ella con gran placer. Ella no contestó.

—Tenías que fijarte en el Doctor Costa, que estúpida que eres querida. ¡Yo siempre te di todo! ¡Vivías como una maldita reina! —arrojo el Yogurt hacia la jaula y el contenido se derramo repartiéndose entre el suelo y el cuerpo de Rosella.

—Bien lo decía mi padre, querida. Las mujeres son estúpidas —dijo Leone enarcando las cejas. Apoyo ambas manos en la mesa y resoplo.

—¡Maldita puta! —grito y destapo otro yogurt sin la intención de probarlo siquiera. Lo lanzo hacia Rosella. Ella alcanzo a cubrirse el rostro con la mano y todo el contenido se derramo en sus pechos y sus muslos.

Leone Inspiro hondo y pareció relajarse. Esbozo una sonrisa forzada y dijo:

—Te dejare un momento querida, Necesito ir a la ciudad a arreglar unos asuntos, pero te prometo que regresare. —su sonrisa se ensancho como la de un maniático, abrió la puerta y se fue.

Pasaron algunas horas hasta que oscureció, Leone no volvía aún y Rosella repartía su tiempo entre sus incontrolables temblores y sus oraciones. Tenía tanta hambre como no recordaba haber tenido nunca, pensaba que se tarde o temprano se desmayaría, quizá moriría pero incluso eso le parecía mejor que seguir soportando el implacable frio. Le castañeaban tanto los dientes que por un momento tuvo miedo de que fueran a romperse. Alzo la mirada y vio a través de un pequeño hueco en el techo. Le pareció que había un ave afuera. Mantuvo la mirada fija unos instantes y entonces lo vio: era un ave de plumaje azul turquesa, aun en la oscuridad el brillo de sus plumas era brillante y hermoso. El ave la miro y emitió un graznido leve, Rosella recordó el sueño donde había visto un ave muy similar a esa y sintió que de algún modo extraño e inexplicable ella ya no estaba allí, quizá ya había muerto y estaba viajando al mundo del que les había hablado Akane: Un mundo maravilloso.

El ave comenzó a emitir un canto hermoso, no se parecía en nada al canto de ninguna otra ave, era una melodía ominosa y tranquilizadora. Rosella saco el amuleto que brillaba emitiendo su luz turquesa y lo coloco sobre su cuello. El frio comenzó a ceder y ella estaba adormilándose. Cerró los ojos disfrutando el canto de aquella ave tan majestuosa. Su canto y la sensación de paz infinita fue lo último que recordó, se durmió.

Rosella estaba en lo alto de un peñasco, no hacía frío y la sensación de hambre voraz había desaparecido. Contemplo unos segundos el cielo, donde podían verse una cantidad infinita de estrellas, que iluminaban el cielo con la intensidad de miles de fuegos artificiales. Bajo la mirada y vio que tenía puesta una túnica blanca. Contemplo sus pies descalzos y taneo el amuleto debajo de su ropa. Brillaba y emitía el mismo calor reconfortante de siempre. Abajo, la vastedad del paisaje era asombroso, las praderas resplandecían con vida propia, una fresca lluvia caía y hacía florecer los verdes y extensos campos. En el cielo brillaban dos lunas diminutas y muy bellas, fue entonces, cuando supo que estaba en un mundo que no era su mundo. —Es el mundo de la esposa del Emperador —pensó— Ese mundo mágico y maravilloso.

Se giró al escuchar que alguien se acercaba. Eran unos pasos ligeros pero firmes.

De pronto lo que vio la dejó sin aliento: Era Victoria Greco. Iba vestida con una túnica idéntica a la suya. Sonreía y tenía un aura resplandeciente muy tenue a su alrededor. Parecía brillar como la misma luna en el cielo.

—Hola —dijo Victoria.

—Hola —Respondió Rosella tímidamente.

—Tú eres la nueva guardiana —dijo Victoria.

—¿Yo?... Yo no...

—Traes puesto el amuleto —dijo Victoria señalándola.

Rosella bajo la mirada, vio que la luz turquesa del amuleto era visible a través de la túnica y dijo:

—Es tu amuleto

—Oh... —dijo Victoria —Es verdad, era mío pero ahora... eres tú la guardiana, Así que es tuyo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto Rosella

—No lo sé, no sé si es el cielo o el paraíso, la verdad no creo que sea ninguno de los dos, pero es un lugar hermoso ¿Verdad?

—Mucho —contesto Rosella.

—Akane me dijo que las guardianas del amuleto vienen aquí cuando... cuando... ¿Tú ya sabes no? —dijo Victoria con una brillante y amable sonrisa.

—¿Quieres decir que estoy muerta? —pregunto Rosella alarmada

—No lo sé —contesto Victoria con la misma sonrisa.

—No, no puede ser... Voy a ser madre... tengo que ver nacer a mi hijo. —Rosella miro con ojos tristes a Victoria.

—¿Es de Sebastián? —pregunto Victoria.

—Sí —respondió ella tímidamente.

La sonrisa de Victoria se ensancho aún más y en sus ojos había una jubilosa expresión de alegría. Se acercó a ella y la abrazó. Era un abrazo cálido y sincero. Rosella correspondió el abrazo y de pronto deseo haber conocido más a aquella mujer en vida, seguramente en otras circunstancias hubieran llegado a ser grandes amigas.

—¡Felicidades! —dijo Victoria. Se separaron y ella le tocó amistosamente el hombro —Tu eres su destino, Amaló como yo lo hubiera hecho. Por favor —Los ojos de Victoria adoptaron una expresión melancólica, casi tristes.

—Así lo hare— respondió Rosella

Victoria se frotó los ojos como si alguna lágrima pudiera salir de ellos.

—Lámalo, él puede venir si tu así lo deseas

—¿Cómo? —pregunto Rosella.

—Solo deseándolo.

—Él quería saber si estás bien. ¿Podrá verte también?

—Dile que estoy bien, que estaré bien, pero él no podrá verme solo tú por ser una guardiana. Y solo por ahora.

—Oh... —Rosella sintió de pronto una gran pena por Victoria, pues a pesar de que ella viviría por siempre en un mundo tan hermoso como ese, había perdido al amor de su vida.

—Ahora debo irme —Victoria camino y comenzó a alejarse, antes de marcharse volvió una última vez la cabeza y dijo: —No te olvides de lo que te dije: Amalo como yo lo hubiera hecho.

—No lo olvidare —contesto Rosella con una sonrisa.

Victoria también sonrió, camino algunos pasos más y finalmente se desvaneció.

Lucas Valdés escuchaba con creciente repulsión el plan de Leone Bellini, estaban en un restaurante y Lucas sentía que de un momento a otro devolvería la comida, que tanto había disfrutado, aquello de lo que hablaba Bellini era absurdo y enfermizo a la vez, y para colmo ni siquiera se trataba de un encargo del todopoderoso Conde Di Tella.

—Lo siento, Leone no puedo ayudarte —dijo Valdés. Saco su billetera y pago la cuenta dejando una modesta propina. No espero que este le respondiera e impulso su silla de ruedas a la salida, se deslizo en la rampa para discapacitados y dio las gracias a un empleado que le sostuvo amablemente la puerta para que pudiera salir.

—Gracias —dijo al chico, que asintió con una franca sonrisa.

Lucas se dirigió a su automóvil aparcado detrás del restaurante, el estacionamiento estaba rodeado con un gran muro de concreto que impedía ver a los comensales dentro del establecimiento. El muro también aislaba el estacionamiento del exterior, salvo por una pequeña entrada donde apenas cabía un auto compacto que desembocaba en la avenida, que a esas horas estaba poco transitada.

Lucas subió al auto que estaba especialmente acondicionado para que pudiera conducirlo solo con las manos, arranco y echo un vistazo hacia atrás para cerciorarse de que no hubiera nadie estorbando. Estaba feliz de no tener que volver a tener jamás tratos con Leone Bellini y suspiro aliviado. Tenía una nueva vida a lado de su hija y de su nueva esposa. Aquel horrible accidente en México había sido suficiente para hacerlo entrar en razón. Ya no tenía tratos con la mafia de los Di Tella y a pesar de eso seguía con vida, algo de lo que no muchas personas pudieran jactarse.

Puso reversa y el auto comenzó a moverse primero lentamente y después cada vez un poco más rápido. De pronto vio a Leone acercarse, decidió que quisiera lo que quisiera él no se detendría. Estaba terminando de dar las últimas maniobras para salir del estacionamiento, cuando vio que Leone desenfundaba un arma.

—¡Espera! —Lucas levanto las manos como quien está a punto de ser asaltado. Movi6 rápidamente su mano derecha hacia la manivela y trato de subir el vidrio en un patético intento por defenderse, pero fue en vano. Leone disparo y el impacto dio en la frente de Lucas matándolo al instante.

El auto sin control alguno choco contra el muro y allí se quedó. Leone se acercó solo para confirmar que Lucas estaba muerto. Saco un pañuelo y limpio las huellas digitales del arma y la dejo en el regazo del difunto. Miro alrededor y nadie parecía haberse percatado aun del incidente, había usado el silenciador y este una vez más demostraba ser limpio y efectivo a la hora de matar. Salió caminando tranquilamente a la avenida como cualquier persona que disfruta de las caminatas nocturnas. Tras recorrer algunas calles comenzó a silbar una de sus melodías favoritas.

—*“Camina por los pasillos hasta llegar a un espacio amplio, tan grande como una sala de estar, la reconocerás por el sonido del agua que proviene del río en el exterior”* —Costa se despertó recordando esta frase una y otra vez. Había visto a Rosella en sueños tal como había sucedido en ocasiones anteriores y ella le había dicho como llegar hasta el lugar donde Leone la mantenía cautiva. Parecía una locura pero así había sucedido, todo este tiempo había visto toda clase de proezas supuestamente hechas por el amuleto Dragón y su mente racional se había negado a aceptar completamente que fuera en verdad algo mágico, pero ahora, el amuleto parecía ser, paradójicamente su última oportunidad. Debía rescatar a Rosella, y debía hacerlo solo. Alexandra y Michael habían ofrecido su ayuda sincera aun cuando sabían el peligro al que se exponían y ahora uno de ellos se debatía entre la vida y la muerte en una sala de hospital. La chica también había resultado herida después de que Leone sospechara que algo andaba mal cuando vio a Colette hurgar en la cocina, él vio el amuleto y supo de inmediato que la presencia de Alexandra era parte de una treta. La golpeó y Alexandra a duras penas había conseguido salir ilesa.

Comenzó a guardar diversas cosas en una mochila, cargo una linterna, una navaja, una chaqueta, una botella de agua y un pequeño botiquín de primeros auxilios por si Rosella estaba herida. Se calzó zapatos deportivos y se guardó la calibre 22 debajo de la camisa, dentro de una funda alrededor de la cintura.

Eran las ocho de la mañana y si todo salía bien esperaba rescatar a Rosella antes del mediodía. No tenía idea de cuánto podría tomarle encontrar la salida a la casita de madera, pero cuatro horas parecía tiempo suficiente, incluso si tuviera que recorrer el camino completamente a ciegas. Cargo un par de baterías más y compro una linterna extra más pequeña por si hacía falta. No se había alejado mucho del pequeño pueblo y cálculo que estaría en Isola en no más de una hora. Así que se preparó un sándwich como único desayuno y salió pagando la cuenta por una noche en la posada del pueblo italiano de Vinadio. Mientras caminaba pensó en llamar a Alexandra, pero desechó la idea rápidamente pues no deseaba que ella y Michael se involucraran más.

Tomo un taxi y consiguió llegar a Isola poco después de las 9 a.m. Durante el viaje, el taxista, un hombre mayor y de muchas canas le hablo sobre los sitios de interés en la región, tanto del lado francés como del italiano.

—¿Ha estado en el monte argentera, alguna vez? —pregunto Costa que viajaba en la parte de atrás.

—Oh, desde luego, señor —respondió el taxista con una sonrisa agradable, quizá recordando sus días como excursionista aventurero —Es una zona increíble para hacer senderismo y acampar. —¿Va usted a acampar? —el taxista lo miro por el espejo retrovisor.

—En realidad busco a unos amigos míos —mintió Costa —me dijeron que están en una pequeña casa de madera junto a un río

El taxista río.

—Señor el río es muy extenso, tendrá que pedirle a sus amigos que le den más referencias si quieren que los encuentre Costa se reclinó en el asiento y no dijo nada más. El taxista continuo hablando sobre lo genial que son los pueblos fronterizos en ambos países. Costa escuchaba sin demasiada atención, iba perdido en sus propios pensamientos, miraba ansioso por la ventana por donde los rayos de sol comenzaban a intensificarse, imaginando lo que Rosella podría estar haciendo o mejor dicho sufriendo en ese preciso momento. Pensó en su forma tan hostil de

comportarse hacia ella y en como aquello había propiciado que ella deambulara sola En París, buscando consuelo en sus dibujos y callándose la noticia de que estaba embarazada. De pronto, fue consiente de una realidad todavía más terrible, una realidad que añadía peso a la ecuación: No solo debía rescatarla a ella, sino al hijo de ambos que ahora llevaba en su vientre.

Le pidió al taxista que se detuviera a una cuadra del Campanario románico y de allí continuo el trayecto a pie. Pudo ver que la casa se hallaba con las cintas policiales de “Prohibido el Paso” Miro en derredor y no avisto a ninguna patrulla ni a ningún oficial que pudiera estar de guardia. Pensó que después de todo, las cosas no se miraban tan sospechosas desde el punto de vista de la policía local: Un sujeto negro había irrumpido con intenciones de robar en la casa propiedad de Alexandra Di Tella y había disparado contra Michael que se encontraba allí. El sujeto había huido sin poder llevarse nada, probablemente asustado por haber disparado a un civil.

Aquellas cintas desaparecerían pronto, pero él no podía darse el lujo de esperar a que así fuera. Pasó por debajo de la cinta y abrió la puerta con las llaves que el Conde había dado a Alexandra. La puerta se abrió con un pesado movimiento y emitiendo un chirrido agudo.

Costa entro a la casa, caminaba haciendo el menor ruido posible y agudizando el oído, pues no sabía si podría haber alguien allí, tal vez un policía o un mercenario.

Camino hasta donde recordaba estaba la escotilla que descendía al sótano. Allí estaba. Se inclinó, tiro de ella y la pequeña compuerta se abrió. Se aseguró de llevar todo lo necesario antes de comenzar el descenso.

Una vez dentro la oscuridad se había vuelto total, pues ahora no había velas encendidas en los candelabros. Encendió la linterna y comenzó a caminar por el laberinto de habitaciones. Trato de recordar cómo había llegado al quirófano, a la sala de recuperación y después a la habitación donde estaba Rosella. Tras excavar un poco en su mente pudo recordarlo, llego a la zona sin demasiada dificultad y vio el cadáver del negro que había estado a punto de darle una paliza. Un charco de sangre ennegrecida rodeaba el área donde estaba y el muerto estaba retorcido en una posición incómoda para cualquiera que estuviera vivo. Costa paso de largo sin sentir el menor ápice de pena por el sujeto.

Camino durante aproximadamente veinte minutos, encontró la cocina, la habitación donde Rosella había estado cautiva y donde otro cadáver parecía mirarlo con expresión de asombro. Era Colette. Costa acerco la linterna al rostro de la muchacha y pudo reconocerla. Sintió entonces una gran pena al recordar lo desesperada que se veía la última vez que la vio (o la última vez que le parecido verla) porque todo parecía indicar que ella había sido una víctima, una víctima del amuleto y las circunstancias. Costa recordó entonces, mientras contemplaba el cadavérico y demacrado rostro de Colette, lo que Akane había dicho: “El amuleto no debe ser usado por hombres” Supo entonces que la chica había sufrido una especie de maldición aunada a una malsana adicción por poseer el amuleto. Al igual antes creer semejante cosa parecía una locura, pero era la única explicación que se le ocurría al mirar a aquella chica, en otro tiempo hermosa, convertida en un despojo humano raquíptico y espantoso.

Salió de la habitación y siguió su camino. A partir de aquí todo le era totalmente desconocido, los pasillos iban aumentando en tamaño y en número y la sensación de que aquello parecía no tener fin se hacía cada vez más palpable. Camino durante una hora sin encontrar restos del amplio espacio bajo tierra del que le había hablado Rosella. Encontró una docena de pequeños cuartos distribuidos a ambos lados del pasillo, a Costa le recordó las áreas de hospitalización de un hospital. Dentro de los cuartos había cientos de cajas apiladas con un arsenal enorme de medicamentos de todo tipo, reviso y vio que la mayoría habían pasado la fecha de vencimiento impreso en las cajas, pero había otros, solo unos cuantos, que aún podían ser utilizables. De

pronto tuvo la idea de que podía utilizar las tabletas de algún medicamento para dejar un rastro que pudiera seguir por si él y Rosella se veían forzados a descender nuevamente o pensó que al menos le servirían para asegurarse que estaba progresando y no solo dando vueltas en círculos en los pasillos.

Tomo varias cajas de Prednisona presentación 5 mg y así reanudo su camino, desperdigando las tabletas aquí y allá como si fueran migajas de pan. Al cabo de veinte minutos una sensación de fracaso inminente lo golpeó como una ola, había llegado a un punto donde una pared cortaba abruptamente el paso, la única manera de continuar era regresar sobre sus pasos hacia donde había encontrado las cajas de medicamentos.

Regreso y probó suerte yendo al lado contrario, mientras caminaba pensó que había subestimado gravemente el tiempo que debía llevarle encontrar la salida a la casa de madera. Antes de entrar pensó que cuatro horas era tiempo suficiente para toda la operación que incluía salir del laberinto y efectuar el rescate, ahora se sentiría bendecido si mínimamente pudiera encontrar la salida antes del anochecer. Comenzaba a sentir hambre y los pies empezaban a dolerle, se detuvo unos minutos a fin de despejar su mente, bebió agua y reanudo el camino.

Pasadas un par de horas y con las tabletas del medicamento completamente agotadas llegó a una bifurcación donde había dos pasillos largos, apunto la luz de la linterna en la boca de ambos túneles y no pudo avistar donde desembocaban, probó en el de la derecha y tras dar unos cuantos pasos dentro pudo escuchar agua cayendo, era un ruido como de goteo sobre una roca, recordó que Rosella había dicho que el sonido del agua indicaba que el río y la salida a casa de madera estaba cerca. Echo a correr motivado por la euforia y llegó al final del pasillo, se detuvo justo antes de caer, estaba un par de metros por arriba de un gran espacio vacío, abajo un charco de agua pestilente indicaba que cerca había construcciones pues había desechos fecales por doquier y algunas ratas comían restos de alimentos pútridos y malolientes. Algunos de esos asquerosos animales se percataron de su presencia y lo miraron con ojos rojos, enseñando los dientes en gesto amenazador y algunas más tuvieron la osadía de acercarse tanto como les era posible, para ver más de cerca el intruso.

Costa apunto la luz de la linterna en todas direcciones, tratando de buscar algún resquicio que indicara una salida, allí no había ni escaleras, ni nada parecido. Lo que sí encontró en una esquina fue un cadáver humano, que estaba sentado con las piernas estiradas, como si estuviera borracho. El sujeto aún conservaba parte de su rostro, pero la mayor parte del resto de su cuerpo había sido devorado por las ratas que salían del agua como si fuera una piscina donde les gustara relajarse.

Costa decidió que había visto suficiente, regreso sobre sus pasos con una sensación de náuseas que amenazaba con hacerle devolver el poco alimento que traía en su estómago. Llegó de nuevo a la bifurcación y probó suerte en el pasillo de la izquierda. Súbitamente la linterna se apagó y pasó un rato antes de que pudiera sacar la linterna pequeña que tenía de repuesto. Cuando la encendió pudo ver que aquel pasillo no era recto como el anterior sino que tenía una vuelta pronunciada de 90 grados hacia la izquierda. Cuando dio la vuelta el ruido del agua se intensificó, no era ya un simple goteo sino una corriente que se escuchaba aun algo lejana. Siguió caminando sintiendo el latir de su corazón duro contra su pecho, entonces, con el ruido del agua volviéndose más intenso a cada paso, pudo vislumbrar que rayos de luz se colaban en las paredes algunos metros por delante. El pasillo terminaba en una escalinata que descendía aún más profundo. Se detuvo unos instantes allí, pensando si debía bajar o no, cuando vio que a su derecha había una segunda escalinata en dirección ascendente. Había salido justo a la mitad del trayecto que conectaba el suelo con algo que había en la superficie. Una pared inmensa dividía el charco de agua que había debajo, impidiendo así que las ratas extendieran su dominio a ambos lados del terreno.

—Te felicito has encontrado la salida —dijo la voz de Leone a sus espaldas. Costa se giró, pero no a tiempo para evitar que Leone le empujara. Cayo rodando por las escaleras de piedra, se detuvo en el rellano a pocos escalones del final. Sentía pequeñas punzadas de dolor en todo el cuerpo, pero la más grave por mucho era en su tobillo, intento ponerse en pie y lo consiguió con la única salvedad que debía apoyar todo su peso en su pie derecho, el izquierdo era incapaz de sostenerlo, miro su tobillo y supo que se lo había fracturado con la caída. Se apoyó en la húmeda pared, haciendo una mueca de dolor mientras la figura de Leone Bellini descendía lentamente las escaleras.

—Rosella está arriba, pero no creo que puedas subir a visitarla —dijo Leone señalando el tobillo fracturado y esbozando una sonrisa de satisfacción.

Costa tanteo la calibre 22 por encima de su camisa.

—Deberías subir, cuando vine aquí abajo ella no se veía muy bien, estaba pálida y me pareció que tenía fiebre. Le arroje agua fría como hacen en los hospitales pero temblaba peor que una gelatina. —Leone río y desenfundó su arma.

Leone llego hasta donde estaba Costa, la distancia de un brazo los separaba. Leone sujetaba el arma pero no le apuntaba. Le miraba con curiosidad.

—¿Qué viste en esa mujer? —Pregunto Leone —Es estúpida. Piensa que también a ti podría engañarte como lo hizo conmigo.

Costa soltó una carcajada, Leone enarco las cejas

—Esa mujer lleva un hijo mío en su vientre. —Dijo Costa algo jadeante por el dolor —La conozco mucho antes que tú, Leone, y si hay algo de lo que estoy seguro es que ella no te amaba. Estaba contigo por miedo.

La cara de Leone se volvió pronto en un rictus de ira. Levantó el arma y Costa vio la muerte en el cañón oscuro de la pistola. Tanteó otra vez su propia arma, pero sabía que no tendría el tiempo suficiente para desenfundar y disparar, antes de que eso ocurriera, tendría un enorme agujero en la frente y estaría tan muerto como el cadáver devorado por las ratas.

—Respuesta equivocada —dijo Leone con voz firme. Apretó el gatillo y el arma emitió un sordo chasquido indicando que el seguro aún estaba echado. —¡Mierda! —mascullo Leone.

Costa aprovecho la oportunidad y se abalanzo sobre Leone, uso todo su peso para poder derribarle y se escuchó un fuerte crujido cuando la espalda de Leone choco contra la implacable dureza de los escalones. Leone aulló de dolor y trato de apartar a Costa con las manos, en el forcejeo el arma de Leone cayo al espeso charco del fondo. Costa le dio un puñetazo en el centro de la frente y el cráneo de Leone reboto en el suelo como si fuera una pelota de goma. El cuerpo de Leone se volvió flácido y sus manos dejaron de luchar. Costa se levantó jadeando y tanteo el cuerpo de Leone en busca de otra arma. Nada. Desenfundó su propia arma y apunto a Leone, que yacía inconsciente. Su mano estaba en el gatillo pero no podía disparar. No era tan cobarde para matar a un hombre que no pudiera defenderse. Miro la larga escalinata, pensando en el suplicio que significaría para su fracturado tobillo, pero Rosella estaba arriba y ella valía toda la pena, siempre había sido así. Tomo aire e inicio el duro ascenso, siempre vigilante de que Leone no fuera a despertar, sostenía la calibre 22 con la mano izquierda y con la derecha se apoyaba de la pared, mientras subía pesadamente las escaleras.

El agua que goteaba del exterior había puesto resbaladizos los últimos escalones y Costa tuvo que hacer uso del tobillo fracturado para evitar caer. A cada paso el dolor parecía volverse más insoportable. El dolor era pulsante y caliente como el de una quemadura. Miro atrás y pudo ver que Leone había desaparecido. Abrió más los ojos para ver si podía divisarlo en alguna parte. Maldijo su tobillo fracturado por ponerle en una situación desventajosa en un momento tan

importante. Sabía que Leone conocía muy bien los pasillos y túneles que allí había y que podía aparecer de prácticamente cualquier lado y en cualquier momento, es más, podría dispararle sin que Costa pudiera verlo. Hizo el último esfuerzo y consiguió llegar a la cima de la larga escalinata. Sujeto el arma con más fuerza a la espera de que algo pasara. Vio una escotilla similar a la que había en la casa de Isola, la luz del exterior se colaba por los pequeños espacios, Costa miro alrededor buscando a Leone pero no lo encontró, sabía que debía estar al acecho, probablemente esperando que el empujara la escotilla y comenzara el ascenso a la superficie. No podía esperar toda la vida allí, Rosella le necesitaba y era necesario arriesgarse. Se quitó la mochila para aligerar el peso que sus manos tendrían que soportar al impulsarse, era necesario usar ambas manos para sostenerse, así que muy a su pesar guardo el arma dentro de la funda. Toco la compuerta en el techo, la empujo y se abrió. Pudo ver la casa de madera y sabía que había llegado. Echo un último vistazo a la escalinata y no vio rastro de Leone. —Debí haberle disparado —pensó. Estiro ambas manos y logro asirse de lo que era el piso de casa de madera. Dio un impulso con su pie bueno y quedo balanceándose unos instantes, entonces con la fuerza de sus manos comenzó a elevar el resto de su cuerpo por el estrecho hueco. Se impulsó con relativa facilidad, ya tenía medio cuerpo afuera, cuando algo sujeto su tobillo fracturado. Costa soltó un alarido de dolor, bajo la mirada y vio el rostro de sucio y mallugado de Leone. Trato de impulsarse pero Leone uso todo su peso para contrarrestar el impulso, Costa cayo en el suelo y cuando su pie izquierdo toco el suelo, una oleada de dolor castigo su cerebro. Leone le sujeto de la camisa y comenzó a golpearlo. —¡Maldito Perro! —grito Leone con una voz cargada de ira y odio. Costa se sentía más aturdido con cada golpe que recibía. Entonces tanteo el arma, la direcciono y disparo a través de la funda. La bala impacto a Leone en el muslo izquierdo, este retrocedió y cayo profiriendo maldiciones. Costa se impulsó con sus doloridos brazos y logró ponerse en pie, Leone se retorció en el suelo como gusano en anzuelo. Estaban en lo alto de la escalinata y al otro lado podían verse a las ratas terminando con su festín humano, Costa desenfundó el arma y apunto, entonces Leone cargo contra el en un último y desesperado intento de ganar la batalla, Costa logro sujetarlo antes de que pudiera impactarlo, la fuerza del embate los hizo girar en el aire en un ángulo de 90 grados. Ambos cayeron al suelo, el hombro izquierdo de Leone y el derecho de Costa recibieron todo el peso de sus respectivos cuerpos, Costa se levantó primero, intento tomar el arma que había caído al suelo, pero Leone sacó una navaja del bolsillo de su pantalón, la hoja asomo apenas unos instantes después, emitiendo un chasquido característico. Leone se levantó y comenzó a lanzar ataques como un loco, blandiendo la navaja de un lado a otro, podía escucharse el sonido del aire al ser cortado por el filo de la navaja, pero ninguno de ellos lograba alcanzar el objetivo. Costa esquivaba y retrocedía al mismo tiempo. Segundos después se vio arrinconado, la calibre 22 seguía lejos, en el suelo, como para poder ser de ayuda. Leone lanzo el último de sus ataques, seguro de que por fin daría en el blanco, pero en el último momento Costa sujeto su mano en el aire, la navaja quedo a escasos centímetros de su cara, le dolían los brazos pero aun así se las arregló para empujarlo lejos, Leone cayo de nuevo, intento levantarse, pero la posición en la que estaba lo hizo vulnerable (parecía un hombre a punto de gatear) Costa le pateo con fuerza por debajo de la mandíbula y Leone cayo desde lo alto de la escalinata. Costa asomo y vio que el cuerpo de Leone estaba en el charco boca abajo. Desde esa distancia no podía asegurar si aún respiraba o si se movía, pero era muy probable que la caída lo hubiera matado.

Costa abrió de nuevo la escotilla, tomo impulso y logro pasar todo su cuerpo a la superficie de casa de madera. Se sentía mareado y a punto de vomitar pero tenía que encontrar pronto a Rosella.

—¡Rosy! —grito con voz potente.

Un escalofrío recorrió su espalda durante unos instantes cuando no hubo respuesta inmediata.

—¡Aquí! ¡Aquí estoy! —dijo la voz de Rosella desde una habitación.

Costa camino en dirección a la voz. La zona del tobillo se había adormecido y extrañamente sentía menos dolor, pero sabía que solo era algo temporal. Abrió la puerta y encontró a Rosella en una pequeña jaula en la que apenas cabía. Ella estaba en ropa interior y temblaba tanto que a Costa le recordó a los pacientes aquejados de hipertermia severa en los hospitales. Disparó a la cerradura sin ningún miramiento, Rosella se sobresaltó y emitió un gemido asustado. Se agachó y la abrazó con la esperanza de transmitir algo de calor corporal. El lugar estaba frío pero era obvio que Rosella tenía fiebre, su mirada parecía perdida y sudaba.

—Sí...si viniste... por mí —dijo ella con voz temblorosa como si su lengua fuera demasiado pesada.

—No hables, descansa —dijo Costa. Se quitó la camisa y se la puso a ella. Tuvo que guiar cada uno de sus movimientos pues ella parecía demasiado enferma para poder hacerlo sola. La ayudó a salir de allí y la cargó sin importarle el dolor de su tobillo. La llevó a la cama y la recostó, recordó que había dejado el botiquín de auxilio en la mochila y soltó una maldición sintiéndose estúpido. Salió de la habitación, viendo como Rosella parecía estar sumiéndose en un sueño del que temía no fuera a despertar. Buscó por toda la casa y finalmente sobre una repisa halló un teléfono móvil, estaba bloqueado pero no importaba el número de emergencias siempre estaba habilitado. Hizo la llamada de auxilio y regreso con Rosella. Se acurrucó con ella, poniendo su cabeza sobre su regazo y acariciándole la frente con suavidad. Comenzó a cantarle una vieja melodía, pero rápidamente su voz se quebró, convirtiéndose primero en sollozos y luego en llanto. La abrazó con fuerza, consciente de que ella ya no abría los ojos, no hablaba y de que su respiración era cada vez más lenta.

Le besó en los labios sintiéndolos tan calientes por la fiebre que parecían quemar, ella abrió un momento los ojos, le sonrió y le susurró con su debilitada voz:

—Te amo...

—Y yo a ti —contestó él, esforzándose por ocultar sus lágrimas. De pronto tuvo verdadero terror de perderla, perderla como había perdido a Victoria y a su madre hace mucho tiempo. Vio que ella sostenía el amuleto en sus manos, se lo quitó sin encontrar ninguna resistencia y se lo colocó a ella cuidadosamente. Sujeto sus manos y comenzó a orar. No sabía cómo hacerlo, ni a quien debía pedirle que salvara a Rosella, pero lo hizo y notó que el amuleto estaba emitiendo de nuevo aquella luz turquesa. Al contemplar aquel fulgor tuvo la sensación de que todo estaría bien, y como para confirmar su pensamiento ella abrió nuevamente los ojos y dijo:

—¿Te quedarás conmigo? ¿Vas a querer a nuestro hijo? —su voz sonaba melodiosa, dulce y era apenas algo más que un murmullo.

El la miró y ella adivinó la respuesta en sus ojos.

Michael salió del hospital una semana después de que la policía por fin realizara una exhaustiva revisión en el laberinto subterráneo de la casa de Isola. Decomisaron todo lo que había dentro, desde las armas y las municiones, hasta el equipo médico y medicamentos controlados y de alto riesgo almacenados allí. Recuperaron al menos media docena de cadáveres dentro, algunos ya en avanzado estado de descomposición y otros más ni siquiera pudieron ser encontrados en su totalidad. Aquella propiedad quedaba al resguardo del gobierno francés, que mantenía las cintas prohibitivas por el momento, pero que en el futuro quizá decidiera darle un nuevo uso.

Michael miraba las noticias, desde donde una corresponsal delgaducha y pecosa decía que la casa de Isola se había vinculado a la Familia Di Tella y que aquello era solo uno de sus muchos centros de operaciones.

Michael sonrió pues sabía que lo que los medios de comunicación llamaban la gran Mafia o la Familia Di Tella, ya no era tal. Alexandra se había quedado dormida en el sofá frente a él, pero Michael pensaba en lo que ella le había dicho antes de que el cansancio finalmente la venciera. El Conde Di Tella había abandonado el negocio de la mafia y ahora era como cualquier padre que ama locamente a su hija. El Conde incluso se había mostrado afectuoso con Michael y estaba entusiasmado ante la idea de que su hija contrajera matrimonio.

Michael tanteó sus vendajes a lo largo de su torso y dio gracias por seguir vivo. Estuvo cerca —pensó.

Alexandra se removió en el sofá y abrió los ojos, sonrió a Michael y él le correspondió con un gesto que solo ellos dos conocían. Alexandra se levantó, se acercó a él, le besó en la frente y lo ayudó a ponerse de pie.

Fueron a la habitación y conversaron largo rato sobre sus planes a futuro antes de que ambos se quedaran dormidos. El último pensamiento de Michael antes de dormir fue que una nueva vida comenzaría para ellos al día siguiente. Una vida que no estaría contaminada nunca más por la sombra de la mafia. Miro a Alexandra y supo entonces que ella era todo lo que necesitaba por el resto de su vida.

—Usted es tan patético —dijo la voz en la oscuridad.

El Conde Di Tella estaba atado en la oscuridad, escuchaba su respiración jadeante y entrecortada como única ambientación en el lugar. La escena le recordó a cuando mantuvo cautiva a Victoria Greco en un lugar muy similar. Sentía su propia sangre caliente correr desde algún punto fracturado en su cráneo hasta el suelo. El goteo leve, pero constante le hacía pensar que si no salía de allí pronto moriría desangrado, tal y como había dejado morir a muchos de sus rivales cautivos en el pasado. Pensó en su hija, Alexandra y de pronto se sintió más tranquilo, casi tanto como si hubiera tomado una de sus pastillas para dormir.

—Así, que después de todo abandona el negocio —dijo de nuevo la voz. El conde se esforzó en identificar de quien se trataba pero estaba muy aturdido y además la voz parecía usar algún tipo de distorsionador.

—¿Quién eres? —soltó en un murmullo. Su voz sonaba débil y pastosa.

—¿Creyó que usted no pagaría por sus pecados?, como todos nosotros —dijo la voz ignorando la pregunta de él Conde. —¡Despierte! —grito la voz de forma colérica.

El conde abrió los ojos, sintiéndolos tan pesados como losas y de pronto el lugar se iluminó, era una especie quirófano. Las potentes luces halógenas en el techo parecían quemar la retina, el Conde parpadeo un par de veces y cuando la nubosidad desapareció de su vista vio a un hombre de pie frente a él. No pudo verle el rostro, porque quien quiera que fuera usaba una espantosa máscara de Satán. Pudo ver que el tipo estaba completamente desnudo salvo por unos calzoncillos tipo bóxer. Desvió un poco la mirada y vio su propia sangre a sus pies, era un área considerablemente grande. El Conde cerró de nuevo los ojos y rogo a Dios porque aquello fuera solo un espantoso sueño, o que al menos le hiciera perder pronto la conciencia. Escucho que el tipo daba pasos en la habitación, buscaba algo con impaciencia. Sin atreverse a mirar, de pronto se encontró pensando en Alexandra y en lo lejos que llegaría algún día. —Te amo hija —dijo en un susurro.

Entonces el hombre con la máscara de Satán se acercó y dijo con voz cavernosa.

—Bienvenido al infierno. Maldito Traidor.

Un sonido de sierra mecánica antecedió al alarido que el Conde soltó desde el fondo de sus entrañas.

El oleaje mojaba los pies de Rosella. Estaba sentada en la arena y llevaba un sombrero de palma para cubrirse del intenso sol. A corta distancia una colonia de leones marinos tomaba el sol sobre las rocas. Embarazada de siete meses tocó su abultado vientre por encima de la delgada blusa.

—Tu papá llegara pronto —le dijo al bebé no nato mientras acariciaba su vientre con movimientos suaves

Levantó la mirada y lo vio acercarse, venía a pie cargando una bolsa de compras. Ella lo vio y sonrió sintiéndose tan enamorada como no recordaba haberlo estado en toda su vida. Pensó que se veía como en el último sueño que habían compartido juntos hacia tiempo atrás. Y se veía mejor que antes, más guapo, más joven y más fuerte.

Costa llegó hasta donde estaba ella, se sentó a su lado, esbozó una sonrisa y sacó de la bolsa el helado que había ido a buscar hasta la bahía.

—Delicioso —dijo Rosella cuando probó el helado sabor fresa que tanto le gustaba.

—Tuve que caminar mucho para comprarlo —dijo él en tono divertido.

Ella río.

—Se le antojo a tu hijo, no a mí

—Bien, entonces tendré que culparlo a él cuando su mamá se vuelva tan gorda como los leones marinos —contestó él

Ella le dio un golpecito en el hombro y soltó otra carcajada. Él se le unió.

Estuvieron largo rato a los pies del llamado Arco del Fin del Mundo. Contemplaron el espectacular ocaso, que fue dibujándose en el horizonte con una combinación hermosa de tonos naranja, hasta que la luna finalmente apareció en lo alto. Una estrella brillante que a Costa le recordó por alguna razón a su madre brillaba con intensidad majestuosa. Suspiro y volvió la mirada a Rosella que también miraba fijamente el cielo, ella se percató de su mirada y le devolvió el gesto con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

Se levantaron y caminaron de la mano durante un momento antes de regresar a la bahía. Llegaron al departamento que ahora era su hogar, un hogar al que aún le faltaba estar suficientemente amueblado, pero que contaba ya con un comedor, una estufa, una pequeña sala y una cama. Sobre uno de los sofás estaban apilados varios blocks de dibujo, un bote con muchos lápices dentro y un caballete mediano. En un momento dado los ahorros de ambos se habían esfumado, ahora Rosella trabajaba a tiempo completo como dibujante y ya había conseguido vender a buen precio algunas de sus obras a una galería local, Costa, mientras tanto alternaba su tiempo entre las clases de dibujo que Rosella le daba y su trabajo como guía de turistas en la ciudad.

—Mañana continuamos con las clases —dijo ella mientras le conducía a la habitación.

Entraron y ella se recostó, él la imitó y se quedaron allí, acostados, mirándose frente a frente. Contemplándose como solo los amantes saben hacerlo. Se besaron pero solo para desear las buenas noches. Al cabo de un rato ambos estaban dormidos y dentro de un cajón el amuleto emitió un último destello azul turquesa.

Dos meses después la pequeña Evie nació, era una niña saludable de mejillas sonrosadas. El parto fue sencillo y no constituyó peligro alguno para Rosella ni para la pequeña.

La familia residió un tiempo en Los Cabos antes de mudarse definitivamente a Sídney, en donde

la pequeña Evie crecería y se convertiría con el tiempo en una mujer hermosa como su madre. Era cuestión de tiempo para que ella heredara el derecho a desatar los poderes del amuleto. Y el derecho a oír la increíble historia que termino con la unión de sus padres.

FIN

EPILOGO

Aquí termina este viaje que he titulado “Furia y Poder” si has llegado hasta aquí permíteme felicitarte y agradecerte por el tiempo que has dedicado a terminar esta novela.

Permíteme decir también que si he conseguido generar algunas emociones y tensiones, aunque fueran mínimas he cumplido mi cometido y espero, también, querido lector, que hayas disfrutado al menos la mitad de lo que yo disfrute al escribirlo.

Este libro es el primero que escribo y nadie va a quererlo más que yo, eso lo sé, pero espero que se haya ganado un pequeño lugar en tu corazón, como se lo ha ganado en el mío.

Hasta pronto y si Dios me concede tener vida y salud prometo no será la última novela que escribiré y quizá y solo quizá, haya una continuación a esta historia, no obstante, eso es algo que no puedo prometer.

D. Martin
7 de octubre de 2019